

ARQUEOLOGÍA 20

SEGUNDA ÉPOCA • JULIO DICIEMBRE 1998

Revista de la Coordinación Nacional de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia



Áreas de actividad en unidades domésticas del Formativo terminal en Tetimpa, Puebla

El Valle del Mezquital.
Encrucijadas en la historia de los asentamientos humanos en un espacio discontinuo

La periferia en la continuidad y el colapso.
Los asentamientos del periodo Clásico en el occidente del Valle del Mezquital

El culto al lugar central. Posibilidades en torno a un problema arqueológico

Hualtepec, Nonohualcatepec y Cohuatepec.
Lecturas a un cerro mítico

Estela 1 o de El Rey del sitio de Dos Caobas, Chiapas

Estudio arqueobiológico de los sedimentos del subsuelo en el edificio Real Seminario de Minas, 1772, México, D.F.

Nacionalismo y arqueología:
del Viejo al Nuevo Mundo

Tendencias teóricas
en la arqueología europea

Reseñas

Noticias

Noticias de reuniones



ARQUEOLOGÍA

SEGUNDA ÉPOCA

Directora General: María Teresa Franco, **Secretario Técnico:** Sergio Raúl Arroyo,
Coordinadora Nacional de Difusión: Adriana Konzevik, **Coordinador Nacional de Arqueología:** Alejandro Martínez Muriel,
Director de Publicaciones: Mario Acevedo

ARQUEOLOGÍA



í n d i c e

Arqueología es una publicación semestral de la Coordinación Nacional de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

EDITORES:

Alba Guadalupe Mastache
Joaquín García-Bárcena

COMITE EDITORIAL:

Jürgen Brüggemann
Margarita Carballal
Robert H. Cobean
Ángel García Cook L.
Dan M. Healan
L. Alberto López Wario

Rubén Maldonado
Leonor Merino
Dominique Michelet
Carlos Navarrete
Jeffrey R. Parsons
Otto Schondube
Barbara L. Stark
Elisa Villalpando

PRODUCCIÓN EDITORIAL:

Celia Rodríguez
Silvia Lona

DISEÑO:

Érika Magaña

IMPRESIÓN:

Talleres Gráficos del INAH
Av. Tláhuac 3428,
Col. Los Reyes Culhuacán,
México, D.F.

Certificado de licitud de título,
de contenido y de reserva de
título en Derechos
de Autor en trámite.

Queda estrictamente prohibida
la reproducción parcial o total
del contenido.

ISSN 0187 - 6074

Hecho en México

- 3** Gabriela Uruñuela y Ladrón de Guevara y Patricia Plunket Nagoda
Áreas de actividad en unidades domésticas del Formativo terminal en Tetimpa, Puebla.
- 21** Fernando López Aguilar, Laura Solar Valverde y Rodrigo Vilanova de Allende
El Valle del Mezquital. Encrucijadas en la historia de los asentamientos humanos en un espacio discontinuo.
- 41** Manuel Polgar Salcedo
La periferia en la continuidad y el colapso. Los asentamientos del periodo Clásico en el occidente del Valle del Mezquital.
- 53** Jaime Cedeño Nicolás
El culto al lugar central. Posibilidades en torno a un problema arqueológico.
- 65** Eduardo Yamil Gelo del Toro y Fernando López Aguilar
Hualtepec, Nonohualcatepec y Cohuatepec. Lecturas a un cerro mítico.
- 79** Alejandro Tovallín, Peter L. Mathews, Armando Anaya y Adolfo Velázquez de León
Estela 1 o de El Rey del sitio de Dos Caobas, Chiapas.
- 97** Aurora Montúfar López y Norma Valentín Maldonado
Estudio arqueobiológico de los sedimentos del subsuelo en el edificio Real Seminario de Minas, 1772, México, D.F.
- 115** Margarita Díaz-Andreu
Nacionalismo y arqueología: del Viejo al Nuevo Mundo.
- 139** Michael Rowlands
Tendencias teóricas en la arqueología europea.

Reseñas

- Peter Lawrence Mathews
La escultura de Yaxchilán.
por Maricela Ayala Falcón
- Antonio Benavides Castillo
Edzná: una ciudad prehispánica de Campeche.
por Luis Alberto Martos L.

Noticias

- Glifo maya en una representación huasteca de la deidad jaguar-pájaro-serpiente.

Noticias de reuniones

- Homenaje al doctor John Paddock.
- IV Congreso Internacional de Mayistas.
- Reseña acerca de la Primera Mesa Redonda de Monte Albán.

Invitación a los colaboradores

Arqueología hace una cordial invitación a los investigadores de la comunidad académica nacional e internacional para colaborar con artículos originales resultado de investigaciones recientes, noticias, reseñas bibliográficas, temas teóricos, metodológicos y técnicos, así como aquellos que se refieran a la conservación del patrimonio arqueológico. Las colaboraciones se dirigirán a los editores, la revista acusará recibo al autor y enviará el trabajo al Comité Dictaminador. En caso de que los dictaminadores consideren necesarias modificaciones o correcciones, se proporcionará copia a los autores para que realicen los cambios pertinentes. Al aceptarse la contribución, se informará al autor y se enviará un formato de cesión de derechos, que deberá regresar debidamente firmado a la Dirección de Publicaciones en un plazo no mayor de 30 días, anexando copia de identificación reciente con fotografía. El autor recibirá cinco ejemplares del número en que su trabajo sea publicado y tres cuando sea de más de tres autores.

Los trabajos no aceptados serán enviados al autor a solicitud expresa, en el entendido de que los dictámenes son inapelables.

Requisitos para la presentación de originales:

1. Los artículos tendrán una extensión máxima de 40 cuartillas con notas, bibliografía e ilustraciones; las reseñas no excederán las 10 cuartillas. Los textos deberán entregarse en cuartillas de 28 renglones por 60 golpes, a doble espacio, escritas por una sola cara.
2. Los originales deberán presentarse en altas y bajas (mayúsculas y minúsculas), sin usar abreviaturas en vocablos tales como etcétera, verbigracia, licenciado, doctor.
3. En el caso de incluir citas de más de cinco líneas, éstas se separarán del cuerpo del texto con sangría en todo el párrafo. No deberán llevar comillas ni al principio ni al final (con excepción de comillas internas).
4. Los guiones largos para diálogos o abstracciones se harán con doble guión.
5. Los números del 0 al 15 deberán escribirse con letra.
6. Las citas deberán intercalarse (en el texto), contendrán el apellido del primer autor seguido de *et al.*, en el caso de que hubiera más autores, año de publicación, dos puntos y página inicial y final de la cita separadas por guión.

7. Las llamadas se usarán únicamente para indicar la dependencia o institución de adscripción de los autores.

8. Para elaborar la bibliografía deberá seguirse el modelo siguiente:

MacNeich, Richard *et al.*

1970 *The Prehistory of Tehuacan Valley*, vol. III, Austin, University of Texas Press.

Lorenzo, J.L. y L. Mirambell (coords.)

1990 *Tlapacoya: 35 000 años de Historia del Lago de Chalco*, México, INAH (Científica, núm. 20).

Oliveros, J. Arturo y Magdalena de los Ríos

1993 "La cronología de El Opeño, Michoacán: nuevos fechamientos por radio-carbono", en *Arqueología*, núm. 9-10, México, INAH, pp. 45-48.

Lechuga Solís, Martha Graciela

1977 *Análisis de un Elemento de la Estructura Económica Azteca: la Chinampa*, tesis profesional, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia.

González, Carlos Javier

1988 *Proyecto Arqueológico "El Japón"* (manuscrito), México, Archivo de la Subdirección de Estudios Arqueológicos del INAH.

9. Foliación continua y completa, que incluya índices, bibliografía y apéndices.

10. Gráficas e ilustraciones numeradas consecutivamente y con referencia en el texto, descritas todas ellas como figuras.

Los mapas y dibujos en papel bond, con líneas en negro, fotografías en blanco y negro con calidad adecuada para su reproducción. No se aceptarán mapas, planos, gráficas o esquemas de tamaño mayor que doble carta; es indispensable adjuntar una copia impresa en papel.

11. Teléfono para localizar al responsable del artículo.

12. Deberán enviarse tres copias del texto y disquete del programa Word 6 en adelante.

Correspondencia:

Lic. Verdad 3, col. Centro, México, D.F. 06060
Teléfonos: 522 41 08 y 522 74 04,

Fax: 522 73 03

D.R. INAH

Registro en trámite. Impreso y hecho en México.

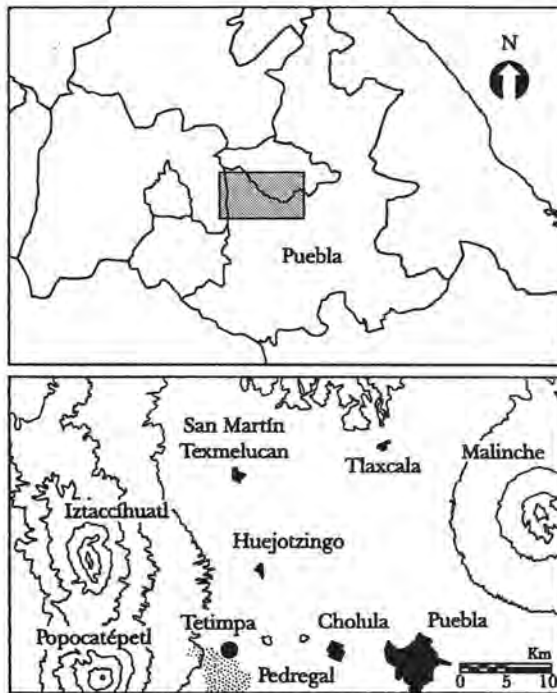
Gabriela Uruñuela y Ladrón de Guevara
y Patricia Plunket Nagoda*

Áreas de actividad en unidades domésticas del Formativo terminal en Tetimpa, Puebla

Desde 1993, el sitio de Tetimpa, en las laderas nororientales del Popocatepetl en el estado de Puebla, ha sido el foco de las investigaciones arqueológicas para evaluar el impacto que el volcán pudo haber tenido en el desarrollo de las antiguas poblaciones de la región (fig. 1). Aunque hemos documentado una serie de eventos volcánicos para distintos momentos de la época prehispánica (Plunket y Uruñuela, s.f.), este artículo se enfocará exclusivamente en los datos de la fase Tetimpa tardío (50 a.C. a 100 d.C.). La información para esta temporalidad resulta particularmente llamativa, debido a que proviene de contextos sellados por una violenta erupción pliniana a inicios de la era cristiana que provocó el abandono repentino del área y la cubrió con metro a metro y medio de piedra pómez. Nos enfrentamos así con materiales en *locus agendi*, es decir, que representan las últimas acciones que los miembros de la comunidad estaban llevando a cabo cuando ocurrió el evento que les hizo huir del lugar (Manzanilla, 1990:14).

Desafortunadamente, los contextos primarios de Tetimpa, preservados excelentemente por siglos, están hoy día siendo destruidos por la extracción de la pómez que los protege y que se utiliza en los pueblos vecinos para manufacturar bloques para construcción. Ante esta circunstancia, buena parte de nuestra atención se ha centrado en registrar los vestigios arqueológicos que están siendo afectados. Actualmente contamos con once conjuntos habitacionales de Tetimpa tardío explorados, de los cuales siete han podido excavar en forma extensiva (Operación 1-3, 2, 4, 5 y 6, 10 y 12, 11, y 13). La peculiaridad de los contextos y el número de conjuntos documentados brindan una oportunidad excepcional para abordar el estudio de una de las células de análisis más primordiales para el arqueólogo: las áreas de actividad y su distribución dentro de las unidades domésticas.

* Universidad de las Américas, Puebla.



● Fig. 1 Localización de Tetimpa dentro del valle de Puebla

Estudio de unidades domésticas y áreas de actividad en el Formativo de Puebla-Tlaxcala

Si bien han pasado más de 20 años desde que Kent Flannery (1976:15) provocativamente señalara la epidemia de “amnesia arqueológica” que parecía afectar a muchos mesoamericanistas ocasionando que ignoraran la evidencia doméstica, y aun considerando que buena parte de la información más temprana sobre casas mesoamericanas procede de los trabajos de Richard MacNeish (1981) en el sur de Puebla, curiosamente para el Formativo en las tierras altas de esta región parecería que ese padecimiento académico hubiese adquirido una modalidad endémica. Esto salta a la vista al revisar la literatura. Quizá en respuesta a Flannery, a finales de los ochenta Linda Manzanilla (1986) editó un volumen referente a unidades habitacionales mesoamericanas que incluye una contribución de Diana López y Daniel Molina (1986) acerca del área de Puebla-Tlaxcala; sin duda, el texto pasa velozmente por los escasos datos del Formativo, mencionando que las ca-

sas eran ovales o rectangulares, con paredes de adobe o de bajareque, a nivel del suelo o elevadas sobre plataformas de tierra o piedra, para aterrizar después, en campo ya más seguro, en la discusión de la evidencia sobre los palacios residenciales del Clásico. Dicho artículo se publicó hace más de una década; desafortunadamente poco se ha añadido al respecto desde entonces.

Los datos de Tetimpa permiten rectificar la carencia de conocimiento que existe acerca del área en ese periodo crucial en el umbral del urbanismo, y recientemente hemos reportado la información básica relativa a los patrones generales de las unidades residenciales (Plunket y Uruñuela, s.f.). En esta ocasión pretendemos adentrarnos un poco más en las actividades identificadas en dichas unidades, aprovechando las ventajas que Tetimpa nos ofrece: los contextos están sellados, se han documentado varios conjuntos habitacionales, lo que permite explorar tanto los patrones como la variabilidad, y, además, no tenemos hasta la fecha otro tipo de datos más que domésticos.

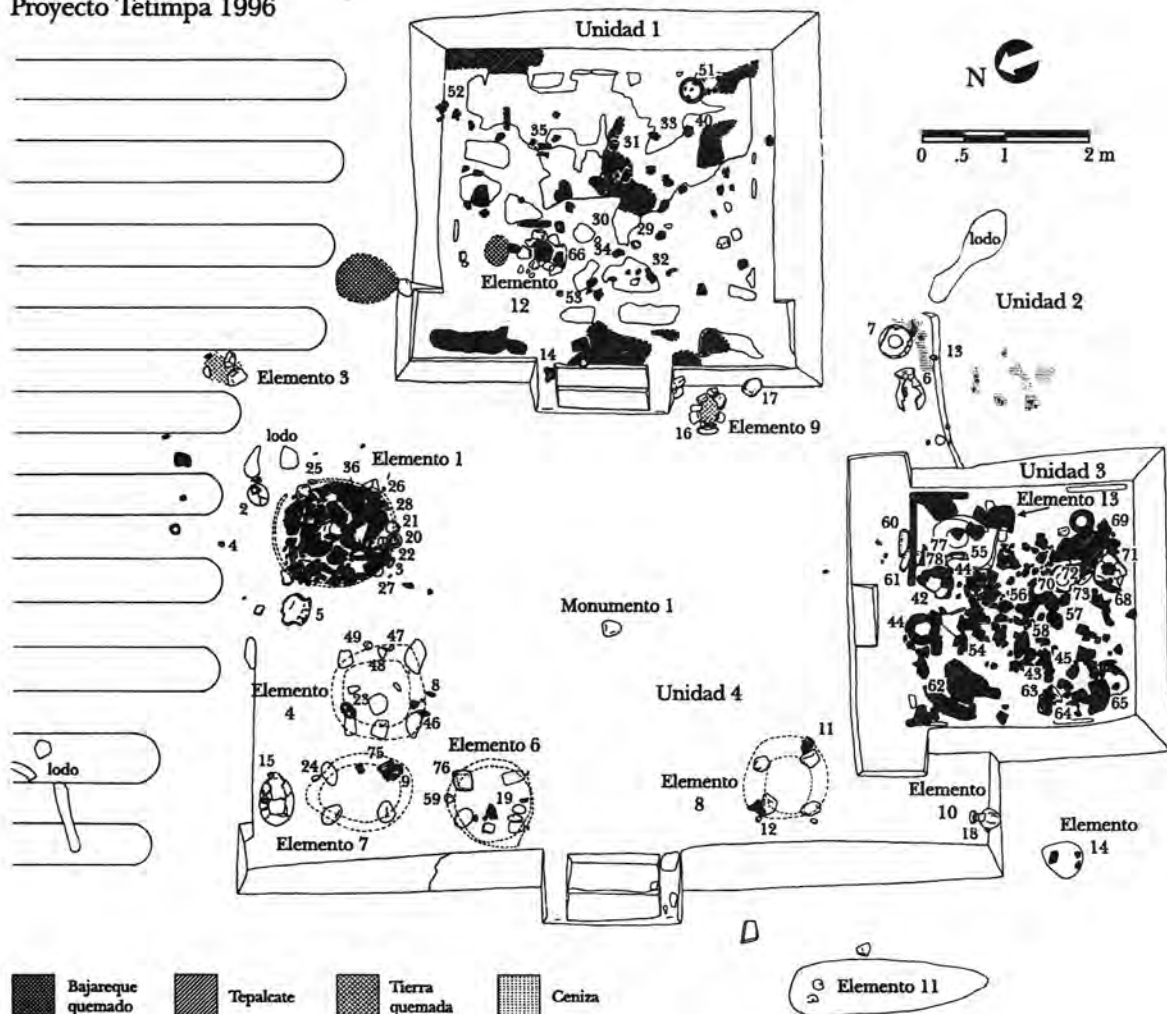
El patrón de asentamiento

En Tetimpa, la mayor parte del sitio es imperceptible desde el suelo moderno debido a los diferentes niveles de depósitos volcánicos que lo cubren; esto hace difícil delimitarlo y proporcionar una idea de su organización interna. Así, nuestro reconocimiento de superficie se ha encauzado en aquellos campos donde la pómez ya ha sido extraída y en la revisión de los perfiles que quedan expuestos. Al emplear esos datos hemos calculado tentativamente una ocupación de alrededor de 2 km² para la fase Tetimpa tardío (50 a.C. a 100 d.C.) (Plunket y Uruñuela, s.f.), que incluso podría ser una subestimación, ya que el sur del sitio hoy se ve cortado por la Barranca Nexac, que no existía en el Formativo, y más allá de la barranca, bajo el depósito masivo de lava del Pedregal de Nealtican—otro producto de la misma erupción que sepultó a la aldea— hay evidencia de que el asentamiento continuaba en esa dirección.

Hemos sugerido un total de 400 a 600 casas para Tetimpa tardío, aplicando la densidad obtenida en los 2 km² con base en la separación de las construcciones que varía entre 6 y 86 m. Parece haber sido un poblado relativamente grande; los campos agrícolas separaban un conjunto habitacional de otro; las áreas cultivadas colindaban con los muros de las estructuras. En estudios etnoarqueológicos se ha visto que las parcelas aledañas a casas suelen usarse para policultivos, fertilizándose con el depósito continuo de desperdicios de comida, excremento y otros desechos producidos por los habitantes y por los animales domésticos (Killion, 1992:6). Algunas propuestas para explicar la residencia dispersa en Mesoamérica argumentan que una

relación entre esta clase de asentamiento y ciertos tipos de agricultura intensiva requieren de la concentración de trabajo en pequeñas parcelas individuales (Drennan, 1988). En Tetimpa la agricultura antigua parece haber sido estacional como lo es hoy, y la versión de asentamiento disperso es todavía visible en los pueblos modernos ubicados en las faldas del volcán, con áreas nucleadas alrededor de las plazas centrales; la mayoría de la población está distribuida en casas rodeadas por milpas y hortalizas, en cuyo cuidado participan diversos miembros de la familia nuclear; en los momentos del ciclo agrícola que requieren más de la mano de obra, es común que miembros de la familia colaboren en sus diferentes sembradíos, pero esta coope-

Proyecto Tetimpa 1996



© Fig. 2 Planta de la Operación 10



© Fig. 3 Vista de la Operación 11

ración se efectúa en los campos alejados de la unidad habitacional y no en los que la rodean.

Sin embargo, la propuesta de Drennan (1988: 287), que dice que lo que favorece la localización de una casa junto a sus parcelas es el trabajo continuo que éstas puedan demandar, si tiene cierta aplicación a Tetimpa. Los terrenos que circundaban las casas del Formativo terminal presentan su superficie modificada en surcos, de manera similar a lo que se ha reportado en otros sitios mesoamericanos (Santley, 1992; Sheets, 1983; Zier, 1992). Esta técnica de acondicionar las áreas de cultivo consiste en construir canales y crestas alternados, lo cual cumple una variedad de propósitos, como airear el suelo, drenar humedad excesiva, facilitar desyerbe y cosecha, controlar erosión, y mantener la temperatura del suelo. Su elaboración implica una fuerte inversión de trabajo, que sería más fácil desarrollar en las inmediaciones de las viviendas (Killion, 1992:11; Zier, 1992:218). En efecto, esos campos hubiesen necesitado un mantenimiento constante, pues el conservarles en buenas condiciones aún en las épocas en que no estuviesen sembrados hubiese sido un mecanismo que ayudaría a controlar la erosión del pie de monte.

El patrón disperso de Tetimpa también es coherente con lo que algunos autores han señalado en términos de que los problemas de trans-

porte y la ausencia de animales domésticos mayores en el mantenimiento de la fertilidad del suelo permitió favorecer el asentamiento disperso durante periodos de alto crecimiento poblacional (Killion, 1992:7). Muchas de las casas que hemos excavado en Tetimpa se ven prácticamente “nuevas”, sin reparaciones o reformas, y creemos que son buenos indicadores, ya que la aldea estaba pasando por un proceso de crecimiento acelerado.

No obstante, esa dispersión y el sentido de pertenencia a una misma comunidad se manifiesta claramente en

los patrones básicos comunes en todos los conjuntos, sin importar si se encuentran en la parte central o en la periferia del sitio. Aparte de las variaciones en adaptación a la topografía, área total ocupada, tamaño de los cuartos y calidad de la construcción, que tal vez sean producto de diferencias de estatus, hay similitudes obvias que corresponderían a lo catalogado por Donald Sanders (1990: 44) como “factores culturales fijos” y que pueden usarse para caracterizar las unidades habitacionales, o lo que Marcus Winter (1976) bautizó como el *household cluster*. Cuando Winter acuñó ese útil término, basado en la evidencia del Formativo de Oaxaca, su definición incluía básicamente tres tipos de estructuras: la casa misma, los pozos troncocónicos para almacenamiento y los entierros, algunas veces acompañados por otros tipos de pozos, hornos y depósitos de basura. Las unidades habitacionales tetimpeñas son levemente distintas; algunas de esas diferencias constituyen meramente expresiones locales de instalaciones utilizadas para las mismas funciones que las de Oaxaca, pero otras no tienen una explicación tan fácil.

Las unidades habitacionales y las áreas de actividad

La información general de los patrones residenciales ya ha sido provista en otro lugar (Plunket y Uruñuela, s.f.); sin embargo, es necesario re-

tomarla en forma breve para enmarcar la descripción de las áreas de actividad. En los terrenos inclinados de Tetimpa, el espacio utilizado para la colocación del complejo habitacional se distingue de los campos de cultivo que lo circundan mediante una plataforma basal que provee una superficie nivelada para la construcción (figs. 2 y 3). En las localidades más planas hacia el centro del asentamiento, no se erigieron plataformas basales, aunque la ubicación de los elementos domésticos sigue la misma distribución y los mismos patrones espaciales en ellas que los que encontramos en las zonas terraceadas.

Cada unidad habitacional comprende entre 100 y 490 m². La casa tiene dos o tres cuartos —en un caso cuatro (fig. 4)— alrededor de un patio central; las habitaciones mayores —o por lo menos más altas— están opuestas a la entrada al conjunto. Cada cuarto tiene su propia plataforma edificada con sistema de talud-tablero, hecha de piedra y recubierta con un aplanado de lodo; las fachadas de estas plataformas a veces se decoraron con relieves policromos de lodo en el tablero o sobre las alfardas, por lo regular la única evidencia que persiste de esas ornamentaciones son algunos restos de pigmento rojo. Todas las construcciones están orientadas entre 15 y 17° al oriente del norte magnético.

A cada cuarto se accede mediante una escalera de tres a cinco peldaños, flanqueada por alfardas simples. Los pisos de las habitaciones consisten de una mezcla bien compactada de barro y pómez, y sus paredes fueron hechas de bajareque siguiendo el contorno de la superficie superior de la plataforma, a excepción de la fachada principal, donde la pared se remete de la orilla del tablero, creando un pequeño pórtico. La cantidad de espacio interiores variable; en el centro de la aldea los cuartos tienden a ser más amplios: miden entre 5 y 17 m²; sólo en un caso abarcó más de 40 m². El total de área

techada en estos conjuntos fue de 15 a 53 m². Todavía no sabemos mucho acerca de la construcción de los techos, pero es evidente que fueron de materiales perecederos, ya que frecuentemente a unos 40 a 60 cm sobre la superficie del piso se distingue un depósito orgánico, fibroso, que corresponde al techo colapsado. No es extraño encontrar vasijas dentro de ese nivel, lo que sugiere que pueden haber estado almacenadas sobre el techo o quizá colgadas de las vigas que lo sostenían. También es común que haya varias lascas y navajas de obsidiana mezcladas con los restos del techo o en el suelo del pórtico o del patio a lo largo del frente de algunas plataformas, como si hubiesen estado guardadas dentro de las fibras que lo componían o sobre las vigas o morrillos, cayéndose al destruirse la estructura.

La mayoría de los cuartos tiene hogares en su interior para proporcionar luz y calor, algo muy necesario para el invierno, puesto que Tetimpa se encuentra a una elevación de aproximadamente de 2 350 m; es claro que en ciertas instancias fueron diseñados y utilizados como fogones para cocinar. En estos casos, las habitaciones en que se encuentran son de menor tamaño y presentan una gran cantidad de vasijas alrededor del hogar; el fogón mismo es una estructura rectangular de piedra repellada con lodo y ubicada en una de las esquinas anteriores del cuarto, con una apertura circular en su par-



● Fig. 4 Vista general de la Operación 13



● Fig. 5 Cocina en la Operación 6

te superior y el acceso para aire y combustible en uno de sus lados, formado con el borde de una o dos ollas rotas (fig. 5). A veces las cocinas son uno de los cuartos que definen al patio, pero ocasionalmente aparecen aisladas a una corta distancia del conjunto.

Pero no toda la preparación de comida tenía lugar dentro de las cocinas. Es común encontrar un fogón acompañado de vasijas grandes, adosado a la fachada de alguna de las plataformas que rodean a los patios (fig. 6). Cocinar al aire libre podría corresponder a idiosincrasias familiares o a casas que atendían a mayor número de gente; otra explicación sería por cuestiones ambientales. En el invierno, o en los meses cuando soplan fuertes vientos en la región, o durante la estación de lluvias, cocinar hubiese



● Fig. 6 Cazuelas junto a hogar exterior en la Operación 11

sido más práctico en un espacio cerrado, lo que quizá explique lo angosto de las entradas a las cocinas (apenas 40 cm de ancho), al igual que el que se construyeran pequeños muros al lado de la entrada para proteger al fogón de las corrientes de aire. En tiempos menos inclementes, cocinar afuera proporcionaría la ventaja de no tener que estar sentado dentro de un pequeño, oscuro y humeante espacio, permitiendo a la vez que las personas involucradas en esta actividad participaran en la socialización con los otros miembros del grupo doméstico, lo que

no hubiese sido posible dentro de las minúsculas cocinas atestadas de ollas y cazuelas.

La existencia de patrón estacional (cocinar) se ve reforzada, según nuestros cálculos, por la erupción que cubrió a Tetimpa tardío en marzo o abril—los campos estaban preparados para el cultivo aunque no habían sido sembrados, además de que, al reedificar los patrones de distribución de la erupción, corresponderían a las direcciones del viento en esos meses (Delgado *et al.*, 1995)—, cuando el invierno y la temporada de viento fuerte han pasado y aun no han comenzado las lluvias, de modo que es el tiempo ideal para cocinar al aire libre. En efecto, los fogones dentro de las cocinas están limpios, sin rastros de carbón o ceniza, mientras los que se localizan en el patio tienen evidencia de que estaban en uso cuando se abandonó el asentamiento.

Las actividades de molienda también tenían lugar en el patio; los metates se localizan ahí (fig. 7), ya sea descansando invertidos contra el talud de una de las plataformas, o colocados en su sitio de uso; generalmente están hacia una de las esquinas del patio, proporcionando de nuevo la posibilidad de participar en la comunicación doméstica mientras se procesaba la comida. Es interesante que, en la mayoría de los casos, haya un

sólo metate por unidad habitacional; actualmente, en las comunidades rurales de Puebla, el metate es una posesión individual, y la norma tradicional es que cada mujer adulta, especialmente la mujer casada, debe tener el suyo (D'Aybeterre, 1997). Es difícil trazar este tipo de tradición en el periodo de Tetimpa tardío, pero es sugerente la idea de que la existencia de una sola piedra de molienda por conjunto indique la presencia de una sola mujer económicamente activa, lo que nos remitiría a reconstruir un patrón residencial primordialmente de familias nucleares, que concordaría bien con la propuesta de Sanders y Killion (1992: 22) de que las aldeas menos densas, como sería el caso de Tetimpa, usualmente tienen una proporción mayor de familias nucleares que de familias extensas.

La mayoría de las vasijas que hemos recuperado son grandes, muchas de ellas empleadas para almacenar o para cocinar. Es poca la vajilla menor, aunque es factible que los habitantes se llevaran consigo algunas piezas pequeñas al abandonar el sitio; otra opción para explicar la carencia de enseres cerámicos menores sería que las grandes vasijas abiertas, como las cazuelas que no presentan huellas de exposición al fuego y suelen encontrarse sobre la superficie del patio, fueran utilizadas para alimentación comunal.

El almacenamiento estaba asignado a dos áreas diferentes, con una división que parece bastante lógica. Por una parte, las esquinas posteriores de los conjuntos fueron más o menos definidas como espacios para almacén; algunas veces se levantaron paredes de bajareque para delimitar esas zonas, y en ellas encontramos tanto vasijas como artefactos menores de lítica. Éstos eran espacios protegidos, donde se guardaban artefactos de menor tamaño o de mayor valor, como vasijas completas o instrumentos musicales.



● Fig. 7 Metate y estela en la Operación 11

Los granos, sin embargo, se almacenaban en *cuexcomates* situados a ambos lados de la entrada a los conjuntos. Los *cuexcomates* eran estructuras esféricas hechas de varas y lodo y elevadas sobre cuatro o seis piedras grandes, o sobre una base cilíndrica (fig. 8); en todos los casos tenían asociados cuellos de olla rotos que probablemente hayan fungido como sus respiraderos. En un ejemplo especialmente bien conservado, pudo recuperarse parte del material orgánico que recubría al *cuexcomate* y lo hemos identificado como *Festuca tolucensis* (Zea Aguirre, comunicación personal, 1998). Hay diferencias importantes en las cantidades de calcio y hierro dentro de los *cuexcomates*, al menos en uno de los complejos habitacionales; esto puede indicar que contenían cultivos distintos; actualmente estamos tratando de determinar la naturaleza precisa de esos productos.



● Fig. 8 Base de cuexcomate en la Operación 13

Este parece haber sido un tiempo de transición entre el empleo de pozos troncocónicos y los cuexcomates que se colocan sobre el suelo y cuyo uso ha sobrevivido hasta hoy en las tierras altas mesoamericanas. Para la fase precedente, Tetimpa temprano (700-200 a.C.) (Plunket y Uruñuela, s.f.), es común localizar pozos troncocónicos asociados a las casas, mientras que para Tetimpa tardío hemos registrado solamente dos unidades habitacionales que aún los conservaban —un pozo en cada una de ellas—; en cambio en la mayoría se encuentra de dos a cuatro cuexcomates. El espacio debajo de los cuexcomates era aprovechado para guardar vasijas pequeñas —no de servicio sino más bien relacionadas a las actividades rituales que se llevaban a cabo al centro del patio, como veremos más adelante—, pulidores de piedra, artefactos de lítica lasqueada y desecho de talla, indicando que en su vecindad tomaban lugar las actividades en que fueron empleados o de las que fueron producto. La disposición de los cuexcomates y su número variable entre una unidad y otra no deben percibirse como casuales: en una sociedad agrícola, graneros de ese tamaño, ubicados justo a la entrada de los conjuntos, proporcionarían hacia el exterior una indicación de la “riqueza” relativa de los ocupantes de esa unidad.

Frecuentemente se localiza una agrupación de vasijas cerca de los cuexcomates, a diferencia de las que aparecen almacenadas en las esquinas posteriores de las casas; estos objetos tien-

den a estar muy usados, reparados o incluso incompletos, con resquebrajaduras; es común encontrar entre ellos —y a veces en las cocinas— grandes tepalcates con los bordes desgastados que pudieron haber sido empleados como cucharones para el grano. Estas vasijas atestiguan el intenso reciclaje doméstico que tuvieron en Tetimpa, donde sus habitantes explotaban sus artefactos cerámicos hasta que no fuera posible usarlos. Encontramos, por ejemplo, que se revistió cuidadosamente con lodo el fondo roto de una olla aun cuando a ésta le faltaba el cuello.

Casi la totalidad de las actividades documentadas corresponden a “actividades universales”, semejantes o equivalentes a las que se han catalogado dentro de esta misma categoría en Oaxaca —obtención, procesamiento y almacenamiento de alimentos, y el lasqueo de artefactos menores de obsidiana— (Flannery y Winter, 1976: 36), y la evidencia de especialización doméstica es muy escasa. En ciertos conjuntos hemos registrado algunos extraños artículos de lodo endurecido que suelen aparecer sobre los pisos de los cuartos o en los alrededores de los patios. Estos objetos tienen forma de medias esferas, de aproximadamente 13 cm de diámetro por 5 o 6 cm de altura, con una perforación central, dando la apariencia de grandes malacates fijos al piso; posiblemente fueron utilizados para hilar, ya que se han reportado malacates en la cercana área de Tlaxcala para esta temporalidad (García Cook, 1981); en Tetimpa no los hemos encontrado. Otras evidencias posibles de especialización, aunque todavía no hemos podido discernir la naturaleza de sus actividades, corresponderían a un cuarto con una gran banqueta lateral y un fogón bien terminado, con el piso totalmente limpio, así como dos elementos circulares de lodo, de 1.80 a 2 m de diámetro y rodeados por un borde bajo con una apertura para drenaje, que sólo hemos localizado en las afueras inmediatas de dos conjuntos habitacionales.



© Fig. 9 Adoratorio de volcanes en la Operación 2

Un aspecto del que usualmente es difícil recuperar información en el registro arqueológico es el ritual doméstico; por fortuna lo tenemos bien documentado en Tetimpa. Cada conjunto de estructuras tiene un área de culto en el centro del patio, definida por la presencia de un adoratorio que incluso se encuentra también en los patios de aquellas cocinas que no están integradas al conjunto. El adoratorio puede ser simple, marcado únicamente por alguna escultura burdamente lograda, pero también pueden ser más elaborados. Algunos de los ejemplos más sofisticados corresponden a acti-

vidades de culto enfocadas al Popocatépetl, que consisten en pequeñas maquetas de volcanes coronados con esculturas donde el artista pretendió emular la imagen de la montaña humeante y de los seres antropomorfos y zoomorfos relacionados con ella (fig. 9); bajo cada efigie hay una cámara con chimenea de modo que el humo sale desde la parte de abajo de las figuras esculpidas, imitando la ceniza y nubes de vapor que arroja el volcán durante sus periodos activos.

En otro caso, el adoratorio estaba formado por una pequeña plataforma rectangular de lajas revestidas con lodo; en ella había dos recipientes líticos manchados de ceniza y una estela miniatura colocada en uno de los extremos (fig. 10). Las estelas se han documentado para Cuicuilco (Pérez Campa, 1998) y Teotihuacan (Soruco, 1991) alrededor de este mismo periodo de tiempo; algunos autores han propuesto que fungieron como marcadores de solsticios (Soruco, 1991). Sin embargo, en Tetimpa se han localizado siete estelas asociadas directamente con cocinas o con áreas de preparación de alimentos o de almacenaje. Desde nuestro punto de vista, consideramos que las estelas estaban vinculadas de alguna manera con los cultos de mantenimiento. El altar con la estela es uno de los dos únicos ejemplos hasta ahora registrados en los que el adoratorio central provee un lugar obvio para quemar ofrendas; en los otros dos



● Fig. 10. Altar con estela en la Operación 11

complejos con adoratorios de volcanes hemos documentado hacia los límites de los patios conjuntos de pequeñas estelas con lajas horizontales frente a ellas, sobre las que hubiesen podido depositarse ofrendas.

Sin importar las diferencias de cada altar, todos comparten algunos elementos; con frecuencia encontramos una concentración de piedras pequeñas mezcladas con ceniza y algunas lascas de obsidiana en el extremo posterior del adoratorio. En varios casos hemos documentado braseros portátiles, ya sea bajo los cuexcomates que flanquean la entrada al patio o dentro del cuarto central, atrás del altar. En la Operación 6 hallamos un brasero roto enterrado abajo de la escultura de piedra que formaba el adoratorio y, finalmente, en la Operación 13 el adoratorio conservaba el brasero que contenía carbón (fig. 11). Es interesante señalar que este último caso constituye el único conjunto en el que hemos podido trazar una secuencia continua de Tetimpa temprano a Tetimpa tardío, y en los rellenos de las plataformas se encuentran entierros correspondientes a la primera fase, de los cuales hay dos, ambos masculinos, que cuentan con braseros como parte de sus ofrendas. También localizamos otro brasero ofrendado a un individuo masculino en la Operación 1-1, de Tetimpa temprano. Aunque dichos entierros son anteriores a la ocupación de Tetimpa tardío que fue sellada por la erup-



● Fig. 11 Adoratorio de la Operación 13 con brasero

ción, la asociación de braseros en inhumaciones de individuos masculinos permite sugerir que probablemente era atribución de ese sexo el encargarse de presidir el culto familiar en los patios.

Hay otros dos aspectos interesantes relacionados con los altares. El primero es que los motivos que representan no son uniformes, pero sí tenemos casos de repetición. En las operaciones 5 y 6, correspondientes a un conjunto habitacional y su cocina separada, ambas tienen como motivo central en el patio una cabeza de serpiente. En este caso, la repetición podría indicar que se trata de la deidad familiar. En otras instancias, sin embargo, como las operaciones 2, 12 y 13 —además de un caso de destrucción que nos fue reportado y donde tuvimos oportunidad de ver las esculturas recuperadas— se comparte el motivo de la representación de volcanes, pese a que las unidades que lo presentaron estaban a una distancia considerable; esto abre la posibilidad de pensar en un motivo de culto que trasciende la organización familiar. El otro punto intrigante es que el adoratorio suele tener un carácter dual, pues comprende dos esculturas distintas o, como en el caso del altar plano, dos recipientes. Esta dualidad puede estar vinculada a diversos factores, incluyendo elementos del paisaje o la posibilidad de que represente las deidades tutelares de la pareja fundadora de cada grupo doméstico. Ambos aspectos merecen una reflexión más pro-

funda y cuidadosa, ya que nos encontramos actualmente trabajando en la elaboración de un análisis minucioso de los altares.

La localización central de los adoratorios en los patios permite visualizar que los rituales no eran en esta comunidad actividades restringidas a unos cuantos, sino que tenían espacios colectivos donde todos los integrantes del grupo doméstico podían participar. Los braseros que se encuentran dentro de los cuartos siempre están en la parte central, que además

cuenta con una entrada considerablemente más ancha (hasta 1.80 m) y con un interior más amplio que las habitaciones laterales; esto podría indicar que los cuartos laterales hubiesen sido utilizados como dormitorios, y la parte central estuviera destinada para realizar actividades participativas, incluyendo las rituales. Si por alguna razón esas actividades tenían lugar bajo techo, había ahí suficiente espacio para que los miembros del grupo doméstico pudiesen integrarse a ellas.

Considerando lo detallado de la información que Tetimpa ha proporcionado, un problema enigmático es la mínima evidencia referente a las áreas de desecho. Hasta ahora no hemos encontrado entierros que correspondan a esta temporalidad; los que se han excavado son de Tetimpa temprano, y el único resto humano de Tetimpa tardío corresponde a un cráneo colocado bajo uno de los altares. Puesto que casi no hay evidencia de reparaciones o remodelaciones en los edificios, uno puede sospechar que la ocupación de Tetimpa tardío fue tan breve que no hubiese muerto mucha gente durante este periodo. ¿Pero nadie? Podría plantearse que el patrón funerario hubiera cambiado de residencial a cementerios comunes, pero en otros lugares de Mesoamérica el proceso que se registra es inverso, de cementerios a entierros bajo las casas conforme se va incrementando la definición y formalización de la unidad doméstica (Whalen, 1988:267), por lo

cual pensamos que los tetimpeños dispusieron de sus difuntos en maneras que todavía no hemos logrado identificar.

Otro punto es que, si esto representa un periodo corto, es evidente que hubo tiempo suficiente para el exhaustivo reciclaje de vasijas. Este reciclaje podría explicar, en parte, por qué prácticamente no tenemos basureros, ni en los conjuntos ni en sus alrededores, pues hay muchos cuellos de ollas utilizados para formar los hogares, para servir como bases para otras vasijas, como soportes para apoyar recipientes, para recibir el grano que salía de los cuexcomates, como respiraderos de estos graneros, o incluso para formar pequeños drenajes en las esquinas de las plataformas basales. ¿Pero dónde quedaron los cuerpos de todas esas ollas? Esta carencia de depósitos de basura inicialmente nos pareció problemática, considerando que la mayoría del desecho orgánico resultante de la preparación y consumo de alimentos se hubiese utilizado como fertilizante en los campos agrícolas circundantes, se esperaría por lo menos encontrar algunas áreas destinadas a colocar los desechos sólidos. Sin embargo, los datos de Tetimpa no resultan extraños si los comparamos con los obtenidos en investigaciones etnoarqueológicas.

Con base en estudios actuales de la Sierra de los Tuxtles, en el sur de Veracruz, Killion (1992b: 125-131) reporta un modelo que denomina "casa-lote" para las unidades residenciales, que bien puede encontrar un paralelo con lo documentado en Tetimpa. Su modelo consta de cuatro componentes: el núcleo estructural, el área limpia, el área intermedia y el área de jardín.

- El núcleo estructural corresponde a los edificios principales —dormitorio, cocina, y en ocasiones almacenamiento—; normalmente está delimitado por una barda o por la construcción de una plataforma, y las áreas de cocina y dormitorio suelen encontrarse segregadas; aunque el núcleo se conserva aseado en sus afueras inmediatas, hay áreas de dese-

cho provisional de materiales que pueden ser reciclados o que están en espera de ser descartados en lugares más alejados.

- El área limpia es un espacio vacío de tierra bien compactada, que rodea el exterior de las estructuras del núcleo y funge como un patio; en él se encuentran zonas que se mantienen limpias y donde se desarrollan actividades recreativas y de culto, así como tareas que se inician o terminan fuera de la unidad habitacional, como preparación de herramientas agrícolas, arreglo de bultos para transportarlos, o almacenaje temporal de artículos que serán trasladados a otros lugares, pero también hay dentro del patio zonas segregadas, ocultas a la vista pública y con menos mantenimiento y limpieza que las anteriores, destinadas a actividades diversificadas como artesanía de escala menor, procesamiento de comida, socialización y entretenimiento.
- El área intermedia se ubica a lo largo de la periferia del área limpia, y en ella hay depósitos dispersos de basura, donde continuamente se hacen fuegos para concentrar esos desechos y reducir el volumen de restos orgánicos.
- El área de jardín contiene cultivos variados, incluso árboles, y en ella se desechan desperdicios mayores en forma provisional o permanente, o la basura mayor se lleva a lugares ajenos al lote que conforma la propiedad, como arroyos o tierras baldías.

En Tetimpa, el núcleo estructural y el área limpia son una continuación donde el patio está perfectamente integrado dentro del núcleo, y de hecho la plataforma basal comprende a ambos espacios y los convierte en una unidad. Una de las diferencias que encontramos con los datos de Killion es que las actividades que tienen lugar en el patio no están segregadas, ni tampoco están ocultas a la vista del público; por el contrario, tanto las áreas de culto como las de procesamiento y cocción compar-

ten el mismo espacio, que a la vez son el punto visual para el visitante. Esto hace que las zonas, donde depositan desecho provisional, formen parte del conjunto mismo en la parte anterior del patio, junto a los cuexcomates a la entrada de la plataforma.

En cuanto al área intermedia que rodea a los conjuntos, suele ser muy pequeña, ya que los surcos de cultivo colindan prácticamente con la plataforma basal, pero es justo entre ambos que pueden encontrarse concentraciones menores de desperdicios, no propiamente basureros, sino depósitos superficiales con pocos desechos sólidos pero con alto contenido de ceniza y carbón, que parecen corresponder a lugares donde se quemaban materiales orgánicos y se tiraban algunos pocos objetos inservibles. Esto es curioso, porque Killion (1992:136) menciona que entre menor sea el área intermedia, es más común que haya grandes pilas de basura en ella, pero este patrón no se cumple en Tetimpa, ya que las áreas intermedias presentan reducidas cantidades de desecho y también son escasas.

Los campos que rodean las casas aún no han sido explorados de manera sistemática; sin embargo, hemos tenido la oportunidad de observar grandes extensiones descubiertas por el tras-cavo, que parece que tampoco contuvieron depósitos importantes de desperdicios; no obstante, el pie de monte del Popocatepetl tiene una orografía bastante irregular, surcada de pequeñas barrancas, por lo que es muy probable que haya sido el lugar donde los pobladores y la vecindad de Tetimpa se hubiesen desecho de la mayoría de su basura.

El amplio tamaño de los patios en Tetimpa sugiere una dedicación importante de los pobladores a sus parcelas circundantes, ya que en los estudios etnoarqueológicos se han encontrado que, entre mayores sean las áreas limpias, mayor es la intervención del grupo doméstico en sus cultivos inmediatos, mientras que los que dan más énfasis a la producción en campos fuera del asentamiento suelen tener un área lim-

pia menor, pues mucho del trabajo se lleva a cabo en pequeños cobertizos que tienen en los sembradíos (Killion, 1992:132). También se reporta que las áreas intermedias son mayores cuando los campos de alrededor son cultivados con menor intensidad (Killion, 1992:136), y menores cuando el cultivo es más intenso, como en Tetimpa.

Comentarios finales

La distribución arquitectónica de actividades puede considerarse en un sentido semiótico como una consecuencia, entre otros factores, de convenciones culturales codificadas (Sanders, 1990:46). En Tetimpa, los espacios arquitectónicamente creados y las actividades en ellos permiten identificar dos niveles generales de segmentación. Por una parte, las divisiones entre un conjunto doméstico y otro están bien establecidas, no sólo por el uso de plataformas basales que enmarcan nítidamente el área correspondiente a cada conjunto, sino también por las parcelas que separan uno de otro y les convierten en entidades independientes. Este patrón arquitectónico divide tajantemente el área propia del grupo familiar de lo ajeno, delimitando el "territorio" particular de cada grupo doméstico y confiriendo un carácter privado a cada conjunto, ya que el cultivo funciona como una zona amortiguadora entre ellos.

A nivel interno las unidades habitacionales comparten un diseño que a su vez está jerarquizado en tres niveles distintos de utilización espacial, con diversos grados de privacidad: 1) algunos espacios segregados están definidos claramente para actividades específicas y probablemente utilizados mayoritariamente por un género, como las cocinas separadas; 2) otros espacios son destinados, pero no exclusivamente, a funciones particulares, como serían los cuartos que rodean al patio, en los que pueden notarse diferencias entre los laterales y el central, y entre ambos y los espacios de esquina que sirven para almacenamiento, y 3) el propio patio se utiliza como un espacio comunal multifuncional.

La organización del espacio y la circulación definida por la arquitectura proveen una escala de privacidad que va aumentando conforme se entra al conjunto. Las unidades habitacionales no están totalmente cerradas; tampoco su acceso está protegido, sino más bien delimitado, ya sea por la existencia de escaleras en las plataformas basales y/o por la distribución lateral de los cuexcomates, permitiendo a los integrantes del grupo doméstico estar conscientes de quiénes entran al conjunto, y a la vez proporciona al visitante una visión que se enfoca libremente hacia el patio, el altar y el cuarto atrás de él con su entrada grande, en tanto que la visibilidad hacia los cuartos laterales y los cuartos de esquina posteriores es más restringida. Así, el arreglo dificulta un acceso visual a las áreas de uso más privado, dirigiendo la atención a las áreas colectivas, principalmente al patio.

Este patio cuenta con una división interna; aunque la arquitectura crea fronteras en espacios que por lo demás no están delimitados, el propio uso del espacio funciona también como un medio para organizar áreas que arquitectónicamente no se encuentran separadas (Kent, 1990a:2). Los patios están definidos por la nivelación de su superficie y por las construcciones a su alrededor; son escenario de acciones múltiples, algunas con espacios fijos constantes, y otras menos formalizadas en cuanto a su ubicación precisa, pero que mantienen patrones generales. Pensamos que esta diversidad de actividades en el patio comunal resulta clave para tratar de entender la organización social de Tetimpa. Las tareas que se documentan en esta área no son totalmente neutras, si consideramos que la preparación de alimentos (molienda y cocción) fuera —como lo ha sido tradicionalmente en Mesoamérica— función de las mujeres, y si puede sostenerse el argumento de continuidad cultural con Tetimpa temprano en el sentido de que la asociación de braseros con hombres en los entierros de ese periodo indicara que los braseros encontrados en o alrededor de los altares de Tetimpa tardío hablarían de una actividad por lo menos presi-

da por sujetos masculinos. Simultáneamente, el uso de algunos de los espacios sugiere su utilización para ambos sexos, como los cuexcomates, de los que las mujeres tendrían que sacar el grano, pero bajo los cuales se guardaban artefactos de labores más bien varoniles, como los instrumentos para talla y lasqueo de piedra.

Aun cuando el número y tamaño de los cuartos varía, el patio, el sistema de circulación dentro del mismo que siempre conduce al cuarto mayor —que es a la vez más público que los cuartos laterales—, la colocación central de los altares y la dirección de estos últimos —que dan frente a la entrada y la espalda a la plataforma principal— son constantes, constituyendo características compartidas alrededor de las cuales puede variar el arreglo de las acciones que se realizaban. La diversidad de esas tareas representadas en el patio no tiene mucho sentido si se visualizan como independientes y con una connotación meramente funcional; sería diferente si se les considera como parte de un sistema de actividades conceptualmente articuladas y relacionadas con la sobrevivencia de grupos agrícolas: así el espacio establece un punto que es el centro donde se encuentra el adoratorio, en el que se invoca a las deidades que proveen el mantenimiento —incluso los dioses de los volcanes están fuertemente relacionados con las nubes y la lluvia (Plunket y Uruñuela, 1998)—, y en sus alrededores inmediatos se desempeñan las acciones vinculadas a ese mantenimiento, como serían el almacenaje y procesamiento de alimentos, así como su consumo.

Amos Rapoport (1990:13) menciona que el uso del espacio está relacionado con tres tipos de factores: elementos fijos, semifijos y no fijos —la propia gente con sus actividades y comportamiento—; los tres guían la conducta a desarrollar, y de hecho el mismo espacio puede usarse como diversos escenarios, dependiendo de los elementos semifijos y de la gente, y como no tenemos la gente, los elementos semifijos se vuelven cruciales para tratar de entender la conducta que tenía lugar en estos espacios. En

los patios de Tetimpa tardío los elementos fijos corresponden a los edificios que circundan el patio, a la superficie plana que lo conforma, a los altares, los hogares exteriores y los cuexcomates; los elementos semifijos estarían formados por los metates, las vasijas y los braseros. Sin embargo, Rapoport (1990:18) atinadamente también arguye que las actividades no sólo se organizan en espacio, sino además en diversos ritmos y tiempos. En este sentido, es interesante que los patios de Tetimpa hayan quedado sellados guardando el registro preciso de las últimas actividades que en ellos se efectuaron, y que no son las mismas en todas las casas. Así, por ejemplo, en la Operación 13 el metate y las vasijas se encuentran recargados contra las plataformas, indicando que no estaban en uso, en tanto que el brasero que contiene carbón está en el adoratorio, sugiriendo que se empleó justo antes de que se decidiera abandonar el lugar. En cambio, en la Operación 11 el metate está colocado en su lugar de uso, y las cazuelas se encuentran junto al hogar exterior. Las diferencias de si están en uso o no los elementos semifijos son las que aluden a las últimas actividades que se desarrollaron en esos escenarios y, por ende, quizá representan momentos distintos de abandono de las casas, en términos de horas o de días. El culto a los volcanes deja ver que el Popocatepetl estaba activo en esos tiempos y que la población estaba consciente de que eso implicaba peligro, pero los indicadores específicos que les hicieron huir antes de la erupción aparentemente no causaron una respuesta simultánea; más bien los diferentes grupos habrían ido saliendo según su apreciación de la peligrosidad, ya que es claro que el abandono se efectuó con tiempo suficiente para que la población se mudara a otras comunidades, pues por lo menos hasta el momento no hemos encontrado rastro alguno de individuos muertos por la erupción.

Por otro lado, ignoramos la composición de la organización sociopolítica precisa de Tetimpa tardío. No obstante se han propuesto interesantes modelos transculturales que muestran una relación entre complejidad sociopolítica y el

grado de segmentación en el uso de los espacios (Kent, 1990b), sentimos que es un tanto aventurado tratar de aplicarlos aquí, puesto que la combinación de las condiciones especiales del sitio y el tipo de trabajo de rescate que hemos efectuado ha resultado en más información a niveles detallados y menos en cuanto al conocimiento global del asentamiento. Hasta la fecha no se han detectado áreas o edificios públicos, lo cual no implica que no los haya; al contrario, la uniformidad patente en los patrones de las unidades habitacionales es reflejo de una cosmovisión compartida que requiere de mecanismos de comunicación, que en un asentamiento de este tamaño y dado el aislamiento de cada conjunto habitacional debieron haber tenido lugar en espacios y actividades comunitarios que desafortunadamente no hemos localizado; de hecho, la propia construcción de las casas es difícil que fuera producto sólo de los miembros de la familia nuclear, y probablemente debieron haber participado en ella otros parientes u otros miembros de la aldea, quizá en procesos de reciprocidad semejantes a los que se han reportado etnográficamente para comunidades actuales mesoamericanas (Wilk, 1990:37; Wilk, 1991:188-189). Sin embargo, sí hemos documentado distinciones entre las unidades habitacionales que sugieren riqueza diferencial en la comunidad, y dentro de ellas hemos identificado también algunas pocas actividades que podrían atribuirse a sexos distintos, aunque no hay sectores obvios exclusivos o restrictivos de un género. Diferencias en los roles por edades no las tenemos en los propios materiales de Tetimpa tardío, pero en Tetimpa temprano, en donde sí contamos con entierros, esas diferencias se manifiestan en el hecho de que a los adultos se les enterraba dentro de las plataformas de los cuartos, en tanto que los infantes y adolescentes eran inhumados en los patios.

Varios autores coinciden en que las variables más importantes que influyen en la interacción entre arquitectura y uso del espacio son algunos componentes culturales, aunque difieren en su selección de precisamente cuál de los com-

ponentes ejerce mayor peso (Kent, 1990a:2). En el caso que aquí nos ocupa, no pensamos que sea un problema efectuar esa selección, puesto que los patrones que detectamos podrían vincular tanto cuestiones simbólicas como económicas y de organización familiar. Los datos de Tetimpa tardío sugieren que, aunque éste era un asentamiento donde el sentido de pertenencia a la comunidad y de identidad étnica está bien reflejado en los patrones organizacionales compartidos, también era una sociedad muy centrada en la organización familiar, como algunas aldeas actuales con agricultura de subsistencia, donde la economía doméstica se caracteriza por reciprocidad generalizada (Wilk, 1990:39), ya que la localización y distribución de las actividades estaba diseñada armónicamente para permitir y estimular la comunicación constante y la participación comunal en cada aspecto de la vida doméstica, desde las labores agrícolas que se realizaban en las cercanías inmediatas, pasando por las tareas cotidianas de preparación e ingesta de alimentos, hasta los ritos de propiciación.

Agradecimientos

La realización del Proyecto Tetimpa ha sido posible mediante la autorización y el apoyo del Consejo de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia, así como el financiamiento proporcionado por la Universidad de las Américas-Puebla, la Fundación para Investigaciones Mesoamericanas y el Sistema Regional Ignacio Zaragoza.

b i b i o g r a f í a

- D'Aubetterre, María Eugenia
1997. "Patrones de residencia postmatrimonial: acumulación de recursos y nuclearización de grupos domésticos de una comunidad de migrantes", conferencia presentada en el coloquio *Caminos de la Antropología*, Cholula, Puebla, Universidad de las Américas-Puebla.
- Delgado, Hugo, G. Carrasco, P. Cervantes, R. Cortés y R. Molinero
1995. "Patrones de viento en la región del Volcán Popocatepetl y Ciudad de México", en *Volcán Popocatepetl, Estudios realizados durante la Crisis de 1994-1995*, México, CENAPRED-UNAM, pp. 295-324.
- Drennan, Robert
1988. "Household location and compact versus dispersed settlement in prehispanic Mesoamerica", en R. R. Wilk y W. Ashmore (eds.), *Household and Community in the Mesoamerican Past*, Albuquerque, University of New Mexico Press, pp. 273-293.
- Flannery, Kent V.
1976. "Analysis on the household level", en K. V. Flannery (eds.), *The Early Mesoamerican Village*, Nueva York, Academic Press, pp. 13-16.
- Flannery, Kent y Marcus C. Winter
1976. "Analyzing household activities", en K. V. Flannery (eds.), *The Early Mesoamerican Village*, Nueva York, Academic Press, pp. 34-47.
- García Cook, Ángel
1981. "The historical importance of Tlaxcala in the cultural development of the central highlands", en J. A. Sabloff (eds.), *Archaeology, Handbook of Middle American Indians, Supplement I*, Austin, University of Texas Press, pp. 244-276.
- Kent, Susan
1990a. "Activity areas and architecture: an interdisciplinary view of the relationship between use of space and domestic

- built environments”, en S. Kent (ed.), *Domestic Architecture and the Use of Space: An Interdisciplinary Cross-cultural Study*, Cambridge, Cambridge University Press, pp.1-8.
- 1990b. “A cross-cultural study of segmentation, architecture, and the use of space”, en S. Kent (ed.), *Domestic Architecture and the Use of Space: An Interdisciplinary Cross-cultural Study*, Cambridge, Cambridge University Press, pp.127-152.
- Killion, Thomas W.
1992. “The archaeology of settlement agriculture”, en T. W. Killion (ed.), *Gardens of Prehistory: The Archaeology of Settlement Agriculture in Greater Mesoamerica*, Tuscaloosa, The University of Alabama Press, pp. 1-13.
- López, Diana y Daniel Molina
1986. “Unidades habitacionales prehispánicas en Puebla y Tlaxcala”, en L. Manzanilla (ed.), *Unidades Habitacionales Mesoamericanas y sus Áreas de Actividad*, México, UNAM, pp. 257-277.
- MacNeish, Richard
1981. “Tehuacan's accomplishments”, en J. A. Sabloff (ed.), *Archaeology, Handbook of Middle American Indians, Supplement I*, Austin, University of Texas Press, pp. 31-47.
- Manzanilla, Linda (ed.)
1986. *Unidades Habitacionales Mesoamericanas y sus Áreas de Actividad*, México, UNAM.
1990. “Niveles de análisis en el estudio de unidades habitacionales”, en *Revista Española de Antropología Americana*, núm. 20, Madrid, Universidad Complutense, pp. 9-18.
- Pérez Campa, Mario
1998. “La estela de Cuicuilco”, en *Arqueología Mexicana*, vol. V, núm. 30, México, INAH/Editorial Raíces, p. 37.
- Plunket, Patricia y Gabriela Uruñuela s.f. “Preclassic household patterns preserved under volcanic ash at Tetimpa, Puebla, Mexico”, en *Latin American Antiquity*, Washington, D.C., Society for American Archaeology (en prensa).
1998. “Appeasing the volcano gods”, en *Archaeology*, vol. 51, núm. 4, Nueva York, The Archaeological Institute of America, pp. 36-42.
- Rapoport, Amos
1990. “Systems of activities and systems of settings”, en S. Kent (ed.), *Domestic Architecture and the Use of Space: An Interdisciplinary Cross-cultural Study*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 9-20.
- Sanders, Donald
1990. “Behavioral conventions and archaeology: methods for the analysis of ancient architecture”, en S. Kent (ed.), *Domestic Architecture and the Use of Space: An Interdisciplinary Cross-cultural Study*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 43-72.
- Sanders, William T. y Thomas W. Killion
1992. “Factors affecting settlement agriculture in the ethnographic and historic record of Mesoamerica”, en T. W. Killion (ed.), *Gardens of Prehistory: The Archaeology of Settlement Agriculture in Greater Mesoamerica*, Tuscaloosa, The University of Alabama Press, pp. 14-31.
- Santley, Robert S.
1992. “A consideration of the olmec phenomenon in the Tuxtlas: Early Formative settlement pattern, land use, and refuse disposal at Maticapan, Veracruz”, en T. W. Killion (ed.), *Gardens of Prehistory: The Archaeology of Settlement Agriculture in Greater Mesoamerica*, Tuscaloosa, The University of Alabama Press, pp. 150-183.
- Sheets, Payson D. (ed.)
1983. *Archaeology and Vulcanism in Central*

America: The Zapotitlán Valley of El Salvador, Austin, University of Texas Press.

• Soruco, Enrique

1991. "Una cueva ceremonial en Teotihuacan y sus implicaciones astronómicas religiosas", en J. Broda, S. Iwaniszewski y L. Maupomé (eds.), *Arqueoastronomía y Etnoastronomía en México*, México, UNAM, pp. 291-296.

• Whalen, Michael E.

1988. "House and household in Formative Oaxaca", en R. R. Wilk y W. Ashmore (eds.), *Household and Community in the Mesoamerican Past*, Albuquerque, University of New Mexico Press, pp. 249-272.

• Wilk, Richard R.

1990. "The built environment and consumer decisions", en S. Kent (ed.), *Domestic Architecture and the Use of Space: An Interdisciplinary Cross-cultural Study*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 34-42.

1991. *Household Ecology: Economic Change and Domestic Life among the Kekchi Maya in Belize*, Tucson, The University of Arizona Press.

• Winter, Marcus

1976. "The archaeological household cluster in the valley of Oaxaca", en K. V. Flannery (ed.), *The Early Mesoamerican Village*, Nueva York, Academic Press, pp. 25-31.

• Zier, Christian J.

1992. "Intensive raised-field agriculture in a posteruption environment, El Salvador", en T. W. Killion (ed.), *Gardens of Prehistory: The Archaeology of Settlement Agriculture in Greater Mesoamerica*, Tuscaloosa, The University of Alabama Press, pp. 217-233.

*Fernando López Aguilar, Laura Solar Valverde
y Rodrigo Vilanova de Allende**

El Valle del Mezquital. Encrucijadas en la historia de los asentamientos humanos en un espacio discontinuo

—¿Y qué han encontrado?

—Pues nada.

Pensó un poco y afirmó:

—Seguramente son teóricos. Traen alguna teoría...

Está bien, por algo se empieza.

*Carmen Guerrero,
San Bartolo Ozocalpan, Valle del Mezquital*

I

Villaseñor y Sánchez, en el *Theatro Americano* (1746) fue, tal vez, uno de los primeros en usar el término Mezquital para referirse a la vieja *Teotlalpan*: “_ está situada [Ixmiquilpan] al Norte, quarta al nordest respecto de México, de donde dista veinte leguas a la entrada del Mezquital en donde escasea su caudal la república de las Nubes” (Villaseñor y Sánchez, 1952:139). Desde entonces, la definición del Valle del Mezquital ha sido ambigua debido a la amplitud de su carácter histórico, cultural, político y fisiográfico, y los investigadores lo han delimitado en función de su propia problemática de investigación. Desde nuestra perspectiva, se demarca por una serie de elevaciones hacia el norte y este que lo separan de las llanuras y sierras de Querétaro e Hidalgo, y hacia el sur y oeste, por los parteaguas de la Cuenca de México y el valle de Toluca, y equivale a la cuenca alta de los ríos Tula-Moctezuma (López Aguilar, 1997:13-26).

Por tratarse de un área topográficamente demarcada y contemplar en su interior una amplia diversidad de ambientes que varían de zonas montañosas, escarpes profundos y cañadas, hasta la formación de subcuencas y valles pequeños, existen comunidades ecológicas particulares adaptadas a las condiciones locales (González Quintero, 1968).

* Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH).



● Fig. 1 Valle del Mezquital

Al abarcar una fracción de los actuales estados de Hidalgo, México y Querétaro, el Valle del Mezquital forma parte del límite septentrional del Altiplano Central (fig.1). Su posición en el vasto territorio mexicano ha sido un factor importante en el devenir histórico de sus pueblos y ha impregnado en ellos características sociales y respuestas culturales específicas.

No es difícil imaginar que en ciertos aspectos el desarrollo cultural de los grupos humanos que se asentaron en esta área fuera ajeno a lo que, a partir del concepto "Mesoamérica", se maneja para caracterizar al tiempo prehispánico. De ahí que se le haya visto como extraño a la historia de las grandes manifestaciones culturales del centro de México y otras áreas. Esto último le ha reservado una postura que queda parcialmente comprendida dentro de la fluctuante "Mesoamérica Marginal".¹

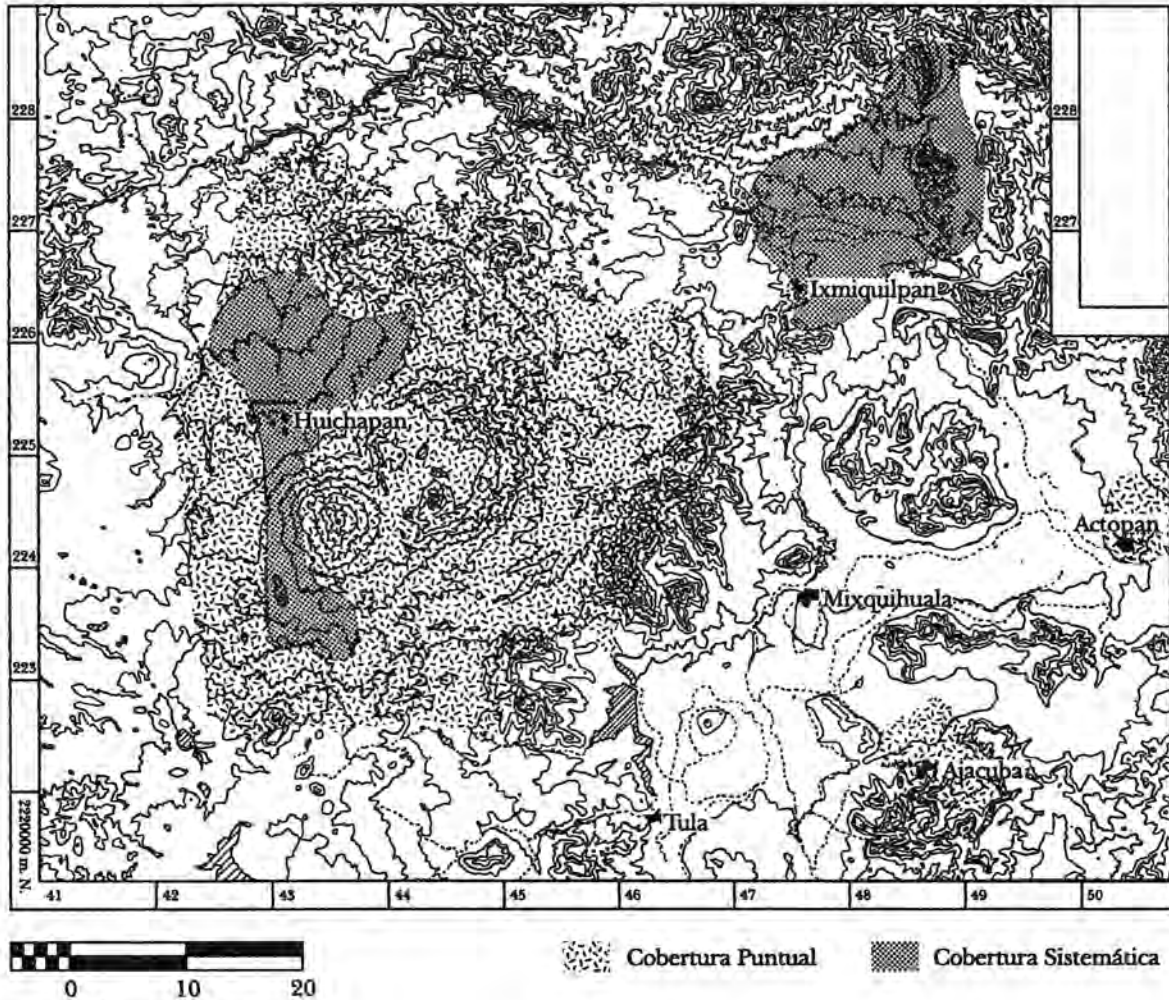
¹ A partir de la definición de Mesoamérica por Paul Kirchhoff (1943) y de la posterior propuesta de su límite septentrional como una línea fluctuante (Armillas, 1964), se conoce a la franja comprendida entre los puntos de máxima expansión y contracción como "Mesoamérica Marginal" (Braniff, 1974). Este término se sigue utilizando, a pesar de que Braniff ha reconocido lo impropio de la noción de marginalidad "pues incluye conceptos de retraso cultural" (Braniff, 1994: 115). Nosotros disentimos de su uso, además, por la relación centro-periferia que implica, con un núcleo unívoco.

Sin embargo, la localización del Valle también le asignó un papel de gran importancia que discretamente permaneció a lo largo de los siglos. Justamente es la condición fronteriza la que incluye a nuestra región en un contorno que reafirma la distancia entre unos grupos y otros, y a la vez su existencia. Ése es precisamente el papel que jugó el Mezquital en el pasado, como espacio social que difusamente penetró en los extremos... fue propio y ajeno. A nivel de presencia material, es lo teotihuacano, lo tolteca, lo mexicana, pero además es lo coyotlatelco, el Bajío, la intrusión chichimeca, Occidente, y es también particular y distinto en sus manifestaciones locales que igualmente se mueven y transforman.

Las diferentes propuestas de investigación para acercarnos a la comprensión del Mezquital, cuyas bases teórico metodológicas se han enriquecido y transformado (López Aguilar, 1994a; 1994b; López Aguilar *et al.*, 1988; López Aguilar [coord.], 1994; López Aguilar y Viart, 1993; López Aguilar y Bali, 1995),² se dirigen hacia la identificación de dinámicas e interacciones entre los grupos que ahí se asentaron, en un ámbito que considera crucial las fronteras espacio-temporales que se crearon entre ellos.

Los alcances de la noción frontera y su importancia para comprender la dinámica de las sociedades en el pasado, han sido ampliamente discutidos (Renfrew y Level, 1979; Brambila, 1996; López Aguilar y Bali, 1995; Raffestain, 1986). Desde nuestra perspectiva, se trata de un espacio —dimensional que se construye a partir de la interacción de entidades distintas, conformadas con una personalidad, dinámica y

² Al principio la investigación se realizaba desde la perspectiva teórica de la arqueología social, caracterizada por su determinismo, monismo metodológico y una epistemología dura asociada con el positivismo lógico. A fuerza de la confrontación con una realidad antropológica compleja y multideterminada se percibieron sus limitaciones para formular una interpretación coherente, de manera que ahora se exploran las alternativas derivadas de las ciencias de la complejidad y de las visiones pospositivistas y antipositivistas de la filosofía de la ciencia: el que se conozca algo mil veces no va a cambiarlo, mientras no se conozca de una manera distinta.



© Fig. 2 Área recorrida

trayectoria propias que no representan la periferia de un centro (Ibáñez, 1993), sino el lugar de comunicación e intercambio entre diversidades. Así, el espacio no es sinónimo de territorio, aunque los procesos de intercambio y comunicación pueden reflejarse en él; además puede haber fronteras internas y externas en función de las trayectorias estables, semiestables e inestables de los componentes del tejido social, que conforman sus parámetros dimensionales, siempre cambiantes en series de tiempo (López Aguilar y Bali, 1995).

Nuestra necesidad no es la de establecer cuál es la normalidad de un sistema (*i.e.* el estadio promedio) y proceder a hacer predicciones con base en esta terriblemente estadística conser-

vación y tendencia del sistema a la “regularidad”, sino desarrollar nuevas opciones interpretativas. Así, al estudiar la historia de las transformaciones y evoluciones se manifiestan tendencias que se alejan del equilibrio (Allen *et al.*, 1996:39).³

³ Buscar el punto medio en un sistema complejo (como lo es una ciudad o el patrón de asentamiento) es encontrar un elemento del sistema (o, incluso, todo el sistema) en decadencia; una región en un punto crítico que ha sido “alcanzada” por la entropía, reduciendo sus interacciones a un nivel en el que toda observación o predicción se vuelven innecesarias. Prigogine afirma que un sistema cercano al equilibrio puede explicarse linealmente, mientras que “lejos del equilibrio, la situación cambia radicalmente: la no linealidad está acompañada de una variedad sorprendente de soluciones y comportamientos” (Prigogine, 1996:172).

El problema es, entonces, comprender la forma en que una trayectoria dinámica responde ordenadamente (al grado de ser explicable y definible) (Petitot, 1996:335-336), a partir del estudio de las situaciones límite en las que se haya encontrado (fronteras culturales, colapsos, crisis sociales, guerras, etcétera).

Durante trece años de trabajo en la región, en el intento de comprender la historia local, se ha llegado a una serie de resultados y se ha abierto un mundo de interrogantes, cuya reflexión nos obliga a observar este espacio a una escala que contempla las particularidades como partes integrantes de un complejo social que no conoció estrictos límites territoriales. La interpretación que aquí se presenta de una parte de la historia regional es resultado de una lectura que integra la evidencia arqueológica, los testimonios históricos y etnográficos y la aplicación de modelos derivados de las teorías de la complejidad.

II

Entre otras, una de las posibilidades de acercamiento a esta historia la ha proporcionado el reconocimiento integral de superficie que actualmente rebasa los 600 km² de terreno cubierto sistemáticamente (fig. 2) y los 1 500 km² de áreas parcialmente cubiertas, cuya selección ha correspondido a búsquedas específicas de acuerdo con alguna problemática particular. Para la primera estrategia se ha desarrollado una variante de la cobertura total, parcela por parcela, y para la segunda, se han hecho análisis previos para definir áreas potenciales a las que se ha accedido de manera puntual.⁴ La prospección arqueológica de esta forma, ha resultado en nuestro acercamiento a la distribución de los asentamientos humanos en el pasado a partir de la localización de sitios, desde aquellos

⁴ La definición de áreas potenciales se realiza integrando múltiples variables. En las cartográficas se sobreponen las unidades edáficas, geológicas, hídricas y climáticas propicias a la agricultura o al desarrollo de algún asentamiento humano; sobre ellas se realiza la fotointerpretación y se complementa con la recopilación de testimonios etnográficos locales por medio de entrevistas.

que se expresan de manera aislada y discreta en el terreno, hasta los que contemplan la existencia de unidades arquitectónicas y comunidades extensas distribuidas en torno a ellos.

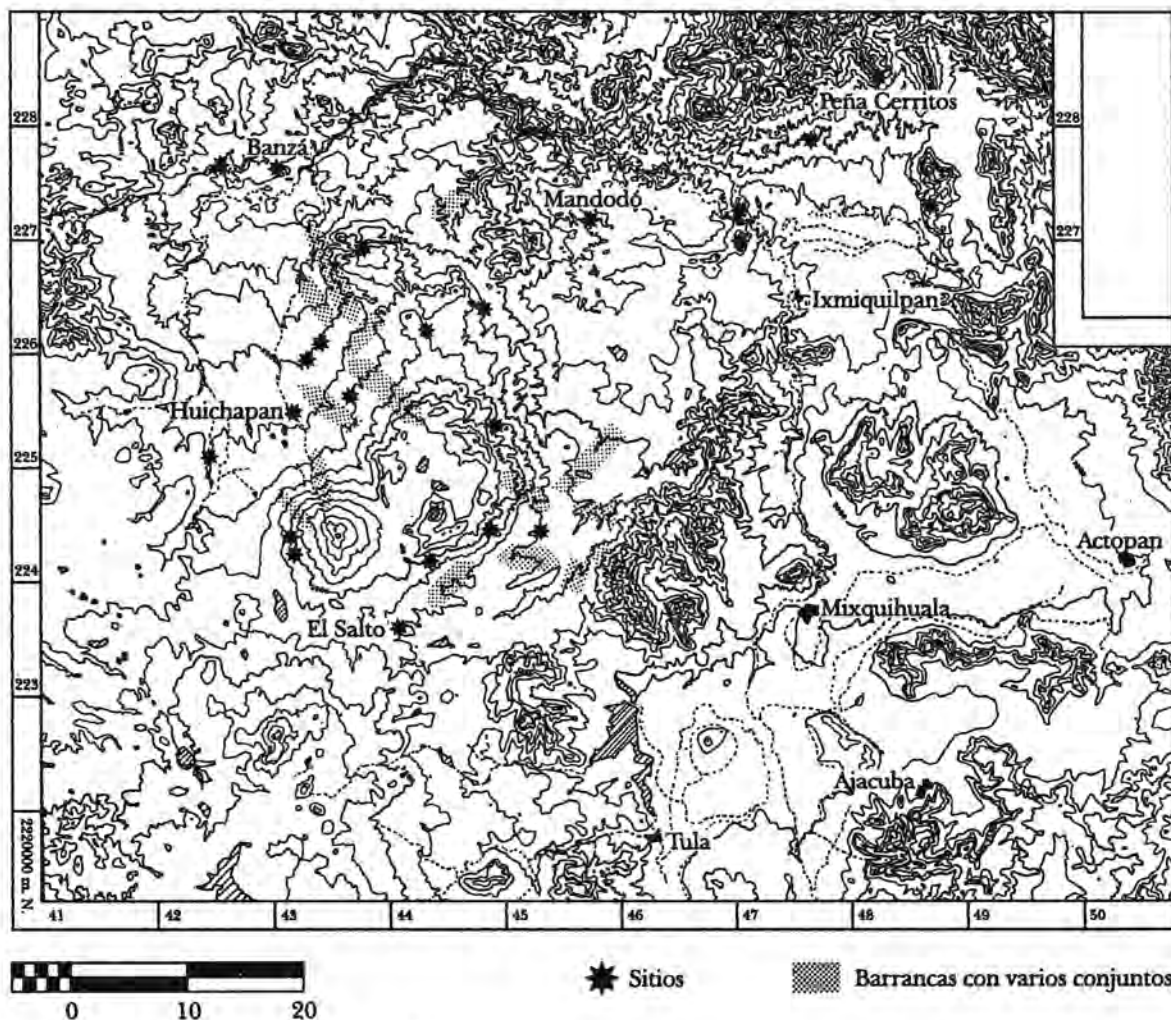
Se ha puesto énfasis en esta herramienta de la investigación arqueológica obedeciendo a una estrategia de acercamiento regional y a la necesidad de muestrear la diversidad social a distintas escalas, lo que además permite la detección de anomalías dentro del comportamiento general.

La designación de pertenencia a una filiación específica para situar relativamente a un asentamiento en el espacio y el tiempo, parte de la aplicación de los principios *ante cuem/post cuem* (Barker, 1977:188-202) aplicados a la prospección, tomando en cuenta que hasta no conocer a fondo y mediante excavación los procesos específicos de formación y transformación de un contexto, no es factible establecer una correlación lineal entre una mayor abundancia relativa de tipos cerámicos con una cronología y una cultura determinadas. Sin negar el fenómeno migratorio como propiciatorio de ciertas transformaciones (de hecho la historia otomí a partir de su narración en las fuentes representa un proceso de este tipo), a los colapsos abruptos y a las presiones externas como generadoras de cambios, la adopción y adaptación de distintas tradiciones materiales puede en ocasiones entenderse como resultado de la paulatina modificación en el estilo de vida de un mismo grupo humano.

Nuestras reflexiones parten de una visión global y se fortalecen con los resultados obtenidos mediante la excavación de sitios y contextos clave para cada periodo y manifestación cultural. Los mapas de distribución representan esa primera aproximación a la conducta de los materiales en superficie.

III

El comportamiento de los sitios de filiación material del altiplano, con sus respectivas adaptaciones, en relación con la presencia de rasgos



● Fig. 3 Sitios y barrancas con pictografías

culturales provenientes de otras áreas y una serie de manifestaciones locales, interactuando en distintos niveles cronológicos y funcionales, desemboca en una múltiple conformación de espacios que sólo encuentra validez como resultado de un proceso social que debió iniciar temprano en la época prehispánica.

Se consideran como manifestaciones culturales más antiguas aquellas representadas por la recuperación fortuita de artefactos líticos identificados como paleoindios (hacia el área de Ixmiquilpan, Cardonal y Tecozautla, en el extremo norte del valle) y la existencia de sitios en abrigos rocosos, la mayoría de ellos con pintura rupestre. En los abrigos de Peña Cerritos,

Banzá, El Salto y Mandodó se distinguen, entre las manifestaciones pictóricas halladas en ellos, manos pintadas al negativo con pigmentos rojo y negro, y representaciones zoomorfas comunes en escenas de caza (figs. 3 y 4) (López Aguilar y Trinidad, 1987; López Aguilar y Fournier García, 1990). Este tipo de imágenes suele vincularse a grupos cazadores recolectores;⁵ sin embargo, su condición temporal es dudosa, debido a la escasez de material que podría ase-

⁵ Es interesante percibir que estos grupos "primitivos" no abandonaron su modo de vida sino hasta mucho tiempo después, incluso sucedida la Conquista española, con lo que se dio un extraño ámbito de interacción con grupos humanos sedentarios o semisedentarios, y se fueron relegando hacia el norte a medida que se estructuraban los asentamientos hispanos.



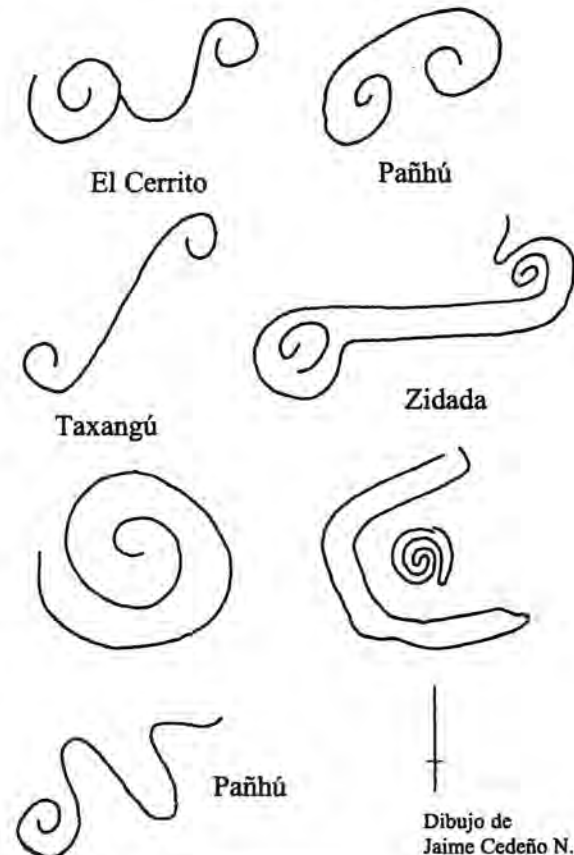
● Fig. 4 Sitio 246.
Abrigo Banzha,
Conjunto 3

gurarse prehistórico y a la ausencia de fechamientos que puedan asociarse directamente con estas representaciones. Aunado a esto, encontramos que los sitios en abrigos por lo general muestran una ocupación itinerante que contempla la reutilización del mismo espacio por sociedades ubicadas en planos culturales y temporales distintos, diferenciada en cierto modo por la transición entre el uso de cuevas como espacio doméstico y su más tardía revaloración exclusivamente como espacio sagrado y ritual.

Los sitios que podrían ser representativos de una ocupación por parte de grupos cazadores-recolectores traducen a nivel muy local el proceso de aprovechamiento de recursos. Se trata de yacimientos discretos de roca basáltica cuyas condiciones particulares constituyeron en el pasado un ambiente idóneo para la habitación estacional, pues están asociados con corrientes perennes que, en el pasado, abastecieron de agua al Valle. Una serie de abrigos, en ocasiones adaptados en su estructura natural para mejorar las condiciones de habitación, se concentran preferentemente en secciones que podrían describirse como en forma de herradura.

El material lítico fue ampliamente explotado, como lo demuestra la gran cantidad de lascas producto del desecho de talla y el abandono de objetos en proceso de manufactura o aparentemente terminados. Los elementos identificados varían en forma y función, y tienen una apariencia desde burda hasta muy elaborada. Es difícil analizar estos objetos de acuerdo con tipologías tradicionales, ya que puede observarse en algunos casos que la forma básica de

las herramientas y su acabado responden a las posibilidades del propio material. Se observa una constante reutilización de lascas, o una preparación de núcleos y extracción de lascas a partir de nódulos desprendidos aleatoriamente de la bóveda basáltica. El desprendimiento natural es común, a lo que se respondió con una explotación no sistemática basada en un proceso de selección y recolección de bloques superficiales (López Aguilar, en preparación).



● Fig. 5 Petroglifos en espiral s/e



● Fig. 6 Sitio No. 324. El Membrillo IX, Conjunto 1

La gran diversidad de técnicas empleadas y los motivos representados en la pintura mural que acompaña a los abrigos, se distribuyen en amplios paneles cuyo análisis nos lleva a intuir la presencia de población posiblemente anterior al Formativo. Las representaciones pictóricas al parecer se interrumpieron, o sufrieron pocas transformaciones, hacia la mitad del primer milenio después de Cristo, y fueron retomadas más tarde.

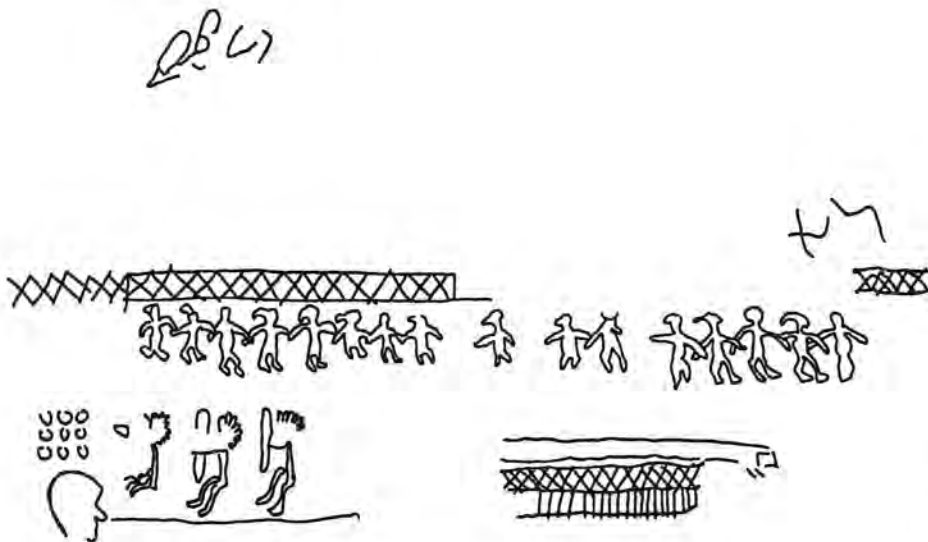
Aunque una de las muestras de ocupación amplia en el Valle del Mezquital la proporciona el estudio de la pintura rupestre registrada hasta ahora, la continuidad ocupacional es difícilmente rastreable por este medio. Para ciertos periodos la iconografía plasmada sobre roca permite una asociación cronológica indudable (tal es el caso de las épocas azteca y colonial), para otros, en especial para el Clásico, no existe evidencia o no ha sido detectada, quizá por el desconocimiento de los trazos locales comunes a este periodo o bien por una ausencia de actividad pictórica rupestre.

En contraste, es usual encontrar asociado a los sitios de ese momento (específicamente en los de filiación Xajay) representaciones en petro-

glifos. Su iconografía no comparte elementos realistas típicos de etapas posteriores, mucho menos un sistema basado en ideogramas, como ha sido el atribuido a grupos de filiación nahua, pero la simbología presente en el trabajo petroglífico sí se manifiesta esporádicamente en pintura rupestre. Se trata de complejos conjuntos de espirales y grecas que se distribuyen al parecer de manera aleatoria, generalmente en afloramientos rocosos aledaños a los sitios, formando así conjuntos mayores que rodean a los asentamientos monumentales de la época (fig. 5).

A nivel de pictografía, quizá como resultado de una expansión de población nahua hacia el área (a finales del primer milenio de nuestra era), emergieron símbolos y hubo un florecimiento ideográfico abundantemente representado en los conjuntos pictóricos del Valle del Mezquital. Para ese momento el espacio de representación se amplió, no limitándose a la existencia de abrigos, sino que se distribuyó en la mayor parte de las cañadas que descienden del antiguo volcán Hualtepec (fig. 3), donde los conjuntos registrados hasta ahora rebasan el ciento.⁶

⁶ En estos espacios, fuentes de agua y lugares de tránsito, el análisis de las pinturas está intentando integrar los conjuntos



● Fig. 7 Sitio No. 373. El Boye I, Conjunto 1

La mayoría de los motivos ha sido analizada a partir de un modelo comparativo de información etnohistórica y etnoarqueológica (Ochotoma, 1994), mediante el que se ha podido identificar de manera integral el discurso que subyace en varios de los conjuntos. Entre las escenas que destacan podemos mencionar aquella que resume la Conquista española (fig. 6); la representación de festividades que involucran danza y música (fig. 7); el Xocotlhuetzi (fig. 8), ceremonia dedicada a Otontecutli;⁷ el panteón otomí, con un claro culto al sol/padre y la luna/madre; la fauna y flora locales y los artículos (*i.e.* rodelas) que los pueblos de indios tributaban al imperio mexica durante su dominación.

Con el tiempo, la tradición pictórica rupestre en la zona transformó motivos y representó eventos distintos, reformando además un lenguaje cuya lectura incluye como parte fundamental el espacio físico.

con la idea de que toda una cañada constituye un mismo discurso, en dirección coincidente con el curso del agua, y no la suma de unidades aparentemente aisladas.

⁷ Estas escenas, a pesar de ser interpretadas por algunos autores (Viramontes, 1996:31) como "elementos pictóricos de recolectores cazadores", en realidad han sido ampliamente descritas en las fuentes históricas como parte del ritual otomí del Posclásico tardío.

IV

Una singularidad estuvo marcada entre los años 500 y 300 a.n.e., cuando sólo aparecen algunas trazas de las tradiciones Chupícuaro y Ticomán. Su presencia es trivial para comprender las dinámicas locales por su nula expresión en términos de asentamientos, aunque pudieron representar un ámbito de interacción entre los habitantes del valle y las regiones del Bajío y la Cuenca de México, respectivamente. Al menos eso parecen indicar las unidades de asentamiento de Tepeji del Río y de Cerro de la Cruz en San Juan del Río, como asentamientos ubicados en los confines de los atractores de los procesos dinámicos de intercambio (López Aguilar, 1994b; López Aguilar, 1998).

Poco tiempo después del inicio de nuestra era tuvo lugar una dinámica social importante. Paralelo al fortalecimiento del desarrollo teotihuacano en el centro de México, en la región noroeste del Mezquital se dio una reestructuración de los asentamientos humanos, tal vez como resultado de un proceso análogo al que para épocas posteriores narran las fuentes históricas sobre la fragmentación de un *altépetl*, a partir del desplazamiento de un grupo de linaje, la construcción de una idea de llegada y la sacralización de espacios para conformar una entidad autónoma (Schroeder, 1994).



El norte del valle comenzó a poblarse por grupos humanos provenientes, aparentemente, del norte del río San Juan y de la zona de Tequixquiapan (Santa Rosa Xajay y la Trinidad). Estos pobladores, que nombramos Xajay o Cultura de las Mesas, construyeron un ámbito circunscrito con vínculos hacia la zona del Bajío y con lo que más tarde se entendería como tradición cultural “coyotlatelco”: en sus circuitos de intercambio no disponían de los objetos y componentes instrumentales de la Cuenca de México, por ejemplo, obtenían la obsidiana de las fuentes locales y, cuando mucho, de Michoacán o trabajaron las materias primas disponibles en su territorio, como el basalto y el sílex para la manufactura de artefactos (López Aguilar, 1994).

Como complejo cerámico fue registrado por primera vez por Enrique Nalda (Nalda, 1975), pero en los recorridos efectuados entre 1988 y 1992 para cubrir el área poniente del Valle del Mezquital se detectaron cinco sitios mayores (Pañhú [Camino Caliente], Zethé [Agua Fría], Zidada [Nuestro Padre, Dios], Cerrito y Taxanghú [Casa Blanca]) (fig. 9) con una disposición de conjuntos arquitectónicos complejos, un patrón específico en la distribución habitacional y la creación de un estilo escultórico y cerámico propio; se identificaron su alcance territorial, los restos de unidades de vivienda, los antiguos terrenos de cultivo y su postura estratégica respecto a la explotación de recursos naturales.

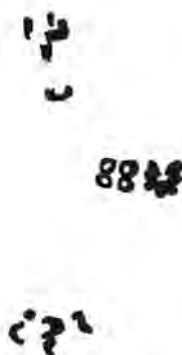


Fig. 8 Sitio No. 350. Mandodó Roca IV, Conjunto 2

A partir de esto se sabe que los Xajay se extendieron por la cuenca del Río San Juan y alcanzaron los actuales municipios de Tecozautla y Huichapan, en Hidalgo, y una fracción al sur de Querétaro. El desarrollo alcanzado por estos grupos es complejo y debe entenderse mediante una perspectiva particular y local muy ligada a las posibilidades ambientales, pues poblaron el semidesierto y aprovecharon especies como las yucas, nopales, mezquites, uña de gato (*xasni*) y garambuyos. Su agricultura se basaba en el cultivo de maíz (toluqueño), frijol y calabaza para la que aprovecharon los aluviones de los arroyos que en esa época tenían caudal permanente y que al parecer estaban cubiertos de ahuehetes en la parte del bosque de galería. Establecieron sus unidades domésticas en asociación con superficies terraceadas para retener el suelo y la humedad (López Aguilar y Morett, 1995).

Los conjuntos ceremoniales fueron ubicados en la cima de mesas orientadas al norte. Algunos autores⁸ defienden que esta elección responde a una estrategia defensiva. Por su ubicación cronológica y el uso del espacio arquitectónico observado a partir de las exploraciones arqueológicas, la localización y orientación de las es-

⁸ Algunos autores basados en consideraciones demasiado simplistas sobre los problemas de las fronteras, ya que uniformizan cronológicamente a sitios de temporalidades distintas y que proceden de tradiciones culturales diversas, carecen de cobertura en la prospección que les permita dar apoyo a sus prejuicios tomados de citas de autoridad, lo que constituye una falacia (ver por ejemplo: Viramontes, 1996).

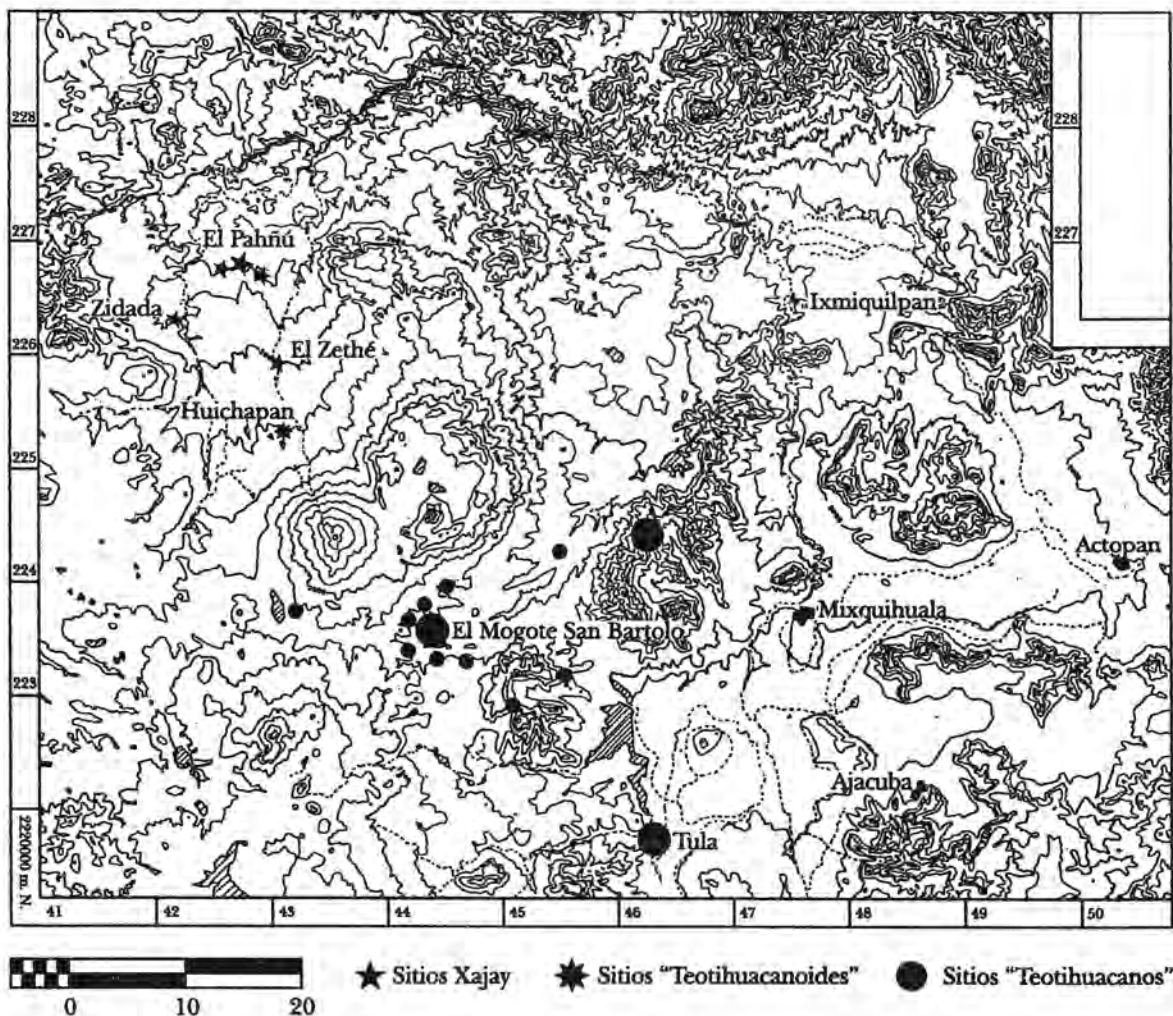
estructuras (Cedeño, 1997) responde a una sacralización del espacio ceremonial.

Los resultados obtenidos mediante la excavación de dos de ellos (El Pañhú, en Tecozautla y El Zethé, en Huichapan), permiten asegurar una ocupación continua que inicia hacia el siglo V de nuestra era y se extiende hasta el siglo X, durante el que fueron abandonados de manera paulatina.

Si un aspecto destaca de los sitios Xajay es que el conjunto funcionó de manera articulada (Morratt, 1996), desempeñando como unidad sus funciones y respuestas. Si bien se aprecia una ligera variación temporal en la construcción y

ocupación de los sitios, la somera jerarquización que asignaría mayor "importancia" a unos sobre otros, corresponde principalmente a la magnitud del espacio ceremonial y a la extensión total del área habitacional relacionada con cada uno de ellos, que puede deberse a diferencias locales de abundancia de recursos y terreno, y a la elección de un espacio privilegiado dentro de la generalidad de espacios disponibles, como es el caso de El Pañhú y Zidada, los más antiguos.

La capacidad de acción de cada uno de los sitios se sitúa, entonces, al mismo nivel, quizá contemplando una categorización zonal y no una escala donde un asentamiento se mani-



fiesta en poder, posibilidades, capacidad decisiva y dominante, por encima de los demás. Sólo destaca una diferencia: con excepción del Pañhú, que tuvo un patrón de asentamiento nucleado, los pobladores de los otros centros se encontraban dispersos sobre las planicies, debajo de las mesas donde se ubicaban los lugares de culto y ritual.

El tipo físico de los pobladores estaba vinculado con el de los habitantes del centro de México, mientras que entre los sacrificados, desmembrados para algún ritual y tal vez con huellas de canibalismo, había población foránea, posiblemente cazadores recolectores del norte, acaso de la Sierra Gorda. Entre ellos, los infantes mostraban mutilación dentaria del más clásico estilo teotihuacano (Hernández, 1997).

Pese a que arquitectónicamente las estructuras monumentales Xajay comparten ciertos rasgos con algunos centros contemporáneos, como es la adopción del talud —tablero o la distribución de los edificios en torno a una plaza, suponemos que no se trata de “oleadas de influencia” unilateral resultado de una incidencia determinante por parte de grupos foráneos y poco comprensible en el marco del conocimiento actual, sino que lo hemos interpretado como un recurso estilístico de la época para los espacios sacralizados, una mimesis comprensible en tanto se interpreta la existencia de una frontera teotihuacana— Xajay a lo largo del cerro Hualtepec.

Para profundizar en este sentido, es importante transportarnos al Valle del Marqués, en el municipio de Chapantongo, donde se percibe la expansión de grupos provenientes del Altiplano Central cuyos asentamientos muestran una clara filiación teotihuacana. Tal es el caso de El Mogote San Bartolo y el Cerrito Huizachal, que junto con Chingú y otros asentamientos localizados en el área de Ajacuba (López Aguilar [coord.], 1994), hacen suponer que los teotihuacanos se introdujeron al Valle del Mezquital desde el sur y el oriente hasta alcanzar las fértiles planicies pobladas entonces de bos-

ques de pino-encino que cubrían las laderas australes del cerro Hualtepec y que formaban parte de la cubierta boscosa del Valle del Mezquital que abarcaba prácticamente desde Chapantongo, Santa María del Pino, Tepetitlán, Macuá, Acaxuchitlán y llegaba hasta Jilotepec y Chiapa de Mota (López Aguilar [coord.], 1994).

Al parecer el proceso es tardío en relación con las fundaciones Xajay (tal vez *ca.* del año 300 d.n.e.) y se realizó desde Chingú, rodeando el cerro Moctezuma por el oriente hacia Tepetitlán, Chapantongo y el Huizachal, y por el occidente desde Macuá hasta San Bartolo y sus dependencias en Nopala. Más allá de este umbral, los teotihuacanos no tienen presencia en el Valle del Mezquital (fig. 9) y su avance norteño pudo estar acotado, tanto por variables internas a este sistema social, como por la presencia del desarrollo regional Xajay.

La relación entre los grupos Xajay y los asentamientos teotihuacanos norteños implicó un espacio social y un territorio fronterizo de interacción que al parecer fue excluyente (López Aguilar, 1997), pues no se encuentran evidencias materiales entre sus mutuos asentamientos, a pesar de ser contemporáneos y estar a no más de 30 km en línea recta. La única anomalía existente es la presencia de pequeños case-ríos con cerámica que ha sido llamada “teotihuacanoide” asentados en las cercanías de los manantiales de San José Atlán.

La distancia entre ellos era cultural con fundamento en la disparidad de historias, en donde los teotihuacanos formaban parte de las dependencias limítrofes de un sistema extenso, vertical, con asentamientos nucleados y atractores hacia la Cuenca de México, mientras que lo Xajay era un sistema poco jerarquizado y con atractores hacia el Bajío: se trataba de una amplificación por recursividad y reiteración, de un proceso insinuado 900 años antes.

Los sitios teotihuacanos fueron abandonados rápidamente, antes del año 500, mediante un proceso de desacralización que significó la ex-

tracción de los difuntos y el incendio de la zona ceremonial, sin un proceso de invasión externa. A semejanza de la caracterización de los *altepeme*, consideramos que existió una autosimilitud de los procesos de construcción de independencias locales que se iniciaban con los linajes y en las fronteras del sistema. Dos fractales están involucrados uno dentro del otro, la “bifurcación” (para el proceso en el tiempo) y “lagos e islas” (para el proceso en el espacio) (Shroeder, 1991). La resonancia y la mimesis hacían que el proceso adquiriera un carácter sincrónico para ciertas localidades y los linajes emigraran hacia nuevos lugares aunque no muy lejanos de su lugar original y reprodujeran la fundación.

Una nueva entidad se fundó en Chapantongo, en una zona de abundantes manantiales y bosques, tal vez sobre un asentamiento preexistente. En el “Epiclásico” del centro de México, a estas independencias locales generadas al parecer por eventos muy disímbolos, algunos arqueólogos las hemos homologado bajo el término *coyotlatelco*. La bifurcación del sistema teotihuacano significó para la zona el incremento de las jerarquías locales y un decremento de las globales. Los grupos Xajay sobrevivieron a este colapso.

V

La presencia del fenómeno coyotlatelco se ha explicado arqueológicamente a partir de varias hipótesis. Nosotros coincidimos en ciertos aspectos con Braniff, quien menciona que se originó durante el Clásico en la región de Guanajuato-Querétaro, descendiendo hacia los Valles Centrales de México, en especial hacia Tula (Braniff, 1996:118); no negamos que en su tránsito fueron gestándose diferencias que más tarde se plasman en el patrón de su distribución y en sus manifestaciones estilísticas, pero este fenómeno puede ser comprensible, en el ámbito del Mezquital, al gestarse un proceso de interacción con el sistema Xajay, en contraste con lo que ocurrió en el periodo anterior. Así, la ampliación de las fronteras posibilitó el

arribo de materiales de la región de Guanajuato-Querétaro y el occidente (fig. 10).

Los coyotlatelco no disponían de bienes ni productos como la obsidiana verde, que eran redistribuidos por el sistema teotihuacano. El énfasis de uso y aprovechamiento se revirtió hacia las materias primas locales y por la constante presencia de azuelas es factible que se intensificara la extracción de la fibra del maguey (para la fábrica de cordeles y ayates).

Su ámbito de acción territorial se redujo sensiblemente, los intercambios entre las entidades autónomas fueron intensos pero es difícil afirmar si se generó o no una situación de violencia, circunstancial o crónica, tal vez, como señalan las fuentes para la época tolteca (*i.e. Códice Chimalpopoca*), por conflictos de linderos. Quizás éstas fueron las tensiones que llevaron al abandono de los centros ceremoniales Xajay alrededor del siglo X (López Aguilar [coord.], 1994), en lo que aparenta ser un proceso sincrónico —en tiempos arqueológicos— con los coyotlatelco.

A diferencia del abandono de los asentamientos teotihuacanos, en los xajay y en los coyotlatelco no encontramos una evidencia clara de desacralización. El resultado pudo ser la dispersión de la población campesina hacia nuevos lugares de asentamiento en sus mismas localidades, o el desplazamiento de sus grupos de linaje, hacia el nuevo polo atractor, ahora dentro del Valle del Mezquital en la confluencia de los ríos Rosas y Salado: Tula.

La fundación tolteca retomó las diversidades previas y creó nuevas, por lo que no es de extrañar que en los enclaves toltecas (Macuá, Sayula, Monte Albán, Sabina Grande, Vitejé, La Herradura, Mandó y El Fraile) (fig. 11), reubicados en torno a manantiales y sobre laderas de pendiente suave, convivan de cierta forma las corrientes de las que habla Braniff (1996:118), las cuales unieron en tres direcciones al norte de México con el centro. Como resultado se crearon redes de intercambio hasta sistemas muy distantes.

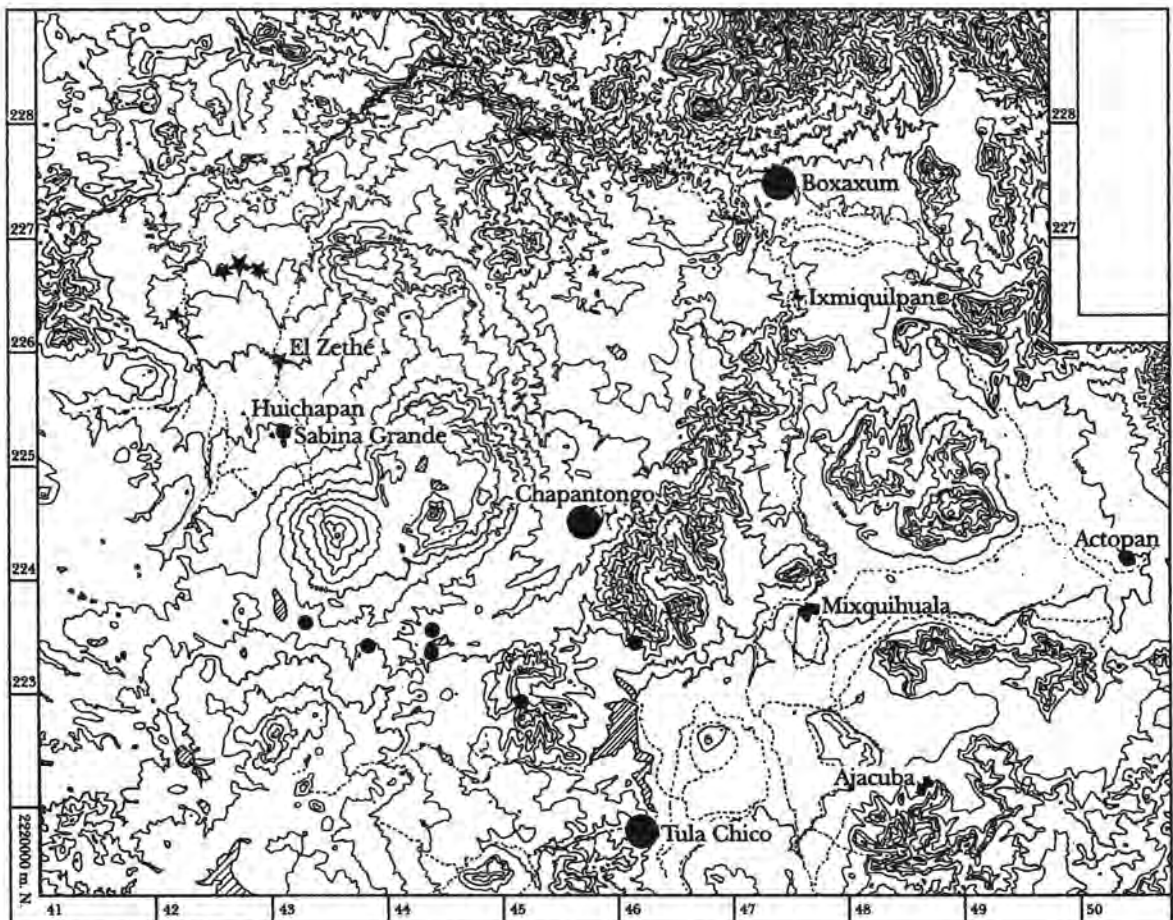
Prueba de ello es la presencia de concha, jade y turquesa en un contexto ofrendario excavado en uno de estos sitios (López Aguilar, 1994; López Aguilar, en preparación).

Una consecuencia del proceso de atracción que Tula requirió para su consolidación como sistema fue la nucleación de los asentamientos, lo que representó un descenso en la cantidad de sitios, pero un aumento en su densidad poblacional (López Aguilar, 1994b). La abundancia de sitios se recuperó, años después, con la presencia azteca.

El sistema tolteca, desde esta lectura de la evidencia arqueológica regional, significó una "bifurcación inversa" que implicó la integración,

el incremento de los niveles de jerarquización y de control territorial y la reorganización formada por la coalición o alianza de grupos que estaban asentados en los sistemas menores.

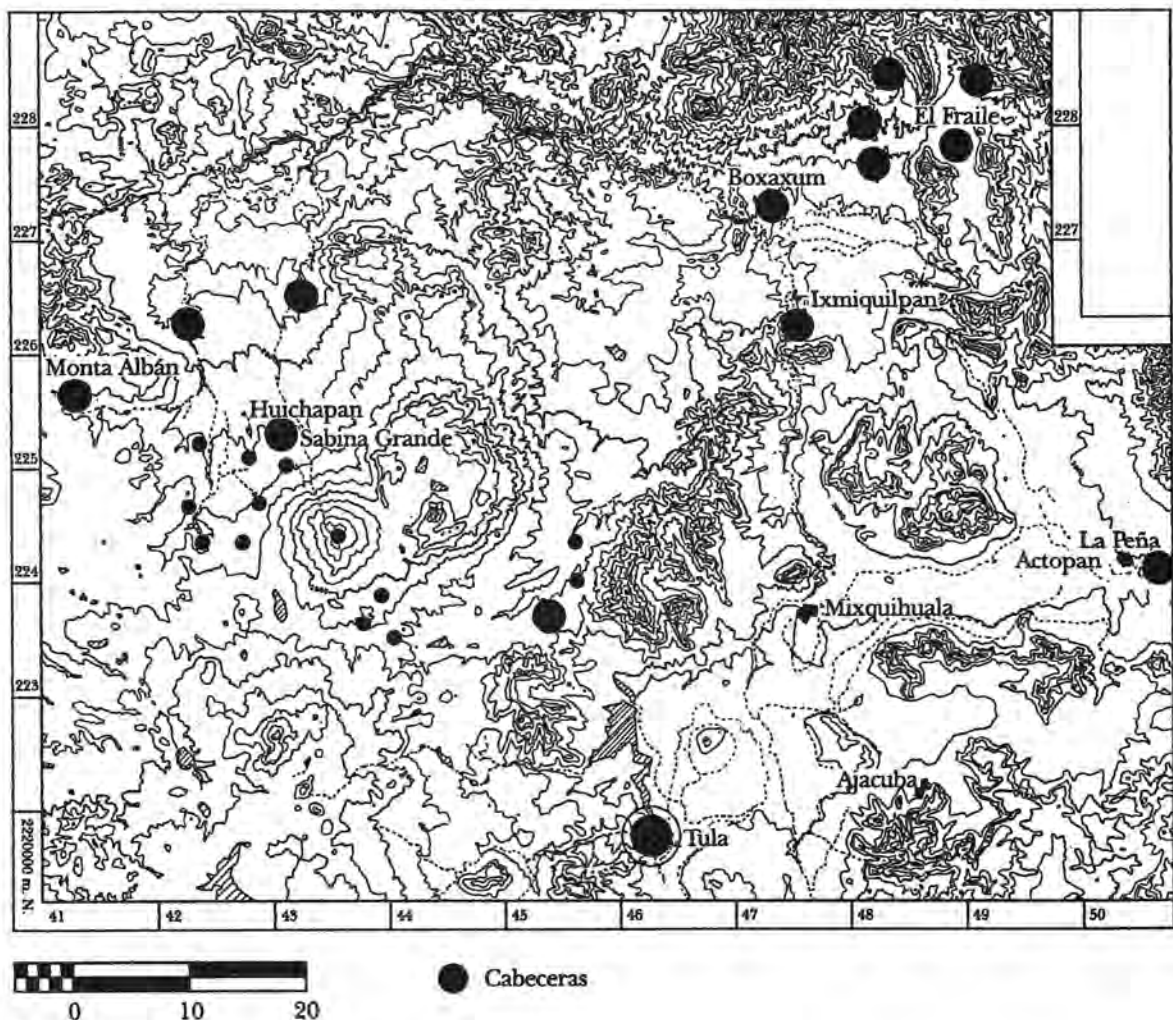
A partir de su descripción en las fuentes, el colapso tolteca parece ser resultado de un proceso de fractura que implicó una nueva movilización de los grupos de linaje. No es nuestro objetivo profundizar en ello, pues el contexto arqueológico ha sido limitado para permitir, hasta ahora, la construcción de un esquema explicativo. Como ejemplo se puede citar el aparente saqueo del Tlahuizcalpantecuhtli y el incendio de su palacio anexo, lo que se ha interpretado como resultado de un acto de invasión-destrucción. El descubrimiento de que



★ Sitios Xajay

● Sitios "Coyotlatelco"

© Fig. 10 Frontera Xajay-Coyotlatelco



● Fig. 11 Sitios Toltecas

este proceso no se generalizó hacia el área habitacional, al menos en lo que demuestra la evidencia arqueológica (Davies, 1977), debería hacernos pensar en otros factores como el de la desacralización del espacio ritual, análogo a lo que sucedió en otras ciudades prehispánicas. Esta consideración obligaría a la búsqueda de respuestas a otro nivel, precisamente enfocadas a conocer el destino que tuvieron los pobladores de entonces y el haz de relaciones a que dio lugar el nuevo panorama regional, para lo cual la información en fuentes históricas dista mucho de lo que testimonia la evidencia material.

Nuestro intento se centra en matizar el cambio, observado como abrupto a nivel arqueológi-

co, que dicha ruptura representó en la distribución de los asentamientos humanos en nuestra región, los cuales fueron sustituidos hacia el Posclásico tardío, momento en el que se introduce una nueva tradición material: la azteca.

VI

La rápida aparición del material azteca en el contexto arqueológico hace invisibles los procesos que las fuentes históricas narran para los periodos posttoltecas: no es evidente la distinción tepaneca, xaltocana o nonohualca, así como los ámbitos de pertenencia hacia sistemas de provincias, *altepeme*, guerras y tributos, o la presencia misma del hñahñú.

Nuestra visión relacionada con el comportamiento de esta distribución parte de retomar algunos sucesos narrados en las fuentes con la finalidad de recrear una dinámica que dé coherencia a la expansión postolteca en el Valle del Mezquital, y permita la búsqueda de diferencias sutiles en el material arqueológico, el cual a primera vista se comporta de manera homogénea.

Creemos que el proceso de expansión del llamado imperio mexica tuvo una dirección de sur a norte, y que la dinámica de ruptura en las fronteras se aplicaba como una estrategia de avance hacia la conquista de nuevos territorios y provincias independientes, aprovechando el recurso conocido de la “fundación”.

Los *altepeme* fronterizos construyeron un territorio alargado con sujetos en la parte extrema que sirvieron de enclaves para que, en el momento oportuno de su propia independencia y erección en *altépetl*, controlaran un territorio también alargado con fundaciones en los extremos más norteños. Acotar el territorio original permitía ampliar los términos de control desde una cabecera autónoma. Ése parece que fue el modelo y que, como fractal, se relaciona con el de islas y lagos por pertenecer a los que explican la difusión (López Aguilar, 1997).

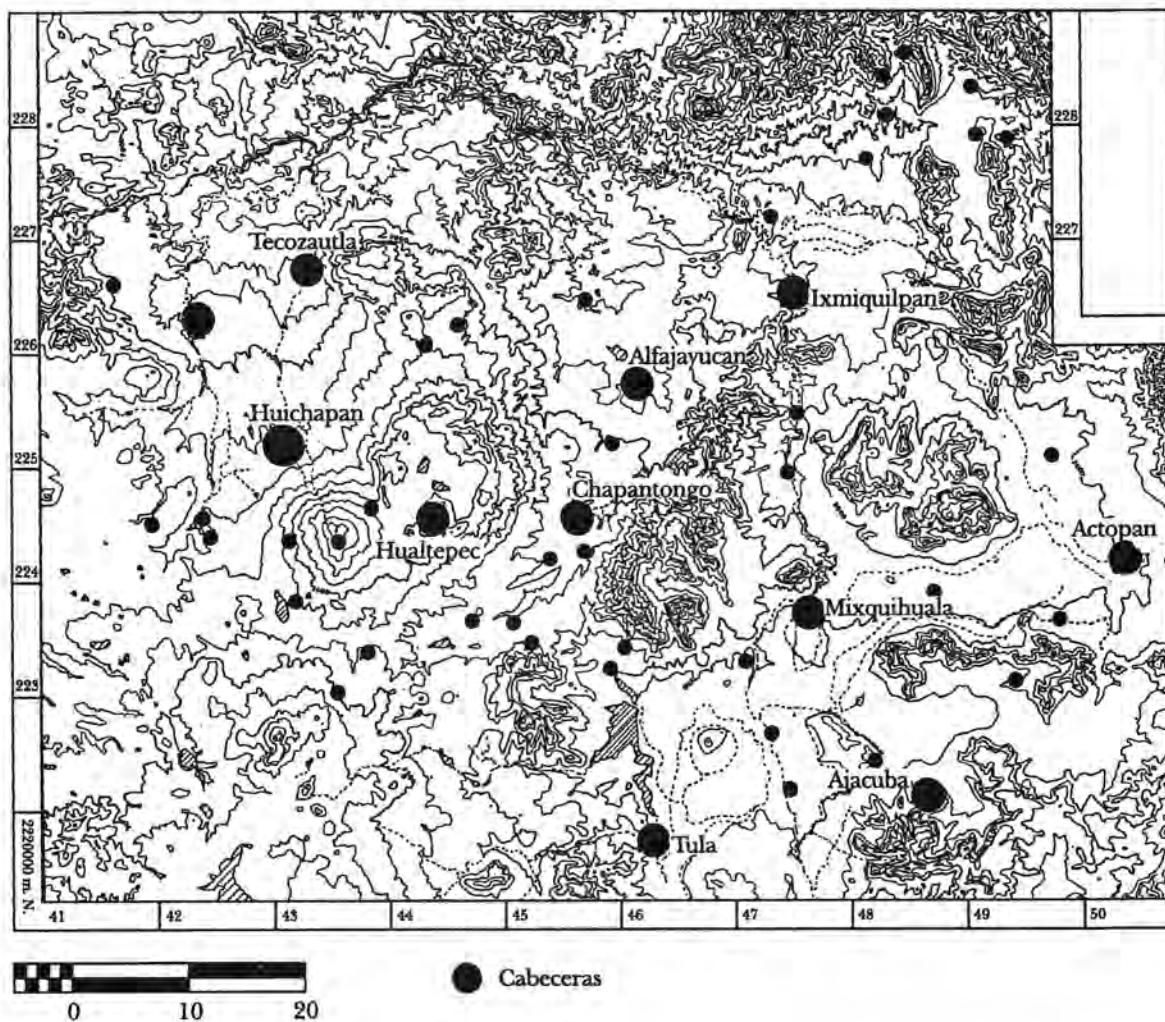
En el caso de la propagación mexica en la región, algunos rasgos y variables son claros. El desplazamiento de los asentamientos mexicas ocurrió de manera uniforme y “controlada” en función de la orografía, y se pueden observar rutas bien definidas. Desde la región de Chantongo, probablemente en la ladera norte del cerro Moctezuma, la primera sigue el “corredor de Alfajayucan”, el cual está delimitado por la cuenca de este río (la caldera del Hualtepec por una vertiente y, la otra, con el cerro Xithí, que es el más sureño de esta barrera); por aquí, los sitios siguen un patrón hacia el norte, hasta la encrucijada Ixmiquilpan-Jonacapa. Probablemente se eligiera esta última con la finalidad de coincidir con la segunda trayectoria, del sur de la caldera del Hualtepec hasta Nopala, de ahí rumbo a Huichapan y pos-

teriormente Tecozautla. Para entonces, la expansión de Alfajayucan rebasó Jonacapa y los sitios aztecas se dispersaron en toda la región. El nudo volcánico del Hualtepec fue rodeado y controlado por la nación mexica, la cual comenzó a extenderse nuevamente, esta vez hacia el valle de San Juan del Río. Aparentemente, la mecánica expansionista consistió en aislar una región deseada, rodeándola de asentamientos fundados a partir de un centro importante en los límites colindantes de los territorios claramente mexicas; una vez definida y delimitada la región, se podía producir una “colonización” de ese territorio, cuyos asentamientos ya interactuaban con los sitios mexicas.⁹ En el caso del Mezquital, la pluralidad de sitios de origen, localizados en las latitudes de Jilotepec, Atotonilco, Ajacuba y Hueypuxtla creó un desplazamiento que siguió las cuencas de los ríos como el Tula (hasta llegar a Ixmiquilpan) y por las tierras áridas de Actopan y Yolotepec, al oriente del Valle (fig. 12).

Para este momento, la totalidad del Mezquital se insertó en un ámbito suprarregional de intercambios gestados por un sistema de alta jerarquización.

Un nuevo orden se estableció en la región, de forma tal que algunos documentos hablan de la existencia de cabeceras duales (que tal vez implique dos *tlatoani*), al final del periodo azteca: Tepeji y Otlazpa, Actopan y Tenantitlán, Ixmiquilpan y Tlazintla, casi todas en una relación de conflicto, tal vez originado por la nueva historia. Para todos los casos documentados, una parte era hablante de náhuatl y la otra de otomí (López Aguilar, 1997). El hecho de que un sitio previo haya sido chichimeca, tepaneca, nonohualca o que sus pobladores fueran hablantes de otomí o de otra lengua, pudo ser importante para el inicio del sistema pues estableció,

⁹ Una de las estrategias pudo ser la de la colonización por medio de familias notables como la Moctezuma cuya presencia puede ser detectada desde Tula hasta el norte de Jonacapa por Alfajayucan. En Tula existieron las casas de esta familia y existen descendientes en Alfajayucan y Nintí (Francisco Luna Tavera, comunicación personal, 1997).



© Fig. 12 Sitios Aztecas

en gran medida, la dirección que tomó el proceso, pero no determinó el resto de su historia.

VII

Sin adentrarnos a la discusión sobre la validez del término Mesoamérica, del cual hemos intentado prescindir en este texto, vale la pena preguntarse cómo encajaría nuestra región de estudio en ese esquema. Es claro que algunas de las características en las que se apoyan comúnmente quienes siguen esta clasificación, son la historia común y la adopción de la agricultura.

Muchas veces empleada como sinónimo de desarrollo, que hace equivalente su surgimien-

to y especialización a periodos progresistas en la historia de la humanidad (Matos, 1994:65), la condición agrícola de los pueblos pareciera ser siempre resultado de la adopción de mejores condiciones de vida. En el Mezquital no parece ocurrir de la misma manera. La opción agrícola existió y sólo fue tomada por algunos de sus habitantes, permaneciendo otros con un medio de subsistencia basado en la apropiación y el nomadismo, con un límite borroso entre una estrategia y otra. Sabemos que los grupos que eligieron alguna de estas opciones coexistieron y ahora se considera que sostuvieron una relación de mutua cooperación o por lo menos, no conflictiva (Nalda, 1996:261-264). A esto se suma el hecho de que ciertas comunidades de

filiación otomí, sobre todo aquellas que se asentaron sin trascender el septentrión del Altiplano Central, traspusieron constantemente los límites entre ambos extremos de modos de subsistencia, adecuando oportunamente uno y otro.

Esta versatilidad se debe y permite a la vez la recepción de cambios culturales y ambientales, sin que esto resulte forzosamente en el abandono territorial o en el colapso social; permite, además, explotar de manera adecuada y diferencial un mismo medio. La "frontera agrícola" de la Mesoamérica tradicional no considera estas fluctuaciones, por su carácter bivalente.

No es extraño, entonces, que ante la elección de una estrategia agrícola haya una respuesta diferencial en las sociedades cuyo medio, a pesar de las microvariaciones, presentaba una capacidad similar. Esta estructura flexible obliga a repensar la interacción que pudieron sostener los grupos humanos y cómo la Conquista se volcó en su rompimiento, construyendo, ahora sí, una frontera dura que tuvo como consecuencias el abandono de algunos sitios y su concentración más allá de los límites de Tecozautla. La fortificación de los asentamientos coloniales (San Miguel Caltepanitla, Huichapan, Zimapán, Tecozautla y San Juan del Río), se debió a que algunos grupos conservaron su noción de territorio como algo vasto y cambiante de acuerdo con las necesidades estacionales de supervivencia y respondieron violentamente a la intrusión hispana (Powell, 1977).

Es curioso que dentro de la clasificación tradicional sólo una porción de la población total del Mezquital podría considerarse "mesoamericana". De esta forma el problema no se centra, a nuestro entender, en si existe o no un territorio cuya población, a pesar de sus innumerables diferencias y similitudes, pueda ser referida con el mismo nombre, sino en la concepción bivalente que explica un complejo multicultural, multiambiental y multiétnico como homogéneo. Al interior de "Mesoamérica" pueden encontrarse espacios "no mesoamericanos"

y viceversa. Una región fronteriza como el Valle del Mezquital es un ejemplo claro de este tipo. La condición de frontera no existe sólo en los límites al exterior de un área, sino que pueden surgir, y de hecho surgen, espacios fronterizos y de vacío o discontinuidad, al interior.

Al observar las múltiples variaciones que surgieron espacial y temporalmente entre los grupos que poblaron el Valle del Mezquital, es claro que intentar develar la historia de una etnia a partir de un modelo determinista, nos enfrentaría con un obstáculo insalvable: pensar en un inicio común para derivar en un pasado común, un presente común... una historia común, deja de lado la comprensión de cómo fueron integrándose las diversidades como parte fundamental del arraigo humano a un sentimiento de pertenencia, como lo representa, en la actualidad, el ser hñahñú.

bibliografía

- Allen, Peter M., Guy Engelen y Michéle Sanglier
1996. "La evolución de las colectividades humanas", en Jean Pierre Brans, Isabelle Stengers y Phillippe Vincke, *El tiempo y el devenir a partir de la obra de Ilya Prigogine. Coloquio de Cerisy*, Barcelona, Gedisa, pp. 37-49.
- Armillas, Pedro
1964. "Condiciones ambientales y movimientos de pueblos en la frontera septentrional de Mesoamérica", en *Homenaje a Fernando Márquez Miranda*, Madrid, Publicaciones del Seminario de Estudios Americanistas y del Seminario de Antropología Americana.
- Barker, Phillip
1977. *The Techniques of Archaeological Excavation*, Nueva York, Universe Books.
- Brambila, Rosa
1996. "La delimitación del territorio en el México prehispánico y el concepto de frontera", en Ana María Crespo y C. Viramontes (coords.), *Tiempo y Territorio en Arqueología. El Centro-Norte de México*, México, INAH (Científica, 323) pp. 15-21.
- Braniff, Beatriz
1974. "Oscilación de la frontera septentrional mesoamericana", en Bety Bell (ed.), *The Archaeology of West Mexico*, Guadalajara, Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, pp. 40-50.
- 1994. "La frontera septentrional de Mesoamérica", en Linda Manzanilla y L. López Luján (coords.), *Historia Antigua de México*, vol. I, México, CNCA-INAH-UNAM, Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, pp. 113-143.
- Brown, Roy B.
1992. *Arqueología y Paleoecología del Norcentro de México*, México, INAH (Científica, Serie Arqueología).
- Cedeño, Jaime
1997. *Espacio y Tiempo en las Sociedades Prehispánicas. El Caso de la Cultura de las Mesas*, tesis de licenciatura en arqueología, México, ENAH.
- Códice Chimalpopoca. *Anales de Cuauhtitlán y leyenda de los Soles*
1975. Traducción de Primo Feliciano Velázquez, México, UNAM.
- Davies, Nigel
1977. *The Toltecs Until the Fall of Tula*, Oklahoma, University of Oklahoma Press.
- González Quintero, Lauro
1968. *Tipos de Vegetación del Valle del Mezquital, Hgo.*, México, INAH (Paleoecología, 2, Departamento de Prehistoria).
- Hernández, Patricia
1997. "La Ofrenda del Zethé y los restos humanos del Pahñú. Algunos comentarios", México, ENAH, inédito.
- Ibáñez, Jesús
1993. "El centro del caos", en *Archipiélago. Cuadernos de Crítica de la Cultura*, núm. 13, Barcelona, pp. 14-26.
- López Aguilar, Fernando
1994a. "El Proyecto Valle del Mezquital. Una propuesta metodológica", en Enrique Fernández (coord.), *Simposium sobre Arqueología en el Estado de Hidalgo. Trabajos recientes, 1989*, México, INAH (Científica, 282), pp. 95-111.
- 1994b. "Historia prehispánica del Valle del Mezquital", en Enrique Fernández (coord.), *Simposium sobre Arqueología en el Estado de Hidalgo. Trabajos Recientes, 1989*, México, INAH (Científica, 282), pp. 113-124.
- 1997. *Símbolos del Tiempo. Los Pueblos de Indios del Valle del Mezquital durante la Colonia*, tesis de doctorado en Historia, México, UNAM.

1998. "Los espejos de la identidad. Una lectura desde la arqueología del Valle del Mezquital", Conferencia Magistral dictada en el *Segundo Coloquio de Otopames*, México, Museo Nacional de Antropología e Historia, 29 de enero de 1998.
- López Aguilar, Fernando (coord.)
1994. *Proyecto Valle del Mezquital. Informe de la Quinta Temporada de Trabajo de Campo*, México, ENAH-Gobierno del Estado de Hidalgo-CONACYT.
1997. *Proyecto Valle del Mezquital. Informe de la Séptima Temporada de Trabajo de Campo*, México, ENAH.
- s.f. *Proyecto Valle del Mezquital. Informe de la Octava Temporada de Trabajo de Campo*, México, ENAH, en preparación.
- López Aguilar, Fernando, P. Fournier García y C. Paz Bautista
1988. "Contextos arqueológicos y contextos momentos. El caso de la alfarería otomí del Valle del Mezquital", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 18, México, pp. 99-131.
- López Aguilar, Fernando y P. Fournier García
1990. *Proyecto Valle del Mezquital. Informe de la Tercera Temporada de Campo: 1989*, México, ENAH.
- López Aguilar, Fernando y Ma. Antonieta Viart
1993. "Etnicidad y arqueología. Una reflexión sobre las investigaciones en el Valle del Mezquital", en *Cuicuilco*, núm. 33/34, México, pp. 103-108.
- López Aguilar, Fernando y Guillermo Bali
1995. "Mesoamérica, una visión desde la teoría de la complejidad", en *Ludus Vitalis*, núm. 5, México, pp. 83-102.
- López Aguilar, Fernando y Luis Morett
1995. *Proyecto Valle del Mezquital. Pahñú (Camino Caliente). Propuesta de Apertura Condicionada. Proyecto al Consejo de Arqueología*, México, INAH.
- López Aguilar, Fernando y Miguel Ángel Trinidad
1987. *Proyecto Valle del Mezquital. Informe de la Primera Temporada 1985-1986*, México, ENAH.
- Matos Moctezuma, Eduardo
1994. "Mesoamérica", en Linda Manzanilla y L. López Luján (coords.), *Historia Antigua de México*, vol. I, México, CNCA-INAH-UNAM, Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, pp. 49-73.
- Morett, Luis
1996. "El desarrollo regional Xajay en el poniente del Valle del Mezquital", Ponencia presentada en el *II Coloquio de Historia Regional*, Pachuca.
- Nalda, Enrique
1975. *UA San Juan del Río: Trabajos Arqueológicos Preliminares*, tesis de maestría en arqueología, México, ENAH-UNAM.
1996. "La frontera norte de Mesoamérica", en Sonia Lombardo y Enrique Nalda (coords.), *Temas Mesoamericanos*, México, INAH-CNCA (Obra Diversa), pp. 255-278.
- Ochatoma Paravicino, José Alberto
1994. *Cosmología y Simbolismo en las Pinturas Rupestres del Valle del Mezquital*, tesis de maestría en arqueología, México, ENAH.
- Petitot, Jean
1996. "Ni siquiera un ángel (El problema del surgimiento de lo descriptible a partir de lo indescriptible)", en Jean Pierre Brans, Isabelle Stengers y Phillippe Vincke, *El Tiempo y el Devenir a partir de la Obra de Ilya Prigogine. Coloquio de Cerisy*, Barcelona, Gedisa, pp. 333-344.
- Powell, Phillip W.
1977. *La Guerra Chichimeca (1550-1560)*, México, FCE.

- Prigogine, Ilya
1996. "¿Un siglo de esperanza?", en Jean Pierre Brans, Isabelle Stengers y Phillippe Vincke, *El Tiempo y el Devenir a partir de la Obra de Ilya Prigogine. Coloquio de Cerisy*, Barcelona, Gedisa, pp. 163-191.
- Raffestain, Claude
1986. "Eléments pour une théorie de la frontière", en *Diogene*, París, pp. 3-21.
- Renfrew, Colin y Eric V. Level
1979. "Exploring dominance: Predicting politics from centers", en Colin Renfrew y Kenneth L. Cooke (eds.), *Transformations. Mathematical Approaches to Culture Change*, Nueva York, Academic Press.
- Schroeder, Manfred
1991. *Fractal, Chaos, Power Laws. Minutes From an Infinte Paradise*, Nueva York, W. H. Friedman and Co.
- Schroeder, Susan
1994. *Chimalpahin y los reinos de Chalco*, México, El Colegio Mexiquense, Ayuntamiento Constitucional de Chalco.
- Villaseñor y Sánchez, Joseph
1952. *Theatro Americano, Descripción de los Reynos y Provincias de Nueva España y sus Jurisdicciones*, México, Editora Nacional.
- Viramontes Anzures, Carlos
1996. "La conformación de la frontera chichimeca en la marca del río San Juan", en Ana María Crespo y C. Viramontes (coords.), *Tiempo y Territorio en Arqueología. El Centro-Norte de México*, México, INAH (Científica, 323), pp. 23-35.

Manuel Polgar Salcedo*

La periferia en la continuidad y el colapso. Los asentamientos del periodo Clásico en el occidente del Valle del Mezquital

Sabía las formas de las nubes australes del amanecer del 30 de abril de 1882 y podía compararlas en el recuerdo con las vetas de un libro en pasta española que sólo había mirado una vez y con las líneas de la espuma que un remo levantó en el Río Negro la víspera de la acción del Quebracho. Esos recuerdos no eran simples; cada imagen visual estaba ligada a sensaciones musculares, térmicas, etcétera. Podía reconstruir todos los sueños, todos los entresueños. Dos o tres veces había reconstruido un día entero; no había dudado nunca, pero cada reconstrucción había requerido un día entero.

Jorge Luis Borges

A Laura y Fernando

Imagino a Ireneo Funes, personaje de Borges, teniendo que reconstruir historias que nunca estuvieron en su memoria, utilizando fases, tipologías y clasificaciones, que cuando son usadas como fin de la investigación, menosprecian la sutil intuición del arqueólogo a la hora de explicar los procesos sociales: y ya me lo habían dicho alguna vez, la arqueología se olvida de las horas. Nos parece complicada la tarea de alcanzar siquiera los años, y es que por lo menos desde la marginalidad del Mezquital, y en el ámbito de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, el oficio apasionante de reconstruir el pasado requiere de muchos y muchos esfuerzos. Sin embargo, estos no son nada comparados con los que históricamente han llevado a cabo los pobladores otomíes de la zona occidental del Valle del Mezquital, para convivir con su entorno y sacar provecho de sus condiciones geográficas. Las personas que habitan en la región siguen siendo un reflejo de la vida en una frontera cultural: "...de Ozocalpan y del Valle del Marqués vamos por medicinas a Ixmiquilpan", "...el mercado lo visitamos los lunes en Nopala", "...las fiestas son en Chapantonco" y el trabajo bien pagado en Tula o probablemente en México. Huichapan y el Bajío están tan cerca, y sin embargo, el sistema de relaciones, las redes comerciales y simplemente sus preferencias, alejan a la zona de lo "menos lejano". Es extraño, de la misma forma vislumbramos el pasado.

Pero curiosamente no sólo tenemos aquí una frontera cultural, esta parte dividía también el bosque de encino del matorral xerófito. Hoy, evidentemen-

* Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH).

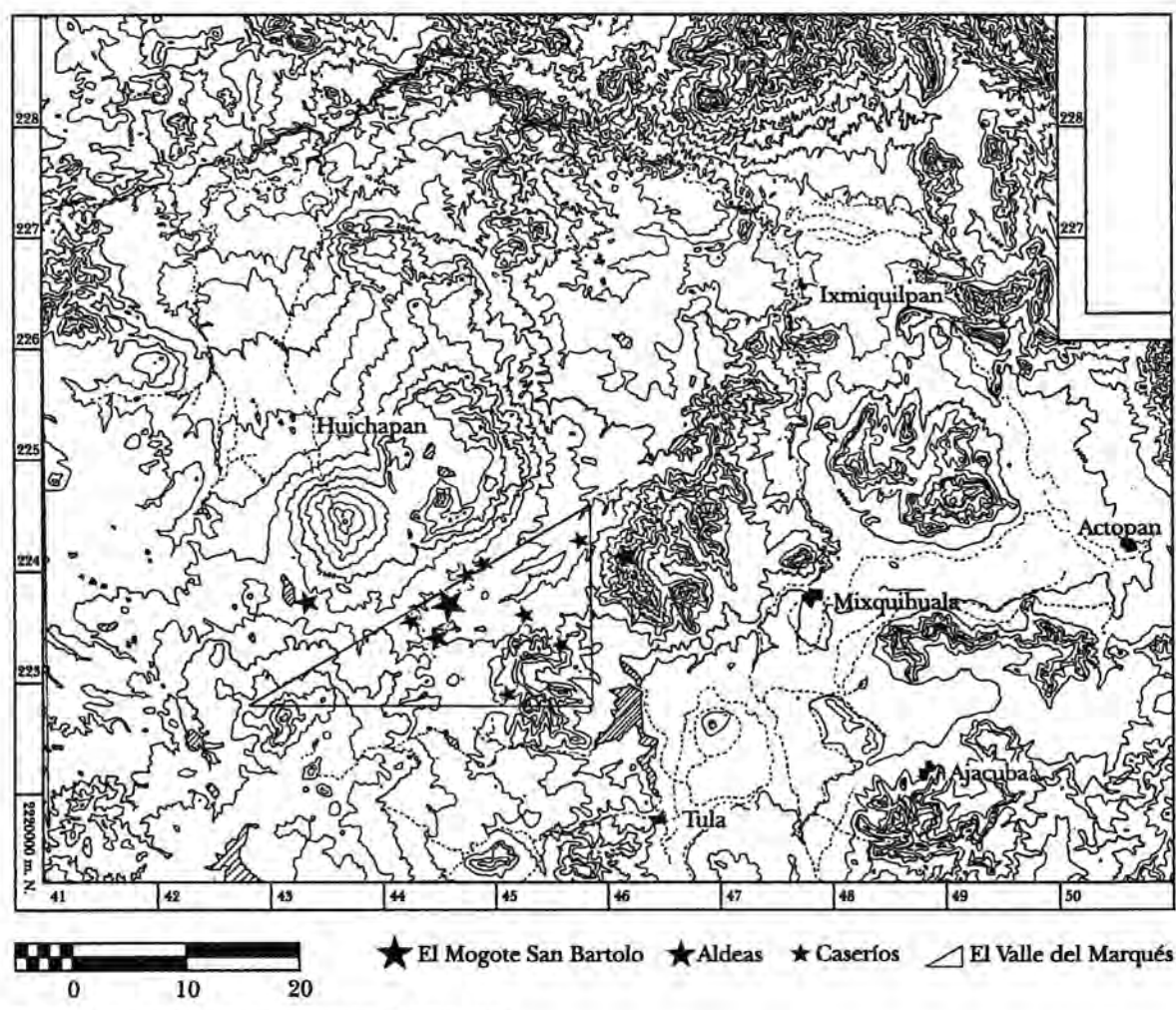


Fig. 1 Proyecto Valle del Mezquital. Fuente INEGI

te, no queda más bosque. Todo el Valle del Marqués sufre de una terrible erosión, provocada por la tala incontrolada por parte de las haciendas a principios de siglo, que buscaban convertir en carbón para los trenes la mayor cantidad de encino que fuera posible.¹

I

El Valle del Marqués abarca una superficie aproximada de 70 km² en la porción sudoeste del Valle del Mezquital (fig.1), pertenece a la pro-

vincia del Eje Neovolcánico y limita al norte y noreste con las elevaciones formadas por la caldera del volcán Hualtepec, el cual sobrepasa los 3 000 msnm, de donde proviene una gran cantidad de escurrimientos; en el noroeste existe un acceso que lleva hacia los valles de Hui-chapan y Tecozautla. Al sudoeste encontramos una serranía discreta, destacan aquí el cerro Los Quelites y el cerro San Sebastián con más de 2 500 msnm, lugares donde se puede observar todavía el bosque de encino. En el sudeste se encuentra una pequeña cadena montañosa

¹ Este hecho, que permanece en la memoria de la población actual, aceleró el proceso de desertificación que por diversas causas se habla desatado con el contacto español. Una de ellas fue, por ejemplo, la introducción incontrolada de ganado

caprino (McVilley, 1994) y, por otro lado, la deforestación temprana de los bosques para la industria minera y la tala immoderada para invadirse mutuamente las tierras por parte de las comunidades indígenas (López Aguilar, 1997).

en la que se desplanta el cerro Juchitlán y por el cual existe un corredor natural que comunica a la zona con las tierras bajas de Tepetitlán y Tula. Las principales fuentes de agua son el arroyo El Marqués, El Galván, El Salto y Las Burras, este último con agua casi la totalidad del año debido a su nacimiento en los manantiales de Amealco. La altura de la zona oscila entre los 2 500 y 2 200 msnm y presenta un clima templado con lluvias en verano.

II

Fue en la temporada 1991 cuando empezaron los recorridos de superficie, que se llevaron a cabo principalmente en Pino Suárez, en la zona de Sayula y alrededor de la cabecera municipal de Chapantongo, y fue también en ese momento cuando se registró la mayor cantidad de sitios ubicados temporalmente para el periodo Clásico (López Aguilar, 1992).

En 1996 surgió el subproyecto de investigación “Dinámica transitoria Teotihuacan-Coyotlatelco”, el cual permitió plantear de manera sistemática y con cobertura total la prospección arqueológica (Polgar y López Aguilar, 1997a). Nuestras primeras hipótesis giraban en torno al esclarecimiento del papel que jugaba los asentamientos de la región con respecto al sistema teotihuacano, a partir de los planteamientos de Hirth (1978) y Millon (1988) y sus definiciones de *inner hinterland* y *outer hinterland*. De acuerdo con ellos, la Cuenca de México quedaría en la primera categoría, y la región de Tula al sudeste de Hidalgo incluyendo la región de la Sierra de las Navajas, el noreste y este de Tlaxcala, El valle del río Amatzinac en Morelos y una parte del valle de Toluca estarían dentro de la segunda (Millon, 1988: 113). Los estudios también se centraron en dar una visión del llamado colapso teotihuacano desde “fue-



● Fig. 2

ra”, observando la dinámica local y retomando la antigua idea de la fragmentación de la periferia de Teotihuacan y sus posibles repercusiones.

Muchas veces se habla de presencia y el límite de lo “teotihuacano” parece extenderse *ad infinitum*, tal es el caso por ejemplo de algunos estudios realizados en Querétaro y Guanajuato, donde se habla de comercio directo tomando en cuenta, simplemente, algunos tuestos diagnósticos (Saint Charles, 1996) que pudieron haber llegado a esos lugares por muchas otras circunstancias. Vale la pena aclarar que, para nosotros el concepto “presencia teotihuacana” rebasa los listados de proporciones de material cerámico. Al ser un ámbito que concebimos en lo político, social, religioso, artístico y arquitectónico, la integración de todos estos factores se



● Fig. 3

manifiesta en el ámbito arqueológico como una estructura que reúne espacial y materialmente muchos otros aspectos.

Planteamos también, que hay ciertos rasgos que no forzosamente surgieron dentro de Teotihuacan y, por lo tanto, su existencia en diferentes lugares no siempre representa un contacto directo con la urbe. El sistema constructivo talud-tablero, por ejemplo, pudo originarse local o regionalmente, quizás de manera simultánea en diferentes partes, y su rápida extensión es un fenómeno que se explica por las crecientes redes culturales de la época, mas no por la difusión desde un único centro primigenio. Un término un tanto sobrevalorado es aquel que se refiere a lo "teotihuacanoide", con el cual se ignora o se menosprecia la dinámica local y el papel que desempeñaban los asentamientos. Parecería que al aplicarlo como conclusión de la investigación y no como punto de partida, se resuelve el problema de explicar el funcionamiento de regiones que simplemente no entendemos, debido al esquema centralista con el que a veces trabajamos.



© Fig. 4

III

Durante los trabajos de prospección arqueológica en las temporadas 1991 y 1996 (López Aguilar, 1992 y, Polgar y López, 1997a) se localizaron once sitios que reúnen las características culturales, según nuestro punto de vista, de lo estrictamente teotihuacano; en este caso sí estamos hablando de un esquema que fue introducido sobre la escasa población existente, y donde la mayoría de las expresiones culturales provienen directamente de aquella ciudad. Los elementos identificables en el ámbito de superficie son: cerámica con pastas importadas (Anaranjado Delgado, Negro pulido, Rojo hematita, Café pulido a palillos) distribuida uniformemente en todo el asentamiento, materiales constructivos (pavimento de tezontle y cal), patrón nucleado al interior, orientaciones monumentales de 17°, terrazas agrícolas, obsidiana de la Sierra de las Navajas y Otumba (incluyendo obsidiana meca), figurillas y decorados teotihuacanos² (figs. 2 y 3) y un patrón de asentamiento similar al teotihuacano, al cual nos referiremos más adelante. Llama la atención que en todos estos sitios son escasas las expresiones locales, si hablamos por ejemplo de cerámica, no existen formas ni rasgos estilísticos que difieran con lo encontrado en Teotihuacan (fig. 9) (Müller, 1978, y Rattray, 1973), lo mismo sucede con las representaciones religiosas, pues se han identificado figurillas con la imagen de Tláloc (fig. 4) y una escultura de Huehuetéotl (fig. 5), ambas relacionadas directamente con el centro de México. En cuanto a los recursos autóctonos podemos decir que existe un banco de tezontle con evidencia de explotación, el cual probablemente abasteció material para todos los sitios de la región. Dicho yacimiento se encuentra a un costado del Mogote San Bartolo, sitio con características y dimensiones considerables, de las que hablaremos posteriormente. Se aprovecharon también el sílex y

² Son varios los autores que describen todos estos elementos, asociándolos directamente con el sistema teotihuacano. Algunos de ellos son Nalda (1997), Rattray (1981) y Millon (1982).



● Fig. 5

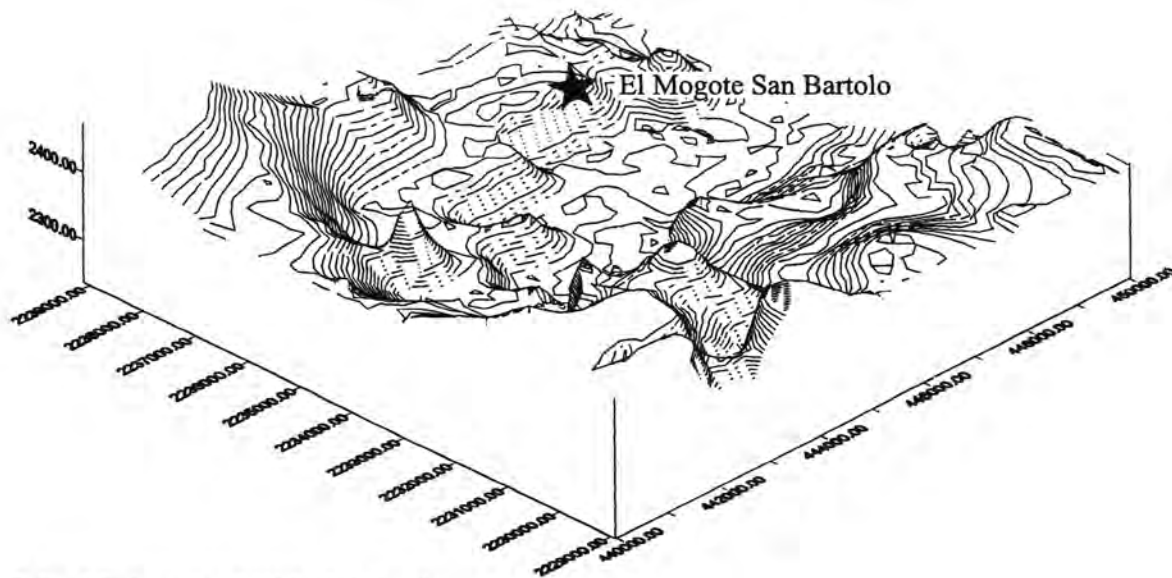
en una pequeña proporción la obsidiana de los yacimientos del Hualtepec.

Durante las excavaciones realizadas en El Mogote San Bartolo (Polgar y López Aguilar, 1997b), fueron identificados recursos forestales tales como el pino y el encino. Una ausencia considerable en los objetos cerámicos son los comales, los cuales, por cierto, no parecen estar asociados a la población otomí.

IV

La distribución de los asentamientos del periodo Clásico en esta zona, reproduce también el patrón teotihuacano, reportado igualmente para las regiones de Tula (Cobean *et al.*, 1981) y Morelos (Angulo y Hirth, 1981), donde el ordenamiento se da en torno a un centro nucleado que en este caso está representado por El Mogote San Bartolo, este sitio tiene una extensión de 1 km² y fue cabecera regional por lo menos durante las fases de Miccaotli a Xolalpan. Sin duda alguna, el Valle del Marqués experimentó un aumento considerable en la población por lo menos desde el 200 d.n.e, y el Mogote San Bartolo concentró una gran cantidad de habitantes llegada de otros ámbitos teotihuacanos, posiblemente de la ciudad misma, lo que se intuye a partir de las escasas evidencias de ocupaciones anteriores.

Es probable que los asentamientos de épocas anteriores se hubieran distribuido a lo largo de las cañadas del volcán Hualtepec, ya que es precisamente en estos lugares donde tenemos representaciones rupestres y abrigos rocosos adaptados como campamentos temporales; un buen ejemplo son los abrigos del Salto, localizados en los escarpes del arroyo Las Burras y apro-



● Fig. 6 Parte central del Valle del Marqués



© Fig. 7 El Mogote San Bartolo. Cuartos sur y norte

ximadamente a 1 km de distancia del Mogote San Bartolo, en las faldas del Cerro Cithiní.

La ubicación del Mogote reúne condiciones privilegiadas, se encuentra sobre una ladera con pendiente suave en la parte baja de un pequeño valle, hacia la parte central del Marqués (figs. 6 y 7). Junto al sitio corren dos arroyos importantes que lo delimitan en sus ejes sur y este, los cuales lo proveían de agua durante todo el año. El asentamiento está dividido en dos secciones: la primera está caracterizada por una gran plataforma en la cual desplantan tres edificios que forman una plaza cerrada; en la segunda encontramos varios montículos de dimensiones discretas, los cuales se extienden sobre la pendiente y hacia el arroyo. Alrededor se ubica una gran cantidad de terrazas agrícolas, en las que probablemente se aprovechó el cauce del arroyo para practicar la agricultura de riego. Por desgracia y como muchos de los sitios arqueológicos del país, la destrucción y el saqueo han provocado aquí una enorme pérdida de información (fig. 8). Se ha nivelado el terreno en varias ocasiones, lo cual ha borrado muchos de los testigos y hoy sólo podemos tener una pequeña idea de la importancia que tuvo el Mogote San Bartolo.

Las comunidades situadas alrededor de esta cabecera, a las que podríamos caracterizar como pequeños caseríos, mantienen una ubicación si-

milar, aprovechando así las fuentes de agua y asentándose en los valles. El patrón al interior de dichos sitios es semidisperso y alcanza una extensión máxima de 2 a 3 ha; algunos se caracterizan por tener pocas estructuras monumentales, como es el caso de El Cerrito Huizachal, Presa Marqués, Presa Nopala y Loma Encinillas (López Aguilar, 1992). Tenemos también otra categoría de asentamientos representada por caseríos dispersos, de los cuales general y únicamente se obserban alineamientos y manchones discretos de material, que cubren superficies de menos de una hectárea.

Existen así los sitios de Los Cuartos Ozocalpan, El Galván y Acueducto El Marqués (*ibid.*).

Un problema referente a la cronología de la zona, a diferencia de los estudios realizados para la región de Tula (Cobean y Mastache, 1982; Diehl, 1987), es que nosotros no podemos plantear la continuidad de los sitios hasta fases tardías como Metepec, porque, como se dijo antes, sólo existe evidencia de tipos cerámicos desde Micaotli a Xolalpan temprano.

La vajilla de la fase Metepec para el valle de Teotihuacan parece estar más asociada aquí con los sitios coyotlatelco. De hecho, la cerámica de la fase Xolalpan en Chingú representa el 4.16%, y para Metepec sólo el 1.09% (Díaz, 1980), por lo cual nos parece aventurado marcar una continuidad hasta estas fases. Un aspecto claro, entonces, es que Teotihuacan empezó a perder control en su área norte, por lo menos desde los años 400 a 500. Lo anterior nos hace pensar en un abandono temprano y en una ocupación muy corta para los sitios teotihuacanos de la zona. No deja de sorprendernos que sea precisamente en las fases de mayor expansión y crecimiento urbano en Teotihuacan, cuando se empieza a perder esta parte de su territorio. Probablemente lo más importante de todo este conjunto de asentamientos es que representan el límite máximo hacia el septentrión, de la expansión teotihuacana.

V

Inmediato a los límites hacia el norte de la región descrita, y dividido de ella por el cerro Nopala, se encuentra el valle de Huichapan, zona donde el territorio adquiere características culturales y ambientales distintas. En cuanto a las primeras y durante el periodo Clásico, se ubicó un desarrollo regional conocido como Xajay, que subsistió fuera del control directo de Teotihuacan (López Aguilar, 1994). Estudios anteriores acerca de dichos grupos, basados en el análisis y la interpretación de la cerámica de superficie (Nalda, 1975), ubican temporalmente este complejo para el periodo Posclásico temprano, sin embargo, los trabajos de excavación en el sitio arqueológico de El Zethé (1991) arrojaron fechamientos mucho más tempranos (600 ± 90), con lo que se aclara su coexistencia con el Clásico teotihuacano. Nalda también señala que para el inicio de ese periodo (Posclásico temprano hacia el 900) existe una abrupta ruptura en cuanto a la tradición cerámica, caracterizada por la aparición del tipo Rojo Inciso Post cocción (R.I.P.) (Nalda, 1996: 266). Según nuestros datos, el desarrollo Xajay tiene una ocupación mucho más larga y continua, y los pobladores con dicha filiación están relacionados, en su etapa temprana, con materiales Chupícuaro. La cerámica R.I.P. es escasa y no es la más representativa o diagnóstica para definir a los asentamientos Xajay, esto debido a que sólo la encontramos asociada a contextos rituales.

Es así que en esta zona se formó un ámbito de frontera, entendida como espacio abierto y difuso, donde el flujo de intercambio entre tradiciones culturales distintas se presentó constante y donde ambas, seguramente, sacaron provecho en dicha condición. Para los grupos teotihuacanos esto significó establecer un corredor directo hacia los yacimientos de cinabrio de la Sierra de Querétaro, y al mismo tiempo recibir productos del Bajío. Los grupos Xajay consiguieron por su parte insertarse en el sistema de inter-



© Fig. 8 El Mogote San Bartolo. Cuarto norte con saqueo prehispánico

cambio más importante durante la época del Clásico, por lo menos en el Altiplano Central. Con esta forma de enriquecimiento mutuo nosotros explicamos la aparición en los dos conjuntos culturales, de elementos como el talud-tablero, representaciones de Tláloc, obsidiana verde, semejanzas en la cerámica, y las famosas pipas Xajay, halladas durante las excavaciones en El Mogote San Bartolo.

Las diferencias, por otro lado, también son fácilmente detectables. El desarrollo Xajay explotó de manera prioritaria los recursos locales, y mantuvo una estrecha relación con el Bajío y el occidente, destacando la gran cantidad de obsidiana que parece proceder de Zinapécuaro. El patrón de asentamiento de los grupos Xajay se caracteriza por la localización de los centros ceremoniales (Cedeño, 1997) en las mesas de derrame basáltico, y el establecimiento de las áreas domésticas sobre la planicie. Su articulación los llevó a desarrollarse de manera conjunta, en contraposición con el patrón teotihuacano, donde la jerarquización es marcada, y todo parece desenvolverse a partir de un centro.

Pensamos también que migraciones paulatinas de grupos Xajay, realizadas por lo menos desde el siglo VII d.n.e, hacia el Valle del Marqués tuvieron mucho que ver, junto con el abandono de la población de los sitios teotihuacanos, con la aparición de las primeras entidades autónomas conocidas como Coyotlatelco.



© Fig. 9

VI

Con el propósito primordial de definir la dinámica bajo la cual se abandonó el Mogote San Bartolo, y con la inquietud en cuanto a fechamientos sobre lo que a este proceso se refiere, realizamos en las temporadas 96 y 97 trabajos de excavación (Polgar y López Aguilar, 1997b). Fueron abiertas seis unidades miniextensivas, abarcando así una buena muestra del sitio. Las unidades 6 y 4 fueron las que arrojaron mayores resultados, debido al buen estado de conservación de la arquitectura y los contextos. La primera unidad se concentró en la parte este de la estructura principal, y dejó al descubierto dos cuartos, donde encontramos una destrucción intencional, interpretada como la desacralización del espacio al momento del abandono. Las columnas y el techo fueron incendiados, y ubicamos un gran saqueo, realizado seguramente también por los mismos pobladores del sitio, del cual probablemente extrajeron un contexto de ofrenda. Inmediato a los cuartos localizamos el desplante en talud de la estructura, desviado 17° hacia el este, y su posterior remate en tablero sobre una escalinata que conduce al piso de la plaza (figs. 10 y 11). El material de construcción es una mezcla de tezontle, cal y arena, y tiene una apariencia muy similar al llamado pavimento teotihuacano. No fueron hallados elementos relacionados con las casas

habitación, por lo cual inferimos que los cuartos representaban un espacio de tipo ceremonial. Se realizaron pozos sobre los pisos, donde únicamente encontramos una etapa constructiva, y en los cuales tenemos cerámica de la fase Tlamimilolpa. Un contexto confiable para fechamiento fue la gran cantidad de carbón recolectado en una de las bases de las tres columnas que sostenían el techo, los análisis se están llevando a cabo en la Subdirección de Laboratorios y Apoyo Académico del INAH.



Vale la pena señalar que existen interpretaciones similares acerca de la desacralización de los espacios por medio de incendios en Teotihuacan. Como menciona Millon (1988: 149), en la Calzada de los Muertos existen evidencias inequívocas de incendios, por lo menos en 147 edificios, y agrega:

...esta destrucción se entiende como un aspecto ritual, y no puede ser explicada únicamente por medio del pillaje y el saqueo. Debe ser vista en su contexto cultural. La destrucción de los templos sugiere actos planeados de destrucción ritual en otros momentos y lugares en Mesoamérica.³

La unidad de excavación 4 se abrió sobre un montículo de dimensiones menores, y la arquitectura dejó ver las similitudes que guardaba con los conjuntos departamentales de Teotihuacan. Se excavó la parte interior de un pasillo y su continuación hacia uno de los cuartos. El piso de ambos elementos fue construido con tezontle, sin embargo, la calidad de los acabados es menor a la encontrada en la parte ceremonial. A pesar de que la cerámica se encuentra en proceso de estudio, podemos decir que difiere en cuanto a formas con la de la UE6, y es probable que existan tipos más tardíos, quizás de la fase Xolalpan. Pensamos entonces que la parte ceremonial del asentamiento se abandonó primero y el área doméstica siguió

³ Millón, 1988, p. 154. El texto original está escrito en inglés, la traducción es mía.

funcionando durante un tiempo más y sufrió un abandono diferencial. Otro dato que apoya lo anterior, y que tiene que ver con la ocupación temporal extensa del conjunto departamental del Mogote, es la aparición de una subestructura debajo de los pisos, y es precisamente aquí donde hemos identificado algunos braseros de la fase Miccaotli.

VII

No conocemos cuáles fueron los motivos del abrupto proceso de abandono de los asentamientos teotihuacanos. Sabemos, sin embargo, que inició desde la fase Xolalpan (500 d.n.e.) y que para Metepec (700 d.n.e.) la configuración del patrón regional había cambiado de manera radical, y con ello obviamente, las prácticas de subsistencia y las formas de organización político-sociales.

Las nuevas fundaciones se distribuyeron entonces, salvo pocas excepciones, sobre las cimas de pequeñas elevaciones, algunas rodeando los valles donde estuvieron sus antiguas comunidades. No parece haber un centro rector para este periodo, aunque sobresale en dimensiones el sitio de Chapantongo,⁴ registrado y trabajado por el Proyecto Valle del Mezquital en la temporada 1991 (López Aguilar, 1992). La nueva tradición es identificable por su tecnología lítica distinta, las variaciones en forma y diseño de la cerámica, y una nueva concepción de los espacios rituales y domésticos. Nos estamos refiriendo al llamado “fenómeno coyotlatelco”, desarrollo que tiene bastantes similitudes con los grupos Xajay del Bajío, pero que por lo menos en esta región también presenta remanentes de un pasado puramente teotihuacano.

De esta manera encontramos, en los sitios coyotlatelco, parte de la vajilla

⁴ Se trata de un sitio extenso, denominado por varios nombres en el registro del proyecto: Cementerio Chapantongo, Gasolinera Chapantongo y Los Mogotes.



© Fig. 10

de la población que antiguamente habitaba los sitios teotihuacanos. En contraste, resalta la ausencia de cerámica coyotlatelco en los asentamientos de Teotihuacan.

Probablemente los desplazamientos de algunos grupos Xajay, a los cuales nos referimos



© Fig. 11

anteriormente, aunados a momentos de tensión e incertidumbre dentro de las comunidades controladas por Teotihuacan, provocaron una segmentación o regionalización de estas últimas, las cuales rompieron lazos con la urbe y modificaron de manera radical su patrón de subsistencia. Esto se refleja, por ejemplo, en la ausencia de obsidiana verde para este periodo, sustituida por materias primas como el sílex, el basalto y la obsidiana local de muy mala calidad. También se abandonan el tezontle y la cal como materiales constructivos, y se duplica el número de asentamientos, dando la idea de entidades autónomas de menores dimensiones.

VIII

Nos quedan entonces muchas preguntas, y es que la perspectiva de la periferia genera nuevas interrogantes. Desde esta perspectiva se entiende, por ejemplo, que en el aparente auge de Teotihuacan hacia la fase Tlamimilolpa, su área norte presentaba indicios de un proceso irreversible, que finalizaría con su total independencia. El dominio y control político sobre el Valle del Marqués seguramente proporcionaba a Teotihuacan una relativa seguridad en cuanto a recursos agrícolas, forestales y a materias primas; además había logrado con esto extender posiciones estratégicas, indispensables en el sistema de rutas de intercambio. El esfuerzo por controlar la región durante 400 años, alejada 90 km de Teotihuacan, debió haber sido enorme, pero su pérdida absoluta, aunada a la fragmentación de otras áreas, le resultaría a lo largo, insuperable. Para García Chávez (1991) por ejemplo, el primer paso en el proceso de desaparición hegemónica de Teotihuacan es el colapso del estado teotihuacano, con la consiguiente desintegración paulatina de sus áreas de influencia y de las redes de intercambio; después el abandono de los sitios teotihuacanos y la emigración de la población rural a sitios más grandes (*ibid.*). Desde el Valle del Mezquital observamos un proceso distinto. Habría que preguntarse qué tanto pudo suceder en sentido contrario, de tal forma que el derrumbe de Teotihuacan como sistema fuera resultado de pro-

cesos que actuaron en direcciones diversas. El desarraigo de quienes constituían, integrados a una estructura de aparente firmeza, debió generar presiones de dimensiones considerables.

Valdría la pena entonces revalorar los ámbitos de la periferia, lugares un tanto olvidados por la palabra de la arqueología oficial mexicana. Son tan olvidados, a veces, como el otomí que camina de la mano con la historia, entre senderos cada vez más agrietados... nuestra arqueología, y lo tenemos muy claro, es en gran parte para ellos, y por ellos.

bibliografía

- Angulo, Jorge y Kenneth Hirth
1981. "Presencia teotihuacana en Morelos", en E. Rattray, J. Litvak y C. Díaz (comps.), *Interacción Cultural en México Central*, México, UNAM-IIA (Serie Antropológica, 41), pp. 81-98.
- Cedeño Nicolás, Jaime
1997. *Espacio y Tiempo en las Sociedades Prehispánicas. El Caso de la Cultura de las Mesas*, tesis de licenciatura en arqueología, México, ENAH.
- Cobean, Robert, Alba Guadalupe Mastache, Ana María Crespo y Clara Díaz
1981. "La cronología de la región de Tula", en E. Rattray, J. Litvak y C. Díaz (comps.), *Interacción Cultural en México Central*, México, UNAM-IIA (Serie Antropológica, 41), pp. 187-214.
- Díaz Oyarzábal, Clara Luz
1980. *Un Sitio Clásico del Área de Tula, Hgo.*, México, SEP-INAH, Departamento de Monumentos Prehispánicos (Científica, núm. 90, Serie Arqueología).
1981. "Chingú y la expansión teotihuacana", en E. Rattray, J. Litvak y C. Díaz (comps.), *Interacción Cultural en México Central*, México, UNAM-IIA (Serie Antropológica, 41), pp. 107-112.
- Diehl, Richard
1987. "Tollan y la caída de Teotihuacan", en Joseph B. Mountjoy y Donald L. Brockington (eds.), *El Auge y la Caída del Clásico en el México Central*, México, UNAM-IIA (Serie Antropológica, 89), pp. 129-143.
- García Chávez, Raúl
1991. *Desarrollo Cultural en Azcapotzalco y el Área Suroccidental de la Cuenca de México desde el Preclásico Medio hasta el Epiclásico*, tesis de licenciatura en arqueología, México, ENAH.
- López Aguilar, Fernando (coord.)
1992. *Informe de la Cuarta Temporada de Trabajo de Campo del Proyecto Valle del Mezquital*, México, ENAH-INAH.
1994. *Proyecto Valle del Mezquital. Informe de la Quinta Temporada de Trabajo de Campo*, México, ENAH-Gobierno del Estado de Hidalgo-CONACYT.
1997. *Informe de la Séptima Temporada de Trabajo de Campo del Proyecto Valle del Mezquital*, México, ENAH-INAH.
- Mellville, Elinore
1994. *A Plague of Sheep. Environmental Consequences of the Conquest of Mexico*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Millon, René
1988. "The last years of Teotihuacan dominance", en Yoffe Norman y George Cowgill (coords.), *The Collapse of Ancient States and Civilization*, Tucson, Arizona Press, pp. 102-164.
- Müller, Florencia
1978. *La Cerámica del Centro Ceremonial de Teotihuacan*, México, SEP-INAH.
- Nalda, Enrique
1975. *UA San Juan del Río. Trabajos Arqueológicos Preliminares*, tesis de maestría en arqueología, México, ENAH-UNAM.
1996. "La frontera norte de Mesoamérica", en Sonia Lombardo y Enrique Nalda (coords.), *Temas Mesoamericanos*, México, INAH-CNCA (Obra Diversa), pp. 255-278.
1997. "El noreste de Morelos y la desestabilización teotihuacana", en *Arqueología*, núm. 18, México, INAH, pp. 103-117.
- Polgar, Manuel y F. López Aguilar
1997a. "Dinámica transitoria Teotihuacan-Coyotlatelco", en F. López Aguilar (coord.), *Informe de la Séptima Temporada de Trabajo de Campo del Proyecto Valle del Mezquital*, México, ENAH-INAH.
- 1997b. "Informe técnico de excavación. El Mogote San Bartolo, temporada 1996-1997", en F. López Aguilar (coord.), *Informe de la Séptima Temporada*

de Trabajo de Campo del Proyecto Valle del Mezquital, México, ENAH-INAH.

•Rattray, Evelyn

1981. "Anaranjado Delgado: cerámica de comercio de Teotihuacan", en E.

Rattray, J. Litvak y C. Díaz (comps.),

Interacción Cultural en México Central,

México, UNAM-IIA (Serie Antropológica, 41), pp. 55-80.

1987. "Evidencia cerámica de la caída del Clásico en Teotihuacan", en Joseph B. Mountjoy y Donald L. Brockington (eds.), *El Auge y la Caída del Clásico en el México Central*, México, UNAM -IIA (Serie Antropológica, 89), pp. 77-85.

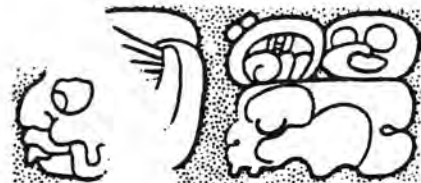
•Saint Charles, Juan Carlos

1996. "El reflejo del poder teotihuacano en el sur de Guanajuato y Querétaro",

en Ana María Crespo y Carlos Viramontes (coords.),

Tiempo y Territorio en Arqueología. El Centro-Norte de México,

México, INAH (Científica, 323), pp. 143-160.



Jaime Cedeño Nicolás*

El culto al lugar central. Posibilidades en torno a un problema arqueológico

Tratar de analizar el espacio arquitectónico es una tarea difícil si se parte de la idea de que éste es una construcción cultural, y como tal está provista de una carga ideológica específica a la cual no podemos acceder. Sin embargo, creo que este problema tiene que ver más con una falta de atención a ciertos factores y asociaciones de elementos culturales, que con una incapacidad de la ciencia arqueológica, dedicada a estudiar la cultura *material*¹ de las sociedades desaparecidas.

Lo que a continuación se expone no es más que una forma de interpretar el espacio arquitectónico, como una forma de aproximación al conocimiento general, de esa carga ideológica de que está provisto todo asentamiento humano.

El simbolismo del "Centro"

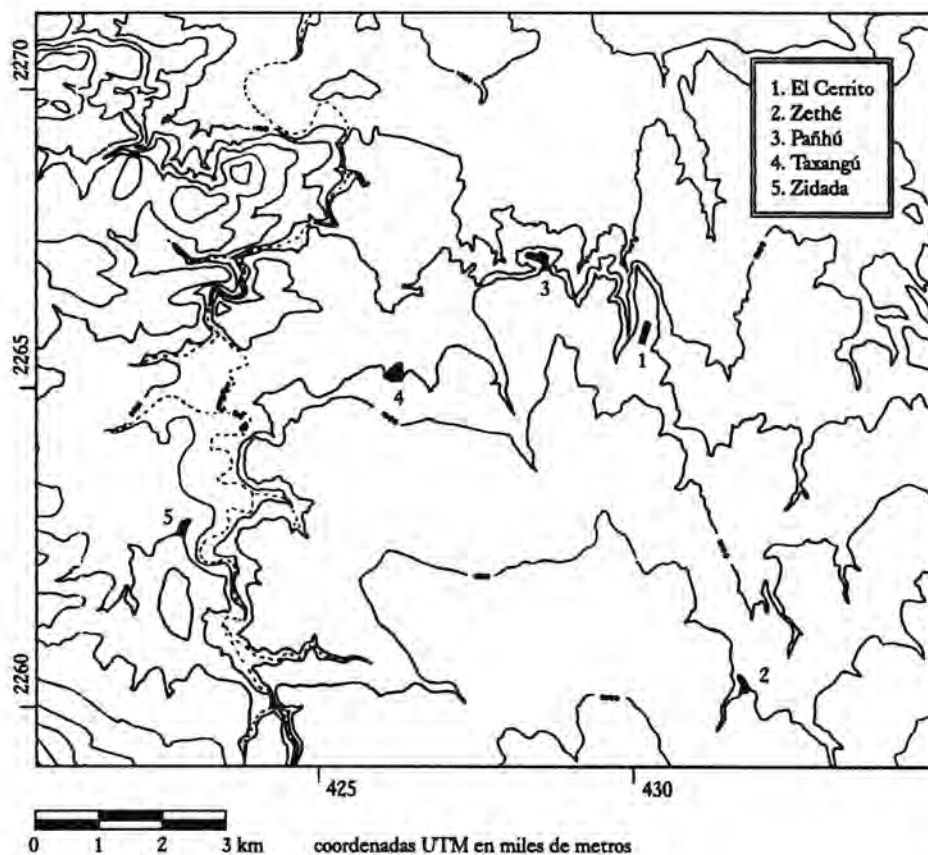
Una de las ideas más importantes de la cosmología prehispánica es la geometría del universo, expresada a través del culto a los cuatro rumbos del universo. En la concepción de los antiguos mesoamericanos y en la religión de la mayoría de las sociedades tradicionales, el universo se concibe como la unión de cuatro partes integrantes del cosmos en un centro, mediante del cual se comunican también el cielo, la tierra y el inframundo.

... la comunicación se expresa a veces con la imagen de una columna universal, *axis mundi*, que une, a la vez que lo sostiene, el Cielo con la Tierra, y cuya base está hundida en el mundo de abajo [...] Nos hallamos pues, frente a un encadenamiento de concepciones religiosas y de imágenes cosmológicas que son solidarias y se articulan en un "sistema" al que se puede calificar de "sistema del mundo" de las sociedades tradicionales (Eliade, 1983:38).

Con esta idea los hombres buscan tener contacto con los dioses, con el cielo y con el inframundo, por medio de un símbolo, de una serie de ellos, que son

* Centro INAH Querétaro.

¹ El subrayado es mío.



● Fig. 1 Ubicación de sitios (dibujo de Jaime Cedeño Nicolás)

expresión del *axis mundi*: poste, árbol o montaña sagrada, etcétera (*idem.*).

Esta concepción del cosmos es asimilada a los templos o palacios, ya que en su construcción o fundación reiteran la cosmogonía, es decir la geometría del universo:

El simbolismo arquitectónico del centro puede formularse así:

- a) la Montaña Sagrada —donde se reúnen el cielo y la tierra— se halla en el centro del mundo;
- b) todo templo o palacio —y, por extensión, toda ciudad sagrada o residencia real— es una “montaña sagrada”, debido a lo cual se transforma en centro,
- c) siendo un *axis mundi*, la ciudad o el templo sagrado es considerado como punto de encuentro del cielo con la tierra y el infierno (Eliade, 1994:21).

En Mesoamérica, el culto a los cuatro rumbos y el lugar central aparece ligado estrechamente al sol. Los mexicas le llamaban a este espacio *nauhcampa*, que en los documentos de origen o influencia indígena aparece representado con el este hacia la parte superior, al contrario de la manera europea de representar el espacio con el norte en esta posición, lo que pone de manifiesto la importancia que tiene aquella dirección para la sociedad mesoamericana. En el *nauhcampa* cada rumbo tiene un dios con que se identifica. Alfonso Caso menciona que son los cuatro Tezcatlipoca: Tezcatlipoca rojo o Xipe; Tezcatlipoca negro, llamado solamente Tezcatlipoca; *Quetzalcóatl* y el Tezcatlipoca azul o Huitzilopochtli. Estos cuatro dioses son los señores de los cuatro rumbos de la tierra o sostenedores del cielo y se asocian a la vez a cuatro colores: el color rojo se asocia al oriente, el negro al norte y el azul al sur, mientras *Quetzalcóatl*, tal vez asociado al color blanco, se relaciona con el poniente (Caso, 1983:21).

González, quien por su parte dice que los sostenedores del cielo son Quetzalcóatl, Tezcatlipoca, Mictlantecuhtli y Tlahuizcalpantecuhtli, interpreta a los movimientos aparentes del sol como el fenómeno que da origen a la idea del *nahucampa*, por lo que cada cuadrante, o espacio representado en él, está delimitado por los puntos solsticiales de salida y puesta de sol en su recorrido anual de 365 días, tiempo que los antiguos mesoamericanos dividían en 18 “meses” de veinte días cada uno, más cinco días aciagos. Este recorrido tiene en plano una forma rectangular, cuyos vértices sirven para delimitar los cuatro cuadrantes, y en donde tal vez se sitúen los cuatro sostenedores del cielo (González, 1979:141-151).

Los rumbos del universo se relacionan también con los signos calendáricos de la época prehispánica, lo cual era de gran importancia para la adivinación del destino. De acuerdo con Sahagún en su obra *Historia General de las Cosas de la Nueva España*, los indígenas solían contar los años de acuerdo con una rueda con cuatro figuras relacionadas a las cuatro partes del mundo, de tal manera que cada año se contaba con la figura correspondiente. Los nombres de las cuatro partes y sus elementos asociados son: *huiztlampa*, el medio día o austro (sur), su signo es *tochtli*, conejo; *tlapcopca*, el oriente, tenía por figura la caña, *acatl*; *mictlampa* que es el septentrión (norte) y su figura el *tecpatl*, pedernal, y *cihuatlampa*, el poniente, cuya figura es *calli*, casa.

Estas ideas acerca de la geometría del cosmos han sobrevivido de alguna manera hasta nuestros días, principalmente entre las sociedades indígenas más tradicionales, en las que existen ritos de instalación de casas u oratorios, o bien mitos que narran la fundación del pueblo.

Entre los actuales otomíes que habitan los estados de Querétaro e Hidalgo es común escuchar el mito del águila, símbolo solar y del centro entre los otomíes de la sierra, comúnmente asociada a los mitos de fundación, ya que al posarse señala el lugar en que se fundaría la ciudad de México-Tenochtitlan. Generalmen-

te el lugar señalado corresponde con un sitio arqueológico o con la iglesia del pueblo (Galinier, 1990:383-403 y 596).

Galinier hace referencia a un mito que narra la presencia del águila en *Mayonikha* (lugar de los dos santuarios), centro ceremonial de los otomíes de la sierra, quienes se refieren a él como la “iglesia vieja”. Entre sus traducciones locales está la de “México chiquito”, en alusión a la capital de la república. La historia oral dice que ahí fue el primer punto en que se posó el águila sobre un nopal, antes de hacerlo en el Lago de Texcoco (*ibid.*:315). En la comunidad de Tagui, en el Valle del Mezquital, existe una historia similar: “... aquí en La Peña (se refiere a un sitio arqueológico) iba a ser México. Ahí se paró primero el águila, por eso iba a ser México” (Cedeño, 1997:77).

Un mito más, referido ahora a la fundación del pueblo, existe en San Ildefonso Tultepec, en el sur de Querétaro. El mito dice que, después de posarse el águila en un paraje poco amplio, emprendió el vuelo hasta posarse en el lugar que ocupa el actual templo católico de San Ildefonso. El águila, una vez que los habitantes comenzaron la construcción del templo, voló hacia el lago de Texcoco, donde los aztecas siguieron el ejemplo de los otomíes y fundaron su ciudad (Van de Fliert, 1988:42).

Es evidente entonces la asociación del mito del águila con el centro ceremonial del pueblo, como en este último caso, con lugares sagrados tradicionalmente como los otomíes de la sierra, o con sitios arqueológicos como en el Valle del Mezquital, los cuales tal vez sean asimilados como antiguos lugares sagrados, puesto que la gente piensa que en estos sitios se hundió una iglesia.

El mito del águila, sin embargo, tiene su máxima expresión en una capilla doméstica de la comunidad otomí de Santiago Mexquititlán, municipio de Amealco, Querétaro.

La superficie de los muros laterales de la capilla está decorada simétricamente con pintura

mural que representa motivos florales, animales y antropomorfos. El muro del fondo, cercano al altar, presenta a Cristo crucificado, el sol, la luna y dos jarrones con flores. La inscripción, dentro de un motivo fitomorfo, ubica la elaboración de la pintura mural hacia 1789 (Cedeño *et al.*, 1998).

Entre los motivos representados destaca un águila parada sobre un nopal, lo que evidencia la asociación entre el águila como símbolo del centro y la capilla, al igual que existe entre el águila y el centro ceremonial, tradicional o católico y con los sitios de ocupación prehispánica.

Así, cada lugar en que se paró el águila, sagrado por excelencia, es asimilado como centro cosmogónico, sea comunal (la iglesia o el santuario), como lugar en que se funda un pueblo, o bien familiar, donde la capilla es el punto central de cada familia perteneciente a ella; por eso las personas integrantes de esas familias acuden en cada celebración religiosa al centro, su capilla (Cedeño, 1998), lugar sagrado que “siendo un *axis mundi*... es considerado como punto de encuentro del cielo con la tierra y el infierno” (Eliade, 1994:20-28).

En las sociedades prehispánicas el culto al lugar central se expresa arquitectónicamente mediante la construcción de templos sobre basamentos piramidales, donde éste es la imagen de la montaña sagrada. Los cerros, en la ideología prehispánica, se concebían como enormes ollas en que se almacenaba el agua y otros mantenimientos. *Tepeilhuitl* “la fiesta de los cerros”, corresponde al mes de octubre, al término de las lluvias. Los mexicas creían que, durante la estación de secas, el agua era retenida en el interior de los cerros, cual si fueran enormes depósitos del líquido vital, además de otros alimentos, para ser vertida durante la época de lluvias (Broda, 1989:40).

Precisamente la pirámide, que en la mayoría de los casos se asocia a espejos de agua, artificiales o naturales, es la montaña sagrada, en cuya cúspide, es decir en el cielo, se sitúa el

templo donde habitan los dioses, y cuyo interior es la entrada al inframundo.

Generalmente estos templos encabezan espacios llamados comúnmente plazas, las que en muchos casos están delimitadas por otras estructuras, de tal manera que rodean un espacio central, estructura que se repite a nivel doméstico, en donde las habitaciones se construyen en derredor de un patio, en ocasiones por pares opuestos, tal como se puede observar en la mayoría de los sitios mesoamericanos.

De este modo, el culto al lugar central se convierte en un elemento concreto de la ideología de las sociedades tradicionales actuales y prehispánicas, en el que a partir de la existencia del símbolo específico se pueden hacer algunas propuestas en torno a la cosmogonía de las sociedades antiguas.

El caso de la Cultura de las Mesas

La Cultura de las Mesas, nombre que toma del peculiar emplazamiento de los asentamientos en el paisaje local, es un desarrollo regional del norponiente del Valle del Mezquital, en el estado de Hidalgo, que incluye sitios en que la presencia de materiales cerámicos como los llamados Rojo inciso postcocción Xajay, Cañones Rojo sobre café y otros materiales Rojo sobre bayo contemporáneos a la época Coyotlatelco es recurrente. Las fechas de radiocarbono recuperadas en excavación remontan su ocupación hacia 450-950 d.n.e (Morett, 1996).

Debido a que la zona en que se encuentran los asentamientos es habitada por población otomí, tres de los sitios arqueológicos objeto de este trabajo tienen nombres en lengua indígena; de los otros dos, uno es llamado El Cerrito, seguramente por la existencia de un montículo arqueológico en medio del terreno plano de la mesa y otro es conocido simplemente como La Peña o La Muralla, el primer nombre en alusión a la barranca y el segundo a los restos arquitectónicos del sitio. Este último fue bautizado para efectos de registro como Zethé, nombre

del rancho en cuyos terrenos se localiza y que en lengua hñāhñū quiere decir "agua fría".

Los otros tres sitios llevan los nombres de: Pañhú, que significa "camino caliente"; Taxangú, "casa blanca" y Zidada, que significa "nuestro Padre".

El paisaje en el que se encuentran los sitios es el característico del Valle del Mezquital, de tipo semiárido, precipitación media anual de 600 mm y temperatura media anual de 18°C.

Los asentamientos se ubican sobre una formación de origen volcánico que se extiende al norte de la población de Huichapan, alcanzando la porción sur del municipio de Tecozautla, en las inmediaciones de las comunidades de San Francisco y La Mesilla.

La toba, constituyente de esta formación, ha sido disectada por arroyos intermitentes y otros de corriente permanente, como los ríos San Francisco y Tecozautla, que corren de sur a norte y que reúnen en su trayectoria la mayor parte de las corrientes que descienden de la parte alta de la caldera del Hualtepec y de los cerros Buenavista y La Estancia.

Este disectamiento ha dado como resultado la formación de mesas sobre una línea que se extiende de oriente a poniente entre este punto y la ciudad de San Juan del Río, Querétaro.

El suelo sobre las mesas es somero y de baja profundidad. Algunas partes del terreno pueden utilizarse para agricultura de temporal y cultivo de maguey, principalmente en las partes donde el suelo es más profundo. Así, la mayoría de las tierras de cultivo sobre las mesas se localiza en las cercanías de las comunidades, al sur de la formación, dejando el extremo opuesto como terrenos de agostadero.

Al norte de esta formación se extiende el Valle de Tecozautla, constituido principalmente por el río del mismo nombre y el río San Francisco, ambos pertenecientes a la cuenca del río Moctezuma.

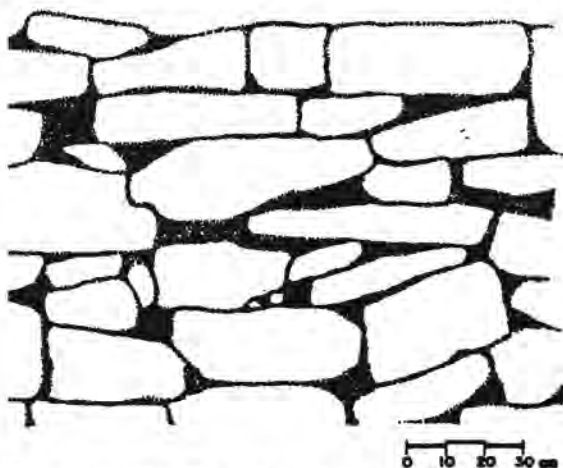


Fig. 2 Ejemplo de construcción con bloques de toba careados. Zethé (dibujo de Jaime Cedeño N.)

Aquí las tierras de cultivo son mucho más fértiles, debido a los materiales orgánicos depositados por los aluviones de los ríos. Además, en esta región se practica la agricultura de riego, gracias a la canalización de las corrientes y al alto número de manantiales que se localizan en la zona.

Aquí, se advierte una franja ecotonal entre ambas zonas, las mesas y el valle, donde los cinco asentamientos representativos de este desarrollo en el estado de Hidalgo se localizan a altitudes entre 1 980 y 2 100 m (fig. 1).

Los datos arrojados por la excavación en el sitio Zethé indican que en el momento del asentamiento las mesas estaban completamente libres de vegetación y suelo. La superficie rocosa de la mesa sólo fue nivelada lo suficiente para crear espacios llanos, sin desniveles abruptos, que facilitarían la labor constructiva.

En todos los casos, las obras de nivelación han generado acumulación de suelo, antes inexistente en el lugar, en parte por el propio relleno de las estructuras y en parte por la natural acumulación y desarrollo del suelo aunque somero, a partir del abandono del sitio.

Dos tipos de estructuras son las que logran el objetivo de allanar el terreno: las terrazas y las plataformas de nivelación. Sobre éstas se levantan

taron construcciones que alcanzan hasta 6 m de altura.

Las estructuras de los sitios se orientan, al igual que todo el asentamiento, hacia un eje nortesur, en ocasiones siguiendo la orientación de la mesa (Zethé) y en otras siguiendo una orientación diferente (El Cerrito). En Taxangú, caso excepcional, las estructuras no se orientan en la misma dirección que el eje general del asentamiento, el cual sigue al de la mesa.

Los montículos más altos en estos sitios comúnmente se localizan al extremo norte del asentamiento, a excepción de Taxangú, llegando a ocupar, como en los casos de Pañhú y Zethé, el extremo norte de la mesa al borde de la barranca.

Los sitios presentan agrupamientos de estructuras que pueden delimitarse fácilmente. En su mayoría integran espacios abiertos, sea por que lo rodean tres o cuatro estructuras o simplemente por los límites físicos de una plataforma o terraza. En otros casos, las estructuras sólo forman un conjunto de plataformas bajas.

Por su función, el sistema constructivo de los asentamientos puede separarse en dos grandes grupos de estructuras: en primer lugar, aquellas destinadas a nivelar la superficie original de la toba (terrazas y plataformas de nivelación) y en segundo lugar las que cumplen con la función de servir como superficie de construcción de viviendas, templos, etcétera (basamentos piramidales, plataformas).

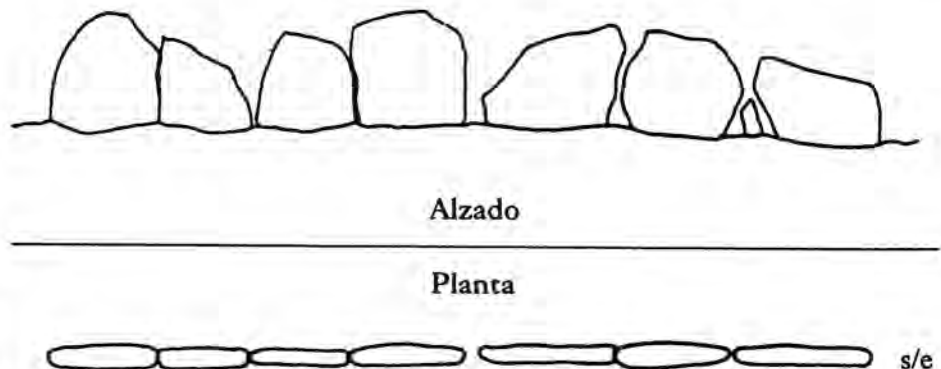
En cuanto a su estructura se observan dos grupos: aquellas cuyo perímetro está formado por una o dos hileras de lajas de toba dispuestas de canto, una tras de otra, con el fin de retener material de relleno en su interior. Generalmente el alineamiento forma cuadrángulos cerrados y su altura no sobrepasa de un metro. Este sistema puede ser sencillo o compuesto.

El sencillo está constituido por un solo cuerpo, mientras que el compuesto consta de dos o más cuerpos escalonados, ninguno de los cuales sobrepasa la altura establecida de un metro.

En segundo lugar, hay estructuras cuyos muros exteriores están formados por bloques de toba de una sola cara, los cuales fueron acomodados unos sobre otros para formar fachadas planas y verticales. Las estructuras con este sistema constructivo alcanzan alturas de por lo menos dos metros (figs. 2 y 3).

En ambos casos, el material utilizado como aglutinante fue arcilla mezclada con materiales orgánicos vegetales.

Por otro lado, los montículos mayores, aquellos que alcanzan por lo menos 4 m de altura, tienen un sistema estructural interior muy interesante. Se trata de un entramado de muros contruidos con bloques de toba de tamaño regular ligeramente careados. Éstos forman una serie de cajones o espacios cúbicos que fueron rellenos con bloques del mismo material y arcilla. Esta red de muros le da estabilidad y consistencia a la construcción.



● Fig. 3 Ejemplo de alineamiento de lajas de toba. El Cerrito (dibujo de Jaime Cedeño N.)

Es común también encontrar estructuras circulares, sean éstas los restos de una columna o alineamientos circulares de laja. En el primer caso se trata de una construcción de planta circular, elaborada con bloques de toba y con diámetro aproximado de 1.5 metros.

Del segundo tipo sólo se ha localizado un caso en el sitio El Cerrito. En éste las lajas son dispuestas verticalmente formando un círculo completo, delimitando un espacio de 7 m de diámetro.

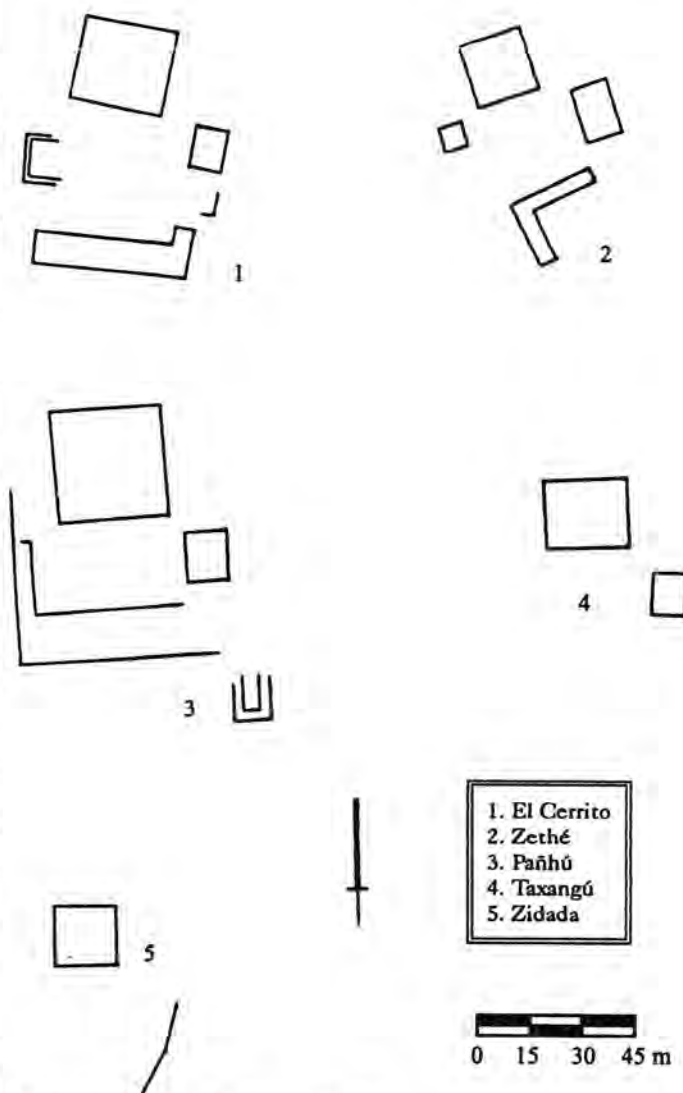
Es interesante hacer notar que, en general, el sistema constructivo aquí descrito es compartido con otros sitios del Epiclásico, por ejemplo el analizado por Patiño (1994), en la región de Tula.

Todos los sitios, excepto Zethé, tienen gran cantidad de petroglifos, grabados principalmente en los costados de la mesa. En su mayoría los grabados representan espirales sencillas o dobles.

El rasgo de mayor relevancia en todos los sitios es la plaza principal, cuya configuración espacial es un auténtico patrón en los cinco sitios: el montículo mayor siempre está al norte de este conjunto, al sur una estructura rectangular, al oriente un montículo también de forma rectangular y al poniente una plataforma cuadrangular. Este patrón se repite, en un 100% en Zethé y El Cerrito; en un 75% en Pañhú y en un 50% en el resto (fig. 4).

En los levantamientos topográficos realizados en todos los sitios es evidente el trabajo de nivelación del sector que ocupa esta plaza, la cual en cuatro de los sitios está al norte del asentamiento, y en Taxangú, al sur.

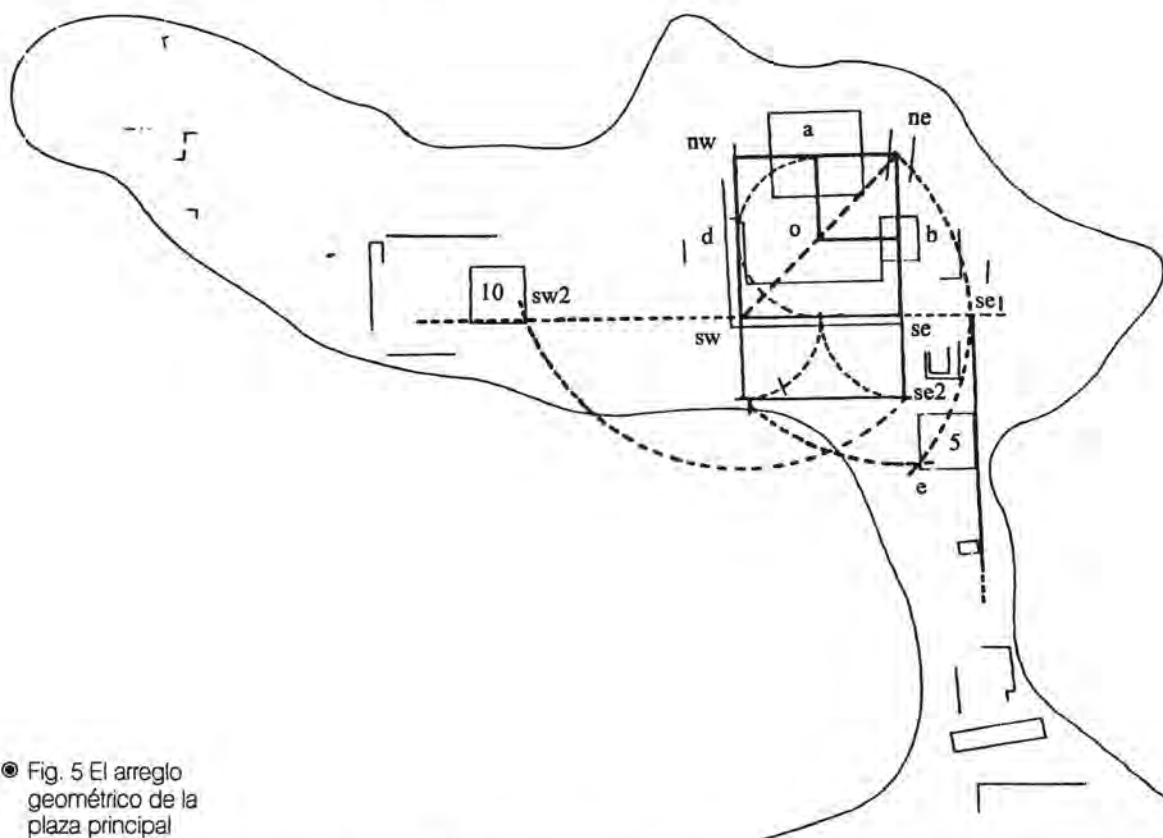
La organización espacial de este conjunto arquitectónico, recurrente en todos los sitios, in-



● Fig. 4 (dibujo de Jaime Cedeño N.)

dica que se trata del espacio sagrado principal, perteneciendo a un centro ceremonial mayor, que en asentamientos diferentes, mantiene sus características espaciales intrínsecas y sería el espacio en que la reiteración de la cosmogonía en el momento de su fundación alcanzó su máxima expresión.

Por lo tanto, si era éste el espacio sagrado principal, es decir "el centro del universo", estaría construido a imagen del espacio que hacia el Posclásico se llamó *nahucampa*, y cada una de las estructuras que componen el conjunto representarían a cada uno de los cuadrantes de



● Fig. 5 El arreglo geométrico de la plaza principal

aquél, por lo que el punto de unión de los cuatro rumbos estaría al centro de la plaza.

El análisis de la plaza principal, que por su objetivo tenía que ser de carácter geométrico, se realizó siguiendo de manera general la propuesta de Mora acerca de la geometría prehispánica y su posible relación con el calendario ritual de 260 días, incorporando el simbolismo del centro.

En aquel trabajo Jesús Mora propone la hipótesis de que el calendario ritual mesoamericano surgió a partir de los conocimientos matemáticos y geométricos que tenían las sociedades prehispánicas (Mora, 1984).

El autor encuentra, mediante el análisis geométrico, en el montículo de La Cruz, en Casas Grandes, Chihuahua, una serie de proporciones entre las que recurren de manera importante aquellas cercanas al cociente de los diferentes ciclos calendáricos: $584/365 = 1.6 = \sqrt{5}$ (ϕ); $365/$

$260 = 1.4 = \sqrt{2}$ y $584/260 = 2.25 = \sqrt{5}$, proporciones que en la arquitectura “se aplican como unidades métricas, ya sea en forma unitaria y/o en módulos básicos generalmente integrados por 5, 7, 9, 13, 18 y 20 elementos, así como sus combinaciones, hasta alcanzar un máximo de 260 unidades” (Mora, *op. cit.*: 7).

Desde ese punto de vista, estas proporciones al ser iguales a las que resultan de combinar los diferentes ciclos calendáricos de la época prehispánica, no son otra cosa que la reiteración de la cosmogonía misma, es decir, la repetición geométrica y espacial de los ciclos de tiempo existentes en el universo conocido.

El análisis

Como se ha venido señalando, la plaza está representada por lo menos de dos estructuras y, en el mejor de los casos, cuatro. Estas dos estructuras, en cualquiera de los sitios, delimitan por el oriente y norte el espacio, de tal manera

que dos líneas perpendiculares entre sí y que pasan por el centro de cada uno de los dos montículos (a) y (b) definen un primer ángulo con vértice (o) al centro de la plaza (fig. 5).

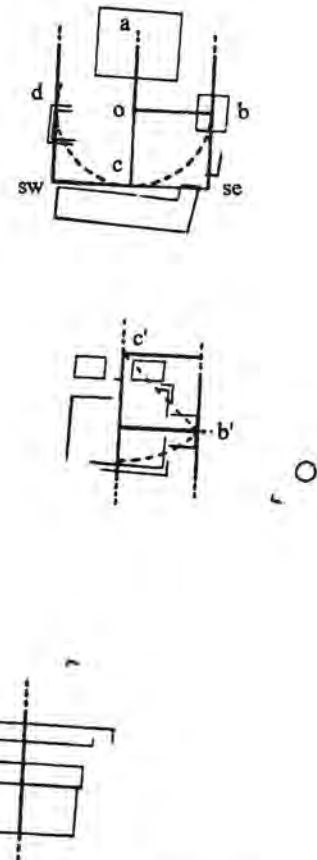
A partir de este vértice, la proyección de cualquiera de los segmentos hacia el sur y poniente definen otros dos puntos (c) y (d), el primero de éstos en el centro de la estructura sur y el segundo indicando la posición de la estructura al poniente.

Este arreglo forma una cruz sobre la plaza central, cuyos brazos se extienden a una distancia no mayor entre el centro de la plaza y el centro de las estructuras norte y oriente.

De este modo, tenemos dos segmentos primarios, perpendiculares entre sí; las paralelas de estos segmentos sobre los puntos extremos de la cruz forman un cuadrilátero mayor que se ajusta al trazo de la plaza, formando entonces cuatro cuadrantes (NE, SE, NW y SW).

Este arreglo geométrico pone de manifiesto la existencia de un plan de construcción preconcebido, orientado en la dirección equinoccial, donde los segmentos primarios o módulos básicos de trazo estarían representados por la distancia entre el centro y sus extremos (o-a, o-b, o-c, o-d), o por cada uno de los segmentos de cada uno de los cuadrantes (a-ne, b-ne, b-se, c-se, etc.). Es a partir de este espacio que las proyecciones de la diagonal, así como de los segmentos primarios del cuadrante (módulo básico) y del cuadrado mayor, indican la posición de otras estructuras al interior del sitio.

Ahora bien, en el juego de proporciones entre ciclos calendáricos a que se ha hecho alusión, la unidad corresponde al ciclo de 260 días; por



● Fig. 6 Los dos conjuntos arquitectónicos al sur de la plaza se ubican sobre los ejes formados por la proyección hacia el sur de los puntos sw, para el conjunto 3 y c y se para el conjunto 2. Además, el conjunto central se construye a partir del trazo del módulo básico desde la proyección de c (c') y el punto central de la estructura 8 (b') y la proyección de la diagonal hacia el sur.

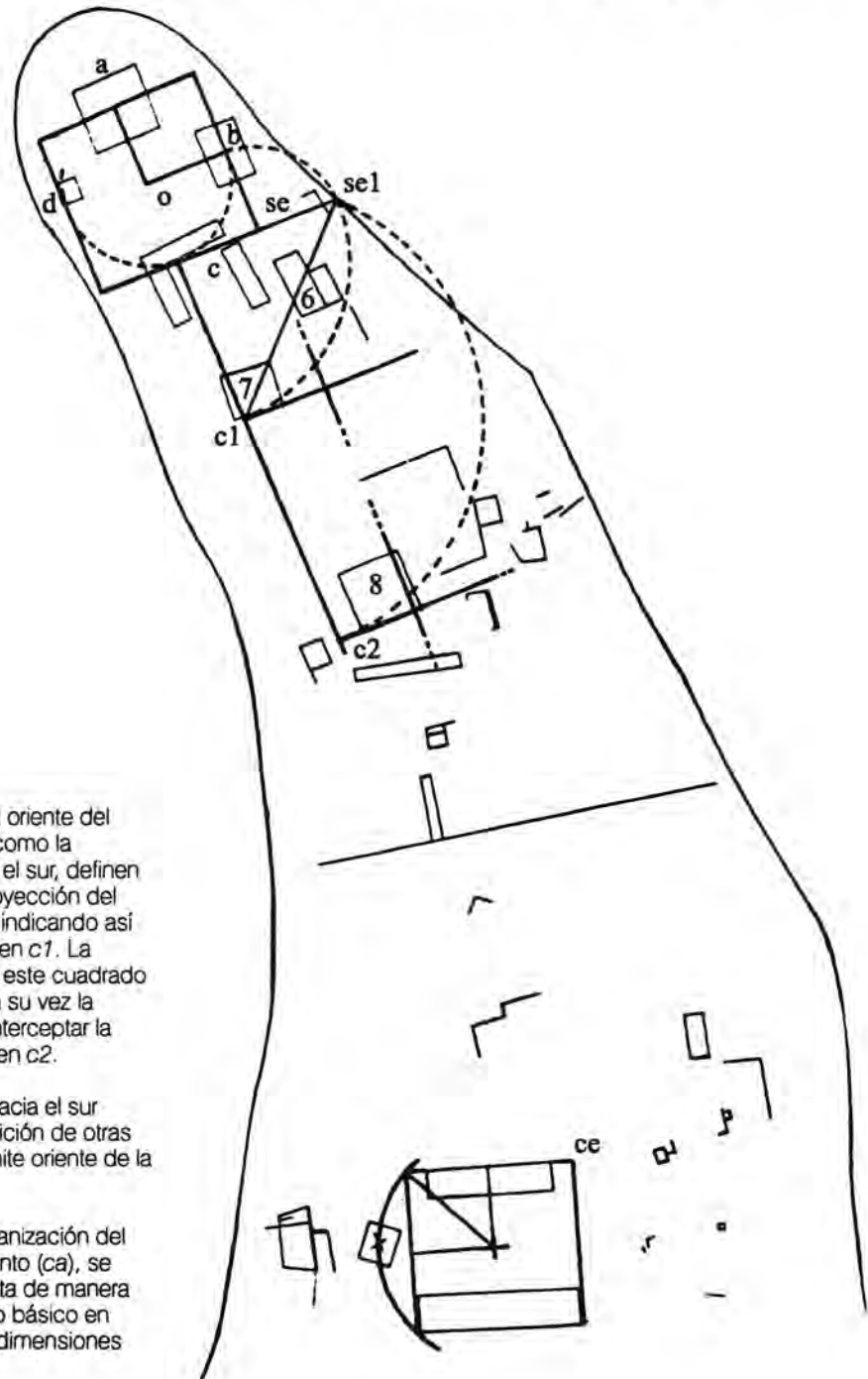
lo tanto el año solar equivaldría a la diagonal del cuadrado o $\sqrt{2}=1.4$ y el ciclo de Venus a la raíz cuadrada de 5 ($\sqrt{5}=2.25$). Además, si consideramos el año solar como la unidad, entonces el ciclo de Venus equivaldría a la proporción ϕ (phi) o número áureo: 1.618.

Un ejemplo peculiar lo encontramos en el sitio de Pañhú (fig. 5), donde la proyección de la diagonal del cuadrado mayor a partir del vértice SW corta la proyección de SE hacia el oriente (se1), cuya proyección hacia el sur indica el límite oriente de la estructura 5.

Asimismo, la proyección del módulo básico hacia el sur localiza los puntos *sw1* y *se2*. La proyección de la diagonal *b-sw1*, a partir de *b*, intercepta a la proyección del vértice NE en *e*, punto cercano al vértice surponiente de la misma estructura 5. Además, la proyección de la diagonal *d-se2* intercepta a la proyección de *SW*

hacia el poniente en *sw2*, muy cerca del vértice sureste de la estructura 10.

En el sitio El Cerrito hallamos el mismo arreglo geométrico de la plaza principal, con la salvedad de que el punto *a* no coincide con el centro del montículo principal (fig. 6).



● Fig. 7 La repetición hacia el oriente del segmento primario *b-se*, así como la proyección del punto *c* hacia el sur, definen un cuadrado mayor por la proyección del segmento *c-se1* hacia el sur, indicando así la posición de la estructura 7 en *c1*. La proyección de la diagonal de este cuadrado (*c1-se1*) hacia el sur, marca a su vez la posición del montículo 8, al interceptar la proyección de *c* hacia el sur en *c2*.

La proyección del punto *se* hacia el sur puede estar indicando la posición de otras estructuras, como la 6 y el límite oriente de la misma estructura 8.

Además, atendiendo a la organización del conjunto al sur del asentamiento (*ca*), se puede observar que se adapta de manera perfecta al arreglo del módulo básico en cuadrantes, con las mismas dimensiones que en la plaza principal.

En este lugar lo más interesante es que los dos conjuntos arquitectónicos al sur de la plaza se ubican sobre los ejes formados por la proyección hacia el sur de los puntos SW, para el conjunto 3 y c y SE para el conjunto 2. Además, el conjunto central se puede construir fácilmente a partir del trazo del módulo básico, desde la proyección de c (c') y el punto central de la estructura 8 (b') y la proyección de la diagonal hacia el sur.

En el sitio Zethé el arreglo de la plaza es idéntico al de los sitios anteriores (fig. 7). Aquí, la repetición hacia el oriente del segmento primario b-se, así como la proyección del punto c hacia el sur definen un cuadrado mayor por la proyección del segmento c-se1 hacia el sur, indicando así la posición de la estructura 7 en c1. La proyección de la diagonal de este cuadrado (c1-se1) hacia el sur marca a su vez la posición del montículo 8, al interceptar la proyección de c hacia el sur en c2.

La proyección del punto SE hacia el sur puede estar indicando la posición de otras estructuras, como la 6 y el límite oriente de la misma estructura 8. Además, atendiendo a la organización del conjunto de conmemoración astronómica, descrito anteriormente, se observa, por simple sobreposición que se adapta de manera perfecta al arreglo geométrico del módulo básico en cuadrantes, formando un cuadrado mayor. La proyección de la diagonal del módulo básico marca la posición del punto central de la estructura orientada a 16°C al sur del oriente.

De esta manera, tenemos que cuando menos la proporción 1.4, o diagonal del cuadrado, juega un papel importante en el trazo de los asentamientos de la Cultura de las Mesas.

Consideraciones finales

Las ideas antes mencionadas no deben ser tomadas como concluyentes. Sin embargo, es importante señalar que existe acceso a los elementos ideológicos de las sociedades antiguas a partir de regularidades en la información es-

pacial. Así como la recurrencia de los mitos de fundación entre las actuales sociedades indígenas, lo cual indica la existencia de un espacio construido a partir de un símbolo del lugar central, las recurrencias en la disposición de los conjuntos arquitectónicos pueden dar la pauta para la interpretación del espacio arquitectónico construido por sociedades desaparecidas.

Los tres sitios analizados en este trabajo son el mejor ejemplo de las ideas expuestas, ya que en ellos existen las cuatro estructuras constituyentes de la plaza principal, elemento básico en la planeación arquitectónica de los sitios. Como se dijo anteriormente, el trazo de ésta fue derivado desde un punto central hacia cuatro rumbos, expresando así la geometría del universo.

Parece ser que las sociedades mesoamericanas reconocieron las proporciones $f\bar{i}=1.6$ (ϕ), $\sqrt{2}=1.4$ y $\sqrt{5}=2.25$, existentes entre sus ciclos calendáricos principales y plasmaron de manera análoga este conocimiento en el trazo de sus centros ceremoniales.

Las proporciones arquitectónicas que nacen de la repetición de magnitudes y que están en relación simétrica con los ciclos naturales fueron entonces utilizadas como medio de concreción de la cosmología prehispánica; el hombre sacralizó así su hábitat.

bibliografía

- Broda, Johana
1989. "Geografía, clima y observación de la naturaleza", en Ernesto Vargas (ed.), *Las Máscaras de la Cueva de Santa Ana Teloxtoc*, México, UNAM, pp. 35-51.
- Caso, Alfonso
1983. *El Pueblo del Sol*, México, FCE (Col. Popular, 104).
- Cedeño Nicolás, Jaime
1997. *Espacio y Tiempo en las Sociedades Prehispánicas. El Caso de la Cultura de las Mesas*, tesis de licenciatura, México, ENAH.
- 1998. "Posibles sobrevivencias culturales prehispánicas en la actual ideología otomí del sur de Querétaro", informe de actividades del proyecto *Conceptos sobre Espacio entre los Otomíes del Altiplano*, México, Archivo del Centro INAH, Querétaro, enero-junio.
- Cedeño Nicolás, Jaime, Laura Juárez M. y Roberto Martínez M.
1997. *Conceptos sobre Espacio entre los Otomíes del Altiplano*, informe de actividades, México, Archivo del Centro INAH, Querétaro, enero-junio 1998.
- Eliade, Mircea
1983. *Lo Sagrado y lo Profano*, España, Editorial Labor.
- 1994. *El Mito del Eterno Retorno*, España, Ediciones Altaya.
- Fraser Townsend, Richard
1982. "Pyramid an sacred mountain", en A. F. Aveni y G. Urton (eds.), *Ethnoastronomy and Archaeoastronomy in the American Tropics*, Nueva York, New York Academy of Sciences, pp. 37-62.
- Galinier, Jacques
1990. *La Mitad del Mundo*, México, UNAM.
- González Torres, Yólotl
1979. *El Culto a los Astros entre los Mexicanos*, México, Sep/Setentas.
- Mora Echeverría, Jesús Ignacio
1984. "Prácticas y conceptos prehispánicos sobre el espacio y tiempo: a propósito del origen del calendario ritual mesoamericano", en *Boletín de Antropología Americana*, 9, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, pp. 5-46.
- Morett Alatorre, Luis
1996. "El desarrollo regional Xajay en el poniente del Valle del Mezquital", ponencia presentada en el II Coloquio de Historia Regional, Pachuca, Hidalgo.
- Patiño Rodríguez Malpica, Héctor
1994. *Arquitectura Coyotlatelco. Un Análisis en la Región de Tula*, México, tesis de licenciatura en arqueología, ENAH.
- Van de Fliert, Lydia
1988. *El Otomí en Busca de la Vida*, México, Universidad Autónoma de Querétaro.

Eduardo Yamil Gelo del Toro y
Fernando López Aguilar*

Hualtepec, Nonohualcatepec y Coahuatepec. Lecturas a un cerro mítico

Las cimas de las montañas siempre han sido lugares especiales para el hombre, aún antes de que se construyeran altares, pirámides o centros ceremoniales. Algunas de ellas llegaron a convertirse en las zonas sacras por excelencia, a fuerza de la reiteración de los ritos y para escudriñar en esa dirección debemos observarlas más allá de su sentido geográfico dentro de un paisaje, para comprenderlas como lugares a los que se han atribuido cualidades, y que formaron parte del escenario donde a partir de una cosmovisión —con las características físicas de los elementos en segundo plano— se desarrollaría ese gran *teatro* de los cultos en los altares que se construirían en las cimas de estos cerros.

El hombre adoptó a la montaña como uno de sus grandes símbolos, en especial con la idea de “centro” como eje del mundo y así se obstinó en delimitarlo, en establecer su campo de influencia, sus objetos sagrados, así como las actividades que habrían de reconocerlo y perpetuarlo, ya que ciertos rituales y actos cotidianos entraron al ámbito de lo sagrado porque repetían las acciones planteadas en los *orígenes* por dioses, héroes o antepasados. En este contexto, las ciudades, los templos y las casas serían sufragáneos de ese simbolismo supraterrrestre que los asimiló y los transformó, para que en muchos casos se convirtieran en una humanización, en una representación a otra escala del eje del mundo.

En la búsqueda y reconocimiento de lo absoluto, de lo sagrado, el hombre se confrontó con las montañas. Mircea Eliade planteó a la “Montaña Sagrada como el punto donde se reúnen el cielo y la tierra [y que] se halla en el centro del mundo” (Eliade, 1972:335). Por extensión, todo templo, palacio y por ende toda ciudad sacra o residencia real se concibió como un espejo de la “montaña sagrada”. La montaña o su elemento correspondiente, la ciudad o el templo, se convirtieron en el punto de reunión de cielo, tierra e inframundo: se formó el *axis mundi* (*idem.*).

* Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH).



© Fig. 1

La montaña pertenece al reino de lo alto, al lugar donde tradicionalmente han morado las deidades, los creadores del universo. En lo alto está, finalmente, el inicio del universo mismo:

Las regiones superiores inaccesibles al hombre, las zonas siderales, adquieren los prestigios divinos de lo trascendente, de la realidad absoluta, de la perennidad. Semejantes regiones son la habitación de los dioses [...] lo "alto" es una dimensión inaccesible al hombre como tal; pertenece por derecho a las fuerzas y a los seres sobrehumanos [...] (Eliade, 1972:58).

Quizá como resultado de lo anterior, el hombre se miró en ellas. Aparecieron mitos por doquier, desde tiempos bíblicos hasta tiempos presentes. Héroes, profetas, deidades, nacieron, bajaron y subieron cimas y con ellos se constituyó en varias ocasiones el fundamento histórico de pueblos, ciudades y aun de grupos humanos. En el centro de México este fenómeno no tuvo excepción y desde los orígenes las montañas estuvieron presentes: Chicomoztoc y, como la montaña de donde surgieron los siete *calpullis*; Tamoanchan, el propio paraíso situado, según las fuentes, en una montaña altísima; Tula, dividida en cuatro rumbos, cada uno señalado con una montaña. A la postre, los mitos y los cultos se transformaron en rituales que se realizaban en las propias cimas de las montañas.

El Hualtepec

Al occidente del Valle del Mezquital se encuentra el cerro Hualtepec, el más alto de la región, con 3160 msnm. De inmediato se destacó que el cerro, contemplado desde su base, no es una elevación ordinaria. El escenario que lo circunscribe es una antigua caldera, quizá una de las más grandes de México, que forma un enorme espacio casi circular y totalmente plano, de 3 a 5 km de ancho y de más de 15 km de longitud y que presenta, hacia el norte, represas que son alimentadas por las aguas pluviales. Imponente, el Hualtepec se levanta 600 m sobre su entorno, con dos cimas en

orientación norte-sur separadas por un pequeño collado. La vegetación dominante es el bosque de encino en la parte alta y magueyales con pastizal en los alrededores (fig. 1).

En la cima se ubican los restos de un complejo ceremonial cuya investigación abre diversas perspectivas y líneas de investigación.¹ Localizado durante la temporada 1991 (López Aguilar y Fournier, 1992:81), es importante destacar que, previo a los trabajos efectuados por el proyecto, no había existido ningún reconocimiento arqueológico en el sitio. No obstante, los habitantes de comunidades situadas en los alrededores nos informaron de la existencia de saqueadores profesionales, así como de una actividad esporádica de sustracción de objetos por parte de los visitantes, donde se destacaban la extracción de cabezas labradas de serpientes, máscaras de piedra y vasijas tipo Tláloc, conocidas localmente como *huemás*.

Con fundamento en los recorridos efectuados desde 1991 y el levantamiento realizado en julio de 1995 (fig. 2) el sitio cuenta, al menos, con dos conjuntos de estructuras unidos por una larga calzada orientada al norte franco. En

¹ Denominado como cerro Hualtepec (sitio 379 de la nomenclatura interna del Proyecto Valle del Mezquital).

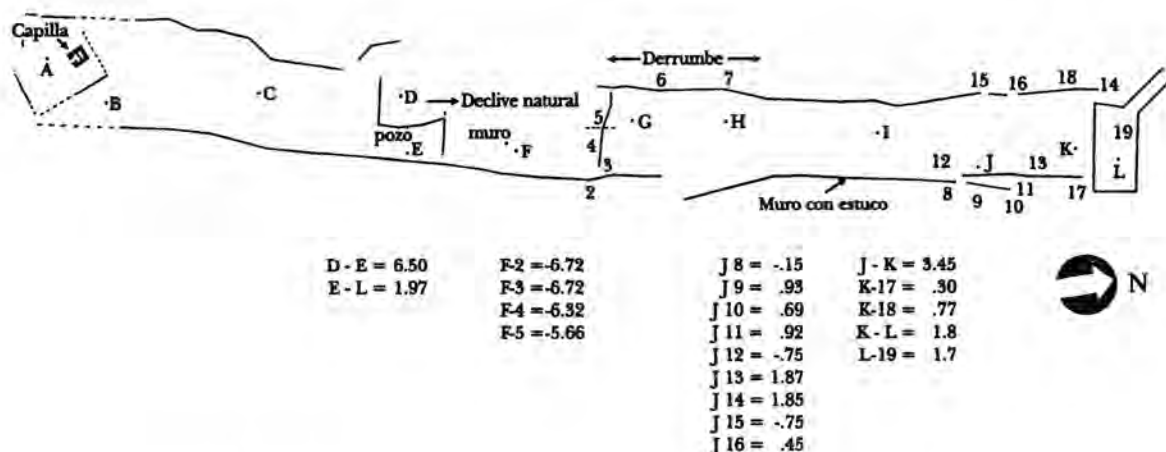
la cima más alta (al sur) se encuentra una plataforma rectangular de 20 m de longitud con taludes, que a pesar de ser difíciles de distinguir por lo denso de la vegetación, evidencian el material constructivo consistente en piedras careadas unidas con cementante de cal y arena, cubierto con capas de estuco de hasta 10 cm de espesor. Al parecer, existen cabezas de serpiente empotradas en los taludes, ya que un saqueo descubrió en el talud oeste uno de estos elementos, polícromo, labrado en un bloque rectangular de 1 x 0.7 m con detalles que recuerdan a la Xiuhcōatl.

La estructura, muy saqueada, se niveló y limpió en la parte más alta para hacer una explanada donde se construyeron dos capillas; la más antigua de ellas, observada en 1991, ha sido derrumbada y no existen vestigios suyos en la actualidad. La más reciente tiene muros de basalto (quizá proveniente del basamento prehispánico) y presenta un techo de teja de dos aguas. En su interior, sobre el altar, conviven elementos católicos como cruces e imágenes con más de diez elementos de manufactura prehispánica (fig. 3) de forma ojival y con espiga de 90 x 50 cm, lo que hace suponer que se trataba de almenas. Tienen labrado un diseño de doble arco y tres círculos, un motivo que se puede ver repetidamente en algunas piezas de la plástica azteca conservadas en el Museo Na-

cional de Antropología. También en el interior de la capilla observamos clavos estucados y bloques claramente labrados (fig. 4).

La calzada de más de 400 m de longitud une la cima sur con la cima norte donde existe otro montículo. En el terraplén oeste del cerro se encuentra una barda casi continua, a manera de muro de contención, que delimita la calzada. En el lado oeste, alineadas en forma continua, fueron detectadas tres estructuras cuyas fachadas, aparentemente, se hallan al este, es decir hacia la misma calzada. La más evidente por sus dimensiones se localiza a 120 m al norte del montículo sur. Se distinguen, además, algunos muros formados de cantos rodados, alineados y perpendiculares al eje longitudinal, con algunos muros bien definidos que pudieron ser pequeñas terrazas.

En el collado y conforme se inicia la elevación de la calzada hacia el norte, se encuentra una plataforma que se conecta con el desplante de la otra estructura. La vegetación original de la cima norte fue talada y ahora presenta especies propias de matorral secundario sucesional, con relictos de encinos. Esta circunstancia permite distinguir un sistema constructivo bastante complejo, que muestra pisos de estuco con una renovación al menos, así como evidencias de pintura azul en los aplanados.



© Fig. 2 Planimetría del Hualtepec



© Fig. 3

El montículo norte es el de mayor tamaño y quizá por ser el menos visitado presenta mejores condiciones de conservación. Su orientación es más evidente y corresponde con los ejes del sitio. En la parte posterior hacia el norte, conectada por un pequeño corredor, se halla una estructura con cimientos de muros que aparentan ser cuartos.

El entorno

En el ámbito regional el cerro Hualtepec no es el único que presenta construcciones en la cima. Para tener una perspectiva más amplia, desde 1991 realizamos búsquedas de sitios semejantes en la zona; recorrimos los cerros en un radio aproximado de 20 kilómetros.

Una de las primeras circunstancias a destacar es que el patrón de ubicación de los cerros con estructuras coincide con que la mayoría están al norte de algún pueblo que conformó esta provincia o que incluso fueron señalados como pueblos fronterizos (fig. 5). Por ejemplo, 20 km al norte de Huichapan (Hueychiapan o llano grande donde hay chía, que según la tradición otomí fue el lugar donde existió una cueva que dio origen a los primeros pobladores de este grupo) se encuentra Tecozautla y su cerro del Calvario, con restos de alineamientos prehispánicos y donde actualmente se celebran

varias fiestas durante el año. Dos pueblos más que conservan su nombre desde las relaciones del siglo XVI y que tienen elevaciones al norte son Michimaloya y Tepetitlán. Los nombres de estos cerros podrían indicar la presencia de algún tipo de culto; cerro de las Cruces, y cerro de la Cruz. Hacia el suroeste, en el cerro Colorado, a un lado de la comunidad de La Cruz, hay una capilla grande de construcción moderna. Se observan también piedras careadas en el tecorrall que bordea esta capilla. Frente al Hualtepec está el cerro Sombrerete, donde hay estructuras sin temporalidad definida. Otro cerro donde no se encontraron

indicios claros de estructuras, pero sí cruces y pequeños altares, es el cerro Ñatú² a 5 km al oeste de San José Atlán, donde en los pozos de saqueo se recolectaron fragmentos de vasijas Tláloc (López Aguilar y Fournier, 1992: 127).

Sin embargo, en San José Atlán, unos pocos kilómetros al sur de Huichapan, existe una pequeña elevación denominada cerrito o cerro de las Brujas,³ en cuya cima se encuentran pequeñas estructuras que forman plazas desplantadas sobre una plataforma que bordea la cima. Existen, en total, seis estructuras y dos patios en un área de 220 m², además de alineamientos asociados con *huemás* y cerámica Azteca III (López Aguilar y Fournier, 1989:85). En un documento de la congregación de Huichapan se dice que este cerrito fue el límite oeste de las setecientas varas de concesión para la fundación del pueblo, considerando a la iglesia como punto de partida “[...] por la parte del poniente por toda la loma panda hasta donde hace un cerrito que se nombra Tepetontle y arriba de él está enterrada una mujer de los gentiles” (Cadena, s/f).

² Sitio 419 de la nomenclatura del Proyecto Valle del Mezquital (PVM).

³ Sitio 317 de la nomenclatura del PVM.

A 6 km al norte de Acazuchitlan, otro de los pueblos que figuraban en la provincia de Jilotepec, está el cerro Maravillas.⁴ En este lugar, la cima está nivelada artificialmente y, junto a una pequeña bóveda del siglo XVI existen dos basamentos con material cerámico y lítico Azteca y orientados al norte franco. Además se encuentra un montículo rectangular, a una distancia de 150 m, también asociado con materiales azteca III, alineamientos relacionados con cerámica Azteca, así como una capilla del siglo XVII o XVIII (López Aguilar y Fournier, 1992: 74-77).

Otro cerro, el Nopala,⁵ al norte de la población del mismo nombre, aunque forma parte de la caldera, no recibió el tratamiento del Hualtepec. Entre otros factores, la diferencia pudo radicar en que el Nopala es más ancho, muy cercano en altura, pero tiene varias cimas separadas por collados amplios.

En una de estas cimas existen pequeños basamentos, pero sin asociación con material arqueológico (López Aguilar y Fournier, 1992: 63). De hecho, otras dos forman un conjunto aparentemente asociado por una especie de calzada natural; se trata de los sitios registrados como los Huemás y el Nopala.⁶ Los habitantes de las laderas asisten a celebraciones varias veces en el transcurso del año y han destruido totalmente un amplio conjunto de estructuras con la finalidad de extraer las ollas tipo Tláloc o *huemás*, a las que atribuyen importantes propiedades curativas para diversas enfermedades, en especial de los ojos y la piel. El tratamiento implica pulverizar las piezas y aplicar el polvo en la parte afectada (López Aguilar, 1997:8-10).

En la cuenca del río Alfajayucan se encuentra otro sitio sobre la cima del cerro, Los Peñones,⁷ que consiste en cinco estructuras cuadrangulares —la primera de ellas con una plataforma adosada—, las cuales conforman una plaza inte-

rior. Al parecer sólo tienen un cuerpo y fueron construidas “a hueso”, sin cementante en los muros. Las estructuras están desviadas 16° al este del norte y están asociadas con ollas tipo Tláloc (López Aguilar y Fournier, 1992:63).

Como se puede ver, el Hualtepec está articulado en un primer plano geográfico con otros sitios en cerros y con diversos asentamientos. Tenemos entonces una zona de estudio que abarca 30 km de ancho por 50 de largo, donde el Hualtepec estaría aproximadamente al centro con siete pueblos que están marcados como importantes en las fuentes. La presencia de todos estos cerros es marcada en el paisaje, sobre todo en aquellos que rodean al Hualtepec. Aproximándose a éste desde el sur, resalta en primer plano el cerro Maravillas, directamente como “sombra” en la parte trasera. En el lado izquierdo, el enorme conjunto del Nopala do-



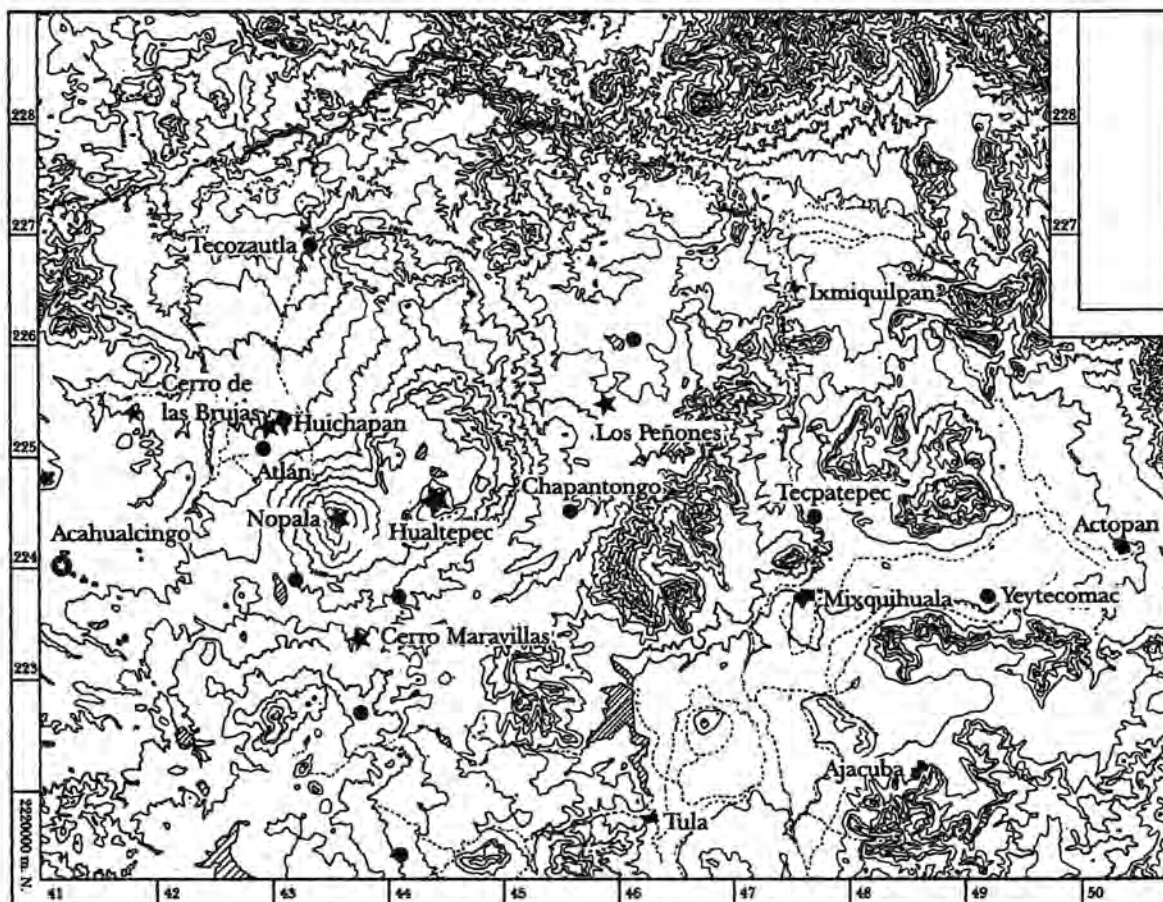
© Fig. 4

⁴ Sitio 376 de la nomenclatura del PVM.

⁵ Sitio 369 de la nomenclatura del PVM.

⁶ Sitio 604 y 605 de la nomenclatura del PVM.

⁷ Sitio 414 de la nomenclatura del PVM.



© Fig. 5 Principales localidades

mina la vista, pero el Hualtepec equilibra el paisaje del lado derecho. Este cerro es visible desde casi cualquier punto mencionado como pueblo fronterizo de la provincia de Jilotepec del Imperio mexicana. Así, el Hualtepec se destaca desde Acazuchitlan por el lado sur, hasta los confines de Tecozautla al norte del Hualtepec.

Los problemas

Las dimensiones del Hualtepec fueron el primer aspecto a tratar, pues su construcción supone una importante cantidad de mano de obra la que, aunada a la calidad en los elementos arquitectónicos y a su ubicación en el cerro más alto de la región, indican que fue un sitio espe-

cial, tanto en lo que respecta al culto y al ritual, como a su esfera de influencia. Las primeras preguntas giraron sobre quienes y cuando lo hicieron, si su edificación se realizó en una o varias etapas, si fue sólo un lugar de culto o habitacional y a qué culto estaba dedicado.

Otras preguntas tienen que ver con los propósitos más importantes de la construcción del Hualtepec. Tradicionalmente, cuando se habla de estructuras de mayor o menor complejidad en la cima de una montaña, se asume con frecuencia que están dedicadas a las deidades de la fertilidad, pero no se puede generalizar la razón de ser de un centro de las dimensiones del Hualtepec con la de un centro más pequeño como el cerro Maravillas o Los Peñones.

Es posible el culto a distintos tipos de deidades o de sitios que conmemoran un suceso mítico importante, o una supremacía territorial, militar, mediante la presencia permanente de un símbolo que todos entendieran. Al respecto Eliade afirma que un grupo establece rituales en lugares “centro del mundo” como las montañas donde se perpetúan y vuelven a crear las acciones llevadas a cabo por los personajes creadores, por las deidades más notables. “Se realizan ritos que repiten simbólicamente el acto de creación; la zona inculta es primeramente cosmizada, luego habitada” (Eliade, 1994:18). Una conquista territorial sólo se convierte en real después del ritual de toma de posesión, materializado en la erección de un altar, templo o cruz (*ibid.*:19).

En nuestra opinión, el Hualtepec fue probablemente un sitio donde habían ocurrido sucesos importantes, pero ¿cuáles?...

Primeras evidencias

Además de lo que se pudo observar en el cerro mismo, tuvimos información de los habitantes de la región acerca de piezas provenientes del sitio. Una constante de todos los sitios ubicados en estos cerros fue la presencia de las vasijas tipo Tláloc de manufactura casera y muy sencillas en su ornamentación, a pesar de que los análisis realizados a los pigmentos demostraron la presencia del pigmento azul maya (López Aguilar, 1997:66ss).

Tuvimos, además, noticia del hallazgo de una máscara de piedra en el montículo sur y se pudo ver y fotografiar la representación de la cabeza de una serpiente en una lápida de piedra empujada en la barda de una casa. En los archivos del museo de Huichapan existía la foto de una deidad identificada como advocación de Tláloc (un rostro garra) que existe en varias facetas de la plástica azteca. Esta foto estaba marcada como proveniente del Hualtepec, en los sitios cercanos al Hualtepec se siguen celebrando fiestas. Una fiesta tradicional constante en prác-

ticamente todos es la del 3 de mayo, en la actualidad dedicada a la Santa Cruz y en la época prehispánica, asociada con la fiesta Tepelhuitl del calendario azteca, antes de la llegada de las lluvias (Cedeño, 1997).

Hay dos ejemplos de fiesta ritual que parecen ser de origen prehispánico: en el cerro Sombrerete, y en una población cercana al cerro Nopala, se planta un árbol (la flor) de maguey y se celebra un baile a su alrededor, lo que sugiere que fue parte de un antiguo ritual a la fertilidad, y en Alfajayucan se siguen celebrando combates rituales entre bandos (tal vez una simulación de Guerras Floridas), levantamientos de banderas (tal vez Panquetzaliztli), y rituales donde se hacen simulaciones de desollamientos humanos (Luna Tavera, comunicación personal) y una alfarería especial que sólo es permitida para los conocedores de los rituales, el *hodri*, que recuerda a los *huemás* (López Aguilar, s/f).



© Fig. 6

Buscando respuestas en las fuentes

Las ideas del sitio mítico creador y de culto y ritual perpetuador, las hemos encontrado en fuentes que aquí agrupamos en dos momentos: toltecas y aztecas.

En los *Anales de Cuahutitlan* se habla de algunos cerros y eventos que pudieron estar asociados con el Hualtepec. Ahí se habla de los últimos días de Quetzalcóatl, de su reinado en Tula y cómo mandó construir cuatro aposentos, casas de ayuno y sacrificio, al parecer en cuatro cerros. El párrafo no es muy claro, pero indica que *bajaba* a un lugar y después *subía* a ellos.

Aun a media noche bajaba a la acequia, adonde se llamaba Atecpanamocho. Se componía sus espigas en lo alto de Xicocotl, en Huitzcoc, en Tzincoc y también en Nonohualcatepec (*Anales de Cuahutitlan*, 1992:8).

Hay un cerro cercano a Tula de nombre Xicuco que se ha interpretado como correspondiente al Xicocotl; del cerro Nonohualcatepec llama la atención el parecido que tiene con Hualtepec, pues aunque significa el cerro de los nonohualca, tal vez la pérdida de partículas lo haya transformado en Hualtepec.⁸

Es en la cima del Nonohualcatepetl donde sucedieron algunos acontecimientos relevantes, como la preparación de un banquete que se llevó a cabo en Tula y el encuentro de Quetzalcóatl con su hermana:

Estando ya alegre Quetzalcóatl dijo: "id a traer a mi hermana mayor Quetzalpélatl; que nos embriagaremos." Fueron sus pajes a Nonohualcatépec, donde hacía penitencia a decirle: "Señora, hija mía, Quetzalpélatl, ayunadora, hemos venido a llevarte" (*ibid.*: 10).

Después de este evento, Quetzalcóatl fue hasta el lugar de su muerte. Aunque se trata de menciones muy antiguas, sugieren que posiblemente debió existir un oratorio en la cima del cerro y lugares de habitación, aunque fue-

ran temporales. Además, marcaría una de las vertientes de la alegoría de origen por la presencia de un personaje histórico.

En la *Crónica Mexicáyotl* se narra la migración de los aztecas desde su lugar de partida hasta su arribo a Tenochtitlan. Antes de llegar a Tula, el grupo mexica pasó por Coatepec, donde se asentó un tiempo antes de pasar al valle de México. La búsqueda de este mítico cerro ha ocupado el espacio y el interés de diversos investigadores.

Es necesario mencionar aquí la *Relación de Querétaro*, que habla de la frontera existente en la zona:

eran mojonera con los de Jilotepec [en relación con los chichimecas] los pueblos siguientes; Santiago Tecozautla, San Mateo Huichapan, San José Atlán, Santa María Tleculutl Ycatzia, San Jerónimo Acagulcingo, los cuales eran pueblos de la provincia de Jilotepec y en ella había guarnición de guerra contra los chichimecas (Wright, 1989: 162).

Robert Barlow delimitó las fronteras del imperio de los culhua mexicas a partir de esta *Relación* y añadió otros pueblos: Nopala al suroeste y Zimapán al noreste. Barlow mencionó que a Acaxochitla, documentado en la *Matrícula de Tributos* y en el *Códice Mendocino*, no lo pudo identificar (Barlow, 1992:61), a pesar de que hay un pueblo al sur de Maravillas que se llama Acazuchitlan, en una línea imaginaria que continuaría los pueblos fronterizos mencionados y que puede corresponder con la congregación colonial, pues su iglesia presenta todas las características del siglo XVI.

Paul Kirchhoff trató de definir la ruta de la migración de los aztecas y habló del Coatepec. Señaló que la mayoría de las fuentes coinciden en hacer pasar a los mexicanos por Cohuatepec y mencionó en especial la *Historia de los Mexicanos por sus Pinturas*, donde se dice que el "Cohuatepec [Coatepec] es un cerro que está antes de Tula" (Kirchhoff, 1961:18). Ante el problema de la localización de este cerro, Kirchhoff, apoyado en la *Crónica Mexicáyotl*, destacó un lugar en el que diversas fuentes afirman que pasa-

⁸ En nuestras pesquisas actuales no hemos encontrado un significado definido para Hualtepec en náhuatl.

ron los aztecas antes de llegar a Coatepec: Acahualtzinco:

Y luego fueron allá al lugar de nombre Ocopipila, luego partieron hacia acá, allá se vinieron a asentar en el lugar de nombre Acahualtzinco, allá permanecieron [...] (Tezozómoc, 1992: 30).

Hasta ese momento el único punto geográfico que se tenía para establecer alguna interpretación sobre el Coatepec era Tula, pues San Gerónimo Acagualcingo [Acahualtzinco] no había sido localizado por Barlow ni por Kirchhoff y en las toponimias actuales no existe. Sin embargo, la serie de pueblos fronterizos de la *Relación de Querétaro* que Barlow usa para definir la frontera oeste del Imperio mexicana, son Huichapan y San José Atlán a un lado del cerro Hualtepec, mientras que Acahualtzinco, como pueblo en los linderos de esta línea de asentamientos, seguía siendo un dilema. Kirchhoff (*op. cit.*) concluyó que debió estar entre Huichapan y San José Atlán y lo infirió por el orden de norte a sur de los pueblos que aparecían en las fuentes. Asimismo, se apoyó en el *Memorial Breve Acerca de la Ciudad de Culhuacán*, donde Chimalpain ubica Acahualtzinco cercano a San Juan del Río:

Año 2 ácatl, 1091 años

Aquí en este fue la vez primera y más reciente que vinieron a atar su cuenta de años los antiguos Mexica azteca teochichimeca allí en Acahualtzinco, en las cercanías de San Juan del Río [...] (Chimalpain, 1991: 37).

Kirchhoff infirió que el Coatepec mítico del que hablan las relaciones estaba en esta zona y su punto más fuerte de argumentación lo constituyó la posible localización del Acahualtzinco. Con lo anterior tenemos dos puntos geográficos para la identificación de este Coatepec: Tula en el extremo sur y la línea formada por Huichapan, Atlán, San Juan del Río y por ahí, el pueblo desaparecido tal vez muy cercano a la zona de Huichapan. De acuerdo con Gerhard, a quien hay que tomar con precaución, pues contiene muchos datos imprecisos, fue congrega-



● Fig. 7

do en San José Atlán. Al hablar de algunos pueblos de la zona de Jilotepec dijo: “[...] muchas de ellas desaparecieron en las congregaciones de 1593-1594 y 1598-1601. San Gerónimo Acahualtzinco fue trasladado a San José Atlán en 1601 [...]” (Gerhard, 1986:395).

Así, el cerro Coatepec que relatan las fuentes, con gran margen de razón se localizaba en esta zona, pues estaba cerca de Tula, en un área poblada por otomíes y chichimecas:

Los demás se asentaron en Coatepec que desde entonces se aparecieron allí los mexicanos chichimecas, de que se azoraban los aborígenes otomíes, los cuales se decían; “¿Quiénes serán estos? ¿De dónde vendrán, cuándo se establecieron por aquí?” (Tezozómoc, 1992:31.)

En Sahagún encontramos un pasaje sobre la migración de los mexicanos que apoya lo anterior:

Iban siempre delante los toltecas y luego los otomíes, los cuales llegando con su señor llegando a Coatepec; no fueron más adelante con los demás, porque de allí el que era su señor los llevó a las sierras para poblarlos allí [...] (Sahagún, 1985:613.)

Otros autores como Carrasco y Monjarás localizan también a Acahualtzinco en los límites de los actuales estados de Hidalgo, Querétaro y México, muy próximos a Huichapan, Atlán y San Juan del Río (Carrasco y Monjarás, 1998: 47).

Si algo simbolizaba también el mito de origen, era la ceremonia del fuego nuevo que correspondía con el esquema de Eliade sobre la reactivación de ciclos en lugares especiales como montañas sagradas. En este caso se trata de un ritual de regeneración del tiempo.

Las historias de los “fuegos nuevos” también aproximan a Acahualtzinco con el Coatepec y a éste con el Hualtepec, más allá de su contigüidad geográfica. Chimalpain en su *Memorial Breve*, refiere en Acahualtzinco la primera ceremonia del fuego nuevo; ahí tuvo lugar la primera atadura de años en 1091. La segunda, en 1143, es omitida y la tercera en 1195 la sitúa en el cerro Huitzcol. Al pie de página de esta edición hay una nota que dice: “Esto deja implícita una segunda atadura, la de 1143, que posiblemente se realizó en Cohuatepec, en las inmediaciones de Tullan [...]” (Chimalpain, 1991:49). Rafael Tena, por vías indirectas y desde una lectura de León y Gama, señala que Chimalpain afirmó que “en Cohuatepec ataron sus años por segunda vez” (Tena, 1991:91).

Las fuentes anteriores relacionan Acahualtzinco y Coatepec como los dos lugares donde se llevaron a cabo las primeras ceremonias del fuego nuevo. Sin embargo, la *Crónica Mexicáyotl* en dos pasajes los podría ubicar como el mismo lugar al coincidir las fechas:

Y luego fueron allá al lugar de nombre Ocopipila, luego partieron hacia acá, allá se vinieron a asentar en el lugar de nombre Acahualtzinco, allá permanecieron, allá fue el “atado de año” 9 o tal vez 2 caña en el cálculo de los viejos... y luego por esto vinieron a llegar allá a Coatepec hacia Tullan (Tezozómoc, 1992:30).

Más adelante en la misma crónica señaló:

Y luego partió hacia acá Huitzilopochtli, trajo hacia acá a sus padres, los vasallos de él, los mexicanos, y allá en Coatepec allá ataron su cuenta de año 2-caña (Tezozómoc, 1992: 36).

Parecería que Acahualtzinco estaba cerca del cerro Hualtepec, y que el mítico Coatepec estaba también en esta zona. En ambos lugares se

realizó una atadura de años. En el caso de Acahualtzinco, habría que pensar en qué cumbre se pudo haber efectuado la ceremonia, ya que la tercera atadura y las subsecuentes fueron en cerros; el último caso fue en el de la Estrella.

Otro de los acercamientos del Hualtepec al Coatepec proviene de analogías con el Templo Mayor de la Ciudad de México, una pirámide que tuvo, dos templos en la parte superior. El templo del norte se dedicó a Tláloc, el del sur a la deidad de la guerra Huitzilopochtli.

Si consideramos que las pirámides eran la representación de las montañas sagradas, la misma noción de *altépetl* para los pueblos de indios prehispánicos hace recordar esa característica (Lockhart, 1992:14ss). En el caso del Templo Mayor, como montaña que contenía a su vez la representación de dos cerros míticos, el Tonacatépetl o cerro de los Mantenimientos en la parte de Tláloc y el Coatepec en la parte de Huitzilopochtli (Matos, 1980) se plasmaba esta noción en la forma de *hueyaltépetl* (Carrasco y Monjarás, 1998:46).

Los propósitos que se han reconocido en la construcción del Templo Mayor han sido, entre otros, fundamentar los rituales para continuar la armonía con las deidades de la fertilidad, en especial Tláloc y tener en favor los designios en la guerra mediante el culto a Huitzilopochtli. Los recursos agrícolas y, sobre todo, el dominio del imperio por medio de la guerra fueron los pilares de la existencia de la cultura mexicana. Este último punto se llevó a cabo no sólo mediante el empleo de la fuerza militar, sino también a través de la mimesis ritual y religiosa.

Si comparamos los aspectos arquitectónicos y símbolos, el Hualtepec y el Templo Mayor presentan analogías interesantes. En el Hualtepec, conformado en la parte superior de una elevación de más de 500 m, se destacan claramente dos cimas y sobre cada una de ellas dos montículos principales, orientados en un eje casi exacto norte-sur y conectados por una calzada de 400 m. En el montículo norte se ha encon-

trado estuco azul (color asociado con Tláloc). La tradición oral habla de una cueva infestada de víboras en la ladera a la que accedió un personaje apellidado De la Barquera, benefactor de Huichapan en el siglo XVII, que obtuvo su riqueza del interior de este lugar.

En el sur se encuentra la cabeza de serpiente con atributos de la Xiuhcóatl, la serpiente que enciende Huitzilopochtli al momento de su nacimiento en el cerro Coatepec y con la que mata a la Coyolxauhqui y a los 400 surianos o Centzonhuitznahuas. Las armas de Huitzilopochtli son la Xiuhcóatl y el *mamalhuaztli*, y según Tena, este era el nombre de los instrumentos con que se encendía el fuego nuevo (Tena, 1992:90).

Si la serpiente mencionada al principio de este artículo es en efecto una Xiuhcóatl y ya que tenemos el dato que en un cerro Coatepec por esta zona se hizo una ceremonia de fuego nuevo, las relaciones y ligas comienzan a ser más sólidas. Además, es interesante comparar los aspectos ideológicos del Templo Mayor con las implicaciones que pudo tener el cerro Hualtepec.

Otros vínculos con Huitzilopochtli

Otros elementos de las fuentes parecen ligar al Hualtepec con el Coatepec, no sólo por su ubicación geográfica:

Para cuando vinieron a llegar allí ya habían pasado ciento setenta años desde que se metieron los Mexica al Cohuatepec, en las inmediaciones de Tullan, durante el año I Tēcpatl, que fue cuando allí vino a morir el gran teopixqui tlamacazqui Huitzilopochtli (Chimalpain: 133)

No queda muy claro si Huitzilopochtli murió en el Coatepec. Pero, en la *Crónica Mexicáyotl*, se señala que después de que llegaron los mexicanos erigieron “[...] su templo, morada de Huitzilopochtli [...]” y después:

Huitzilopochtli planta de inmediato su juego de pelota, coloca su tzompantli. E *incontinenti* [sic] obstruyeron

el barranco y la cuesta empinada, con lo cual se reunió, se represó el agua, esto se hizo por disposición de Huitzilopochtli [...] (Tezozómoc, 1992:32).

Y en este punto se aproximan las fuentes con las tradiciones orales y los topónimos de los alrededores del sitio. En el lado noroeste del llano que bordea el Hualtepec se encuentran varias presas y son diversos los relatos de informantes del lugar que hablan de la existencia previa de una laguna a la que incluso estacionalmente llegaban patos. Estas versiones son de habitantes del Astillero, directamente abajo del Hualtepec, y de Chapantongo.

Después de la batalla de Huitzilopochtli con los Centzonhuitznahua los mexicanos se espantaron mucho, los centzonhuitznahua creían que en Coatepec quedaría el poblado, que allí sería México, pero como Huitzilopochtli no lo quiso así [...] (Tezozómoc, 1992:35).

La tradición oral del lugar concuerda también; los habitantes de El Astillero y Alfajayucan dicen que en ese punto, abajo del cerro Hualtepec, “iba a ser México”, que allí se posó primero el águila antes de irse a Mondá, la actual Ciudad de México. La tradición otomí preserva el mito de fundación de un nuevo pueblo a través del águila:

En viejos tiempos el *nixuni* (águila) señalaba el lugar de asentamiento de los indígenas. Donde el águila se posaba, la gente poblaba las regiones. Así también apareció el sitio donde se encuentra hoy en día la antigua iglesia de San Ildefonso [Querétaro]. El pueblo otomí siguiendo su estela, decidió construir en el valle la primera casa de adoración [...] sin embargo esta hondonada no era del agrado del ave, por ser muy angosta y no caber sus alas al querer emprender el vuelo (Van de Fliert, 1988:42).

Incómoda, decidió desplazarse hacia otro lugar más amplio del valle, el de la fundación final de San Ildefonso por un grupo que emigró de Ixmiquilpan en los albores de la época colonial:

[...] hacia las cuatro direcciones del viento extendía sus espléndidas alas holgadamente, abanicando los montes. Satisfecha se desprendió de la tierra y cuando los indígenas comenzaron la construcción de su nuevo edificio

sagrado, el águila volaba en dirección a México [...] (Van de Fliert, 1988:42).

En la comunidad del Astillero un habitante relató que el águila se posó en el Hualtepec, pero sus alas no cupieron y por eso se fue.

Conclusiones y un último dato

Recapitulando, tenemos un cerro referido en las fuentes toltecas con nombre muy parecido al Hualtepec localizado en la misma zona. Su arquitectura monumental podría corresponder con algún suceso importante como a los que se refieren los *Anales de Cuahutitlan*. Existen, además, referencias de varios investigadores de que el Coatepec mítico estaba muy cerca del cerro Hualtepec.

Hay que notar que precisamente en la capilla que se encuentra en la cima sur, la que correspondería al lado de Huitzilopoztli, los pobladores cercanos al Hualtepec siguen haciendo cultos, aunque la ascensión la realizan el día 3 de mayo, fecha asociada con Tláloc.

Los puntos anteriores sugieren que el cerro Hualtepec puede ser el mítico Coatepec. El parecido de los nombres, el hecho de que el cerro tiene fama de estar infestado de serpientes e incluso la existencia de topónimos sugerentes en los alrededores como el de Rincón de las Víboras dan mayor apoyo a este planteamiento.

Sin embargo, los argumentos más sólidos quizá lo constituyan las fuentes; de ellas podemos resumir:

1. Según investigadores como Kirchhoff, el cerro Coatepec se ubicó cerca de Tula, y más específicamente por Acahualtzinco, que pudo haberse congregado en San José Atlán, a pocos kilómetros del Hualtepec. Las fuentes también coinciden en que fue tierra de otomíes y chichimecas.
2. Tanto en Acahualtzinco como en el Coatepec se llevaron a cabo ceremonias del fuego nuevo. Es probable que los sitios donde se

llevaron a cabo estas primeras ceremonias hayan tenido una arquitectura monumental. Aunque ignoramos la profundidad histórica de este enunciado, algunos habitantes de Huichapan señalan que en el Hualtepec se celebró un fuego nuevo.

3. El Nonohualcatepec, localizado en uno de los cuadrantes de Tula, tiene similitud con el nombre Hualtepec y fue escenario de actos especiales de Quetzalcóatl.
4. Las características geográficas halladas en las fuentes sobre el Coatepec corresponden con las del Hualtepec.
5. El Templo Mayor de México Tenochtitlan, que tuvo la representación del Coatepec, mantiene analogías de construcción de espacios y posibles funciones con las del Hualtepec.
6. Las tradiciones orales de la región coinciden con los datos de las fuentes, sobre todo en aquellos que hablan del Coatepec como un sitio de posible fundación de México.

Un último dato: Amealco es una población a poco menos de 5 km al sur del Hualtepec y está referida en las fuentes como un lugar de asentamiento prehispánico. Después de su congregación, fue fundada la iglesia principal, cuya construcción data del siglo XVI y en su fachada frontal se encuentra la representación, en una placa de cantera, del glifo del cerro Coatepec. Esta placa es la de mayor tamaño; está dispuesta al norte de la puerta, en el lado en que se encuentra el Hualtepec; está enmarcada por el cordón franciscano y tiene a los lados la representación de los símbolos de Cristo, JHS y XPS (figs. 6 y 7).

Finalmente, queda una pregunta sin resolver ¿Por qué no pudieron intuir su localización Kirchhoff y Barlow? La única razón que encontramos es que tal vez en la cartografía de la época apareciera el cerro bajo el nombre de El Astillero, con el que también se le conoce en la actualidad y que toma de una hacienda del siglo XVIII que se localiza en los llanos de la caldera... tal vez fue la falta de reconocimientos arqueológicos hacia estos lugares.

bibliografía

- Acuña, René
1985. *Relaciones Geográficas del Siglo XVI, México*, t. I, México, UNAM.
- 1986a. *Relaciones Geográficas del Siglo XVI, México*, t. II, México, UNAM.
- 1986b. *Relaciones Geográficas del Siglo XVI, México*, t. II, México, UNAM.
1987. *Relaciones Geográficas del Siglo XVI, Michoacán*, t. I, México, UNAM.
- Alvarado, Tezozómoc
1992. *Crónica Mexicáyotl*, México, UNAM.
- Barlow, Robert
1992. *La Extensión del Imperio de los Culhua Mexica*, México, INAH.
- Cadena, Antonio
s/f. *Monografía de Huichapan*, mecanoscrito, inédito.
- Carrasco, Pedro
1979. *Los Otomíes, Cultura e Historia Prehispánica de los Pueblos Mesoamericanos de Habla Otomiana*, Toluca, Gobierno del Estado de México (Serie Andrés Molina Enríquez, Colección Antropología Social).
- Carrasco, Pedro y Jesús Monjarás
1998. "Sociedad, territorio y política. La estructura interna de la triple alianza", en *Arqueología Mexicana IV*, núm. 32, México, pp. 42-57.
- Cedeño, Jaime
1997. *Espacio y Tiempo en las Sociedades Prehispánicas. El Caso de la Cultura de las Mesas*, tesis de licenciatura en arqueología, México, ENAH.
- Chimalpain Cuauhtlehuantzin, Antón
1991. *Memorial Breve Acerca de la Fundación de la Ciudad de Culhuacán*, México, UNAM.
- Eliade, Mircea
1992. *Mito y Realidad*, Barcelona, Ed. Labor.
1994. *El Mito del Eterno Retorno*, Madrid, Alianza Editorial.
1997. *Tratado de Historia de las Religiones*, México, Ediciones Era.
- Gerhard, Peter
1986. *Geografía Histórica de la Nueva España 1519-1821*, México, UNAM.
- González, Carlos
1990. *Esculturas Mexcala en el Templo Mayor*, México, INAH.
- Kirchhoff, Paul
1961. "¿Se puede localizar Aztlan?", en *Anuario de Historia*, año 1, México, Facultad de Filosofía, UNAM.
- Lockhart, James
1992. *The Nahuas after the Conquest. A Social and Cultural History of the Indians of Central Mexico, Sixteenth Through Eighteenth Century*, California, Stanford University Press.
- López Aguilar, Fernando y P. Fournier García
1989. *Proyecto Valle del Mezquital*, Informe de la Tercera Temporada de Campo: 1989, México, ENAH.
1992. *Proyecto Valle del Mezquital*, Informe de la Cuarta Temporada de Campo: 1991, México, ENAH.
- López Aguilar, Fernando (coord.)
1997. *Proyecto Valle del Mezquital*, Informe de la Séptima Temporada de Campo, México, ENAH.
- López Aguilar, Fernando
1997. *Symbolos del Tiempo. Los Pueblos de Indios del Valle del Mezquital durante la Colonia*, tesis de doctorado en historia, México, UNAM.
- s/f. "Los espejos de la identidad. Una lectura desde la arqueología del Valle del Mezquital", Conferencia Magistral al *Segundo Coloquio de Otopames*, México, Museo Nacional de Antropología, enero 29 de 1998.

- Matos, Eduardo
1980. "El templo mayor de Tenochtitlan: economía e ideología", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 1, México, pp. 7-19.

- Sahagún, Bernardino
1989. *Historia General de las Cosas de la Nueva España*, México, Porrúa.

- Tena, Rafael
1992. *El Calendario Mexica y la Cronografía*, México, INAH.

- Velázquez, Feliciano (trad.)
1992. *Códice Chimalpopoca. Anales de Cuahuitlan. Leyenda de los Soles*, México, UNAM.

- Van de Fliert, Lydia
1988. *El Otomí en Busca de la Vida*, México, Universidad Autónoma de Querétaro.

- Wright, David
1989. *Querétaro en el Siglo XVI*, México, Gobierno del Estado de Querétaro.



*Alejandro Tovalín, * Peter L. Mathews, ** Armando Anaya**
y Adolfo Velázquez de León**

Estela 1 o de El Rey del sitio de Dos Caobas, Chiapas¹

La existencia de la Estela 1 era conocida por algunos *xateros* (cortadores de palma xate) de la población chol de Frontera Corozal, municipio de Ocosingo, desde principios de los años ochenta, pero el señor Pascual Vázquez Pérez, custodio de Bonampak y vecino de dicho poblado, es quien la da a conocer en 1992 al dar aviso al administrador de Palenque; sin embargo, es hasta finales de 1993 cuando, aprovechando la estancia del equipo arqueológico del INAH en Bonampak para realizar su primera temporada de campo, él guió a los arqueólogos Alejandro Tovalín y Gabriela Ceja, al dibujante Norberto García Beni y al señor Humberto Villa, administrador del proyecto Bonampak, al lugar donde se encontraba el monumento; éstos realizaron los primeros dibujos y fotografías, y lo ubicaron con un GPS (Tovalín *et al.*, 1993).

Debido a su ubicación remota en medio de la selva alta perennifolia y el riesgo que esto implicaba para la seguridad y conservación de la estela, se acordó con las autoridades de la población de Frontera Corozal no dar a conocer públicamente su existencia hasta trasladarla a un lugar seguro en la misma población, hecho que sólo pudo lograrse hasta mediados de 1997 (Tovalín, 1998), debido a las dificultades técnicas que representaba: bajarla 35 m del cerro donde se encontraba y moverla 5 km, sin contar con un camino a través de la selva, inundada en algunas partes durante la larga temporada de lluvias. Muchos de estos obstáculos fueron resueltos con las acciones tomadas por el entonces Comisariado de Bienes Comunales de Frontera, el señor Pascual Vázquez P.

Actualmente, la estela de El Rey del sitio de Dos Caobas se encuentra en el interior del auditorio comunal de la población, aunque no está a la vista per-

* Centro INAH Chiapas.

** Universidad de Calgary.

¹ A los arqueólogos colaboradores del Proyecto Bonampak: Saúl Alcántara, Tania Calva, al artista plástico Beni y a Pascual Vázquez, custodio de Bonampak, que en su momento tuvieron que enfrentar y convencer a 60 macheteros de no ser saqueadores.



© Fig. 1 La estela de El Rey *in situ* dentro del pozo de saqueo. Vista del lado 1

manece tapada dentro de la caja de tabloneros en que fue trasladada, hasta que se logre un consenso con la gente del lugar sobre el sitio apropiado para ser levantada.

El registro de la estela *in situ* (fig. 1) tuvo sus limitaciones, principalmente por su posición inclinada que dificultó la elaboración de la calca, dibujo y fotografía de la cara más oculta; sin embargo, consideramos importante darlas a

conocer en este momento, ya que un estudio más detallado puede llevar meses, debido a que, por decisión de la asamblea general del poblado de Frontera Corozal, se determinó que el INAH la destape y levante sólo hasta el momento en que sea construido un museo en la localidad.

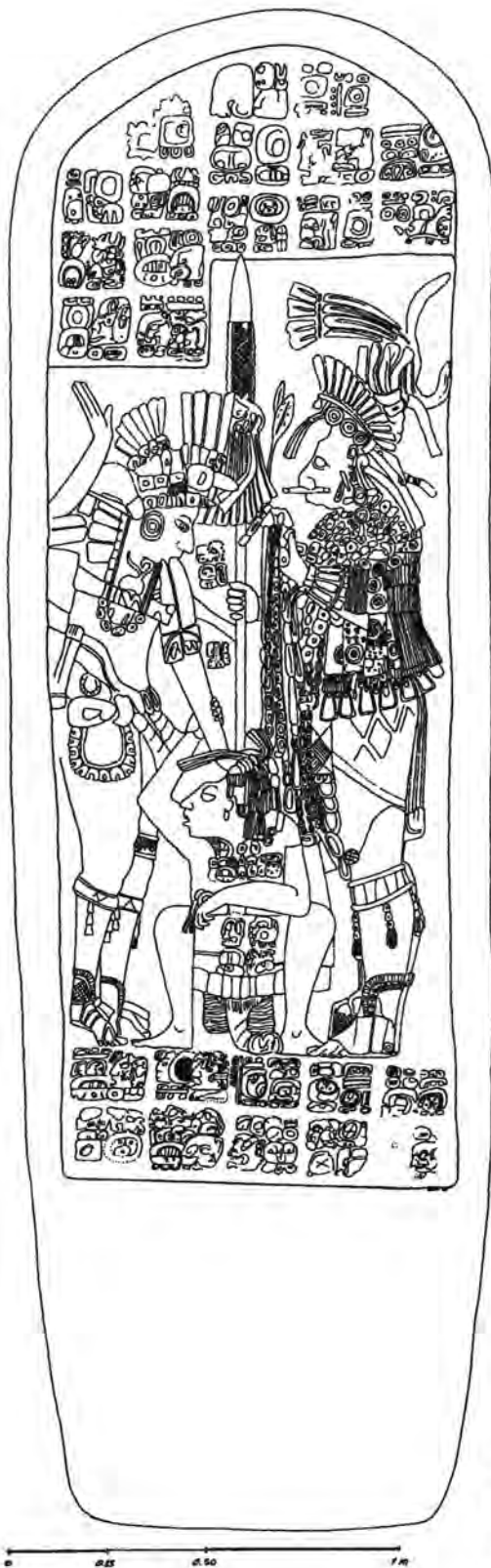
Ubicación

La Estela 1 o de El Rey se localizó en las siguientes coordenadas: UTM: N 1858239; E 15715166 (fig. 2), en un sitio arqueológico de alrededor de 6 ha que ocupa las laderas de dos pequeñas serranías y el angosto valle que se extiende entre ambas. Hay varias plazas rodeadas de montículos de altura variable entre 0.5 y 4 m, así como dos amplias escaleras del estilo Usumacinta, construidas con grandes bloques de roca caliza. Sólo se ha detectado un edificio de tres vanos con restos de bóveda maya, que se colapsó.

La estela de El Rey se encontraba arriba de una pequeña plataforma edificada sobre una angosta terraza, cerca de la cima de la serranía al sur del valle. La acción de los saqueadores que excavaron grandes pozos al pie de cada lado de la estela hace unos 15 años, provocaron la caída del monumento en uno de sus pozos y causaron la fractura de una de sus esquinas superiores. Sin embargo, fue posible determinar que la cara 2 miraba hacia el oeste y, por lo tanto, la cara 1 al oriente, donde a nivel del valle hay una plaza de gran tamaño (aproximadamente 100 x 50 m) que conservaba en su parte media la Estela 2, que también fue trasladada al mismo poblado que la de El Rey.

La pendiente que hay al frente de la Estela 1 está ocupada por una escalera de 36 m de altura con tres o cuatro descansos intermedios. La escalera mide aproximadamente 5 m de ancho, se amplía en su tramo basal hasta alcanzar 20 m y desemboca en la plaza referida.

El sitio de Dos Caobas se sitúa a 12 km al sur de Yaxchilán, por lo que las influencias de este



© Fig. 3 Lado 1

con su mano izquierda toma por el cabello al tercer personaje, ubicado en la parte inferior central de la escena. Este último está en cuclillas, asumiendo la posición característica del ritual de extracción de sangre del pene, mismo que le sobresale de entre las piernas. No se observa ninguna cuerda o amarre que sujete al cautivo, quien con su mano derecha tiene asida la muñeca izquierda del subalterno de Itzam-Balam.

Hay en total 35 glifos en el lado 1 de la estela (fig. 7); éstos se encuentran distribuidos de la siguiente manera:

- 1) B1-E3, F1-J2 (éstas designaciones corresponden a los textos de la parte superior e inferior de la escena). Éstos son los pasajes principales, y corresponden a la fecha del evento escenificado, al evento propiamente dicho (que de hecho podría tratarse de dos eventos), el nombre, títulos, parentesco y ascendencia de Itzam-Balam. El pasaje parece finalizar con una referencia al prisionero de manera muy similar a como se menciona a los prisioneros registrados en los dinteles de la estructura 44 de Yaxchilán.
- 2) K1-K2 (ubicados frente a la cara del subalterno de Itzam-Balam). Estos dos glifos corresponden al nombre del subalterno de Itzam-Balam.
- 3) L1 (frente al pecho del subalterno de Itzam-Balam). El significado de este glifo es incierto; probablemente se trate de la continuación del nombre del mismo.
- 4) M1-O1, P1-Q2 (ubicados frente al cautivo). Estos glifos dan el nombre del cautivo.

El lado 2 de la estela (figs. 8, 9, 10, 11) representa a Itzam-Balam, quien aparece parado de perfil, frente a un cautivo sentado también de perfil. Itzam-Balam, ricamente ataviado y con un elaborado tocado semicircular de plumas recortadas y de cuya parte posterior y extendiéndose hacia el frente sobresalen varias plumas largas. El personaje principal sostiene en su mano derecha una gran lanza, y con la izquierda un escudo grande cuya parte posterior



© Fig. 4 Parte superior del lado 1. Se observa el faltante de la esquina superior derecha de la estela

puede apreciarse claramente. En franco contraste, el prisionero se encuentra vestido de manera muy sencilla, con cuerdas sujetándole los brazos y listones de tela a manera de orejeras, mismas que lo señalan como marcado para el sacrificio.

El lado 2 contiene un total de 36 glifos (fig. 12) distribuidos de la siguiente manera:

- 1) A1-E2, E3-F7, G1-G3 y H1-L2. Éstos corresponden al pasaje principal. Registran la fecha de la captura, el nombre, títulos y parentesco de Itzam-Balam de manera muy similar a la forma en que la misma información aparece registrada en el lado 1.
- 2) M1-M2. Este breve texto a espaldas del personaje de pie, lo identifica como Itzam-Balam.














- 3) N1-N3. Estos tres glifos identifican al prisionero. El tercer glifo se lee como *bak*, "el prisionero".










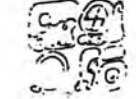

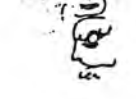
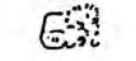
A continuación se incluye una descripción a detalle de las inscripciones para ambos lados de la estela. En la misma, primeramente se proporciona la designación alfa-numérica del cartucho glífico, junto con el dibujo del mismo. La siguiente columna corresponde a la traducción literal de los glifos, usando negrillas para su lectura fonética en maya en el primer renglón, seguido por su traducción al español en el segundo renglón. En la tercera y última columna se incluyen comentarios para los casos pertinentes. El asterisco insertado en la traducción de algunos glifos indica que el elemento que le sigue ha sido reconstruido del contexto.



© Fig. 5 Mitad inferior del lado 1

Estela El Rey: Lado 1

	B1	ilegible.	Fecha del Tzolk'in
	A2	ilegible.	Puede ser glifos G y F
	B2	ilegible.	Fecha del Haab. El mes puede ser Pax
	A3	ilegible.	Debe ser el verbo. Tal vez podemos esperar Chukah , 'fue capturado', pero la forma del glifo no es muy parecida al glifo como está dibujado.
	B3	Ho' -K' atun Ch' amon 5 K' atun Ch' Ahom, título común de Itzam-Balam	
	A4	Ho' -K' atun Chak-te' 5 K' atun Chakte, título de Itzam-Balam	
	B4	u-bah/Bolon-K'awil?? la imagen de Bolon-K'awil?	La primera parte del glifo se parece a u-bah , 'él va', o 'la imagen de ...'; la segunda parte del glifo no está muy clara: puede ser Bolon K'awil
	C1	ilegible	
	D1	ilegible	
	C2	ilegible	
	D2	ilegible	
	C3	ilegible	
	D3	Itzam-Balam/?? Itzam-Balam/??	"Escudo-Jaguar"

	E2 Ho' -K'atun-Ba-te' 5 K'atun Bate', título de Itzam-Balam
	E3 Ch'ul -Siyán-Chan -Ahaw/y -al Divino Ahaw de Yaxchilan/hijo de mujer
	F1 Wak-K'atun-Na' -Chak-te' 6 K'atun /Señora Chak-te'
	G1 Na' -Pakal/Na' -... Señora Pakal/Señora?, el nombre de la madre de Itzam-Balam
	F2 Na' -[Yaxchilan) -Ahaw/u-nik Señora de Ahaw de Yaxchilán/ el flor de el segundo glifo es una metáfora del parentesco entre el hijo (en este caso Itzam-Balam) y su padre
	G2 *Chan-K'atun-*Ahaw/Yaxun-Balam *4 K'atun *Ahaw/Yaxun-Balam, el padre de Itzam-Balam: "Pájaro-Jaguar" (el abuelo de "Pájaro-Jaguar el Grande")
	H1 Ah-Wak-Tun/u-chan Ah-6-Tun/el captor de
	I1 Chak-Hal-te'/u-ho' lahun tz'akah Chak-Halte'/el 15o. heredero de
	H2 Yat-Balam/Ch'ul Siyan-Chan Ahaw Pene-Jaguar/Divino Ahaw de Yaxchilan
	I2 .../u-tz' akab/u tok-pakal .../sucedió/el pedernal y escudo de
	J1 ilegible, el nombre del cautivo
	J2 ilegible
	K1 ilegible, el nombre del subalterno Itzam-Balam



K2 ilegible



L1 ilegible, título del subalterno?



M1 ilegible, el nombre del cautivo



N1 ilegible



O1 ilegible



P1 ilegible



Q1 ilegible



P2 ilegible



Q2 ilegible, estos últimos siete glifos, M1-Q2, nombran el cautivo

Estela El Rey:
Lado 2



A1 ilegible, fecha del Tzolk'in
















B1 ilegible



C1 ilegible



B2 ilegible

	C2	ilegible
	D1	ilegible
	E1	ilegible
	D2	ilegible
	E2	ilegible
	E3	Ah Butz', título de Itzam-Balam Ah Butz',
	F3	ilegible
	E4	ilegible
	F4	título de Itzam-Balam
	E5	título de Itzam-Balam
	F5	Ho' -K'atun-Ahaw 5 K'atun Ahaw, título de Itzam-Balam
	E6	Ho' -K'atun-Ba-te' 5 K'atun Bate', título de Itzam-Balam
	F6	Ho' -K'atun-Pitz 5 K'atun Pitz, título de Itzam-Balam: pitz quiere decir 'jugador del juego de pelota'



F7 **Ho' -Katun-Ch'ahom**
5 K'atun Ch'ahom título de Itzam-Balam



G1 **U-chan/Ah Nik**
el captor de Ah Nik título, recordando a uno de los cautivos de Itzam-Balam



G2 **U-chan/Nohol Ahaw**
el captor de Nohol Ahaw



G3 **Ah Hun-??**
Ah Hun-... título de Itzam-Balam



H1 **Itzam-Balam**
Itzam-Balam



I1 **Ch'ul Siyan-Chan Ahaw**
Divino Ahaw de Yaxchilán glifo emblema de Yaxchilán



H2 ?? hijo de mujer



I2 **Wak-K'atun-Na'/*Na' -Pakal**
6 K'atun Señora/*Señora Pakal, título y nombre de la madre de Itzam-Balam



J1 **Na' -Bakab**
Señora Bakab título de la Señora Pakal



K1 **u-nik/Chan K'atun Ahaw**
el flor de /4 K'atun Ahaw hijo del padre/ título del padre de Itzam-Balam









J2 **U-chan/Chak-Hal-te'**
el captor de/Chak-Halte' un título "captor" del padre de Itzam-Balam



K2 **Yaxun-Balam**
Yaxun-Balam "Pájaro-Jaguar", el padre de Itzam-Balam



L1 **Ch'ul Siyan-Chan Ahaw**
Divino Ahaw de Yaxchilán glifo emblema de Yaxchilán

	L2	Bakab/Chak-te' Bakab/Chakte'	títulos de Yaxun-Balam
	M1	ilegible	nombre y título de Itzam-Balam
	M2	ilegible	títulos de Itzam-Balam?
	N1	Sak-?? Sak-...	el nombre del cautivo
	N2	ilegible	
	N3	Bak el prisionero	

Comentarios a la Estela de El Rey

Esta estela representa una magnífica adición al *corpus* de monumentos correspondientes a Itzam-Balam. Sus dos caras representan escenas similares: en ambos casos se trata de la captura de un prisionero. Asimismo, en ambos lados Itzam-Balam es el personaje que efectúa las capturas y es representado como conquistador heroico, aunque para cada caso, tanto el prisionero, como las fechas y los eventos consagrados, son diferentes. En el lado 1, aparece un tercer personaje además de Itzam-Balam y su cautivo: se trata de un individuo perteneciente a la nobleza, seguramente subalterno de Itzam-Balam. Es probable que éste sea el gobernante local del sitio asociado a la estela.

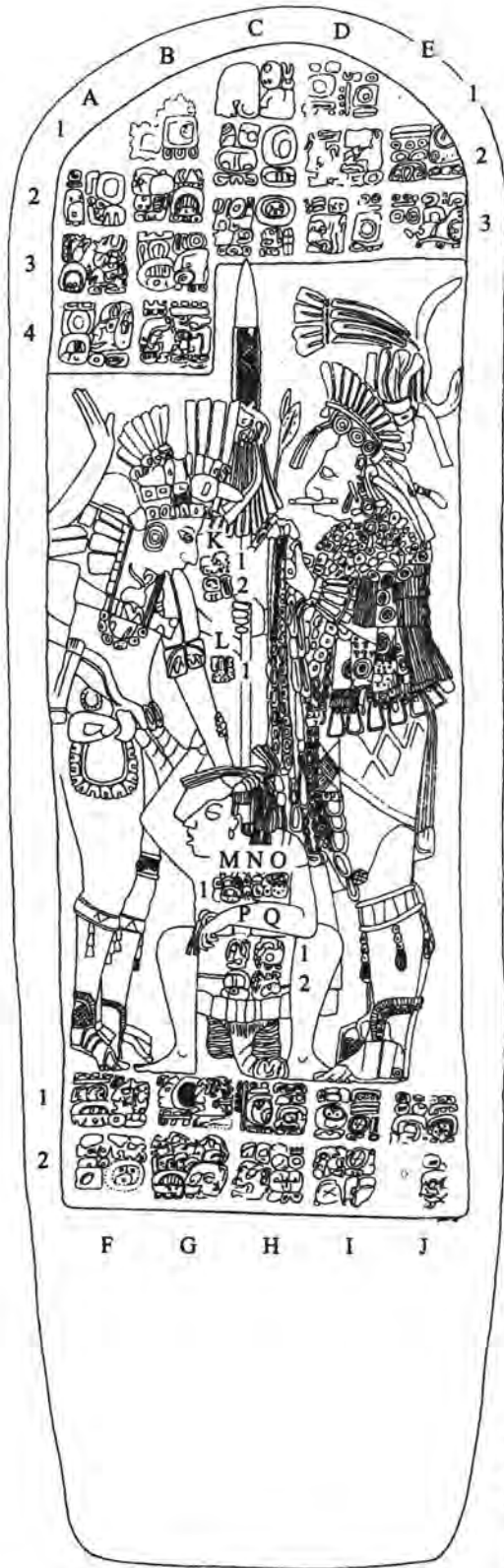
Este monumento hace mención a dos prisioneros más, capturados por Itzam-

Balam, mismos que son agregados a los ya conocidos. Los nombres de los prisioneros y sus fechas de capturas son ilegibles.

Los textos de ambos lados de la estela contienen frases nominales bastante extensas de Itzam-Balam, en donde se incluye una gran variedad de sus títulos, la mayoría de los cuales



● Fig. 6 Cartuchos jeroglíficos de la parte inferior del lado 1



● Fig. 7 Lado 1



● Fig. 8 Lado 2

Dibujos: N. G. Beni

son utilizados en otros monumentos de Yaxchilán para referirse a este gran gobernante.

De igual forma, en el texto de esta estela aparecen referencias a los lazos de parentesco de Itzam-Balam. Los padres de éste son bien conocidos, ya que aparecen mencionados en diversos monumentos de Yaxchilán, además de la referencia directa que de ellos hace Itzam-Balam. Su padre fue el gobernante que le precedió en el trono: Yaxun-Balam III (Pájaro-Jaguar III). Este Yaxun-Balam puede ser fácilmente diferenciado de su nieto quien lleva el mismo nombre, Yaxun-Balam IV, por los títulos “4-k’atun” incluidos siempre en su frase nominal, mientras que el posterior Yaxun-Balam tan sólo alcanzó los títulos “3 k’atun”. Estos títulos, como propuso Proskouriakoff (1963), sirven para hacer una estimación aproximada de sus respectivas edades. Yaxun-Balam III alcanzó a vivir hasta cuatro katunes, indicando con esto que vivió entre 60 y 80 años y por lo mismo se



© Fig. 9 Vista de Itzam-Balam en el lado 2



© Fig. 10 Mitad inferior del lado 2, donde se observa a un cautivo y los cartuchos jeroglíficos del extremo inferior

incluye entre sus títulos. Por el otro lado, Yaxun-Balam IV, aparece siempre como un “3 k’atun Ahaw”, ya que éste murió antes de alcanzar los 60 años de edad. El propio Itzam-Balam IV, “El Grande”, no murió sino hasta alcanzar alrededor de 96 años de edad (*ibid.*). Pero sin lugar a dudas, el registro de mayor número de katunes alcanzados lo tiene la madre de Itzam-Balam II, la Señora Pakal (la cual está mencionada dos veces en la estela). En todas las referencias a ella, se le menciona como una “6 k’atun Ahaw”, o sea que debió tener por lo menos más de cinco katunes al morir. En virtud de que cada “k’atun” corresponde a un periodo de 7 200 días, esto significa que la Señora Pakal murió a una edad de entre 98 años, 206 días y 118 años, 101 días.

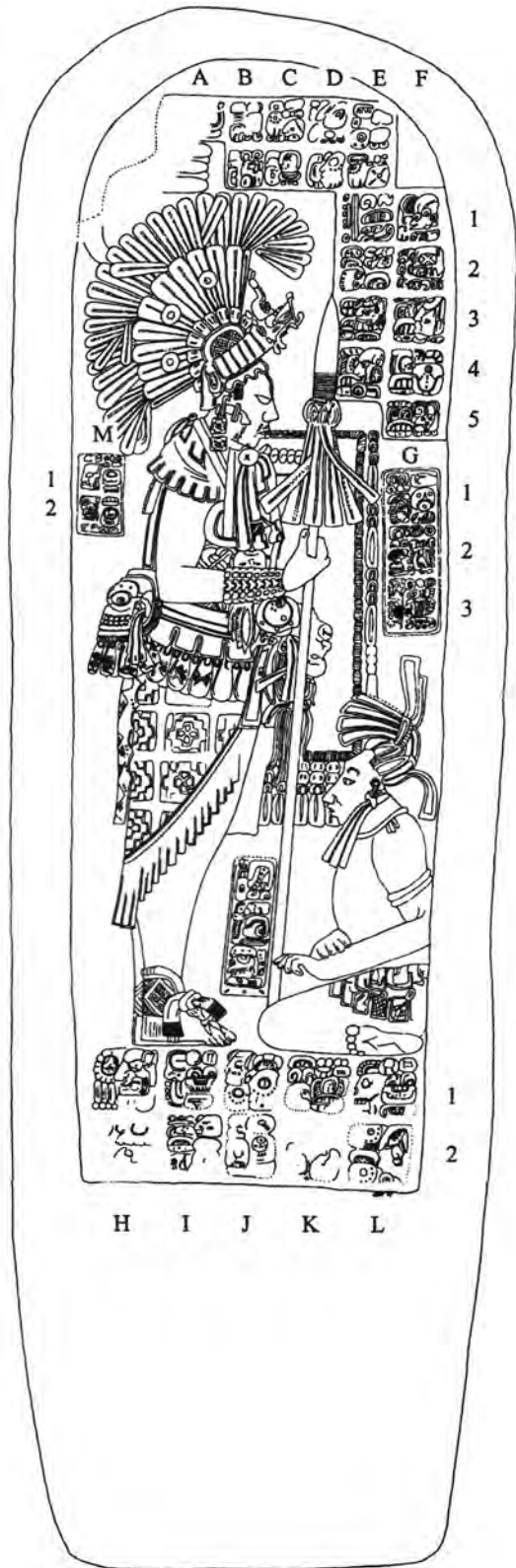
Quizá la pieza de información más importante contenida en este monumento es la referencia que se hace al padre de Itzam-Balam II como el XV sucesor de Yat-Balam, origen del linaje



© Fig. 11 Lado 2. Jeroglíficos de la columna E-3 a F-7. Títulos de Itzam-Balam

gobernante. Primeramente, con esto se confirma que, en efecto, Yat-Balam fue considerado por los gobernantes posteriores como el fundador del linaje. Yat-Balam aparece registrado en el dintel 60 de Yaxchilán, donde se le menciona como el primer gobernante de una lista de diez (el texto del dintel 60 se continúa en los dinteles 49, 37 y 35).

La segunda observación importante de esta referencia a Yat-Balam es precisamente el hecho de que se mencione a Yaxun-Balam III como el XV gobernante. Esto representa, sin lugar a dudas, la información más relevante del monumento. Los dinteles del Edificio 12 de Yaxchilán, concretamente los dinteles 60, 49, 37 y 35, registran a los gobernantes tempranos de ese sitio, comenzando con el fundador de la dinastía, Yat-Balam, quien data de alrededor del 8.16.0.0.0 (357 d.C.), extendiéndose el registro hasta el reinado del X gobernante, K'inich Tab-Kimi, quien asume el poder en 9.4.11.8.16










© Fig. 12 Lado 2

(516 d.C.). Hasta ahora, tan sólo contábamos con esta secuencia de los primeros diez gobernantes de Yaxchilán, así como los registros históricos más detallados de los gobernantes tardíos, comenzando con la toma de poder de Yaxun-Balam III en 9.9.16.10.13 (629 d.C.).




Para el lapso de los cien años que se dan entre K'inich Tab-Kimi y Yaxun-Balam III contábamos solamente con algunas referencias aisladas. Tampoco sabíamos el orden de sucesión de los gobernantes tardíos. El gobernante Tab-Balam (posiblemente el XI o XII gobernante) está registrado en el dintel 46 y en el escalón I de la Escalera Jeroglífica 3. Asimismo, se hace mención a un Itzam-Balam de Yaxchilán en la

Piedra Labrada 4 de Bonampak, misma que está fechada entre la parte final del siglo VI o principios del VII. Si tal es el caso, este Itzam-Balam debió haber sido el XIV gobernante de Yaxchilán. La Estela de El Rey, del sitio de Dos Caobas, registra de manera muy explícita a Yaxun-Balam III como el XV gobernante de Yaxchilán. Esto implica que su hijo Itzam-Balam II, quien es el personaje principal de la estela, fue el XVI gobernante, ya que él mismo fue el sucesor de su padre en el trono. Con esta información nos encontramos en la posibilidad de identificar a 16 de los 19 gobernantes de Yaxchilán, durante un periodo que se extiende por más de 400 años, como se puede apreciar en la figura 13.

Ruler 1	Yat-Balam			
Ruler 2	Chak-Balam			
Ruler 3	Yaxun-Balam I		acc. 8.17. 1.17.16	378
Ruler 4	Yax-...-Kimi			
Ruler 5	??			
Ruler 6	K'inich-Tab-Kimi I			
Ruler 7	Ha...-Kimi		rul. 9. 0.19. 2.4	454
Ruler 8	Yaxun-Balam II			

© Fig. 13 Los gobernantes de Yaxchilán

(Continuación de la figura 13. Los gobernantes de Yaxchilán)

Ruler 9	Tab-Balam I		rul. 9. 3.13.12.19	508
Ruler 10	K'inich Tab-Kimi II		acc. 9. 4.11. 8.16	526
Ruler 11?	Tab-Balam II		rul. 9. 6.10.14.15	564
Ruler 12	??			
Ruler 13	??			
Ruler 14	Itzam-Balam I ?		rul. 9. 9. 1. 7. 1 ?	614
Ruler 15	Yaxun-Balam III		acc. 9. 9.16.10.13	631
Ruler 16	Itzam-Balam II		acc. 9.12. 8.14. 1 d. 9.15.10.17.14	681 742
Ruler 17	Yaxun-Balam IV		b. 9.13.17.12.10 acc. 9.16. 1. 0. 0 d. 9.16.17. 6.12	709 752 768
Ruler 18	Itzam-Balam III		b. 9.16. 0.14. 5 acc. 9.16.18. 0.0	752 769
Ruler 19	K'inich Tab-Kimi III		rul. 9.18.17.12. 6	808

b. nació
acc. ascendió al trono
rul. gobernó
d. murió

b i b l i o g r a f í a

- García Moll, R.
1997. "Los escalones labrados del Edificio 33, Yaxchilán, Chiapas", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, núm. 3, vol. 23, México.
- Kelley, D.
1962. "Fonetismo en la escritura maya", en *Estudios de Cultura Maya*, vol. 2, México.

1976. *Deciphering the Maya Script*, Austin, University of Texas Press.
- Knorosov, Y.
1963. *Pis'mennost' Indeitsev Maia*, Moscú-Leningrado, Academia de Ciencias de la URSS.
- Mathews, P.
1975. "The Lintels of Structure 12, Yaxchilan, Chiapas, Mexico", ponencia presentada en el *Annual Conference of the Northeastern Anthropological Association*, Wesleyan University.

1980. "Notes on the dynastic sequence of Bonampak, Part 1", en *Third Palenque Round Table, 1978, Part 2*, Austin, University of Texas Press.

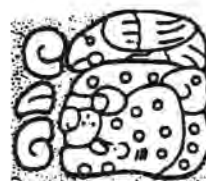
1985. "Maya early classic monuments and inscriptions", en *A Consideration of the Early Classic Period in the Maya Lowlands*, publ. 10, Albany, Institute for Mesoamerican Studies, State University of New York at Albany.

1997. *La Escultura de Yaxchilán*, México, INAH (Científica, 368).
- Mathews, P. y J. S. Justeson
1984. "Patterns of sign substitution in Maya hieroglyphic writing: The affix cluster", en *Phoneticism in Mayan Hieroglyphic Writing*, publ. 9, Albany, Institute for Mesoamerican Studies, State University of New York at Albany.
- Miller, Mary E.
1983. "Some observations on Structure 44, Yaxchilan", en *Contributions to Maya Hieroglyphic Decipherment, 1*, New Haven, Human Relations Area Files, Inc.
- Proskouriakoff, T.
1963. "Historical data in the inscriptions of Yaxchilan, Part 1, The reign of Shield-Jaguar", en *Estudios de Cultura Maya*, vol. 3, México.

1964. "Historical data in the inscriptions of Yaxchilan, Part 2, The reign of Bird-Jaguar and his successors", en *Estudios de Cultura Maya*, vol. 4, México.
- Schele, L.
1980. *Notebook for the Maya Hieroglyphic Writing Workshop at Texas*, Austin, Institute of Latin American Studies, The University of Texas Press at Austin.

1982. *Maya Glyphs: The Verbs*, Austin, University of Texas Press.
- Schele, L., P. Mathews y F. Loundsbury
1977. "Parentage statements in Classic Maya inscriptions", ponencia presentada en la *International Conference on Maya Art, Architecture, Archaeology and Hieroglyphic Writing*, Guatemala.
- Tate, C.
1986. "Summer solstice ceremonies performed by Bird-Jaguar III of Yaxchilan, Chiapas, México", en *Estudios de Cultura Maya*, vol. 16, México.
- Tovallín, A.
1998. "Traslado de las estelas 1 y 2 de Dos Caobas a Frontera Corozal, Mpio. de Ocosingo, Chis.", en *Arqueología Mexicana*, núm. 34, México.
- Tovallín, A. y A. Velázquez de León
1995. "Arquitectura y patrón de asentamiento en Bonampak", ponencia presentada en el *2o. Congreso Internacional de Mayistas* en Chetumal, Q.R. (en prensa).

- Tovalín, A., A. Velázquez de León, S. Alcántara y T. Calva
1994. *Informe de la 1a. Temporada de Campo del Proyecto Arqueológico Bonampak, 1993*, mecanuscrito en el Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, México, INAH.



Aurora Montúfar López*
y Norma Valentín Maldonado**

Estudio arqueobiológico de los sedimentos del subsuelo en el edificio Real Seminario de Minas, 1772, México, D.F.

El inmueble ubicado en la calle de Guatemala 90, en el Centro Histórico de la Ciudad de México, alojó en 1792 el Real Seminario de Minas, uno de los centros de trabajo científico más importante de México en esa época, que albergó, años antes al Noble Hospicio de San Nicolás.

Este edificio durante los años 1990-1992 fue reconstruido y restaurado por sus propietarios, la Sociedad de Exalumnos de la Facultad de Ingeniería de la UNAM, A.C., quienes cumpliendo con los ordenamientos de la ley, solicitaron la participación del Instituto Nacional de Antropología e Historia con el fin de que se realizaran las investigaciones de rescate arqueológico pertinentes.

El arqueólogo Arturo Guevara Sánchez, responsable del rescate, consideró conveniente que se hiciera el estudio de los restos botánicos y zoológicos contenidos en los sedimentos extraídos de dos pozos de excavación arqueológica realizados, uno en el patio exterior y el otro en el recinto número 5.

El estudio de los restos biológicos que aparecieron *in situ* mientras se efectuaba la excavación y de aquellos de tamaño microscópico que se encontraron formando parte del material sedimento-arqueológico, tiene como objetivo conocer e identificar los elementos vegetales y animales que han permanecido como indicio de las condiciones ecológicas del pasado, y del posible uso de algunas plantas y animales, como complemento alimenticio, en construcción, combustible, como fuente de fibras para elaborar textiles, entre otros satisfactores, por el hombre durante la época de conjugación de las culturas prehispánica y europea.

Bajo estas premisas, fueron enviadas a los laboratorios de Paleobotánica y Paleozoología de la Subdirección de Servicios Académicos del INAH, restos óseos extraídos *in situ* y 27 muestras de sedimentos arqueológicos que corres-

* Laboratorio de Paleobotánica, Subdirección de Laboratorios y Apoyo Académico, INAH.

** Laboratorio de Paleozoología, Subdirección de Laboratorios y Apoyo Académico, INAH.

ponden a igual número de capas de los dos pozos (calas 1 y 2).

Las diferentes capas sedimentológicas fueron definidas, en el campo por el arqueólogo, con base en las características cualitativas de textura, color y estructura del suelo (figs. 1 y 2).

Material y métodos

En el Laboratorio de Paleobotánica las 27 muestras de sedimento (10 de la Cala 1 y 17 de la Cala 2) fueron sometidas al método de flotación (Pearsall, 1989), con el fin de obtener el material orgánico, menor de 4 mm (semillas, fibras, micromoluscos...), que por su escaso peso forma parte importante de los materiales ligeros allí presentes.

La identificación y estudio de los restos de semillas, textiles, fibras, maderas y restos de animales, tanto vertebrados como invertebrados, se realiza por comparación con muestras de las colecciones arqueobotánica, osteológica y malacológica de esta subdirección y con el uso de los textos especializados: Martin y Barkley (1961), Correll y Correll (1972), Gunn (1972), Sánchez (1984), Abbott (1974), Baker (1972), Burch (1962), Barnes (1969), Ramírez-Pulido *et al.* (1986).

El material zoológico consta tanto de piezas completas como fragmentadas; las primeros corresponden mayoritariamente a moluscos fácilmente cuantificables; sin embargo en cuanto a su identificación muchos sólo pudieron ser asignados a familia, pues en algunas especies la clasificación taxonómica se basa en estructuras anatómicas, que en este caso no se presentan; por otra parte, no se cuenta con suficiente material de comparación.

La mayoría de los restos de vertebrados están fragmentados y por lo general se encontró un solo elemento por especie, el cual se tomó como unidad. En lo que se refiere a la identificación, sólo los fragmentos que conservan características diagnósticas fueron asignados a nivel genérico y algunos sólo a clase.

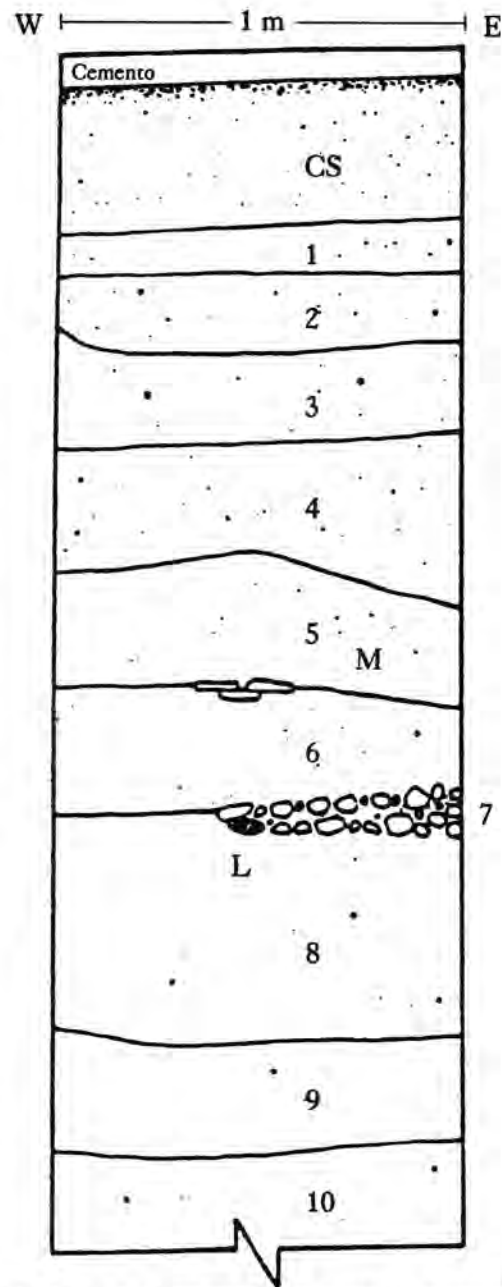


Fig. 1 Cala 1. Estratigrafía (cara norte), M, madera; L, lenticula; CS, capa superficial o firme para la capa de cemento de la parte superficial (tomado de Guevara, 1991)

Para facilitar la comprensión del presente trabajo, los resultados botánicos y zoológicos se abordan de manera independiente; al final de la discusión y conclusiones se integra la información y se emiten las inferencias paleoecológicas y arqueobiológicas pertinentes.

Resultados y discusión

Análisis botánico

El material identificado (figs. 3 y 4) está representado por semillas, madera, carbón y textiles de 30 taxa. Son en su mayoría herbáceos como los quelites (*Amaranthus* sp.), pastos (Gramineas), juncos (Cyperaceae), calabazas (*Cucurbita* sp.), chiles (*Capsicum* sp.), tomates (*Physalis* sp.), tréboles (*Trifolium* sp.), sólo por mencionar algunos.

Las plantas leñosas quedan evidenciadas por la permanencia de estructuras fibrilares de algodón (*Gossypium* sp.) y fracciones semillares de nopal (*Opuntia* sp.), capulín (*Prunus capulí*) y duraznos (*Prunus persica*), además fragmentos de madera y carbón de pino (*Pinus* sp.) y encinos (*Quercus* sp.).

Existe una serie de pilotes de madera de abeto (*Abies religiosa*), arreglados a manera de ademe en un pozo artesiano adjunto a la Cala 1.

Antecedentes etnobotánicos y ecológicos generales

I. Etnobotánica

a) Plantas alimenticias

Las plantas, aquí identificadas, pueden considerarse que fueron utilizadas en tiempos pasados; con base en su uso actual se observa:

La presencia de nopal (*Opuntia* sp.) y el posible consumo de sus pencas tiernas "nopales" a manera de verdura fresca o guisada, y el de sus frutos "tunas". Ambas porciones de la planta forman parte de la dieta actual del hombre en México (Sánchez Mejorada, 1982). El registro arqueológico de esta planta se remonta a etapas prehistóricas de cazadores recolectores (MacNeish, 1967 y González Quintero, 1972).

El quelite (*Amaranthus* sp.), representado aquí por algunas semillas, es otro taxon comestible; antes de florecer se consume toda la planta. Se

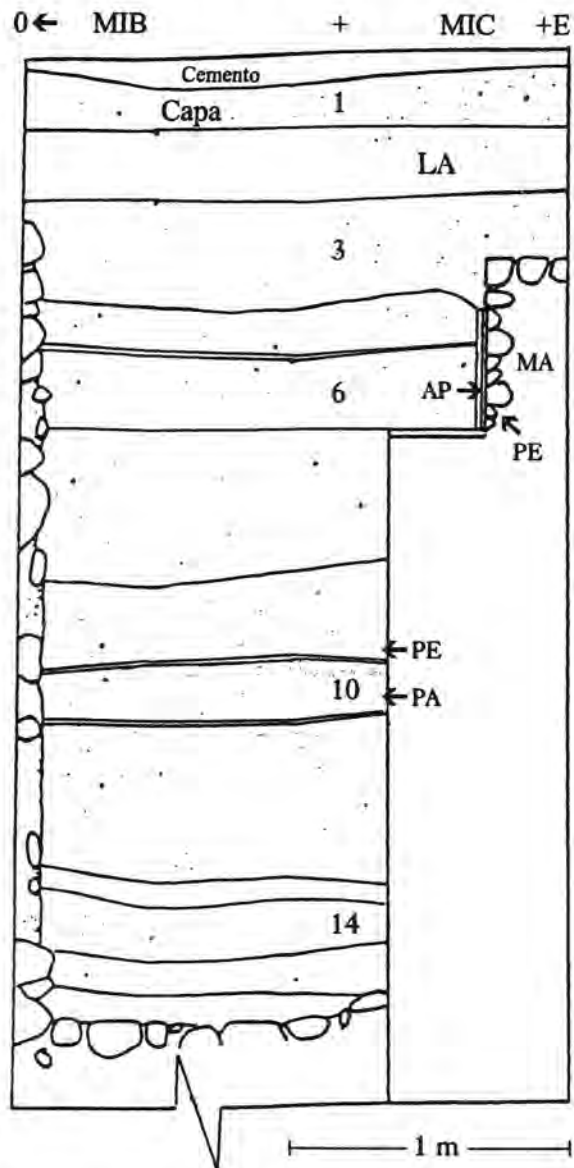


Fig. 2 Cala 2. Estratigrafía (cara norte), Ap, aplanados; MA, muro antiguo; PE, piso de estuco; PA, piso de arcilla; La, ladrillos (tomado de Guevara, 1991)

le cultiva poco y en general es recolectado de las milpas (parcelas donde se cultiva maíz). Follaje y semillas de este género fueron encontradas en los sedimentos prehistóricos de Tehuacán, Puebla (MacNeish, 1967).

El epazote (*Chenopodium* sp.) es una planta aromática, se le ha registrado en contextos arqueológicos muy antiguos (*ibid.*) y quizá se le utilizó a manera de condimento, su uso se ha extendi-

do hasta nuestros días, además de atribuírsele propiedades medicinales en la curación de enfermedades intestinales (vermífugas).

El chile (*Capsicum* sp.) es un condimento que tradicionalmente ha formado parte importante de la dieta de los mexicanos; las evidencias arqueobotánicas lo registran desde épocas prehistóricas (*ibid.*); en la actualidad se le cultiva abundantemente, encontrándose toda una gama de variedades o tipos de chiles; no obstante, también se le encuentra en forma silvestre, especialmente en sitios semidesérticos.

En la medicina tradicional se le atribuyen propiedades curativas (*Capsicum frutescens*) junto con otras plantas, y en infusiones ayuda aliviar afecciones bronquiales (Roys, 1976).

La calabaza (*Cucurbita* sp.) está representada por fracciones muy pequeñas de testa semillar en este sitio; sin embargo, el registro arqueológico cuenta con fragmentos de epicarpio (cáscara), semillas y pedúnculos, elementos que en su mayoría fueron encontrados en las cuevas de Coxcatlán, Puebla, y Guilá Naquitz, Oaxaca, como evidencia de su posible utilización como alimento humano en el pasado (MacNeish, 1967 y Flannery, 1986). Hoy día se consumen sus flores, frutos y semillas, razón por la cual se les cultiva ampliamente.

El jitomate (*Lycopersicum* sp.) está representado en los sedimentos estudiados sólo por algunas fracciones de semillas. Es una planta con frutos comestibles, suculentos, muy apreciados; son base de muchos platillos de la cocina internacional. En el registro arqueobotánico esta planta es escasa; sin embargo, se le ha encontrado con cierta frecuencia en los sedimentos culturales prehispánicos de la zona metropolitana (Hinojosa *et al.*, 1991).

Granadilla (*Passiflora* sp.) es una planta con frutos comestibles y de uso ornamental; se le cultiva comúnmente en lugares con clima cálido; empero, dentro de la Cuenca de México

existen sitios donde se le protege y es propagada por sus flores vistosas.

Semillas de granadilla han sido halladas en sedimentos culturales de variados sitios; se tienen registros de Chiapas, Cuenca de México y Chihuahua (Montúfar López, 1981, 1985 e Hinojosa *et al.*, 1991).

Miltomate o tomate de bolsa (*Physalis* sp.): en las muestras estudiadas las semillas de miltomate son las más abundantes, hecho que coincide con la amplia representación de estos individuos en otros sedimentos arqueológicos de la Cuenca de México en épocas prehispánicas (Reyna Robles y González Quintero, 1978).

Se considera que la constante presencia de numerosos propágulos de miltomate entre los sedimentos arqueológicos está definida, en cierta forma, por su tipo de fruto (baya) que individualmente contiene muchas semillas, además de ser muy resistentes al intemperismo y también por tener la capacidad de ser elementos que escapan de las áreas de cultivo y se desarrollan como plantas arvenses y ruderales; asimismo, se sugiere que la enorme proporción de esas semillas esté propiciada por el amplio uso de esos frutos en la dieta humana, entre otros factores.

Verdolaga (*Portulaca* sp.): planta representada por semillas escasas en los sedimentos aquí tratados; su follaje es comestible; crece en sitios alterados por la influencia de las actividades del hombre: prácticas agrícolas, urbanización. Actualmente se le cultiva en pequeña escala, aunque se le sigue recolectando entre los terrenos agrícolas en las zonas rurales. Su follaje es cocinado de diversas maneras y quizá ha formado parte de la dieta humana desde la antigüedad (Montúfar López, 1983, 1992 y 1994).

Capulín (*Prunus capuli*), árbol que crece en los pies de monte y lomeríos bajos de las sierras que dan forma a la Cuenca de México; sus frutos son comestibles y muy apreciados por los

Muestras / Semillas	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	Total
<i>Amaranthus</i> sp.	0	0	0	0	2	10	0	0	0	6	18
<i>Capsicum</i> sp.	0	0	0	0	0	1	6	0	0	0	7
<i>Castilleja</i> sp.	0	0	0	0	0	0	0	2	0	0	2
<i>Chenopodium</i> sp.	0	0	0	0	2	46	0	12	6	2	68
Compositae	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0	1
Cruciferae	0	0	0	0	0	0	0	0	0	2	2
<i>Cucurbita</i> sp.	0	0	0	0	0	2	0	0	0	1	3
<i>Cyperus</i> sp.	0	0	0	0	1	0	0	0	0	0	1
<i>Euphorbia</i> sp.	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1	1
<i>Gossypium</i> sp.	1	0	0	0	0	1	0	0	0	0	2
Gramineae	0	0	0	0	0	0	0	0	1	0	1
<i>Hyopsis</i> sp.	0	0	0	0	0	1	0	0	0	2	3
Leguminosae	0	0	0	0	0	0	0	0	1	0	1
<i>Lycopersicum</i> sp.	0	0	0	0	0	4	0	0	0	6	10
<i>Olea</i> sp.	0	1	0	0	0	0	0	0	0	0	1
<i>Opuntia</i> sp.	0	0	0	0	0	4	0	0	0	2	6
<i>Passiflora</i> sp.	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0	1
<i>Physalis</i> sp.	0	0	0	8	30	236	37	68	38	246	663
<i>Pinus</i> sp.	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0	1
<i>Portulaca</i> sp.	0	0	0	0	0	0	0	2	0	18	20
<i>Prunus persica</i>	0	0	0	0	0	4	3	1	0	0	8
Rosaceae	0	0	0	0	0	0	4	1	0	0	5
<i>Scirpus</i> sp.	0	0	0	0	0	0	0	6	1	6	13
<i>Solanum rostratum</i>	0	0	0	0	3	34	0	1	0	0	38
<i>Zanichellia</i>	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1	1
Total	1	1	0	8	38	345	51	93	47	293	877
Madera (<i>Pinus</i> sp.)				•	•	•		•	•		
Carbón	•	•	•	•	•	•	•	•			
Micromoluscos	•	•	•	•	•	•	•	•	•		
Ostrácodos		•	•	•	•	•	•	•	•		
Insectos	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	
Escamillas de pez				•	•	•	•		•	•	
Restos óseos	•			•				•	•		

Fig. 3 Semillas y otros restos orgánicos registrados en la Cala 1, Real Seminario de Minas, Guatemala 90, México, D.F.

lugareños; de igual manera se observa el consumo de sus semillas, asadas con sal; en este caso la porción alimenticia es el embrión. De acuerdo con el registro arqueobotánico, estos elementos eran recolectados, como ahora, para complementar la dieta de los grupos humanos en el pasado (Montúfar López, 1985, 1992).

El durazno (*Prunus persica*) está representado por varias semillas, sobre todo en las capas superiores de la Cala 1; son plantas de origen asiático y frutos comestibles. Fueron introducidas a México por los españoles. En la actualidad son cultivados en lugares con climas templados y fríos; se les halla en las huertas familiares de las zonas aledañas a la Ciudad de México.

b) Plantas ceremoniales

Como ya se mencionó, fueron encontrados dentro de un fragmento de vasija, a manera de ofrenda, los restos semillares de algodón (*Gossypium* sp.) y una tela elaborada con fibras de maguey (*Agave* sp.), individuos que por hallarse entre los materiales arqueológicos de carácter oblatario están manifestando su importancia ceremonial, en épocas antiguas.

c) Plantas útiles en construcción

Bajo este rubro, cabe señalar la existencia de una serie de pilotes de madera de abeto *Abies religiosa*, la cual estaba conformando, posiblemente, el ademado de un pozo artesiano que se ubica a un costado de la Cala 1.

Es importante mencionar que pilotes similares fueron usados ampliamente en los sistemas de cimentación de la Catedral Metropolitana y otros edificios del Centro Histórico de México, según lo muestran las excavaciones arqueológicas recientes (Hinojosa *et al.*, 1992).

Las calabazas, chiles, tomates y algodón son elementos que se producen extensivamente bajo cultivo, debido a la gran demanda de sus frutos y de las fibras de algodón en la industria textil.

Los pinos, encinos y abetos se desarrollan en lugares de clima templado; los dos primeros

soportan condiciones de sequía y humedad variables; en cambio, los abetos están restringidos a condiciones frías y húmedas; peculiarmente habitan en laderas de barrancas profundas.

Los pinos y abetos forman bosques de coníferas en las porciones elevadas de la sierras que circundan la Cuenca de México; por debajo de las comunidades de coníferas es frecuente encontrar bosques mixtos de pinos y encinos o encinares, que se desarrollan en lugares más secos. Entre estas asociaciones mixtas y particularmente en las zonas de pie de monte suelen presentarse plantas de maguey (*Agave* spp.) y nopales (*Opuntia* spp.), entre otros elementos xéricos, que dan paso a las comunidades de matorral micrófilo de los valles abiertos y de ambientes semidesérticos.

d) Plantas de uso textil

Durante la excavación arqueológica en la capa 12, Cala 2, se halló una vasija que en su interior tenía, entre el sedimento, un pequeño fragmento de textil (el cual fue elaborado con fibras de maguey *Agave*) y varias semillas, calcinadas, de algodón *Gossypium*, género que también se utiliza como fuente de fibras semillares para la fabricación de textiles finos.

De acuerdo con el arqueólogo Guevara Sánchez (comunicación personal), la vasija está representando una ofrenda, por encontrarse entre un conjunto de otros elementos arqueológicos, pies de un monolito y cráneo de un mono araña, elementos complementarios que según él eran sacrificados en ceremonias de oblación.

Los magueyes (*Agave* spp.), además de ser una fuente importante de fibras para elaborar textiles, son plantas que tienen inflorescencias, escapo floral (tallo de la flor, quiote), pencas (hojas) y corazón (tallo), que en nuestros días se utilizan con fines alimenticios; las flores son guisadas y el escapo floral y corazón se cuecen para fabricar dulces, sin dejar de lado la elaboración del pulque y mezcal a partir del tallo de algunas de sus especies.

Muestras / Semillas	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	Total
<i>Amaranthus</i> sp.											8	1	2				2	13
<i>Atriplex</i> sp.											2							2
<i>Chara</i> sp.						1				1	1	1	1					5
<i>Chenopodium</i> sp.											35	1			3	1	2	42
<i>Calandrina</i> sp.												1	1					2
<i>Carex</i> sp.															6	1	16	23
Cruciferae					1				1	2	2		1		4	1	1	13
<i>Cyperus</i> sp.											5					1		6
<i>Eleocharis</i> sp.									1									1
Gramineae															1		1	2
<i>Hypoxis</i> sp.																1		1
<i>Lotus</i> sp.											1							1
<i>Lycopersicum</i> sp.									3		5				1			9
<i>Malvastrum</i> sp.											25							25
<i>Najas</i> sp.									1									1
<i>Passiflora</i> sp.								3										3
<i>Physalis</i> sp.	2		1	11	10	10	3	30	65	68	200	95	24	19	131	14	67	750
<i>Portulaca</i>								1	1	1	15							18
<i>Prunus serotina</i> aff. <i>capuli</i>													2					2
<i>Ruppia</i> sp.												1						1
<i>Salvia</i> sp.													1					1
<i>Schlotheimia</i> sp.															1			1
<i>Scirpus</i> sp.						1			1						4			6
<i>Solanum rostratum</i>														1	1	1	2	5
<i>Solanum</i> sp.																	1	1
<i>Trifolium</i> sp.												1		3	29	4	26	63
<i>Zinnichelia</i> sp.											1							1
Total	2	0	1	11	11	12	3	34	73	72	300	101	32	23	181	24	118	998
<i>Agave</i> sp.											•							
Madera (<i>Pinus</i> sp.)								•	•	•								
Madera (<i>Quercus</i> sp.)															•			
<i>Gossypium</i> sp. (algodón)												•						
Carbón		•	•		•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	
Micromoluscos				•			•		•		•	•	•	•	•	•	•	
Ostrácodos	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	
Insectos	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	
Escamas de pez	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	
Restos óseos		•	•		•	•	•	•									•	

Fig. 4 Semillas y otros restos orgánicos registrados en la Cala 2, Real Seminario de Minas, Guatemala 90, México, D.F.

Varias especies de maguey son cultivadas; otras muchas son silvestres y crecen en zonas con climas áridos y semidesérticos.

En el registro arqueológico se encuentran bagazos y restos foliares de maguey desde hace más de 5000 años, en las cuevas secas de Tehuacán, Puebla, y Guilá Naquitz, Oaxaca (MacNeish, 1967 y Flannery, 1986).

El género del algodón (*Gossypium* spp.) tiene varias especies cultivadas, además de silvestres; actualmente se siembran en gran escala en las zonas semidesérticas.

De acuerdo con el registro arqueológico hay evidencia del uso del algodón desde etapas muy tempranas en la historia del hombre; se tienen restos de sus frutos y fibras de las cuevas secas del valle de Tehuacán, Puebla, que datan de hace más de 5 000 años (MacNeish, 1967).

II. Consideraciones ambientales

Con el fin de ahondar un poco el ambiente del pasado en la región donde se ubica la zona de estudio, se emiten algunas características del hábitat y se desarrollan actualmente varios de los taxa aquí registrados.

El abeto (*Abies religiosa*) es un árbol que crece formando parte de los bosques templados de coníferas o bosques mixtos de pinos y encinos (*Pinus* sp. y *Quercus* sp.); sus poblaciones se localizan en los sitios con mayor humedad relativa dentro del bosque, cañadas profundas u otros accidentes topográficos que permiten la conservación de mayor humedad micro-ambiental y/o una mayor retención de agua en el sustrato (Rzedowski, 1978).

Los pinos (*Pinus* sp.) son las especies que conforman la mayor población de los bosques de coníferas que circundan la Cuenca de México; se desarrollan perfectamente en zonas con climas templados y de acuerdo con las especies soportan alta variación en cuanto a tempera-

turas y humedad; por esta razón se les puede encontrar en ambientes secos y cálidos, así como en biomas húmedos y fríos. Los bosques de pinos están asociados con mayor frecuencia a terrenos cuyo sustrato es de origen ígneo (*ibid.*).

Las poblaciones de encinos (*Quercus* sp.) comúnmente se localizan asociadas con los pinos, formando bosques mixtos en las zonas templadas de México; también constituyen bosques casi puros, incluso en sitios cálidos tropicales (*Quercus oleoides*) (Montúfar López, 1985a).

Las especies de tejocote *Crataegus*, capulín *Prunus serotina* y zarzamora *Rubus* habitan en los pies de monte de las regiones con clima templado semiseco o frío; el durazno *Prunus persica* se cultiva en sitios templados o fríos.

Con relación a la presencia de semillas de plantas de hábitos acuáticos, se han encontrado: *Najas*, *Zannichelia*, *Scirpus*, *Eleocharis* y *Ruppia*, entre otros, taxa palustres (Correll y Correll, 1972), además de elementos de *Hypoxis*, *Cyperus* y *Trifolium*, los cuales requieren, para su buen desarrollo, de sustratos con alta capacidad de retención de agua.

Con base en la presencia de estos variados taxa de ambientes lacustres y terrenos anegados, se puede sugerir la influencia del lago de Texcoco en las inmediaciones del centro ceremonial de México-Tenochtitlan.

Los géneros *Cyperus*, *Malvastrum*, *Portulaca*, *Schizoltzia* y algunos elementos de las familias Gramineae y Cruciferae contienen especies ruderales y arvenses, hecho que permite asumir la existencia, en cierto modo, de disturbio ecológico en la zona, alteración ocasionada, entre otros factores, por las actividades del hombre: agrícolas y de urbanización, entre otras.

Considerando la distribución vertical numérica de las diferentes semillas contenidas en los dos pozos sedimentológicos estudiados (figs. 1 y 2), se puede observar lo siguiente:

- a) En la Cala 1 las capas 10 (280-300 cm) y 6 (160-190 cm), en comparación con el contenido de semillas en los otros sedimentos, contienen mayor número de propágulos, 299 y 416 respectivamente.
- b) En la Cala 2 las capas 15 (330-350 cm) y 11 (250-260 cm), en relación con los otros estratos, son las que sustentan mayor número de semillas, 177 y 301 de manera respectiva.

Los elementos botánicos más abundantes dentro de dichas capas pertenecen a los géneros de tomate (*Physalis* sp.), epazote (*Chenopodium* sp.) y tules (*Scirpus* sp.).

De acuerdo con estos resultados, la existencia en cada uno de los pozos excavados, de dos capas que ostentan mayor número de semillas y luego de apreciar cierta correspondencia vertical (de esas capas entre sí) al sobreponer las figuras de los dos cortes sedimentológicos, partiendo del nivel freático hacia arriba, es permisible asumir que se trata de dos momentos, dos lapsos en los cuales la alta proporción de restos vegetales (en dos puntos de cada uno de los pozos) podría estar coincidiendo con dos periodos de alta precipitación, mucha humedad ambiental y aumento excesivo del nivel del agua del lago de Texcoco.

Estas circunstancias quizás están manifestando dos periodos de crecimiento del lago sobre la gran Ciudad de México-Tenochtitlan, en otras palabras, dos vastas inundaciones durante la época colonial, siglos XVII-XVIII.

Análisis zoológico

Se identificaron en total 208 restos (fig. 5), entre moluscos (76.5%), crustáceos (7%) y vertebrados (16.5%), procedentes de las dos unidades de excavación estudiadas (Cala 1 y 2).

Cala 1

De las diez capas de esta unidad sólo cuatro (6, 7, 9 y 10) tuvieron restos, en total 12 (5.8%) y correspondieron a tres géneros de moluscos,

uno de ostrácodos, fracciones de peces, fragmentos de cascarón de huevo y un fragmento de espina vertebral de un mamífero pequeño.

Los moluscos pertenecen a individuos dulceacuícolas locales y comestibles de la familia Unionidae, mismos que sólo se registran de la Capa 9, de donde también se puede mencionar la presencia de un molusco terrestre del género *Euglandina* sp. Esta capa es la que tuvo mayor número de ejemplares.

Cala 2

De las 17 capas que conforman esta unidad, en quince se registraron fragmentos de restos; se cuantificaron 196 (94.2% del total), entre los que se encuentran 154 (74%) moluscos, 14 (6.7%) ostrácodos y 28 (13.5%) vertebrados (fig. 5).

Las capas 1 y 2 se encontraron sobre y entre una capa de tabiques respectivamente; en estos estratos se localizaron restos de rata asiática (*Rattus rattus*), animal introducido a América con la llegada de los españoles; también se encontraron dos valvas de molusco marino (*Anadara floridana* y *A. brasiliana*), procedentes del Golfo de México.

En general, las primeras nueve capas tienen poca cantidad de restos y variedad de especies. Los moluscos identificados son en su mayoría dulceacuícolas y de los terrestres se reconocieron 36 moluscos.

De peces se encontraron fracciones de huesos y escamas. Se registraron fragmentos de cascarón de huevo en casi todas las capas.

De mamíferos se tiene la presencia de un cráneo fragmentado de mono araña (*Ateles geoffroyi*), procedente de las regiones tropicales de nuestro país; esta especie guarda especial interés arqueológico, puesto que se encontró asociado con los pies de un monolito en la Capa 3. De venado cola blanca (*Odocoileus virginianus*) hubo una vértebra de animal adulto en la Capa 8. El mayor número de individuos se registró en las

capas 2 y 8 con cinco ejemplares cada una (fig. 5).

Capa 10

En esta capa se identificaron nueve moluscos: cinco de hábitos dulceacuícolas y cuatro terrestres.

De los vertebrados se tienen escamas de pez y fragmentos de cascarón de huevo, posiblemente de aves ribereñas.

Capa 11

En esta unidad se identificaron un fragmento de escama y dos vértebras de pez, además de fragmentos de cascarón de huevo.

Capa 12

Se cuantificaron seis restos, pertenecen a cuatro moluscos, escamas de pez y fragmentos de cascarón de huevo.

Capa 13

En esta capa sólo se encontraron dos valvas de ostrácodos y una escama de pez.

Capa 14

Se cuantificaron doce restos, seis pertenecen a ostrácodos, dos a moluscos de agua dulce y un caracol terrestre; los otros corresponden a escamas de pez, fragmentos de cascarón de huevo y una placa de carapacho de armadillo (*Dasyus novemcinctus*).

Capa 15

En este estrato se encontró el mayor número de restos y variedad de especies; en total fueron 87 (41.8% del total); de ellos, 78 (37.5%) son moluscos: 52 (25%) dulceacuícolas, de siete géneros; el más abundante es el caracol *Physa* sp. con 29; los moluscos terrestres están representados por un sólo género, *Succinea* sp. con 25 ejemplares. De ostrácodos se tienen seis ejemplares.

En esta capa ya no se encontraron fragmentos de cascarón de huevo (posiblemente de aves ribereñas) ni escamas de pez. De mamíferos se identificaron un fragmento de mandíbula de

un ratón de campo, que por carecer de partes diagnósticas no se pudo asignar a género, sólo a familia (Cricetidae) y un fragmento de cráneo de mamífero que por estar muy fragmentado tampoco presentó características diagnósticas.

Capa 17

Esta capa ocupa el segundo lugar en abundancia, ya que se identificaron 50 (24%) elementos; de ellos los más frecuentes son nuevamente los moluscos, con 47 (22.5%); de éstos 42 (20.2%) son dulceacuícolas de cinco géneros; el más abundante es el caracol *Physa* sp. con 28 (13.5%); los caracoles terrestres son cinco, cuatro de ellos pertenecen al género *Succinea* sp. y uno a la especie *Vertigo ovata*.

De los vertebrados se encontraron un fragmento de vértebra y una espina de pez; un hueso largo de ave; se identificaron de un mamífero pequeño, probablemente ratón, tres fragmentos de molares desgastados, uno de maxila, dos vértebras caudales y una costilla.

Arreglo sistemático y algunas consideraciones ecológicas

Phylum Mollusca

Clase Bivalvia

Orden Arcoida

Familia Arcidae

Anadara brasiliensis. Bivalvo marino de aguas más o menos profundas; habita enterrada en fondos limosos; se distribuye desde Texas, Florida, Golfo de México hasta Brasil. En la excavación se encontró un solo ejemplar en la Cala 2, Capa 2.

Anadara floridana. Bivalvo marino de aguas más o menos profundas; vive enterrado en fondos limosos. Se distribuye desde Texas, Golfo de México hasta las Antillas. Se encontró un ejemplar de esta especie en la Cala 2, Capa 2.

Orden Pterioidea

Familia Pteriidae

Pinctada sp. Bivalvo marino, común en aguas someras; habita fija en las rocas y corales blan-

Moluscos / Niveles	1	2	3	4	7	8	9	10	11	12	13	14	15	17	?	Total	%
<i>Anadara brasiliana</i>		1														1	0.5
<i>Anadara floridana</i>		1														1	0.5
<i>Pinctada</i> sp.															2		1.0
<i>Sphaerium</i> sp.				2									1	8		11	5.6
<i>Pisidium</i> sp.								1				1	4			6	3.0
<i>Valvata</i> sp.														1		1	0.5
Hidrobiidae						2		1		2		1	4	2		12	6.1
<i>Gyraulus</i> sp.													8			8	4.0
<i>Physa</i> sp.					1			3					29	28		61	31
<i>Succinea</i> sp.								4		1			25	4		34	17.2
<i>Helisoma tribolcis</i>		3					1			1			8	3		16	8.1
<i>Vertigo ovata</i>														1		1	0.5
<i>Euglandia</i> sp.												1					0.5
Ostrácodos												2	6	6		14	7.1
Vertebrados																	
Peces	1	1				1		1	2	1	1	1		1		10	5.0
Aves	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1		1		1		12	6.1
<i>Ateles geoffroyi</i>			1													1	0.5
<i>Dasytus novemcinctus</i>												1				1	0.5
<i>Rattus rattus</i>	1															1	0.5
Cricetidae													1	1		2	1.0
<i>Odocoileus virginianus</i>						1										1	0.5
Total	3	7	2	3	2	5	1	11	3	6	3	12	86	50	2	197	
%	1.5	3.5	1.0	3.0	1.0	2.5	1.0	5.6	1.5	3.0	1.5	61	43.6	25	1.0		

Fig. 5 Relación de restos zoológicos registrados en el Real Seminario de Minas, Guatemala 90, México, D.F.

dos, se distribuye en ambas costas de nuestro país. Conocida comúnmente como madre perla por la formación de este material, también es comestible. Se encontraron dos fragmentos de esta concha; se desconoce su posición estratigráfica.

Orden Unionoida Familia Unionidae

Las especies de esta familia son de hábitos dulceacuícolas, viven en ríos y lagos; se encuen-

tran ampliamente distribuidas en nuestro país, son comestibles y también utilizadas como elementos de ornato. Se identificaron dos fragmentos de valvas procedentes de la Capa 9, Cala 1.

Orden Veneroida Familia Pisidiidae

Sphaerium sp. y *Pisidium* sp. Moluscos dulceacuícolas habitan en ríos o en acumulaciones permanentes de agua sobre la vegetación; Baker

(1972) menciona que *Pisidium* es más activo que *Sphaerium*. Estos moluscos se distribuyen ampliamente en Norte América.

Ambos géneros son muy parecidos, pero indudablemente tienen sus diferencias, por lo que respecta a la concha *Sphaerium*, como su nombre lo indica, es más simétrico, tiene el umbo casi en el eje central y en *Pisidium* se puede reconocer la parte delantera por ser más corta y la trasera más larga.

De *Sphaerium* se identificó una valva, procedente de la Capa 9, Cala 1; de la Cala 2 se identificaron 11; dos de la Capa 4; uno de la 15 y ocho de la 15 y ocho de la 17.

De *Pisidium* sp. se identificaron seis valvas y proceden de la Cala 2, de la Capa 10 una, de la 14 una y de la 15 cuatro.

Clase Gastrópoda

Orden Mesogastropoda

Familia Valvatidae

Valvata sp. Caracol dulceacuícola que se le encuentra a diferentes profundidades en ríos y lagos sobre la vegetación. Se distribuye ampliamente en Norte América.

Se identificó en la excavación un solo ejemplar de este género, procedente de la Capa 17 de la Cala 2.

Familia Hydrobiidae

Esta familia tiene representantes de hábitos dulceacuícolas y salobres, pero nunca marinos; se les puede encontrar sobre la vegetación acuática de lagos o ríos; son de amplia distribución en América.

La identificación de estos moluscos a nivel específico se basa en el análisis de estructuras anatómicas que en este caso no se presentan, por lo que los siete ejemplares encontrados sólo fueron asignados a nivel de familia y proceden de la Cala 2, uno de la Capa 12, cuatro de la 15 y dos de la 17.

Gyraulus sp. Caracol dulceacuícola que habita en aguas tranquilas; algunas especies se encuentran en pantanos. Este género está ampliamente distribuido en Norte América. En la excavación se identificaron ocho ejemplares procedentes de la Capa 15, Cala 2.

Orden Basommatophora

Familia Physidae

Physa sp. Caracol dulceacuícola que habita en cualquier acumulación de agua permanente; vive sobre la vegetación acuática. Es de amplia distribución en América.

La gran variabilidad en la forma de la concha y la carencia de partes blandas del animal hacen imposible identificar a nivel específico los ejemplares.

Este género fue el más abundante en la excavación; se identificaron 62 (29.8%) y proceden de las siguientes unidades de excavación: de la Capa 9, Cala 1, un ejemplar, de la Capa 6, Cala 2, uno, de la 10 Cala 2, tres, de la 15 Cala 2, 29 y de la 17, Cala 2, 28.

Familia Planorbidae

Planorbella trivolvis. Caracol dulceacuícola que habita sobre la vegetación acuática, en cualquier acumulación de agua permanente; su distribución es amplia en América.

Esta especie ocupa el tercer lugar en abundancia, ya que se identificaron 16 (7.7%) ejemplares en la Cala 2 y proceden de cuatro capas; de la 9 y 12 tenemos uno en cada una, de la 15 ocho y de la 17 tres.

Vertigo ovata. Caracol terrestre muy pequeño; habita en lugares húmedos y por lo general cerca de acumulaciones de agua permanente; se le puede encontrar enterrado, bajo las piedras, bajo la hojarasca y en la base de la vegetación. Se distribuye en el norte de México.

Esta especie no se había registrado con anterioridad en la Cuenca de México; desafortunadamente sólo es un ejemplar que pudo haber

llegado de muy diversas maneras al lago.

En la excavación se encontró un espécimen en la Capa 17, Cala 2.

Orden Stylommatophora

Familia Streblospilidae

Euglandina sp. Caracol terrestre que habita sobre las hojas, árboles, arbustos, troncos, bajo las piedras y la hojarasca, etc. Son de alimentación carnívora. Ampliamente distribuidos en México. Las especies de este género son muy variables y su identificación específica se basa tanto en las características de la concha como en el aparato reproductor, que en este caso no se encuentra. En la excavación se localizaron dos ejemplares, uno en la Capa 9, Cala 1 y otro en la Capa 14, Cala 2.

Familia Succineidae

Succinea sp. Caracol terrestre que habita en lugares húmedos, en los alrededores de acumulaciones de agua, sobre la vegetación y bajo las piedras. Se distribuye ampliamente en América. Este género, al igual que el anterior, es muy variable en la forma de su concha y las características específicas para su identificación son a nivel anatómico.

Este caracol es el que ocupa el segundo lugar en abundancia en la excavación; se identificaron 34 (16.3%), provenientes de la Cala 2; la capa que mayor número de ejemplares presentó es la 15 con 25, las demás tienen poca cantidad (fig. 1).

Phylum Arthropoda

Clase Crustácea

Subclase Ostracoda

Los ostrácodos son crustáceos bivalvos pequeños, ampliamente distribuidos en las acumulaciones permanentes de agua; los hay marinos, salobres y dulceacuícolas.

En la excavación se encontraron quince procedentes de las dos calas, de la 1 en la Capa 9 se encontró uno, de la Cala 2, Capa 13 dos, de la 14 y 15, seis en cada una.

Phylum Vertebrata

Clase Teleostomos

Los peces son un grupo muy numeroso, que bien se les puede encontrar en aguas dulces, salobres y marinas.

En la excavación se encontraron escamas fragmentadas y algunas fracciones de hueso que no pudieron ser identificados y sólo se asignaron a nivel de clase; éstas proceden de las dos calas, en la 1, Capa 6 y de la 2 se encontraron en las capas 1, 2, 8, 10 a 14 y en la 17.

Clase Aves

Las aves son un grupo de vertebrados muy amplio; en este caso sólo se encontraron restos de cascarón de huevo que no pudieron ser identificados, probablemente sean de aves ribereñas. En la excavación se encontraron restos de cascarón y unos fragmentos de hueso que no pudieron ser determinados. En la Cala 1, capas 9 y 10 se encontraron restos de cascarón, en la Cala 2, de las capas 1 a la 2 y 13 había restos de cascarón de huevo y en la 17 fragmentos de hueso.

Clase Mammalia

Orden Primates

Familia Cebidae

Ateles geoffroyi. Conocido comúnmente como mono araña, habita en las copas de los árboles, en los bosques tropicales húmedos; se distribuye en los estados de Tampico, Veracruz, Tabasco, Campeche, Yucatán, Quintana Roo, Chiapas y Oaxaca (Ramírez-Pulido *et al.*, 1986).

En la excavación se identificó un cráneo fragmentado de este animal, en la Capa 3 de la Cala 2.

Orden Edentata

Familia Dasypodidae

Dasybus novemcinctus: se le conoce frecuentemente como armadillo; vive en climas cálidos; se distribuye en las zonas tropicales a lo largo de ambas costas, en el Altiplano Mexicano y hacia el sur. En la bibliografía se registra para el D.F. (Ramírez-Pulido *et al.*, 1986), pero se des-

conoce si en épocas prehispánicas se encontraba en la zona. Este animal es comestible.

En la excavación se identificó un fragmento de placa del carapacho en la Capa 14 de la Cala 2.

Orden Rodentia
Familia Cricetidae

Rattus rattus. Este roedor fue introducido en nuestro continente con la llegada de los españoles. Se encontraron fragmentos de cráneo en la Capa 1, Cala 2.

Los demás fragmentos de ratones encontrados en la excavación no pertenecen a roedores introducidos, pero no fue posible su identificación a nivel más específico; proceden de las capas 15 y 17 de la Cala 2.

Orden Artiodactyla
Familia Cervidae

Odocoileus virginianus. El venado cola blanca es el animal de caza más importante desde épocas pasadas, tanto por su carne y su osamenta, como por la piel. Ampliamente distribuido en México; actualmente se encuentra restringido en determinadas zonas. De este animal se encontraron fragmentos en la Capa 8, Cala 2.

Conclusiones

Los trabajos de excavación en el edificio que albergó al Real Seminario de Minas, en 1772, aportaron diversos materiales arqueológicos de distintas etapas históricas de la Ciudad de México, así como vestigios prehispánicos, aunque la mayor parte de los objetos son de claro origen colonial y se les ubica entre los siglos XVII y XVIII (Guevara Sánchez, 1991).

Considerando estos antecedentes cronológicos y culturales, se analizan los resultados del estudio biológico, de los restos de flora y fauna de finales de la época prehispánica y apogeo de la etapa colonial de la capital.

Con base en los resultados del análisis biológico se puede decir lo siguiente:

Entre los organismos que sustentan importancia alimenticia hasta nuestros días y que seguramente constituyeron parte fundamental de la dieta de los mexicanos en épocas pasadas, fueron encontrados restos arqueobotánicos de quelite (*Amaranthus* sp.), calabaza (*Cucurbita* sp.), chile (*Capsicum* sp.), tomate (*Physalis* sp.), capulín (*Prunus serotina* aff. *capuli*), como elementos autóctonos, y durazno (*Prunus persica*) de origen europeo.

Los recursos alimenticios de origen animal que fueron registrados son: moluscos, *Pinctada* sp., *Anadara floridana* y *A. brasiliana* (aunque también son: usadas como ornato), que habitan ambientes marinos y salobres y que indudablemente fueron traídos del Golfo de México. También se encontraron vertebrados como: peces, armadillo (*Dasyus novemcinctus*) y venado cola blanca (*Odocoileus virginianus*).

Como individuos que están indicando la existencia de actividades textiles fueron rescatados un fragmento de tela elaborada a base de fibras de maguey (*Agave* sp.) y semillas de algodón carbonizadas, sin desfibrillar. Estos elementos estaban entre los sedimentos de una pequeña vasija que posiblemente formaba parte de una ofrenda y por ello a estas plantas (maguey y algodón) se les confiere importancia religioso-ceremonial.

El hallazgo de un pozo ademado con pilotes de madera de abeto *Abies religiosa*, manifiesta la utilización de los recursos forestales en los sistemas de construcción; este hecho ha sido evidenciado en varios sitios del subsuelo prehispánico y colonial de esta ciudad (por ejemplo los pilotes del sistema de cimentación del Templo Mayor y la Catedral Metropolitana).

Según los restos de coníferas (*Pinus* spp. y *Abies religiosa*), encinos (*Quercus* sp.), capulín (*Prunus serotina* aff. *capuli*), magueyes (*Agave* sp.), nopales (*Opuntia* spp.), entre otros, taxa leñosos y herbáceos, es posible que durante los siglos XVI-XVIII la región de la Cuenca de México no haya registrado cambios importantes de clima,

pues la presencia de estas plantas revelan la existencia de una zona con clima templado subhúmedo a seco, como el actual.

En relación con los cuerpos de agua que caracterizaron el paisaje de la Gran Tenochtitlan, éstos quedan de manifiesto al encontrarse abundantes semillas de plantas de hábitos acuáticos: *Najas*, *Zannichellia*, *Ruppia*, *Scirpus*, *Chara*; moluscos y ostrácodos dulceacuícolas de los géneros *Physa* y *Planorbis* y *Candona suburbana*, *Potamocypis* y *Lymnocythere*, respectivamente.

La distribución vertical de los organismos por medio de las dos calas muestra una clara abundancia de individuos botánicos en las capas 10 y 6 de la Cala 1; los elementos zoológicos sólo representaron un 2% en toda la cala.

En ambos cortes, partiendo del nivel freático, existe cierta concordancia entre los estratos, concordancia que se torna evidente, pues esas capas contienen el mayor número de restos botánicos y en cierta forma también de los microelementos zoológicos, circunstancia que apoya la posible existencia de dos eventos de crecimiento del lago (inundaciones).

Los moluscos dulceacuícolas y terrestres identificados son naturales de la zona, con excepción de la especie *Vertigo ovata*, misma que anteriormente no se había registrado para la Cuenca de México, pero sólo es un ejemplar que pudo haber llegado de muy diversas maneras al lago (Capa 17, Cala 2).

En la Cala 2, las capas 17, 15 y 14 se caracterizaron por tener gran cantidad y variedad de moluscos dulceacuícolas y terrestres; además también se presentaron numerosos restos vegetales; éstos vuelven a concentrarse en cantidades mayores en las capas 12 y 11. La presencia de abundantes organismos en estos dos momentos está mostrando, probablemente, dos periodos de crecimiento de las masas lacustres (inundaciones) y mayor aporte de organismos, provocado quizá por el arrastre de altas precipitaciones.

Este comportamiento de deposición y conservación heterogénea del material biológico, especialmente de las capas 10 y 6 (Cala 1) y 17 y 8 (Cala 2) sugieren en comparación con las restantes, en cada cala, que su aporte fue natural y que podrían significar dos periodos de inundaciones entre los siglos XVI y XVIII.

bibliografía

- Abbott, R. T.
1974. *American Seashells*, Van Nostrand Reinholds Company, Second Edition, 598 pp.
- Baker, F. C.
1972. "The fresh water mollusca of Wisconsin", en J. Cramer et H.K. Swann (eds.), *Historiae Naturalis Classica*, 96, 495 pp.
- Barnes, R. D.
1985. *Zoología de los Invertebrados*, Editorial Interamericana, 4a ed., 1 157 pp.
- Burch, J. B.
1962. *The Eastern Land Snails*, W.M.C. Brown Company Publishers (Nature Series), 214 pp.
- Correll, D. S. y H. B. Correll
1972. *Aquatic and Wetland Plants of Southwestern United States*, California, Stanford University Press, 1 777 pp.
- Flannery, K. V.
1986. *Guila' Naquitz Archaic Foraging and Early Agriculture in Oaxaca, Mexico*, Nueva York, Academic Press, 538 pp.
- González Quintero, L.
1972. "Las cactáceas subfósiles de Tehuacán, Puebla", en *Cactáceas y Suculentas Mexicanas*, t. XVII (1), 15 pp.
- Guevara Sánchez, A.
1991. *Informe de Guatemala 90*, México, INAH, Dirección de Estudios Arqueológicos, 50 pp.
- Gunn, C. R.
1972. *Importance and Characteristics of Seeds*, en Kozlowski, Nueva York, Academic Press, Inc., 416 pp.
- Hinojosa Hinojosa, Francisco, Aurora Montúfar López y Norma Valentín
1992. *Estudio Arqueobiológico de un Basurero Colonial del Templo Mayor*, México, D.F., Informe mecanoescrito, Subdirección de Laboratorios y Apoyo Académico, México, INAH, 25 pp.
- MacNeish, R. S.
1967. "A summary of subsistence", en Byers S. Douglas (ed.), *Environment and Subsistence. The Prehistory of the Tehuacan Valley*, vol. I, Robert S. Peabody Foundation, University of Texas Press, pp. 290-309.
- Martin, C. A. y D. W. Barkley
1961. *Seed Identification Manual*, California, University of California Press, 221 pp.
- Montúfar López, A.
1981. *Estudio de las Semillas Registradas en el Abrigo de Los Grifos, Ocozocoautla, Chiapas*, mecanoescrito, México, INAH, 8 pp.
- 1983. *Estudio de las Semillas Recolectadas en la Excavación Arqueológica El Fogótico, San Cristóbal de las Casas, Chiapas*, Informe mecanoescrito, México, INAH, 6 pp.
- 1985. "Estudio de los restos vegetales en la Cueva de las Ventanas, Chihuahua", en *Estudios Palinológicos y Paleoetnobotánicos*, México, INAH (Científica, 147), pp. 113-131.
- 1985a. "Lluvia de polen actual en bromelias, musgos y suelo superficial en los alrededores de Santa Marta, Ocozocoautla, Chiapas", en *Estudios Palinológicos y Paleoetnobotánicos*, México, INAH, (Científica, 147), pp. 85-100.
- 1992. "Estudio botánico de un basurero siglo XVI, en el Templo Mayor, Ciudad de México", en *Etnobotánica, Libro de Resúmenes*, Córdoba, España, 131 pp.
- 1994. "Estudio arqueobotánico de la Cueva I, Corral de Piedra, San Cristóbal de las Casas, Chiapas", en *Arqueología* 11-12, México, INAH, pp. 65-70.
- Pearsall, M.
1989. *Paleoethnobotany. A Handbook of Procedures*, Nueva York, Academic Press, Inc., 470 pp.

- Ramírez-Pulido, J., M. C. Britton, A. Perdomo y A. Castro
1986. *Gua de los Mamíferos de México*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, pp. 1-720.
- Reyna-Robles, R. M. y L. González Quintero
1978. "Resultados del análisis botánico de formaciones troncocónicas en Loma Terremote, Cuauhtitlán, Estado de México", en *Arqueobotánica. Métodos y aplicaciones*, México, INAH (Científica, 63), pp. 13-16.
- Roys, L. R.
1976. *The Ethno Botany of the Maya Institute for the Study of Human Issues Philadelphia*, 328 pp.
- Rzedowski, J.
1978. *Vegetación de México*, México, Editorial Limusa, 432 pp.
- Sánchez Mejorada
1982. *Algunos Usos Prehispánicos de las Cactáceas entre los Indígenas de México*, Toluca, México, Gobierno del Estado de México, Secretaría de Desarrollo Agropecuario, Dirección de Recursos Naturales, 26 pp.
- Sánchez, O.
1984. *La Flora del Valle de México*, México, Herrero, 519 pp.
- Vaughn, C. K.
1989. *A Classification of the Living Mollusca*, R. T. Abbott y K. J. Boss (eds.), Melbourne, Florida, American Malacologists Inc., 186 pp.



Margarita Díaz-Andreu*

Nacionalismo y arqueología: del Viejo al Nuevo Mundo¹

*By what authority does archaeology
exist, and how is it justified?
Who benefits from its practice, and what is its purpose?*

Alain Schnapp, *The Discovery of the Past*, 1993, p. 11

Europa se ha visto conmovida en esta última época por convulsivos cambios políticos: la Perestroika y el posterior desmembramiento de la URSS, la caída del Muro de Berlín, la proclamación de las distintas democracias en el Este, la guerra en Yugoslavia, el protagonismo tomado por la Unión Europea obsesionada con tendencias unificadoras que a su vez son compensadas con la cada vez mayor autonomía regional en países como España y Gran Bretaña... y todo ello en nombre de, o acompañado por, el resurgimiento de una ideología que ya se creía olvidada, el nacionalismo y por su creencia en el carácter esencial de la nación. La arqueología, como han demostrado ampliamente trabajos que luego citaré, nunca ha sido indiferente a los cambios políticos. Ésta forma parte de las estrategias sociales que arqueólogos y arqueólogas mantienen, bien para entender el mundo en el que viven, para explicarlo, o para crearse un puesto en la escala social aludiendo a problemas en voga en el momento. Así pues, el profundo cambio en el plano (y en el mapa) político actual que ha afectado en especial a Europa es el elemento clave para entender que haya sido fundamentalmente en el Viejo Continente donde se ha producido en estos últimos años un interés en el estudio de la contextualización política de la arqueología, y en investigar el papel del nacionalismo en el devenir arqueológico.

El análisis de la relación entre una teoría política —el nacionalismo— y la ciencia arqueológica ha constituido uno de los campos de estudio de mayor crecimiento en los años noventa. Esto no significa que sea ésta la primera vez que

*Department of Archaeology, University of Durham.

¹ Este artículo fue presentado en el coloquio "Perspectivas y Desarrollos de la Arqueología Europea", organizado por el INAH, México, diciembre de 1997.

se reflexiona sobre este tipo de materia, ya que menciones al uso y abuso de los datos arqueológicos con fines políticos se encuentran salteados en numerosos escritos (Clark, 1957: 257-261; Bernal, 1980; Himmelmann, 1976; Fowler 1987, etcétera) y, autores como Trigger (1984) le dedicaron una atención especial. En esta década de final de siglo se ha producido, sin embargo, lo que podríamos considerar una explosión en este tipo de estudios. Se han publicado casi al mismo tiempo tres libros acerca del tema, el más general, de Kohl y Fawcett (1995) titulado *Nacionalismo, Política y la Práctica de la Arqueología*; otro derivado de un congreso, *Nacionalismo y Margarita Díaz-Andrew, Arqueología* (Atkinson *et al.*, 1996), y finalmente el coordinado por Timothy Champion y Margarita Díaz-Andrew, *Nacionalismo y Arqueología en Europa*. Estos libros se ocupan principalmente del caso europeo y en menor medida del asiático. En el tema América Latina se centran los trabajos de Enrique Florescano (1993), Augusto Oyuela Caycedo (1994), Don Fowler (1987), Gustavo Politis (1992, 1995), Mónica Quijada (1994a, 1994b, 1996), Luis Vázquez León (1996), José Luis Lorenzo (1982, 1986, 1997), Irina Podgorny (1995, 1996, 1997), Irida Vargas Arena (1997) y otros que citaré más adelante. De estas investigaciones se deduce que existen evidentes similitudes pero también grandes diferencias con el caso europeo a las que haré alusión a lo largo de este trabajo. Pese a mi atrevimiento de tratar el tema del nacionalismo en referencia a un área geográfica con la que estoy poco familiarizada, espero que estas notas sean útiles y aporten una visión general comparativa para todos aquellos que se adentren en estos, a veces, tan espinosos asuntos.

En general podemos dividir a los estudiosos del nacionalismo en: *primordialistas*, quienes caracterizan a éste como una teoría política apoyada en la existencia real de un grupo pre-nacional calificado como étnico (Smith, 1994: 706), e *instrumentalistas*, grupo más numeroso, quienes consideran que la nación es en cierta forma un producto creado por las élites con el fin de movilizar a las masas (Kedourie, 1982

[1960]; Breuilly, 1982; Gellner, 1983; Hobsbawm, 1990; Anderson, 1991). Smith (1988) divide los tipos de nación en cívicas o territoriales y étnicas o genealógicas. La primera, que correspondería al modelo francés, es aquella que tiene su base en los ciudadanos que habitan un determinado territorio, que tienen iguales derechos y obligaciones, un sistema educativo universal y que comparten una ideología cívica común. La segunda, asociada al modelo alemán, sería aquella que considera las naciones como formadas por individuos que comparten una historia pasada común y que por tanto muestran una cultura diferenciable. Estos conceptos, que en principio podrían parecer diametralmente opuestos y de hecho en distintos momentos históricos, tuvieron un peso diferente —el primero será el que sirva de base a la Revolución francesa y el segundo a la unificación alemana e italiana del siglo pasado—, en la práctica difícilmente se diferencian y su abandono como base de análisis parece lo más adecuado. Son dos caras de la misma moneda y así las trataré en este trabajo.

Una obra que ha tenido una gran influencia en la forma en que se ha entendido el nacionalismo es la de Eric Hobsbawm (1990). Para este autor el nacionalismo, siguiendo a Gellner, sería fundamentalmente el principio que mantiene que la unidad política y nacional debe ser congruente (1990:9). Se muestra de acuerdo con Hroch (1985) en cuanto a las fases por las que pasa la formación de la idea de una determinada nación: una primera puramente cultural, literaria y folklórica en la que no tiene implicaciones políticas o ni siquiera nacionales, una posterior en la que surge la "idea nacional" por parte de un conjunto de pioneros y militantes que cunde en la tercera y última fase en la que la idea de nación se ha impuesto (1990:11). Hobsbawm (1990) divide la historia del nacionalismo en varios periodos que nos pueden servir como ayuda para visualizar la imbricación de la arqueología en el proceso y que en este trabajo se emplean como armazón argumentativa: la época tras la Revolución francesa, la transformación del nacionalismo entre

1870 y 1918, y el apogeo del nacionalismo entre 1918 y 1950.

Un último especialista cuya obra me parece importante comentar es Benedict Anderson (1991). Este autor argumentó la importancia de la percepción en el nacionalismo, aunque en este ensayo quizá no insista tanto en dicha noción, ha sido básica en otros análisis más detallados acerca de la relación entre el nacionalismo y la arqueología en España que he llevado a cabo (Díaz-Andreu, 1998a). Señala Anderson que las naciones no se pueden describir como simples invenciones de los nacionalismos, de las élites, sino que su importancia reside en que son una comunidad política imaginaria, ya que ningún individuo podrá nunca, por muy pequeña que sea su nación, conocer o ni siquiera oír de gran número de otros miembros de su comunidad y pese a ello mantienen todos una imagen de ésta. Para Anderson (1991) la posibilidad de imaginar la nación sólo se hizo factible históricamente en el momento en que ciertas concepciones fundamentales perdieron su carácter axiomático: la religión, el poder monárquico central y absolutista y el concepto de tiempo. Estas últimas ideas, quizá más discutibles, han sido recientemente contestadas en lo referente al caso de la religión por Adrian Hastings (1997).

Estos estudios llevados a cabo por sociólogos e historiadores han reflexionado de alguna manera en cómo la búsqueda del pasado histórico se relaciona con el intento de formalizar la idea de la nación, pero sus propuestas se han visto en gran medida complementadas en estos últimos años por los trabajos publicados por parte de arqueólogos/as que lógicamente han profundizado de una manera más concienzuda en la implicación directa de nuestra disciplina en el desarrollo del nacionalismo. Numerosas investigaciones se han centrado en los casos más llamativos que tienen que ver con el abuso de la arqueología por parte de regímenes totalitarios, como la Alemania nazi y la Italia fascista (véase Clark, 1957:257-261; Bollmus, 1970; Daniel, 1975:323; Losemann, 1977; Schnapp, 1977, 1980; Guidi, 1988:63-70, 1996; Veit,

1988; Arnold, 1990; Torelli, 1991; Wiwjorra, 1996, y otros artículos citados en éstos), por no decir el de la España franquista (Díaz-Andreu, 1993, 1997a; Gilman, 1995), pero sobre todo en los últimos años tratan temas que no son tan conocidos o evidentes (Kohl, 1993; Sklenár, 1981; Slapsak, 1993). La intención en este ensayo es ofrecer una exposición coherente de la complejidad de la relación entre arqueología y nacionalismo, para lo cual me basaré en estudios realizados desde la arqueología y la historia. Mi hipótesis inicial de trabajo es que la profesión arqueológica no existiría si el nacionalismo no hubiera triunfado como ideología política. Esta afirmación lleva a implicaciones que más adelante analizaré con detalle, aunque no significa que la búsqueda del saber que en principio nuestra disciplina persigue quede automáticamente ridiculizada. Más bien definiendo que ser conscientes del contexto sociopolítico en el que se formulan y avanzan nuestras ideas es imprescindible para hacer la mejor ciencia posible.

Mi relato será pretendidamente lineal por un ánimo simplificador, pese a que el estudio de biografías de los protagonistas de cualquier historia muestra un panorama infinitamente más complicado. El análisis de las historias personales nos muestra que un mismo individuo puede mantener posturas contradictorias, justificar en unos trabajos la nación subyugada y en otros la subyugadora, en las mismas o distintas épocas de su vida, y que identidades distintas a la nacional, como la étnica, la religiosa y otras menos evidentes como la de género o la misma situación social y económica del sujeto, influyen en su quehacer profesional y en las interpretaciones acerca del pasado derivadas de aquél. Por eso son tan necesarias las reflexiones detalladas, para entender las complejidades de los procesos que aquí sólo estoy delineando y que por tanto no incluiré en mi exposición.

La búsqueda de una Edad de Oro y los comienzos de la arqueología

Como Anthony Smith arguye, el concepto de la nación no se puede sostener sin un pasado

adecuado y sin un futuro creíble, lo que requiere que la comunidad se anuncie posesora de una historia y un destino (Smith, 1997:36). Esto se relaciona con una de las paradojas ya apuntadas por Benedict Anderson (1991:5): la objetiva modernidad de las naciones *vs.* su subjetiva antigüedad. Según Smith, el pasado —esa parte del pasado seleccionada para formar parte de la historia nacional— debe tener varias características: debe ser útil a las élites, que emplearán un conjunto de aspectos de la historia para manipular las emociones de las masas; por otra parte, debe permitir la legitimación del cambio social; en tercer lugar ha de contener una serie de *exempla virtutis*; en caso de que haya algún conflicto de tipo territorial ha de justificar los derechos a la zona en disputa, y por último ha de ser lo suficientemente maleable (Smith, 1997:37-39). Como este autor subraya, la apropiación colectiva del pasado antiguo, y en especial la memoria compartida de una Edad de Oro, contribuye significativamente a la formación de las naciones. Una Edad de Oro gloriosa ayuda a movilizar a la gente en torno a una cultura común y a permitir la unificación de grupos diferentes reconocidos ahora con una identidad nacional que intuyen compartir (Smith, 1997:39).

La necesidad de un pasado glorioso para la nación, de una Edad de Oro, es la causa de que la formación del Estado moderno que se produce desde finales del siglo XVIII lleve a un aumento significativo de la importancia del estudio del pasado, de la historia. Para que el estudio del pasado sea efectivo la labor del historiador y del arqueólogo ha de profesionalizarse, lo que produce que en el siglo XIX se pase de una concepción de la historia como afición erudita a otra en la que es considerada como una labor profesional. Desde la Revolución francesa (1789) los Estados, que ahora se definen políticamente como *Naciones*, consideran necesario contar con la narración de su pasado e institucionalizar por un lado la historia y por el otro la arqueología como un derivado de aquélla. Este proceso cristalizará en la segunda mitad del siglo XIX y alcanzará su punto álgido en la pri-

mera mitad del XX para después mantenerse como algo naturalizado hasta la época contemporánea.

Siguiendo las hipótesis de los instrumentalistas —con quienes concuerdo—, la razón por la que el nacionalismo político surge a finales del siglo XVIII y por tanto hace posible la formación de la arqueología como disciplina científica es la ruptura con el antiguo régimen, la posibilidad de la abolición de la monarquía (de proclamar repúblicas) y debido a ello la necesidad de legitimar la ascendencia de parte del tercer estado, la *intelligentsia*, a gobernantes de la nación. Los relatos monárquicos en forma de crónicas e historias literarias no valen ya, hay que crear narraciones que tomen como protagonistas a los que en el régimen anterior se hallaban en la posición jerárquica más inferior, y la forma de hacerlo es tomando prestado el concepto de nación, un concepto prestigioso, ya que tiene por sí mismo una solera que lo legitima: sobre él los eruditos han estado reflexionando desde comienzos del Humanismo. 1789 es mi punto de partida, aunque cabe decir que, como siempre pasa en estos casos, en un análisis detallado la fecha no deja de ser un tanto arbitraria. La Revolución francesa lleva a la definitiva emergencia del concepto de nación como clave en la formación del Estado moderno.

Es necesario apuntar que mis opiniones difieren de ciertos autores que recientemente han contrapuesto el nacionalismo a el patriotismo (a lo que expongo a continuación se puede añadir otro ejemplo, aunque alejado del arqueológico, en Leerssen, 1996). Según David Brading (1994:88) el nacionalismo se vio precedido y solapado por el republicanismo clásico cuya expresión política encontró lugar en la Revolución francesa. La doctrina republicana, según este historiador, “afirmaba que el hombre [*sic*] era esencialmente un animal político que encontraba su autorrealización como ciudadano de una república libre, alcanzando gloria en su servicio y siempre estando dispuesto a sacrificar su vida en defensa de la patria” (Brading, 1994:88, la traducción es mía). Disiento, sin

embargo, de la tajante contraposición entre nacionalismo y patriotismo que éste y otros especialistas proponen, pues como ya he comentado la vertiente cultural del nacionalismo proveniente del pensamiento alemán tuvo que estar desde un primer momento presente en el patriotismo, al estar el concepto de patria íntimamente asociado al de nación, como lo han propuesto otros autores. Kedourie, por ejemplo, discute cómo la Revolución francesa defendió que grupos que no quisieran vivir bajo un gobierno tenían en principio el derecho de formar un nuevo gobierno y así formar una nación propia, lo que según el autor no quisieron hacer los alsacianos en aquella época (Kedourie, 1988:6). Es indicativo cómo en la explicación propuesta por Kedourie las ideas de la Ilustración que dieron lugar a la Revolución francesa (las ideas asociadas a la patria) se encadenan sin solución de continuidad con las provenientes de autores como Herder y Fichte (es decir, al pensamiento originario de la nación cultural) (Kedourie, 1988, *passim*, esp: 52-53). La patria, por otra parte, necesitaba al igual que su hermana la nación de una historia que la legitimara, de una Edad de Oro que la justificara.

La búsqueda de la Edad de Oro de la nación se basará, en la mayoría de los países, en un primer momento en el estudio del pasado recogido en el documento escrito. La institucionalización de la historia, por tanto anterior a la de la arqueología, se verá acompañada por la profesionalización, la labor de archivero y de bibliotecario y para hacerla posible será necesaria la reforma de los planes de estudio y de la forma de enseñar en la universidad. Sólo más tarde le llegará su turno a la arqueología, que se ha hecho imprescindible para poder solucionar problemas que los documentos más antiguos no pueden resolver. La excepción a este patrón es Dinamarca y hay circunstancias políticas muy particulares que lo explican (Sorensen, 1996). En aquel país hubo una serie de derrotas militares que provocaron la pérdida de gran parte de su territorio y de su flota, esto lleva a los historiadores a buscar un pasado glorioso no en la época histórica, plagada de fracasos,

sino en lo único que les queda, el solar patrio, la tierra. La vida campesina cobra una importancia clave, y ésta, como muestran los túmulos prehistóricos —y por tanto los arqueólogos que interpretan su significado—, fija el pasado danés en los remotos tiempos en los que un idílico campesinado, los antepasados de los deprimidos daneses de principios del siglo XIX, habitaban Dinamarca. La esencia de la nación queda simbolizada en el pasado prehistórico y los responsables de su narración reciben las ayudas —la seguridad laboral— pertinentes que les permite realizar su labor, con logros de todos conocidos como la elaboración del Sistema de las Tres Edades.

Alejándome del tema del que siempre he tratado con mayor holgura, el europeo (véase Díaz-Andreu y Champion, 1996), mis lecturas acerca de la situación en América Latina hacen que resulte obvio afirmar que el nacionalismo fue una ideología importante en la independencia producida en el siglo XIX (*vs.* Brading, 1994). Para que en América surgiera un sentimiento nacionalista opuesto al de la metrópolis que hiciera posible la lucha por la independencia, la *intelligentsia* debía poseer una identidad grupal que la separase de las élites políticas, pero a la vez estar caracterizada por un alto grado de occidentalización que le permitiera adoptar como propias las ideologías que se estaban abriendo paso en el Viejo Mundo. La criollización de las élites en el momento de la independencia presenta un elemento distintivo que no puede ignorarse en los nacionalismos latinoamericanos. Algunos autores (Phelan, 1960; Florescano, 1988, 1997; Smith, 1997:43, pero ver crítica en Vázquez León, 1996:78-79) defienden que en países como México se había ya producido una temprana formulación de una Edad de Oro en el periodo azteca previa a la Independencia. En el extremo opuesto se encuentra David Brading (1994:88), quien ha expresado la opinión recientemente (*vs.* Brading, 1988a: 79) de que no será sino hasta el siglo XX cuando aparezca en Latinoamérica la doctrina nacionalista. No es ésta la opinión de otros historiadores (Florescano, 1997:334ss.).

En la formación del discurso histórico nacionalista los monumentos constituyeron un elemento valioso, cuyo carácter se formulaba en la medida en que se entendían los restos del pasado más antiguo a principios del siglo XIX, herederos de una larga tradición erudita surgida en el siglo XV y XVI. En ésta la descripción de las ruinas y de los elementos a ellas asociadas, principalmente estatuas y —en el caso del Viejo Mundo— monedas, tenía un papel primordial. Este esquema se había adoptado desde un primer momento en la descripción —e incluso excavación, siguiendo el modelo de la metrópoli donde se venía desenterrando ruinas clásicas desde el siglo XVI— de los monumentos mexicanos y de otras partes de las colonias castellanas, dando como resultado un copioso legado (Alcina, 1995) del que bebieron los primeros latinoamericanos independientes. Esta valoración de los grandes monumentos no se hizo sin problemas, ya que evidentemente éstos no se ajustaban al canon clásico. Pese a ello la significación de los restos arqueológicos intentó adecuarse a un discurso nacionalista de corte básicamente europeo, según explico más adelante. Los monumentos comenzaron a venerarse como restos de un pasado glorioso precolombino, de esa Edad de Oro que todo nacionalismo necesita. Donde aquéllos monumentos no existían, el pasado aborígen tendría que esperar todavía al periodo posterior para despertar algún interés como demuestran los casos de Cuba (Femández Leiva, 1992:32), Panamá (Gooke, 1984) o lo que después será Uruguay (López Mazz, 1992).

En los países con monumentos en los que el pasado se integró en la historia nacional desde un primer momento, la recreación del pasado constituyó, como así han resaltado varios autores (Quijada, 1994a), una idealización del mundo indígena anterior, y por tanto no implicaba una aceptación del mundo y de los valores indígenas con el que los criollos tenían un contacto diario. Esta actitud no era sino heredera de la situación anterior. A este respecto creo significativo apuntar un suceso ocurrido todavía en las últimas décadas de la Colonia en México

(Matos Moctezuma, 1988; Florescano, 1993: 86; Alcina, 1995:122-123; Vázquez León, 1996: 79). Tras el descubrimiento de la escultura de Coatlicue en la Ciudad de México se instaló su exposición en el patio de la universidad, tal como se habría hecho en una institución del viejo continente con una escultura griega o romana. La reacción por parte de la población fue muy distinta a la que habrían provocado aquéllas. Para los indígenas la pieza no pertenecía al pasado idealizado del buen indio, sino que se convirtió en un símbolo de sus propias creencias. En sus visitas se produjo un cierto resurgimiento de cultos no cristianos que escandalizó a los promotores de la idea. Como explicaba un obispo catalán en 1805, los indios no se habían interesado por la estatua por el amor nacional, sino por un secreto motivo de religión (Matos Moctezuma, 1990: s.n. p.; 1993:30-31). Esto hizo que finalmente se considerara necesario retirarla de aquel lugar y volverla a enterrar. Tras otro desentierro y entierro —provocado por la curiosidad de Humboldt en 1803— sólo el marco nacionalista crearía las condiciones en las que su nueva salida a la luz sea posible entre 1821 y 1824 (Matos Moctezuma, 1990: s.n. p., 1993:32-33). Ya en el México Independiente, la integración de objetos del pasado precolombino al Museo Nacional de México, abierto en fecha tan temprana como 1825, nos coloca en un contexto espacial muy diferente. En los templos del nacionalismo —los museos—² el pasado queda domesticado, adecuado al discurso nacionalista criollo, alejado de formas distintas a la occidental de aprehender el mundo. En ellos, en el Museo Nacional de México, la exposición de la estatua es de nuevo posible. El marco de referencia es ya definitivamente la nación mexicana.

En el caso de Perú, Mónica Quijada defiende que

...el reemplazo del binomio hispánico "Rey" y "Reina" por el maridaje de la "Patria" con el mítico fundador

² La bibliografía sobre museos y nacionalismo es extensa. Dos trabajos interesantes son los de Kristiansen (1992) y Duncan (1995).

del Imperio Incaico, Manco Cápac, y la institucionalización del interés de las antigüedades indígenas, eran símbolo y espejo a la vez de la voluntad de que el mito fundacional de la "Nación Peruana" quedara desvinculado de la conquista hispánica y de los siglos de dominación colonial (1994a: 368).

Esta efervescencia, que provenía de ideas desarrolladas en los últimos años de la Colonia (*ibid.*:370), llevaría a la exaltación del pasado incaico e incluso a proponer la realización de una nueva gramática quechua, la *lengua general peruana* (*ibid.*:371, pero ver las contradicciones, de graves consecuencias posteriores, del cuerpo ideológico fundacional de la nación peruana en pp. 372-374).

Pero si en los años veinte la inclusión de las viejas "civilizaciones" en el discurso nacionalista había constituido un elemento esencial en la época de la independencia, en los años cuarenta se produjo una tendencia a la exclusión del indio de la nación (Quijada, 1994b:47-48), que en arqueología supone la aceptación de las teorías evolucionistas de Morgan (1850, estudio sobre los iroqueses). La expulsión del indio de la historia nacionalista estuvo relacionada con el conflicto que su imagen provocaba por la ordenación de las razas humanas en el universo intelectual decimonónico. En éste la raza blanca, en cuya cúspide se situaban los arios, quedaba en la cima de la jerarquización y tras ella se iba descendiendo hasta llegar a las razas de piel más oscura. Ni el latino, ni el criollo, ni el indio americano el más relevante para el punto que aquí discuto, quedaban evidentemente en buena posición en este esquema. Para el caso de México esta controversia está muy bien explicada por Ignacio Bernal (1980: cap. 7) que para lo referente a los políticos relaciona a los liberales con las ideas indigenistas y a los conservadores con las hispanistas (1980: 144; Lorenzo, 1982:197). Este debate sólo será superado en algunos países, por lo menos teóricamente, a finales de aquel siglo (1994:50-51).

El conflicto en torno a la inclusión del indio en el pasado nacional debió influir de forma importante en que el primer intento de institu-

cionalización de la arqueología se viera caracterizado por una evidente debilidad. Tras la sorprendente temprana organización en México —el país con monumentos y una intelectualidad organizada— de la Junta de Antigüedades (1822) y del Museo Nacional de México en 1825,³ o la legislación promulgada en Perú apenas conseguida la independencia, en 1822, para la protección de monumentos (Bonavia, 1984:110; Chávez, 1992:43-44), que fue seguida por la formación de sociedades, asociaciones y museos, entre ellos el Museo Nacional de Perú de 1826 (Chávez, *op. cit.*:15), poco queda a los pocos años. La precaria existencia o efectividad de todos estos esfuerzos parecen ser prueba de la apatía que siguió al primer apoyo entusiasta de los intelectuales criollos al indio en la creación del mito de los orígenes nacionales. Vázquez León, apoyándose en Brading (1973: 220), explica que "tanto el pasado como el presente indígenas eran incompatibles con los afanes del Estado liberal [dada la asociación del indio con la propiedad comunal de la tierra y el fundado temor en una guerra de castas generalizada], de ahí la irrelevancia del museo y la arqueología monumental durante buena parte" del siglo XIX (Vázquez León, 1996:83-84, véase también Bernal [1980:137-139] para lo referente a la significativa historia de los primeros 40 años del Museo Nacional Mexicano). En otros países parecen adivinarse problemas semejantes. Así, en Guatemala la propuesta de 1831 de la Sociedad Económica de Amigos del País de abrir un museo no tuvo éxito hasta 1866 (Bernal, 1980:139); o en Honduras, donde pese a que la primera declaración de intenciones de proteger Copán se realizó en 1845 sólo se llegó a delimitar el yacimiento en 1874. Como ya he indicado antes, países sin monumentos y con una élite relativamente pequeña ni siquiera parecen tener ejemplos semejantes y si extrapolar el ejemplo de Panamá (Gooke, 1984: 10-11) o el de Cuba (Fernández Leiva, 1992: 32) me es permitido, ni siquiera en la siguiente

³ El Museo Nacional de México de 1825 (o de 1831 estrictamente hablando según el profesor Florescano, 1993:89) en realidad era heredero del Conservatorio de Antigüedades de la Universidad de México de 1822 (Florescano, 1993:87).

fase logrará la arqueología arrancar en ellos como actividad profesional.

Hacia el nacionalismo cultural

1870 y 1871 serían los años de unificación de Italia y Alemania que supondrán el definitivo (que no nueva) cambio del concepto de nación de aquel asentado en el estado al basado en la unidad cultural. Este cambio generaliza la posibilidad de que los “pueblos” (es decir, las “naciones”) sin independencia política se consideren con derecho a exigirla. Según Hobsbawm (1990:cap. 4) el nacionalismo de 1870-1918 difería del anterior; en primer lugar, abandonó el principio de tamaño (*threshold*), por lo que la comunidad política internacional aceptaba que cualquier grupo, por muy pequeño que fuera, se considerara como nación y le estuviera permitido pedir su autodeterminación, lo cual significaba el derecho a un estado independiente soberano en su territorio. Por otra parte, según nos recuerda Hobsbawm (1990: 102), el elemento étnico y el lingüístico se convirtieron progresivamente en decisivos o incluso en el único criterio para la consideración de la nación. Todo ello conlleva diferencias fundamentales con respecto al periodo anterior que conducen (como he explicado) a varios estudiosos a considerar que es en este periodo (y no en el anterior) cuando aparece el nacionalismo propiamente dicho, mientras que las ideas del republicanismo clásico de la Revolución francesa deberían más bien clasificarse como patriotismo (para el caso de México véase Brading, 1994:88). Sin entrar en el debate terminológico, considero que la continuidad entre las dos etapas del siglo XIX es mayor que la que se produce entre éstas y la del final del antiguo régimen, lo que justifica mi decisión de haber integrado en el apartado anterior los debates que en todo caso se acrecientan a partir de la década de los setenta del siglo XIX.

El cambio de carácter del nacionalismo afectaría a la arqueología de varias formas: por una parte se produjo un incremento de número de personas interesadas en la búsqueda del pasa-

do mediante los restos arqueológicos, ya que cualquier grupo que decidiera que tenía una personalidad propia —o como se comenzó a decir en aquella época, una *cultura* propia (Díaz-Andreu, 1996)— debía demostrarla, entre otras cosas, por medio de la recurrencia a un pasado singular. Por otra parte, y no de forma independiente de lo que acabo de aludir, se reforzó la percepción de una necesidad imperativa de profesionalizar —o consolidar la profesionalización— de la labor del arqueólogo y de promulgar una legislación adecuada que protegiera las antigüedades. Es en este momento cuando se produce un cierto empujón a la institucionalización de la arqueología que sólo había empezado a despuntar en unos pocos países (y con diverso éxito, como he explicado) en el periodo anterior: se organizan numerosos museos, se crean cátedras específicas en la universidad, surgen multitud de sociedades y se celebran las primeras conferencias internacionales. Por último, las nuevas ideas llevaron a un ímpetu novedoso en el estudio comparativo de la arqueología con la lingüística y la antropología, lo que se traduciría a la larga en el desarrollo de la prehistoria más remota (que de momento quedaría parado, sin embargo, por el debate religioso).

En América Latina será en los años setenta cuando, al igual de lo que pasa en el Viejo Mundo (Díaz-Andreu y Champion, 1996:10-11),⁴ se generalice una cierta institucionalización de la arqueología. No nos debe sorprender, por tanto, que autores como Luis Vázquez León (1994) escojan para México la fecha de 1885 (y no la de 1825) como origen de la arqueología profesional. Es en este periodo cuando se regula en aquel país el estudio y la exportación de antigüedades, creándose en el año apuntado la

⁴ De nuevo recalco que la hipótesis de David Brading (1994) de que el nacionalismo no comienza en toda Latinoamérica sino hasta el siglo XX, parece no adecuarse a la comparación entre los procesos institucionales de la arqueología mexicana y europea. El desacuerdo quizá resida más en un desencuentro terminológico que en una disparidad real. Ya he comentado antes cómo otros historiadores, como Enrique Florescano (1997), no parecen tener problemas en admitir la existencia de nacionalismo, al menos en lo referente a México.

figura del Inspector de Monumentos Arqueológicos (1994:69; 1996:87), se abren (o en el caso del Museo Nacional de México se revitalizan [Bernal, 1980:140; Florescano, 1993:90-96]) nuevas instituciones dedicadas al análisis de los objetos arqueológicos (véase también Vázquez León, 1996:85-88), o salgan a la luz publicaciones especializadas como los *Anales* (Bernal, 1980:139, 154). México no es un caso aislado, sino que la oleada institucional abarcará muchos de los países de América Latina, como dejan claro los abundantes ejemplos que expongo más adelante. Como paréntesis quiero resaltar que en todo este movimiento los estudiosos del pasado no están solos. En estos años, así como estaba ocurriendo en Europa, los intelectuales se lanzan en tropel al intento de formalizar la historia de la nación. Surge en Latinoamérica la llamada generación de los ochenta formada por escritores que plasmarán en sus obras la narración de los orígenes de sus respectivas naciones, integrando en este conjunto a literatos como Vicente Fidel López en Argentina, Sebastián Lorente en Perú (Quijada, 1996), o Zerda en Colombia (Politis, 1995: 200).

En Argentina se abre el Museo de La Plata en 1888 (Podgorny, 1997:749) y en 1890 aparecen dos revistas de carácter científico, la *Revista del Museo de La Plata* y los *Anales*. En Brasil se inauguran tres museos, el Nacional de Río de Janeiro, el Paraerense Emilio Goeldi en Belém y el Paulista en São Paulo, pero es solamente tras la proclamación de la República cuando el gobierno pide a los intelectuales que elaboren una Historia Nacional (Schmitz, 1994: 24-25). En 1878, en Chile se inaugura la Sociedad Arqueológica de Santiago con una revista de la que únicamente saldrá publicado un número en 1880, algo no tan extraordinario en el contexto europeo, donde hubo casos semejantes. Aparecieron además otras sociedades de carácter científico que incluyeron los estudios arqueológicos en sus quehaceres (Rivera y Orellana, 1994:36-38). En Colombia, Jaramillo y Oyuela-Caycedo (1994:52) nos indican que en estos años se crean institutos y museos encargados

del estudio y conservación del pasado y se revitalizan otros de los ya existentes, además de promulgar leyes para la protección y prohibición de la exportación de antigüedades. Finalmente, según estos autores, la publicación del *Boletín de Historia y Antigüedades* desde 1902 contribuye significativamente a la difusión y concientización acerca del pasado precolombino (1994:53). En Perú nos explica Bonavia (1984: 110) que fue en 1893 por Decreto Supremo cuando se creó una Junta Conservadora apoyada por unas juntas sucursales que se encargaban de los monumentos y de organizar las excavaciones. Por último, en Venezuela Gassón y Wagner (1994:130) afirman que desde finales del siglo XIX será el Museo de Ciencias Naturales de Caracas la principal institución dedicada a la arqueología. Sin embargo, si todos los ejemplos muestran, como dije más arriba, una cierta institucionalización, también indican una evidente debilidad en éstos y otros países latinoamericanos, como lo evidencian casos como el predominio de trabajos de extranjeros —estadounidenses o europeos— en muchos lugares, a veces con exclusividad, como parece pasar en Guatemala (Schávelzon, 1988).

La redefinición del modelo nacionalista que se produce a partir de los años setenta del siglo XIX no afecta sólo a la institucionalización de la arqueología, sino que está presente igualmente en el tipo de narración que sobre el pasado se realiza. Terminaré mi exposición sobre esta etapa con un ejemplo de la interconexión entre arqueología, lingüística y antropología, áreas que, en conexión con la ideología nacionalista dominante en esta etapa, se hallan claramente relacionadas. Mónica Quijada explica en estos términos el intento realizado por el argentino Vicente Fidel López en los años setenta del siglo XIX en su libro *Les races Aryennes du Pérou* (1871). Este autor identificaba a la raza aria como la constructora de los monumentos incas basándose en argumentos lingüísticos —el quechua como una forma arcaica de lengua aria o indoeuropeo, y por tanto los que la hablaban podían ser considerados como arios (Quijada, 1996:257-259)—. Las razones para esto eran

claras. Al convertir a los incas en descendientes de la raza aria primordial, los americanos pasaban a estar situados en el lugar más alto de la escala de jerarquización de los pueblos. La posición del español quedaba igualmente justificada argumentando que estos últimos no habían hecho sino continuar la línea de progreso ya establecida. Pero, como Mónica Quijada (1996) apunta, el intento de Vicente Fidel López se tiene que contextualizar, por otra parte, en la situación política argentina, ya que personaliza el desencuentro de las hipótesis de López en Argentina en la figura de Bartolomé Mitre (1996:262-263). Este último, como presidente de la República dos años antes de la publicación del libro de López, había firmado la ley que llevaría al exterminio de miles de indígenas en la llamada Campaña del Desierto. Mitre no consideraba a los indios capaces de poseer pensamientos abstractos ni de ser capaces de avanzar en la línea del progreso. Con su obra Vicente Fidel López atacaba esta postura y, aún más, acogía la grandeza del pasado inca y la convertía en la de su país.

Para justificar la apropiación del pasado incaico como origen de la nación argentina evidentemente López tuvo que realizar complicadas argumentaciones basadas además de en la toponimia, la antropología y el estudio de las religiones, en la arqueología. Según él ésta demostraba la existencia de una segunda capital inca, un segundo Cuzco, en el norte de Argentina, que López identificaba con el yacimiento de Inti-Huassi (Quijada, 1996:250). No fue la suya una hipótesis que cayera en el vacío. Las ideas de Vicente Fidel López fueron bien acogidas en el I Congreso de Americanistas de Nancy y posteriormente adoptadas por José Fernández Nodal en Perú y por Couto de Magalhaes en Brasil, aunque en Argentina no disfrutó de tanto éxito (Quijada, 1996:262).

El ejemplo de López viene a indicar, por último, un aspecto en el que este trabajo no va a profundizar: el cómo las narrativas nacionalistas de los intelectuales de un mismo país no tienen por qué ser homogéneas (sus coetáneos

no concordaron con él, como ya he apuntado), ni necesariamente tener éxito. No creo fuera de lugar insistir, como hice en la introducción, en que todos estos aspectos tiñen de complejidad cualquier estudio detallado que se haga acerca del tema de la relación entre nacionalismo y arqueología.

El apogeo del nacionalismo y la arqueología

La importancia que adquiere la arqueología en el periodo anterior se ve definitivamente remarcada en el periodo de las guerras mundiales. Hobsbawm (1990:cap. 5) apunta que la guerra de 1914-1919 supondrá por una parte el colapso de los grandes imperios multinacionales de Europa central y oriental, y por otra parte la revolución rusa que llevará a aceptar en contraposición el principio wilsoniano que intentaba crear un continente netamente dividido en estados territoriales coherentes habitados por poblaciones étnica y lingüísticamente homogéneas. Las guerras, por otra parte, tuvieron un efecto que será esencial para entender la universalización de la institucionalización de la arqueología: la necesidad de movilizar a la población hizo imprescindible la creación de ciudadanos. La educación era un elemento esencial para ello y en esta empresa la lectura histórica y la visita al museo constituyeron dos factores clave (Kristiansen, 1992). La arqueología cobraba un auge nunca antes experimentado, llevando a Europa a su definitiva institucionalización en el periodo de entreguerras.

Por otra parte, en la teoría arqueológica el impacto del nacionalismo redundó en el surgimiento de la Escuela Histórico-Cultural. Ésta suponía un refinamiento en los métodos de análisis hasta entonces aplicados: inventaba como base del estudio a la "cultura", entendida como una forma primitiva, fundamentalmente esencialista, de "nación" (Díaz-Andreu, 1996) y estando resuelto en líneas generales el problema cronológico (media centuria aplicando y reelaborando el esquema de las Tres Edades en cada

área), la arqueología ahora se dedicó a explicar en sus mapas sus descubrimientos. Pero el carácter esencialista plasmado en la cartografía resultaría a la postre un arma peligrosa en manos de poderes políticos de signo totalitario con grandes problemas económicos derivados de la crisis de 1929. La segunda guerra mundial (1939-1945) y la época que la precedió fue el ejemplo claro de hasta qué punto la arqueología puede estar al servicio del Estado, porque fue el momento en que de forma más descarada se manipularon sus datos en favor de las hipótesis que los políticos —y determinados arqueólogos— pretendían imponer (remito de nuevo al lector a los artículos de Clark, 1957:257-261; Bollmus, 1970; Daniel, 1985:323; Losemann, 1977; Schnapp, 1977, 1980; Guidi, 1988:63-70, 1996; Veit, 1988; Arnold, 1990; Torelli, 1991 y Wiwajorra, 1996).

Volviendo al ejemplo de América Latina, el conflicto respecto a la integración del indio en la historia nacional se polarizó en dos actitudes muy diferentes. El ejemplo más claro de la primera, su exclusión, se dio en los países cuya población es la que menos componente indígena tiene, en toda Sudamérica (a lo que refiero a continuación se pueden añadir comentarios para el caso de Uruguay de Cabrera Pérez y Curbelo, 1992 y de López Mazz, 1992). Según ha estudiado Irina Podgorny (1997:752) en Argentina las peticiones de los colegios al Museo de la Plata se referían a las colecciones rocas, fósiles y animales disecados, mostrando así una absoluta falta de interés hacia el material etnográfico o arqueológico asociado con las culturas indígenas (Podgorny, 1997:752). El mismo lugar reservado para la exposición de estos últimos, no el Museo Histórico, sino el de Ciencias Naturales de la Plata (Politis, 1995:199) parece apuntar en el mismo sentido. En un texto escrito en 1910 describe el primer museo, confirma esta alienación del indígena de la narración histórica nacionalista argentina de principios de siglo:

Ante todo, yendo nuestras observaciones por orden cronológico, poco o nada encontramos proveniente de

la barbarie indígena anterior al descubrimiento o la conquista. Los recuerdos de este género no se han excluido por azar o por capricho, sino porque, en realidad, poco o nada debe a aquella barbarie la cultura argentina... Nuestra civilización es legítima descendiente de las antiguas civilizaciones de Europa: Grecia, Roma, España. Más que sus ideales y conocimientos, los indios aportaron o sacrificaron generosamente a la cultura americana, su sangre, su preciosa sangre de pueblos libres y la sangre no se coagula en los museos, sino hierve en las venas (Bunge, 1910:54, cito en Podgorny, 1997:750).

Es este tipo de mención explícita podría ser lo que nos diera la pauta final sobre cómo interpretar la deposición de los restos asociados a los indígenas en un museo de ciencias naturales y no en uno histórico (vease a este efecto Podgorny y Politis, 1990-1992). Sin embargo, hemos de mostrarnos cautos a la hora de emplear este ejemplo para explicar otros semejantes como el de Venezuela (Gasson y Wagner, 1994:130) sin tener más datos al respecto. Deducir a partir del museo en el que van a parar ciertos restos una exclusión del indio en el relato sobre el origen de la nación, aunque no deja de ser una posibilidad (que parece demostrada para el caso de Brasil según Pedro Funari [1992:58]), no es la única explicación. De nuevo una comparación con el caso europeo puede ser ilustrativa al respecto. En la mayoría de los países de Europa, en los museos de Ciencias se almacenaron y expusieron los restos más antiguos hasta entrado el siglo XX y tal hecho hay que relacionarlo con la tardía profesionalización del saber prehistórico (en la que influyeron, como he apuntado antes, razones de índole religiosa). Gran parte de los expertos en aquel momento eran geólogos, pues compartían con la labor de prehistoriador el estudio de las capas de la tierra, la búsqueda de sus fósiles directores en ellas. La separación entre los estudios históricos apoyados parcial o totalmente en el documento y los basados fundamentalmente en los restos arqueológicos —sobre todo de los periodos más antiguos— todavía parecía insalvable a principios de siglo.

La segunda actitud de la que hablaba anteriormente la supuso la reintegración definitiva del

indio en la historia nacional. El ejemplo tipo de este hecho es México y está personalizado en la figura de Manuel Gamio. Éste proclamó la importancia del indígena en la formación nacional mexicana, cuya identidad sólo podía derivar de la fusión de las razas, la convergencia y fusión de las manifestaciones culturales, la unificación lingüística y el equilibrio económico de los elementos sociales (Lorenzo, 1982: 199; Brading, 1988b, 1994: 102-103; Florescano, 1993:99).

El segmento del pasado elegido como Edad de Oro en México fue el azteca, como explica Anthony Smith (1997:44), otras civilizaciones que podrían haber ocupado este lugar no tuvieron tanto éxito, como le ocurrió a la maya, demasiado alejada geográficamente del centro político de la nación. "Un nuevo orden político —nos dice Smith, (1997:44)— requería un mito de Edad de Oro que ayudara a unir una nación diversa desde un punto de vista étnico, sugiriendo que se estaba reviviendo de nuevo el momento de independencia nativa y de gloria política pasada." El autor indica que *revival* histórico intentó emplear medios como el utilizado durante el gobierno del presidente Obregón, cuyo ministro de Educación, Vasconcelos, financió a diversos artistas (los celebrados Orozco, Diego Rivera y Siqueiros) para la realización de murales en los que se comunicó una visión heroica de la Edad de Oro azteca. El simbolismo azteca junto con un ideal del mestizaje se llevó a la educación, aunque, según él (1997: 44), con éxito desigual.

La necesidad de crear un pasado nacional que se pudiera transmitir a todos los ciudadanos desembocó en un nuevo reforzamiento de la institucionalización, que sin embargo ahora no resiste una comparación con el caso europeo por sus deficiencias. México, Perú, Brasil, Cuba y Colombia ejemplifican estas afirmaciones. En el primer país la Escuela Internacional de 1911-1920 resulta una iniciativa difícil de clasificar (y en este caso Bernal [1980: cap. 8] sirve de poca ayuda). Según relata George Stoking "Boas se dio cuenta de que la antropología de-

bía convertirse en indígena si se quería propagar en México. Se debía educar a estudiantes mexicanos, las publicaciones especializadas se debían hacer a nivel local y todos los artefactos y especímenes debían quedarse en el Museo Nacional para así inspirar a investigadores nativos y 'educar a la opinión pública'" (Stoking en McVicker, 1992:150). Será en 1931 cuando se cree un subdepartamento en la Facultad de Filosofía y Letras donde se enseñe la arqueología, teniendo como profesor a Alfonso Caso (Bernal, 1980:161). Pero su pronto fracaso quizás ha impedido la realización de análisis más profundos acerca de la ideología que apoyaba a esta institución. En todo caso sólo desde 1942 la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) instituiría la educación de sus propios profesionales (Vázquez León, 1994:84).

El movimiento indigenista surgido en Perú en los años veinte (Politis, 1995:204; McGuire, 1992b) quizá pueda conectarse con el despuntar de la institucionalización de la arqueología, brevemente esbozada en el periodo anterior. En 1929 se creó el Patronato Nacional de Arqueología y se nombraron inspectores regionales y provinciales, todo ello organizado por Julio C. Tello (Bonavia, 1984:110; Matos Mendieta, 1994: 106), aunque, probablemente por falta de medios, el control relacionado con el patrimonio parece que no obtuvo la efectividad deseada (1994: 109). No me parece tampoco que ayudara la desgana de este arqueólogo de escribir acerca de sus investigaciones más que en notas personales y en reportajes de prensa (Daggett, 1992), lo que en todo caso parece indicar la poca madurez de la institucionalización. Como indica Ramos Mendieta (1994:110), en Perú la enseñanza de la arqueología de alguna manera sólo sería efectiva a partir de finales de los años cincuenta.

Por su parte, en Brasil en los años treinta se crean universidades, se promulgan leyes para proteger el patrimonio y que llevan a la creación de un servicio estatal de arqueología (Schmitz 1994:26). Sin embargo, el hecho de que sean necesarios años más tarde los seminarios llevados a cabo por los estadounidenses Betty Meg-

gers y Clifford Evans, y por los franceses Josef Emperaire y Annette Laming-Emperaire en los sesenta (Schmitz, 1994), hace pensar que la institucionalización producida en los años treinta no tuvo gran impacto. En Cuba se crea en 1937 la primera institución encargada de la administración de la arqueología (Fernández Leiva, 1992:36). En el caso de Colombia, Jaramillo y Oyuela-Caycedo (1994) apuntan que en esta etapa —a partir de 1936— se comienzan a impartir los primeros cursos de arqueología en la Escuela Normal Superior. En 1937 se crea el Servicio Arqueológico Nacional (Politis, 1995: 206) y en 1941, el Instituto Etnológico Nacional (que en 1945 se anexionará al Servicio de Arqueología del Ministerio de Educación) y el Museo Arqueológico y Etnográfico Nacional en Colombia (Jaramillo y Oyuela-Caycedo, 1994: 57). Finalmente, ya a finales del periodo que estoy analizando —en 1947— se crea en Venezuela el Instituto de Antropología e Historia en la Universidad Central de Caracas (Gassón y Wagner, 1994:132).

Un elemento que hasta ahora no he incluido en este trabajo, pero que evidentemente tiene un papel importante en la discusión de la que se ocupa este ensayo, es el de la “arqueología colonial”. La definición que ofrece Bruce Trigger indica que ésta se produjo “durante el periodo colonial, en el que los arqueólogos y etnólogos consideraron las así llamadas culturas tribales del África subsahariana como un museo viviente sobre el pasado” (Trigger, 1984: 360, véase también Holl, 1990), parece un tanto limitada, y así lo consideran otros autores como Warwick Bray (en Bray y Glover, 1987: 116-119), quien aplica este concepto a Latinoamérica durante los dos últimos siglos (aunque sólo analiza lo concerniente a Gran Bretaña se centra en su mayor parte en el siglo XIX y en el área maya en Belice). Pero en la fase histórica de la que trato en este apartado, el caso más evidente de arqueología colonial en Latinoamérica es la llevada a cabo por Estados Unidos. Elegiré para ilustrar esta afirmación un ejemplo que se refiere a las décadas finales del periodo a debate. En los años cincuenta la re-

organización que había comenzado durante la presidencia de Franklin D. Roosevelt en los años treinta coincidirá con un nuevo interés expansivo política y económicamente hacia el sur del continente. La unión de ambos factores llevaría a la subvención de amplios programas arqueológicos en los países latinoamericanos (Patterson, 1986:13-14, en Gassón y Wagner, 1994:127). El interés no había sido inocente desde un principio, como explicaba el mismo Julian Steward (1950: xi-xiii, cit. en Gassón y Wagner, 1994:127-128):

con la creciente amenaza bélica y un reconocimiento general de la necesidad de tener un mejor entendimiento en el hemisferio, se produjo una atención solidaria, en Latinoamérica. Se crearon centros de estudios latinoamericanos, se planeó investigación interdisciplinaria, y el *American Council* y el *Social Research* crearon un comité conjunto de estudios latinoamericanos que se empleó para coordinar una gran variedad de proyectos. Propuestas semejantes referentes a otras áreas del mundo no tuvieron un respaldo semejante hasta años más tarde... El área de investigación tendía al principio, fundamentalmente durante los años de guerra, a ser una base de información en la que se tomaban todo tipo de datos para cualquier tipo de propósito. El objetivo principal, sin embargo, era entender las naciones extranjeras de forma tan profunda que pudiéramos saber qué podíamos esperar de ellas [en el caso de guerra o conflicto] y esto requiere datos provenientes de las ciencias sociales y de las humanidades.

Trigger (1984) y Bray y Glover (1987) consideran que la reacción a la “arqueología colonial” fue la de la aparición de la “arqueología nacionalista”. Sin negar que haya algo de cierto en sus aseveraciones, es decir, que haya una reacción *explícita* nacionalista tras un periodo colonial, creo que la raíz nacionalista de la arqueología es mucho más profunda (más implícita), como he intentado exponer en este trabajo, y que no es posible la contraposición de ambas, pues forman parte de un mismo entramado. La arqueología colonial forma parte del componente imperialista que muchos nacionalismos, como el discutido ejemplo norteamericano, poseen. Pero de una forma un tanto abrupta dejaré el análisis en este punto pues un estu-

dio amplio de la expresión del colonialismo en la arqueología latinoamericana sería extenso y a todas luces se sale de los límites de este ensayo, ya que me llevaría a la discusión de otros nacionalismos diferentes a los aquí debatidos.

Para terminar mi análisis de cómo el nacionalismo afectó en esta etapa al devenir arqueológico haré referencia a la producción arqueológica, a cómo las teorías acusan y contribuyen a los cambios en el panorama político. Títulos de libro como el publicado en 1916 por el arqueólogo mexicano Manuel Gamio, *Forjando Patria*, parecen indicar claramente cuál era en este periodo —por lo menos para algunos profesionales— el objetivo final de la arqueología. En esta obra Manuel Gamio reintegraba Anáhuac como la fundación gloriosa de la historia y la cultura mexicana, al mismo tiempo que rechazaba los cánones estéticos neoclásicos para así exigir una reevaluación del arte nativo (Brading, 1988b:79). Sin embargo, como apunta David Brading (1988b:76, 87) en última instancia su propósito era el de incorporar las comunidades indias en una sociedad mexicana moderna.⁵ Su trabajo arqueológico en Teotihuacan se vio complementado por una investigación etnográfica publicada en 1922, *La población del valle de Teotihuacan*, y de la comparación de resultados de ambas líneas se concluía que los indios mexicanos conservaban una parte esencial, aunque de alguna manera erosionada, de la cultura de sus ancestros. Significativamente sus aseveraciones también se vieron apoyadas por evidencias provenientes de la lingüística y de la antropología física (1988b:78-79). De lo complejo que puede resultar la evaluación de la influencia del nacionalismo en la arqueología es prueba el hecho de que la defensa realizada por Manuel Gamio del término “cultura” constituyera un avance progresista, ya que surgía como reacción al término “raza”, frecuentemente empleado hasta entonces en la arqueología americana (1988b:79). En todo caso, este autor fue

uno de los primeros introductores en México de la escuela histórico-cultural.

Acerca del discurso de la escuela histórico-cultural, pero en este caso el sostenido por los alemanes que trabajan en México, hace una magnífica exposición Luis Vázquez León en su obra *El Leviatán Arqueológico* (1996: apéndice 11). Como ya he explicado en varias ocasiones, la base de esta escuela de pensamiento es altamente ilustrativa de cómo los conceptos mantenidos entonces por la ideología nacionalista sobre la naturaleza de los grupos humanos habían calado en las ciencias sociales, y entre ellas en la arqueología (véase una discusión de este tema en Díaz-Andreu, 1996). La escuela histórico-cultural continuaría siendo pujante en el periodo posterior, como indica Luis Vázquez León, quien afirma que “la Escuela Mexicana de Arqueología... lejos de haber sido sobreesada en el orden de las ideas por otras teorías... es en realidad un programa de investigación de filiación difusionista que se reproduce idealmente a través de la conservación de un núcleo duro de principios histórico-culturales” (Vázquez León, 1996:26). Considero importante señalar, sin embargo, que esta persistencia de la teoría arqueológica surgida a principios de siglo no es única en México o en Latinoamérica, sino que se da en todo el orbe, y volviendo a las afirmaciones generales que realicé en la introducción es causa a mi entender de que la arqueología haya desgraciadamente vuelto a cumplir en ocasiones un papel semejante al de la segunda guerra mundial en algunos países (Kohl, 1993; Chernykh, 1995; Shnirelman, 1996: 237).

La búsqueda de las raíces indígenas: un nuevo reto para la arqueología

Según se ha ido vislumbrando a lo largo de este ensayo, una diferencia fundamental que separa al Viejo del Nuevo Mundo en la relación entre el nacionalismo y arqueología es la cuestión de la vinculación de los ciudadanos de la nación con los protagonistas del pasado. Mientras que en Europa tal nexo no presentaba problemas serios para la narración histórica, es decir, tal

⁵ Expresiones más tardías del mismo tipo de actitudes se pueden encontrar en Carlos Ponce, el ideólogo de la arqueología boliviana (véase Mamami Condori, 1980:47).

parentesco se percibía como real, en América fue una asignatura pendiente en todo momento. El discurso histórico pasó de la inadmisión de que los indios hubieran sido los actores del glorioso (en algunos casos donde había monumentos) pasado precolombino a la aceptación de este hecho, pero ello no llevó a una consideración positiva de las formas de vida y las costumbres de los indígenas, pues para éstos se deseaba la asimilación. Así lo denuncia Carlos Mamami Condori cuando afirma, hablando de Bolivia, que "el objeto de preocupación fue integrar los restos arqueológicos prehispánicos en el patrimonio cultural 'boliviano', y al mismo tiempo integrar la población india en la corriente civilizadora (otro de los principales proyectos nacionales)" (1989:47). Como hemos visto, esto fue precisamente lo que según David Brading (1988b:76, 87), pretendía Manuel Gamio en el México del primer tercio de siglo.

En contraposición a lo anterior en la actualidad se está produciendo un cambio que es todavía modesto, pero que está llevando a un giro importante en el papel de la arqueología. La resolución de algunas comunidades indígenas de asumir el control de su pasado a través, entre otros recursos, primero, de la petición a los museos de la devolución de restos arqueológicos y humanos; segundo, de la manifestación de desacuerdos ante el modo y los términos como se ha producido la narrativa sobre un pasado que consideran propio y, en consecuencia, a la propuesta de narraciones alternativas; y tercero, de su activa participación en museos y del uso consciente de las técnicas arqueológicas para buscar argumentos que legitimen sus aspiraciones, por ejemplo a la devolución de territorios que consideran pertenecientes a sus etnias por propio derecho, es el comienzo de lo que promete ser un reto importante para la arqueología latinoamericana. Una primera muestra de demanda de devolución de restos a museos la ofrecen Irina Podgorny y Gustavo Politis (1990-1992:76). Según estos autores ya se recibió una solicitud al respecto en 1973, aunque en aquel caso realizada por un argentino, hijo de inmigrantes sin ascendientes indígenas. Pese a que

el proyecto a la postre, probablemente por razones de cambios de régimen político, no se llevó a cabo, la reclamación se repitió a finales de los años ochenta, pero ahora significativamente provino de la comunidad indígena. Pretendía ésta, como en el momento anterior, enterrar con grandes honores los restos indígenas pertenecientes a unos caciques en el cementerio municipal, ya que dichos restos se almacenaban en el Museo de La Plata. La respuesta por parte de las autoridades competentes fue negativa (1990-1992: 77). Éste es sólo un caso de tantos que, si hemos de creer por el ejemplo australiano y estadounidense, están a las puertas de producirse, si no lo están haciendo ya, y cuya resolución llevará a serios dilemas y a una revisión de la ética y los fines de la profesión arqueológica mucho más radical a la postre de la que se puede dar en Europa (véase introducción).

Volviendo al caso de Bolivia, Carlos Mamami Condori relata un ejemplo de la segunda vía que anunciaba más arriba. Para empezar, el autor declara escribir desde el punto de vista de los indios, lo que supone un cambio notable con respecto a todo lo anterior. Su escrito comienza con frases como la siguiente, que indican el tono del artículo: "se nos integró bajo la condición de que renunciáramos a nuestro patrimonio cultural, que supuestamente se relegó a los museos, alienado y convertido en un mero recuerdo de un pasado ya muerto"⁶ (1989:46). Mamami Condori acusa a la arqueología de utilizar el pasado para la creación de la fundación de la nación pero sólo "en el sentido de la Bolivia republicana dominada por los blancos" (1989: 47). La arqueología nacionalista, según él, a pesar de sus continuas protestas, está firmemente enraizada en la ideología occidental y, por lo tanto, conlleva un lastre colonialista tras de sí. Sin embargo, quizás incurriendo en una contradicción argumentativa, como reacción a un académico que fechó el nacimiento de la historia boliviana con la llegada del primer español, el

⁶ Las traducciones del inglés al castellano son más en todos los casos del artículo.

autor se lamenta de que la época anterior sólo se considere como *antecedente* y de que “los indios para ellos [sean] sólo prehistoria, un pasado muerto y silencioso” (1989:51). En todo caso, no le parece justo que aquellos que se consideran herederos de determinadas culturas arqueológicas tengan incluso que pagar como si fueran turistas para visitar las ruinas de “sus” antepasados (1989:48, las comillas son mías). Estos lazos de consanguinidad percibido hacen que finalmente Carlos Mamami Condori reclame una “necesidad para volver a ganar el control de nuestro propio tiempo histórico y el fin de la dominación *extranjera* de nuestra historia” (1989: 50, énfasis mío).

El control de su historia es lo que, al parecer, están llevando a cabo en Colombia los guambiano, un pueblo indígena de las tierras altas de la Cordillera Central que, a partir de 1980, decidieron recuperar las tierras que según ellos pertenecen a su pueblo, además han sufrido sucesivas usurpaciones a manos de terratenientes (1992:178-179), esto nos lo relata Luis Guillermo Vasco Uribe (1992). Conforme a la historia oficial los guambianos fueron traídos de Perú y Ecuador como “indios de servicio”, pero este relato entra en contradicción con la tradición oral guambiana (1992:180). “Queremos saber”, dicen ellos, “cómo son la raíz y las ramas para hablarlo al Cabildo, al pueblo, a los niños. Es necesario seguir las huellas de los antepasados”. Para ello su fórmula de búsqueda ha sido acudir a las técnicas arqueológicas. “La arqueología”, nos indican, “debe excavar de ese tronco para abajo y buscar la raíz. Hicimos arqueología; la estamos haciendo. Y hemos encontrado algunas cosas. Hemos sabido algo. Y hemos obtenido algunas pistas” (Vasco Uribe, 1992:179-180). La fecha de 1620 ± 50 obtenida en una primera excavación realizada por arqueólogos (as) reafirmó la presencia de los guambianos en esa época (1992:184), identificación étnica deducida sobre la base de la relativa continuidad durante siglos de las tipologías cerámicas (1992:185) (pero véase posibles críticas en Jones, 1997 y Díaz-Andreu, 1998b). “Queremos conocer el pasado, pero no sólo para

conocerlo sino para con eso trazar el camino hacia delante” (Vasco Uribe, 1992:187), un camino que supone recuperar territorios sobre los que ellos reclaman tener derecho. El pasado, de nuevo, es la llave que abre la puerta del futuro.

Una muestra menos radical de este movimiento hacia la activa participación de los indígenas en la labor arqueológica es la que se está dando en la actualidad en ciertos lugares de México: en diciembre de 1997, lo experimenté en mi visita al Museo del Pueblo Maya de Dzibilchaltún, centro abierto al público a principios de los años noventa. Éste fue uno de los últimos museos visitados, me asombró la diferencia de sus objetivos con respecto a otros de apertura anterior. Ahora ya no se trataba sólo de hacer visitable al público una parte del pasado nacional mexicano en forma de las ruinas del yacimiento arqueológico, sino de “presentar el pasado y el presente del pueblo maya” (Barrera en AAVV, 1994:9). “En las colecciones del museo —seguimos leyendo en la guía— se encuentran destacados exponentes de nuestras raíces prehispánicas, la herencia colonial y el sincretismo cultural y religioso de los mayas contemporáneos” (1994:9). En concordancia con la filosofía de la exposición, el museo mantiene en la actualidad una política abierta a la comunidad maya por medio de actuaciones como el montaje de un belén en las instalaciones a las que acuden diariamente personas del lugar para mover las figuras, consiguiendo así con ésta y otras actividades una participación activa de la comunidad en el museo.

Por último, creo importante resaltar la relevancia de proyectos como los dirigidos a recuperar datos sobre las poblaciones de origen africano traídas al Continente Americano (Funari, 1996, 1997, 1998; Rowlands, 1998). Los arqueólogos deben trabajar, según Pedro Funari (1998:10) *con* la comunidad, no para ella, sino para dar a la gente una mejor comprensión del pasado y del mundo que los rodea. La excavación en Brasil de un yacimiento como el de Palmarés, un asentamiento de esclavos huidos que per-

duró casi todo el siglo XVII (Funari, 1996:30-34), no ha podido llevarse a cabo, según los excavadores, sin la colaboración con activistas negros “para que la gente pudiera entender el sitio y su importancia y pudiera así oponerse al mero disfrute del área arqueológica” (Funari, 1998:11).

Todos estos ejemplos demuestran, a mi entender, una saludable transformación de la arqueología latinoamericana, pero, al igual que pasa en Europa (véase introducción), ello no nos debe llevar a la ilusión de pensar que el nacionalismo haya dejado de tener su importancia, sino todo lo contrario. Pese a lo que Carlos Mamami Condori (1989:47) afirma, lejos de constituir este movimiento una reafirmación de los modos de vida indios lo que supone, a mi entender, es la definitiva aculturación de las comunidades indígenas, la adopción de formas de narrativa occidentales y en consecuencia su deseo de buscar Edades de Oro que les permitan constituirse en una etnia que se pueda reconocer como tal —y para ello recurrir al pasado es imprescindible— a los ojos de sus propios miembros constituyentes y a la postre, por qué no decirlo, de los contendientes al otro lado de una mesa de negociaciones. Dicho esto, repito que el cambio me parece bueno (si se realiza en términos de acuerdo de todas las partes, y que quizá no sean, dicho sea de paso, los empleados por Carlos Mamami antes referidos, con alusiones a *extranjeros*, etcétera, en su discurso), pero deja al crítico —a mí en este caso— en una situación delicada ante el tema que se discute en este ensayo.

La disyuntiva en este punto sería plantearse si, después de todo lo ocurrido en estos dos últimos siglos, es posible que la labor arqueológica se lleve a cabo sin estar encuadrada en el marco nacionalista. No he de volver a insistir en las condiciones en que se mueve la labor profesional arqueológica, que se han ido deshilvanando a lo largo de este trabajo. Así, si el vocabulario desarrollado por la arqueología, si la razón por la que ésta es financiada, si sus resultados son habitualmente empleados con fines políticos

(además de los científicos, de los que sinceramente tienen que ver con la búsqueda —nunca pura, en todo caso— del saber), si todo ello está relacionado de manera indisoluble con el nacionalismo, parece deducirse que no hay salida a esta situación. La arqueología es una narrativa creada en un momento histórico que, *hoy por hoy*, no puede entenderse fuera de él. No poseemos otras formas de comprensión que aquellas que hemos heredado y aunque su transformación es posible, ésta nunca podrá ser radical (de ahí el *hoy por hoy* empleado antes y pese al último párrafo de este escrito).

Admitiendo la imposibilidad temporal de hacer arqueología que no sea a la postre nacionalista (fundamentalmente, repito, por los términos empleados y debido a las áreas geográficas que se ve impelida a escoger como base del estudio) acudo, sin embargo, a autores como Umberto Eco para defender lo que pienso que todavía nos queda: la distinción entre narrativas autorizadas y no autorizadas. Pese a que las ideas de Eco se refieren más bien a textos literarios (Eco, 1992, 1994), la filosofía que entrañan permiten su aplicación a los estudios históricos y arqueológicos. Reconociendo que existen posibles vías de interpretación de un mismo conjunto de datos, esto no significa que no haya criterios para calibrar tanto a éstas como a sus oponentes (Eco, 1992:23). Traduciendo en términos arqueológicos las palabras de Eco, podemos afirmar que existe la posibilidad de reconocer hipótesis, interpretaciones, además de conjuntos de datos que están más autorizadas que otras (que Eco llamaría sobreinterpretaciones) y las que lo están se relacionan en un mayor grado con las (múltiples) lecturas que mediante el patrón arqueológico realizarían los actores que lo crearon. Así, pese a que no sea factible acercarnos por completo a cuáles fueron las motivaciones (de nuevo en plural) por las que el patrón arqueológico formó, y a pesar que como “lectores” del mismo nunca podamos desembazarnos de nuestro propio sistema de pensamiento —aunque sí podamos discutirlo y por tanto transformarlo—, sí que estamos en posición de saber los límites que tiene nues-

tra interpretación, y esto nos sirve para ser capaces de negarnos a cualquier abuso que se haga en la interpretación de los datos. La manipulación clara y consciente del registro arqueológico con fines políticos —entre ellos los nacionalistas— no está por tanto autorizada, puesto que quienes lo crearon no se identificaban con una ideología surgida a finales del siglo XVIII. La crítica de nuestro encuadramiento ideológico, por otra parte, no ha de dejarse a un lado. La discusión sobre los términos (como, insisto, el de *cultura arqueológica*), de cómo evitar que la financiación nos lleve a colaborar en la narración de la historia nacional, o de cómo no caer en la trampa de creer que los nuevos discursos étnicos son necesariamente más progresistas, no ha de dejarse a un lado.

Este trabajo ha comenzado en Europa para centrarse en América Latina, en las teorías de los historiadores para continuar con lo que los arqueólogos y arqueólogas podemos ofrecer al análisis de cómo el estudio del pasado está relacionado con una teoría política, la nacionalista. He dividido mi discurso en etapas, siguiendo la periodización de Hobsbawm (1990), por creer que una presentación ordenada de los datos contextualiza los procesos históricos en su momento, permitiendo además la comparación. Este ensayo ofrece por primera vez una visión general, para toda Latinoamérica, del marco nacionalista de nuestra disciplina, discutiendo sus peculiaridades. Varios factores han ido surgiendo con insistencia: la cuestión de cómo la presencia de monumentos influyó en la manera como se utilizó el pasado con fines nacionalistas, o de cómo la integración del indio en la historia nacional siempre supuso un problema a resolver. Por último, la aceptación de que *hoy por hoy* la relación entre lo que calificamos como disciplina científica —la arqueología— y una ideología política —el nacionalismo— es íntima y difícilmente superable, es a mi entender imprescindible como primer paso en una vía que nos lleve a la realización de una crítica profunda y en muchos aspectos radical de nuestra práctica profesional. No deja de ser una ironía, de todas formas, que aquello que ayu-

dó en gran manera a profesionalizar nuestra disciplina sea ahora lo que debamos de construir.

Agradecimientos

En primer lugar querría agradecer al inspirador de este trabajo, el profesor Enrique Florescano, que con su amable invitación a participar en el simposio “Desarrollo y Perspectivas de la Arqueología Europea” me impulsó —involuntariamente— a pensar en el tema, varias veces por mí tratado, del nacionalismo en un área para mí tan desconocida. Querría también dar las gracias a mis colegas europeos (Emmanuele Greco, Sander van der Leuw, Bjomar Olsen, Colin Renfrew, Michael Rowlands, Alain Schnapp y Marie Louise Sorensen) cuyas críticas en las dos semanas que pasamos juntos en diciembre de 1997 sirvieron para que reflexionara en múltiples aspectos que espero que hayan enriquecido este escrito. Han servido de gran ayuda también los comentarios y lecturas proporcionadas por arqueólogos y arqueólogas mexicanos, en especial Alfredo Barrera, Tomás Gallareta, Manuel Gándara, Linda Manzanilla, Alejandro Martínez Muriel, Eduardo Matos Moctezuma, Lorena Mirambell, Rubén Morantes, Enrique Nalda, Peter Schmidt, Luis Vázquez León, junto a tantos otros profesores investigadores y alumnos, con los que me fui encontrando en mi periplo mexicano, a los que debería de añadir los de Celia Brading, Alejandra Moreno y Analisa Polosa. Las ideas de los historiadores David Brading y Mónica Quijada han sido, por otra parte, esenciales para este escrito. Por último, quiero dar mis más sinceras gracias a la licenciada Guadalupe Lazo, quien nos hizo —y en particular me hizo— querer a México, con su buena disposición e inagotable optimismo, y a la antropóloga Margarita Zárate, la amiga que siempre todos esperamos encontrar al otro lado del Atlántico. Todas las opiniones expresadas en este trabajo, sin embargo, son responsabilidad mía.

- AAW
1994. *Museo del Pueblo Maya de Dzibilchaltún*, México, INAH-Salvat.
- Alcina Franch, José
1995. *Arqueólogos o Anticuarios*, Barcelona, Ediciones del Serbal.
- Anderson, Benedict
1991. *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, 2a. ed., Londres, Verson.
- Arnold, B.
1990. "The past as propaganda: totalitarian archaeology in Nazi Germany", en *Antiquity* 64, pp. 464-478.
- Atkinson, J.A., I. Banks y J. O'Sullivan (eds.)
1996. *Nationalism and Archaeology*, Glasgow, Cruithne Press.
- Bernal, Ignacio
1980. *A History of Mexican Archaeology*, Nueva York, Thames and Hudson.
- Bollmus, R.
1979. *Das Amt Rosenberg und seine Gegner*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt.
- Bonavia, Duccio
1984. *Approaches to the Archaeological Heritage*, en Henry Cleere (ed.), Cambridge, Cambridge University Press, pp. 109-115.
- Brading, David
1973. *Los Orígenes del Nacionalismo Mexicano*, México, Sep-Setentas.
- 1988a. "Mito y Profecía en la Historia de México", en *Vuelta*, México.
- 1988b. "Manuel Gamio and Official Indigenismo in Mexico", en *Bulletin of Latin American Research* 7(1), pp. 75-89.
1991. *The First America. The Spanish Monarchy. Creole Patriots and the Liberal State, 1492-1867*, Cambridge, Cambridge University Press.
1994. "Nationalism and State-Building in Latin American History", en *IberoAmerikanisches Archiv* 20 (1-2), pp. 83-108.
- Bray, W. y I.C. Glover
1987. "Scientific investigation or cultural imperialism: British archaeology in the Third World", en *Bulletin of the Institute of Archaeology* 24, pp. 109-125.
- Breuilly, J.
1982. *Nationalism and the State*, Manchester.
- Bunge, C.O.
1910. *Nuestra Patria. Libro de Lectura para la Educación Nacional. Lecturas para 5º y 6º grados de las Escuelas Primarias*, Buenos Aires, Estrada.
- Cabrera Pérez, Leonel y Ma. del Carmen Curbelo
1992. *Patrimonio y Arqueología en el Uruguay: hacia el Reconocimiento de un Pasado Olvidado*, en G. Politis (ed.), pp. 45-56.
- Chávez, Sergio J.
1992. "A methodology for studying the History of Archaeology: an Example from Peru (1524-1900)", en Jonathan E. Reyman (ed.), *Rediscovering our Past: Essays on the History of American Archaeology*, Avebury, Aldershot, Worldwide Archaeology Series, pp. 35-49.
- Chernykh, E.N.
1995. *Postscript: Russian archaeology after the collapse of the USSR infrastructural crisis and the resurgence of old and new institutions*, en Ph. Kohl y C. Fawcett, pp. 139-148.
- Clark, J.G.D.
1957. *Archaeology and Society*, 3a. ed., Londres, Methuen.
- Dagget, Ricard E.
1992. "Tello, the Press and Peruvian Archaeology", en Jonathan E. Reyman (ed.), *Rediscovering our Past: Essays on the*

History of American Archaeology, Avebury, Aldershot, pp. 191-202.

•Daniel, G. E.

1975. 150 Years of Archaeology, Londres, Duckworth [traducido como *150 Años de Arqueología*, México, FCE].

•Díaz-Andreu, M.

1993. "Theory and ideology: Spanish archaeology under the Franco regime", en *American Antiquity* 67, pp. 74-82.

1996. "Constructing identities through culture. The past in the forging of Europe", en S. Jones, C. Gamble y P. Graves (eds.), *European Communities: Archaeology and the Construction of Cultural Identity*, Londres, Routledge, pp. 48-61.

1997. "Prehistoria y Franquismo", en G. Mora & M. Díaz-Andreu (eds.), *La Cristalización del Pasado. Génesis y Desarrollo del Marco Institucional de la Arqueología en España*, Madrid y Málaga, Ministerio de Cultura y Universidad de Málaga, pp. 547-552.

1998a. "Nationalism, ethnicity and archaeology. The archaeological study of Iberians through the looking glass", en *Journal of Mediterranean Studies*.

1998b. "Ethnicity and Iberians. The archaeological crossroads between perception and material culture", en *European Journal of Archaeology* 1(2).

•Díaz-Andreu, M. y T. Champion

1996. "Introduction", en M. Díaz-Andreu y T. Champion (eds.), *Archaeology and Nationalism in Europe*, Londres, UCL Press, pp. 1-23.

•Díaz-Andreu, M. y Champion, T. (eds.)

1996. *Nationalism and Archaeology in Europe*, Londres, UCL Press.

•Duncan, Carol

1995. *Civilizing Rituals. Inside Public Art Museums*, Londres, Routledge.

•Eco, Umberto

1992. "Interpretation and history", en Stephan Collini (ed.), *Umberto Eco. Interpretation and Overinterpretation*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 23-43.

1994. *The Limits of Interpretation, Bloomington e Indianápolis*, Indiana University Press.

•Evans, C. y B.J. Meggers

1973. "United States 'imperialism' and Latin American archaeology", en *American Antiquity* 38, pp. 257-258.

•Fernández Leiva, Omar

1992. *Desarrollo del Pensamiento Arqueológico en Cuba*, en G. Politis (ed.), pp. 33-44.

•Fitzgerald, Carlos M.

1994. *Panama: Archaeology, Archaeologists and Recent Developments*, en Augusto Oyuela-Caycedo (ed.), pp. 90-103.

•Florescano, Enrique

1988. *Memoria Mexicana*, México, FCE.

1997. *Etnia, Estado y Nación*, México, Aguilar.

•Fowler, Don D.

1987. "Uses of the past: archaeology in the service of the state", en *American Antiquity* 52(2), pp. 229-248.

•Funari, Pedro

1992. *La Arqueología en Brasil: Política y Academia en una Encrucijada*, en G. Politis (ed.), pp. 57-69.

1996. "A arqueologia de Palmares. Sua contribuição para o conhecimento da história da cultura afro-americana", en João José Reis e Flávio dos Santos Gomes (eds.), *Liberdade por um Fio*, São Paulo, Campanha das Letras.

1997. "Contribuições da Arqueologia para a interpretação do Quilombo dos Palmares", Mesa Redonda Arqueologia

e Escravidão: Problemas e Perspectivas, s/e.

1998. *Destruction and Conservation of Cultural Property in Brazil: Academic and Practical Challenges*, Comunicación para presentar en el World Archaeological Congress, Inter-congress on the Destruction and Conservation of Cultural Property, Croatia, mayo 1998, s/e.

• Gamio, Manuel
1916. *Forjando Patria*, México, Porrúa.

• Gassón, Rafael y Erika Wagner
1994. *Venezuela: Doctors, Dictators and Dependency (1932 to 1948)*, en Augusto Oyuela-Caycedo (ed.), pp. 124-136.

• Gellner, Ernest
1983. *Nations and Nationalism*, Oxford, Basil Blackwell.

• Gilman, A.
1995. "Recent trends in the archaeology of Spain", en K. Lillios (ed.), *The Origin of Complex Societies in Late Prehistoric Iberia*, Ann Arbor, International Monographs in Prehistory, Archaeological Series 8, pp. 1-6.

• Gooke, Ricard G.
1984. *El Rescate Arqueológico en Panamá: Historia, Análisis y Recomendaciones*, Panamá, Instituto Nacional de Patrimonio Histórico (Colección El Hombre y su Cultura, 2).

• Guidi, Alexandro
1988. *Storia della Paletnologia*, Roma, Laterza.

1996. "Nationalism without a nation: the Italian Case", en M. Díaz-Andreu y T. Champion (eds.), pp. 108-118.

• Hastings, Adrian
1997. *The Construction of Nationhood. Ethnicity, Religion and Nationalism*. Cambridge, Cambridge University Press.

• Himmelman, Nikolaus
1976. "Die Antike in der Ideologie des nationalistischen Staates", en *Utopische Vergangenheit. Archäologie und Moderne Kultur*, Mann, Berlín, pp. 119-130.

• Hobsbawm, Eric J.
1990. *Nations and Nationalism since 1780*, Cambridge, Cambridge University Press.

• Holl, A.
1990. "West African archaeology: colonialism and nationalism", en P. Robertshaw (ed.), *A History of African Archaeology*, Londres, James Currey, pp. 296-308.

• Hroch, Miroslav
1985. *Social Preconditions of National Revival in Europe*, Cambridge, Cambridge University Press.

• Jaramillo, Luis Gonzalo y Augusto Oyuela-Caycedo
1994. *Colombia: a Quantitative Analysis*, en A. Oyuela-Caycedo (ed.), pp. 49-68.

• Jones, Sian
1997. *The Archaeology of Ethnicity*, Londres, Routledge.

• Kedourie, Elie
1988. *Nacionalismo*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.

• Kohl, Philip
1993. "Nationalism, politics and the practice of archaeology in Soviet Transcaucasia", en *Journal of European Archaeology* 1, pp. 181-189.

• Kohl, Philip y Clare Fawcett (eds.)
1995. *Nationalism, Politics and the Practice of Archaeology*, Cambridge, Cambridge University Press.

• Kristiansen, K.
1992. "The strength of the past and its great might: an essay on the use of the past", en *Journal of European Archaeology* 1, pp. 3-32.

- Leerssen, Joep
1996. "Around the Union: patriotism into nationalism", en *Remembrance and Imagination*; Cork, Cork University Press y Field Day, pp. 8-32.
- López Mazz, José M.
1992. "La reconstrucción del pasado, la identidad nacional y la labor arqueológica: el caso uruguayo", en G. Politis (ed.), pp. 167-175.
- Lorenzo, José Luis
1982. "Archaeology south of the Rio Grande", en *World Archaeology* 13, pp. 190-208.
- 1986. *La arqueología mexicana y los arqueólogos norteamericanos*, México, Departamento de Prehistoria, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- 1997. "La arqueología mexicana como monopolio del Estado", en G. Mora y M. Díaz-Andreu (eds.), pp. 739-746.
- Losemann, V.
1977. *Nationalsozialismus und Antike*, Hamburgo, Hoffmann & Campe.
- Mamami Condori, Carlos
1989. "History and prehistory in Bolivia: what about the Indians?", en Robert Layton (ed.), *Conflict in the Archaeology of Living Traditions*, Londres, Unwin Hyman, pp. 46-59.
- Matos Mendieta, Ramiro
1994. "Peru: some comments", en Augusto Oyuela-Caycedo (ed.), pp. 104-123.
- Matos Moctezuma, Eduardo
1988. *Obras Maestras del Templo Mayor*, México, Fomento Cultural Banamex.
- 1990. *Descripción Histórica y Cronológica de las Dos Piedras*, Nota a la edición facsimilar, sin paginar, México, INAH.
- 1993. *Tríptico del Pasado. Discurso de Ingreso*, México, Colegio Nacional.
- McGuire, Randall H.
1992a. "Archaeology and the first Americans", en *American Anthropologist* 94, pp. 816-836.
- 1992b. *A Marxist Archaeology*, San Diego, Academic Press.
- McVicker, Donald E.
1992. "The matter of Saville: Franz Boas and the anthropological definition of archaeology", en Jonathan E. Reyman (ed.), *Rediscovering our Past: Essays on the History of American Archaeology*, Avebury, pp. 145-160.
- Mora, G. y M. Díaz-Andreu (coords.)
s/f. *La Cristalización del Pasado. Génesis y Desarrollo del Marco Institucional de la Arqueología en España. Actas del II Congreso Internacional de Historiografía de la Arqueología en España (siglos XVIII-XX)*, Madrid y Málaga, Ministerio de Cultura y Universidad de Málaga.
- Oyuela-Caycedo, Augusto
1994. "Nationalism and archaeology: a theoretical perspective", en A. Oyuela-Caycedo (ed.), pp. 3-21.
- 1994. *History of Latin American Archaeology*, Avebury, Aldershot, Worldwide Archaeology Series.
- Patterson, T.
1986. "The last sixty years: toward a social history of Americanist archaeology in the United States", en *American Anthropologist* 88, pp. 7-26.
- Phelan, James
1960. "Neo-Aztecism in the Eighteenth century and the Genesis of Mexican Nationalism", en Stanley Diamond (ed.), *Culture in History, Essays in Honour of Paul Radin*, Nueva York, pp. 760-770.
- Politis, Gustavo (ed.)
1992. *Arqueología en América Latina Hoy*, Bogotá, Biblioteca del Banco Popular.

1995. "The Socio-Politics of the Development of Archaeology in Hispanic South America", en Peter J. Ucko (ed.), *Theory in Archaeology. A World Perspective*, Londres, Routledge, pp. 197-228.
- Podgorny, Irina
1995. "De razón a facultad: ideas acerca de las funciones del Museo de La Plata en el periodo 1890-1918", en *Runa XXII*, pp. 89-104.
1996. "Un conflicto académico relacionado con la institución de la ciencia en la Argentina de los años veinte", en *Ciencia Hoy* 6(34), pp. 60-64.
1997. "¿A quién entregar las reliquias nacionales? La organización del Museo de La Plata, Argentina, entre 1880 y 1916", en G. Mora y M. Díaz-Andreu, pp. 747-754.
- Podgorny, Irina y Gustavo Politis
1990-1992. "¿Qué sucedió en la historia? Los esqueletos araucanos del Museo de La Plata y la Conquista del Desierto", en *Arqueología Contemporánea* 3, pp. 73-79.
- Quijada Mauriño, Mónica
1994a. "De la Colonia a la República: inclusión, exclusión y memoria histórica en Perú", en *Histórica XVIII*(2), pp. 365-382.
- 1994b. "¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario hispanoamericano del siglo XIX", en Francois-Xavier Guerra y Mónica Quijada (eds.), *Imaginar la Nación* (Cuadernos de Historia Latinoamericana 2), pp. 15-51.
1996. "Los 'incas arios': historia, lengua y raza en la construcción nacional hispanoamericana del siglo XIX", en *Histórica XX*(2), pp. 243-269.
- Reyman, Jonathan E. (ed.)
1992. *Rediscovering Our Past: Essays on the History of American Archaeology*, Avebury, Aldershot.
- Rivera, Mario A. y Mario Orellana
1994. "Chile: Institutional Development and Ideological Context", en Augusto Oyuela-Caycedo (ed.), pp. 36-48.
- Rowlands, Michael
1998. "Black identity and sense of past in Brazilian national culture", en P. Funari, S. Jones y M. Hall (eds.), *Back from the Edge. Archaeology in History*, Londres, Routledge.
- Schávelzon, Daniel
1988. "Las excavaciones en Zaculeu (1946-1950): una aproximación al análisis de la relación entre arqueología y política en América Latina", en Nicholas J. Saunders y Olivier Montmollin (eds.), *Recent Studies in Pre-Columbian Archaeology* I, BAR, Oxford, International Series 421 (1), pp. 167-190.
- Schmitz, Pedro Ignacio
1994. "Brazil: Tendencies and Growth", en A. Oyuela-Caycedo (ed.), pp. 22-35.
- Schnapp, Alain
1977. "Per una discussione sul classicismo nell'età dell'Imperialismo, IV: Archéologie et nazisme", en *Quaderni di Storia* 5, pp. 1-26.
1980. "Archéologie et Nazisme (II)", en *Quaderni di Storia* 11, pp. 19-33.
1993. *The Discovery of the Past*, Londres, British Museum Press.
- Shnirelman, V.A.
1996. "The faces of nationalist archaeology in Russia", en M. Díaz-Andreu y T. Champion (eds.), pp. 218-242.
- Sklenár, B.
1993. "The history of archaeology in Czechoslovakia", en G. Daniel (ed.), *Towards a History of Archaeology*, Londres, Thames & Hudson, pp. 150-158.

- Slapsak, B.
1993. "Archaeology and the contemporary myths of the past", en *Journal of European Archaeology* 1, pp. 191-195.
- Smith, Anthony
1988. "The myth of the 'Modern Nation' and the myths of nations", en *Ethnic and Racial Studies* 11, pp. 1-26.
- 1994. "The politics of culture: ethnicity and nationalism", en T. Ingold (ed.), *Companion Encyclopedia of Anthropology*, Londres, Routledge.
- 1997. "The 'Golden Age' and national renewal", en Geoffrey Hosking y George Schöpflin (eds.), *Myths and Nationhood*, Londres, Hurst, pp. 36-59.
- Sorensen, Marie Louise
1996. "The fall of a Nation, the Birth of a Subject: the National use of Archaeology in Nineteenth-Century Denmark", en M. Díaz-Andreu y T. C. Champion (eds.), pp. 24-47.
- Steward, Julian
1950. *Area Research. Theory and Practice*, Nueva York, Social Sciences Research Council.
- Torelli, Mario
1991. "Archeologia e fascismo", en J. Arce y R. Olmos (eds.), *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España*, Madrid, Ministerio de Cultura, pp. 243-249.
- Trigger, Bruce G.
1984. "Alternative archaeologies: nationalist, colonialist, imperialist", *Man* 19, pp. 355-70.
- Vargas Arenas, Irujo
1997. "La institucionalización de la arqueología en Venezuela", en G. Mora y M. Díaz-Andreu (eds.), pp. 755-762.
- Vasco Uribe, Luis Guillermo
1992. "Arqueología e identidad: el caso guambiano", en G. Politis (de.), pp. 176-191.
- Vázquez León, Luis
1994. "Mexico: the Institutionalization of Archaeology, 1885-1942", en Augusto Oyuela-Caycedo (ed.), pp. 69-89.
- 1996. *El Leviatán Arqueológico. Antropología de una Tradición Científica en México*, Leiden, Research School CNWS.
- Veit, U.
1988. "Ethnic concepts in German prehistory: a case study on the relationship between cultural identity and archaeological objectivity", en S. Shennan (ed.), *Archaeological Approaches to Cultural Identity*, Londres, Unwin Hyman, pp. 35-56.
- Wilk, R.
1985. "The ancient Maya and the political present", en *Journal of Anthropological Research* 41, pp. 305-326.
- Wiwjorra, I.
1996. "German archaeology and its relation to nationalism and racism", en M. Díaz-Andreu y T. Champion (eds.), pp. 164-188.

*Michael Rowlands**

Tendencias teóricas en la arqueología europea

El presente artículo no proporcionará un análisis exhaustivo de todas las tendencias teóricas en la arqueología europea, ya que esto es imposible. Primero, porque no estoy seguro de que exista algo que organice un cuerpo independiente y coherente de teoría arqueológica y, segundo, porque depende de cuáles se consideren los objetivos de la disciplina en un momento dado. La razón por la que la teoría arqueológica ha perdido cierto estatus paradigmático se debe a la manera como esta materia (por lo menos en Europa) se ha apropiado de la teoría social general. Con la pérdida de confianza en la búsqueda de orígenes, de grandes narrativas y del panorama amplio del desarrollo humano, la teoría arqueológica se ha fragmentado para amoldarse a objetivos particulares bastante individualizados. En este artículo señalo algunas razones de ello; asimismo, sugiero que es vital que los arqueólogos conserven cierto sentido de carácter distintivo del trabajo arqueológico, y de por qué el desarrollo de una teoría que dé cuenta de ese carácter distintivo es una labor intelectual, vital para la disciplina.

Aspectos generales del debate actual

Durante los últimos dos decenios se han criticado los enfoques evolucionistas en la arqueología, por sostener una ideología modernista que contempla el avance de una sociedad simple hacia otra compleja. Si bien describir a las sociedades como tribus o señoríos parecía un buen marco para estudiar la diferenciación institucional, tales esquemas han sido criticados por considerarse profundamente arraigados en los supuestos occidentales de que la historia del hombre fue, parafraseando a Gellner, el “relato de cómo creció el mundo” (Gellner, 1964:12-13). La idea fundamental, que aceptaba todas las advertencias de no condensar lo específico en una evolución general, siguió siendo que el cambio podía medirse mediante alguna forma de diferenciación social surgida con el paso del tiempo. Los ataques contra las teorías de las etapas evolutivas se habían enfocado en explicaciones sobre el cambio que tales etapas

* University College London.

mostraban y no en supuestos sobre la complejidad, los cuales se consideraban cuestiones empíricas más que ideológicas. Una crítica importante contra la evolución social fue su carácter funcional. Se criticaba tanto a los materialistas vulgares que reducían toda explicación a un determinismo económico limitado, como a los ecologistas culturales que relegaban la variación a una serie de variables ecológico-demográficas a las que lo social y lo político se adaptaban funcionalmente (Friedman, 1974; Friedman y Rowlands, 1977; Burnham, 1978; Rapoport, 1978). En la arqueología, esto se convirtió en una crítica más generalizada a los enfoques basados en el determinismo y en los sistemas integrados, los cuales dependían de modelos derivados de las ciencias naturales (Rowlands, 1982; Hodder *et al.*, 1982).

Si bien aún pueden encontrarse defensores del determinismo ecológico-demográfico extremo en la arqueología actual (por ejemplo, Sanders *et al.*, 1989), la respuesta general durante los últimos dos decenios consiste en acentuar diversas formas de

...posibilismo ambiental o económico, en subrayar la creciente autonomía de los factores sociales al moldear las condiciones materiales y ambientales, en hacer hincapié en la discontinuidad frente a la continuidad del cambio social y en aceptar que los seres humanos hacen la historia, pero no necesariamente en condiciones de su elección.

La desaparición en el discurso arqueológico de términos como evolución social, para favorecer términos como cambio social de largo plazo o *longue durée* refleja una profunda ambivalencia respecto a la gran narrativa mientras que, al mismo tiempo, se conserva la idea de que la profundidad cronológica es lo que hace de la arqueología un contribuyente distinto, y valioso, de otras ciencias sociales e históricas.

Hay quien ha argumentado que ni siquiera ése es el caso (por ejemplo, Tilley, 1987), al señalar que el concepto de tiempo es indeterminado y problemático y no puede, de ninguna ma-

nera objetiva, definir un campo de estudio. Más bien, la información de la arqueología —la información segura— es la cultura material, a cuyo estudio contribuyen teóricamente quienes ejercen la profesión interpretando la materialidad de la forma cultural (Ucko, 1979; Hodder, 1986; Morphy, 1993). Asimismo, se ha argumentado que sin importar cuán deficiente sea dicha información, la arqueología proporciona un acceso único al pasado como un “otro”, manteniendo así en tensión la tendencia de universalizar nuestra experiencia del presente al escribir sobre el pasado (Tilley, 1987). Por último, algunos de quienes más critican las perspectivas evolucionistas de la sociedad (por ejemplo, Hodder, 1986; Shanks y Tilley, 1986) han defendido la indeterminación histórica al relacionar el presente con el pasado, y argumentan que las distintas narrativas históricas se deben a disposiciones éticas y políticas contemporáneas y no a qué tan bien corresponden con las realidades sociales y económicas del pasado. Estos argumentos van acompañados de un alejamiento de la abstracción y la generalización, un acercamiento a la contextualización y al particularismo, y un eludir la cuestión del cambio social.

Para estos críticos, el evolucionismo social ha sido culpable de convertir su objeto de estudio —el desarrollo, el progreso, la complejidad social, etcétera— en el objetivo o la meta de la historia. De igual manera se ha condenado a la arqueología por suponer que las sociedades existen como trasfondos neutrales contra los cuales se ubican actores y acciones, creencias y prácticas (Shennan, 1993). El marxismo, la historiografía que tradicionalmente ha utilizado con más vigor el concepto de totalidad social como trasfondo, también repite un ímpetu similar hacia la totalización con el fin de describir a su objeto de estudio (Jay, 1984). Los intentos por ir más allá de los análisis normativos de qué constituye lo social y la sociedad han incitado un debate entre los arqueólogos posmodernistas que desean tratar lo “real” o lo “material” como una serie de discursos o textos, y los críticos arqueológicos de las teorías postmodernistas que propugnan por una distinción

rígida entre las representaciones discursivas y el material real de los pasados arqueológicos (aunque, para la naturaleza fantasmal de lo "real", véase Lacan en Zizek, 1994). El temor a que se erosionen los límites disciplinarios entre, por ejemplo, la arqueología y los estudios culturales podría haber conducido a una simplificación excesiva de posturas, pero la propuesta sigue siendo que el estatus epistemológico de la arqueología como real o discursiva tiende a mantenerse como un aspecto clave que estimula los debates.

El asunto del cambio en el largo plazo no puede, por lo tanto, considerarse como el aspecto empírico de documentar lo sucedido en el pasado. Es una cuestión de teoría e interpretación, en cuyo caso tenemos una serie de elecciones en cuanto a cuál pasado considerar: se considera al pasado como un tropo que se redescubre constantemente en el presente para experimentar *como si* uno estuviera ahí (Tilley, 1993:3); o la explicación arqueológica presupone un relato de lo que la gente hacía como resultado de elecciones y sus consecuencias inintencionadas, más que debido a acciones determinadas mecánicamente por limitaciones imposibles de conocer (Lemonnier, 1993; Shennan 1993: 56-7); o bien el largo plazo es el resultado de la acción habitual reconocida como la persistencia o duración de la forma o el estilo, o como maneras de hacer las cosas, en el transcurso del tiempo, que son parte de la conciencia pero no son racionalmente organizadas por ella (Bradley, 1991; Hodder, 1987; Gosden, 1993).

Las tres opciones plantean la pregunta de si deberíamos seguir comprometidos con la existencia de realidades sociales que en cierto grado van más allá de la lógica de la experiencia consciente o se encuentran reprimidas por ella. Con esto quiero decir que los valores éticos y políticos de los pueblos pueden adoptar la forma de compromisos con doctrinas o imágenes que deben cimentarse en realidades históricas recordadas o reconstruidas —una práctica arqueológica que nos muestra cómo "aquello que no siempre ha sido así" puede justificarse fácil-

mente mediante la profundidad cronológica y el modo de investigación empírica que proporciona la disciplina. Creer que la investigación arqueológica trasciende toda limitación del conocimiento sólo indica qué motiva a todas las otras disciplinas académicas y no dice nada sobre qué tiene de especial el conocimiento arqueológico en particular. Ello implica que la arqueología, a pesar de su diversidad teórica, ha desarrollado un modo de cuestionar que revela la naturaleza de las limitaciones en cómo experimentamos y comprendemos la historicidad de nuestro mundo vital. Los escenarios y las situaciones en las que se vuelven posibles las narrativas del pasado son una herencia histórica y deben entenderse dentro de circunstancias históricas y políticas dadas.

Este punto de vista eminentemente postestructuralista se ha relacionado en gran parte con lo que ha escrito Giddens sobre la teoría de estructuración, pero también es bastante explícito en lo escrito por Deleuze, por ejemplo, sobre la dinámica de la estructura y la inmanencia del cambio en la repetición (Giddens, 1984; Deleuze y Guattari, 1987). Dentro de la arqueología europea, los escritos de Barratt han sido particularmente influyentes en este tema de la relación entre estructura y actuación (Barratt, 1988). Sin embargo, como escribió Anderson en respuesta al historiador E.P. Thompson, términos aparentemente transparentes y obvios como el de actuación y experiencia no se vuelven más fáciles de comprender con sólo colocarlos dentro de categorías duales en las que cada uno se comprenda mediante su codeterminación del otro (Anderson, 1989). La experiencia como un registro pasivo de sucesos en el mundo es muy distinta de la conciencia crítica como un "ver a través de" activo que a su vez moviliza una acción para efectuar cambios en el mundo. En un sentido modernista, binomios tales como los de estructura y actuación son en sí versiones problemáticas de una perspectiva de sentido común sobre cómo deberíamos vivir más que, tal vez, cómo queremos vivir la mayoría. El problema derivado es si el cambio histórico es el resultado de la actua-

ción en este sentido crítico o de diversas adaptaciones entre la transmisión cultural, la dinámica de la estructura y la experiencia. Este último resultado tiene más en común con el énfasis que hace Braudel en la necesidad de una perspectiva de largo plazo en el cambio histórico y, en particular, con la interacción que hace entre la estructura y la coyuntura como mediación de proceso y suceso en el cambio histórico, y con la explicación de Bourdieu sobre cómo sólo se puede dar cuenta de las prácticas por medio de la relación de las estructuras objetivas con condiciones particulares que a su vez representan un estado particular de tal estructura (Bourdieu, 1977: 78). La justificación de la importancia del pasado en ambos esquemas depende en gran medida de los argumentos sobre la memoria social. El “inconsciente” siempre es el olvido de la historia (Bourdieu, por ejemplo, define su concepto de *habitus* como historia convertida en naturaleza), y la recuperación de un sentido del pasado proporciona a la memoria social un relato de cómo fuimos formados y cómo nos originamos. La generación de un mundo con sentido común a partir del *habitus* depende de internalizar y olvidar las estructuras objetivas. Es este acto de olvidar lo que ocasiona que las personas no sepan qué están haciendo, sino qué hacen para tener más sentido del que conocen (Bourdieu, 1997:79). Por lo tanto, más de una rama del pensamiento postestructuralista ha justificado la necesidad del pasado y, en particular, de una perspectiva de suficiente largo plazo como para reconocer la realidad de las estructuras objetivas, más que estudiar cómo nos las hemos ingeniado para reprimirlas.

En vez de aprovechar esta oportunidad, los análisis arqueológicos a veces se encuentran atrapados innecesariamente entre evitar la apariencia de reducir el significado social a la dinámica de estructuras sociales omnipotentes en las que la persona no desempeña ningún papel salvo el de víctima de la historia, o reducir la estructura a prácticas sociales que se consideran indeterminadas, abiertas y producto de la

voluntad individual. Shennan ha señalado que todo comentario arqueológico sobre estructuras, prácticas y cambios de largo plazo son abstracciones que no pueden reconocerse empíricamente en la arqueología (Shennan, 1993). La información arqueológica reconoce series de procesos vinculados vagamente (por ejemplo, la negación de la vida día a día, el resultado de relaciones de poder particulares, actos técnicos diversos y su resultado ecológico) que históricamente son eventuales y cuyas interrelaciones son disyuntivas. Considerar que lo anterior es señal de la operación de estructuras más abstractas se basa en el argumento metonímico de que los arqueólogos forzosamente deben suponer que las partes de las cosas que encuentran sí representan un todo faltante. Esto puede parecer bastante injustificable pero, no obstante, fue el punto que utilizó Bourdieu para señalar que uno de los efectos fundamentales de la “orquestración del *habitus*” es la producción de un mundo con sentido común, dotado de la objetividad que garantiza el consenso del significado (Bourdieu, 1977:80). Si la arqueología estuviera limitada a registrar lo anterior mediante supuestos minimalistas sobre la recuperación de sus restos materiales, entonces perderíamos toda comprensión de recordar el pasado como la resistencia a olvidar, como el medio de reconocer que el pasado pudiera haber sido de otra manera y que el futuro podría ser diferente.

He señalado que el significado de la práctica arqueológica se mantiene siempre y cuando el sujeto conserve su objetivo ilustrado de recuperar el pasado como una parte necesaria de conocer el presente como guía hacia el futuro. Hasta ahora, nuestro análisis parecería apoyar la afirmación de Habermas: “no hay más cura para las heridas de la Ilustración que la propia Ilustración radicalizada” (Habermas, 1992:155). Sin embargo, tal optimismo en la recuperación de la objetividad del pasado cada vez está siendo más atacado debido a las implicaciones políticas de que, incluso si así fuera, ¿el pasado de quién se estaría relatando?

Se afirma que el modernismo ancló un discurso de veracidad y justicia en las grandes narrativas históricas y científicas de la legitimidad. El postmodernismo es una nueva etapa porque las grandes narrativas ahora han perdido toda credibilidad (Lyotard, 1980). Y más que eso: son moralmente nocivas, particularmente si se construyen como filosofías de historia y como objetivos totalizantes de los programas y partidos políticos. La arqueología postmodernista no niega la necesidad de construir narrativas; de hecho, ninguna otra cosa es posible. No existe realidad alguna fuera de los relatos que construyen los objetos del pasado. Más bien, es la imposición de la verdad insinuada por la gran narrativa en contraste con verdades múltiples o alternativas hechas realidad por los pequeños relatos, lo que constituye la base de su ataque contra la verdad. Las metanarrativas, de acuerdo con Lyotard, buscan entretejer una diversidad de sucesos en la historia de cómo la humanidad alcanza un objetivo: la libertad, el conocimiento absoluto, el avance tecnológico. Las metanarrativas dependen del tipo de conclusión que Hayden White afirma es cierta de la organización narrativa de todo escrito histórico (lo cual nunca es una actividad neutral): un sentido de totalidad o consumación lograda mediante seleccionar y describir los sucesos como tendientes hacia un objetivo (White, 1987:21 y 87). Si esto es necesariamente así o si puede haber algo más que opciones en la narrativa es parte de un debate mucho más amplio. Sin embargo, la implicación fundamental será que a partir de ahora los relatos arqueológicos sobre el pasado serán evaluados, en parte, por medio de quien dependerá de quién escribe qué, en beneficio de quién, y cómo se justifica el derecho al conocimiento arqueológico.

En la teoría arqueológica contemporánea se encuentra la influencia de muchos elementos de escritos postestructuralistas y postmodernistas, si bien en grados diversos de coherencia y compromiso.

En la arqueología europea actual se encuentran: *a)* relatos que se apegan a las teorías de

estructura-actuación de Giddens y Bourdieu (por ejemplo, Barrat, 1994); *b)* la defensa de una forma de estructuralismo aplicado a la cultura material arqueológica, con la diferencia de que se hace énfasis en las estructuras locales más que en las universales (por ejemplo, Hodder, 1990; Shanks y Tilley, 1986); *c)* enfoques hermenéuticos y fenomenológicos (Tilley, 1993, 1996; Thomas, 1996, Gosden, 1996), y *d)* explicaciones de teorías críticas-marxistas-post-marxistas (Spriggs, 1987; Miller, 1987).

Ninguno de los aspectos anteriores es necesariamente excluyente, y es probable que compartan una antipatía a considerar el pasado como objetivo y empíricamente conocible, además de que a veces se les confunde con el pasado como una ideología constituida tanto por los intereses de la relación observador-observado y el fin por el que se construye el pasado. En parte, este acercamiento al relativismo en la teorización arqueológica se relaciona con el resurgimiento de un interés en cómo se escribe el pasado en el acto de constituir la propia historia (compárese con Stone, 1989). No hay ningún motivo de que la arqueología fuera diferente de otras disciplinas cuyas antiguas certidumbres se han venido abajo, y ello ha implicado un cambio notable en la percepción del propósito del conocimiento. Al igual que muchas de las otras ciencias sociales, la arqueología ha llegado a valorar y redescubrir su propia confusión como un pluralismo intelectual, combinado con un escepticismo creciente hacia los méritos de la gran teoría (aunque, irónicamente, hoy se produce más "discurso" que nunca antes).

Sin embargo, la afirmación más amplia es que se está dando una ruptura notable en la manera como se realizará el ejercicio de la arqueología en el futuro. En el resto de este artículo analizaré, tanto epistemológica como prácticamente, las implicaciones de esta afirmación en el único contexto de una filosofía del materialismo en la arqueología. Las cuestiones suscitadas son pragmáticas en el sentido de que cabe preguntarse qué tanto tales cambios en la teoría arqueológica logran formular nuevos tipos de

preguntas y modificar la agenda hacia la que debería dirigirse el conocimiento arqueológico.

Bases críticas de los enfoques materialistas

Como ejemplo de tales debates, tomaré el materialismo como una rama de la teoría arqueológica y analizaré algunas de las consecuencias de lo que ha sido transformado en un nuevo lenguaje.

Tomo como punto de partida el enfoque que debe sus orígenes conceptuales a las críticas y a la reelaboración de la teoría marxista en la arqueología y la antropología. La influencia del estructuralismo en el marxismo, la historia estructural de Braudel, la perspectiva de los sistemas mundiales de Immanuel Wallerstein y la teoría actual de la globalización se combinaron para gestar una economía política de la arqueología que pudiera dar cuenta tanto del cambio estructural de largo plazo como de una percepción crítica de la política del pasado en el presente. El marxismo estructural, surgido como parte del desarrollo de un entendimiento marxista moderno de las sociedades precapitalistas que no sólo tomó en cuenta los resultados de la investigación antropológica sino que situó un entendimiento del “pueblo sin historia” como parte del desarrollo del capitalismo moderno y el sistema mundial moderno (Kahn y Llobera, 1981; Wolf, 1982), representaba uno de los primeros intentos serios de criticar y reformar el marxismo clásico, el cual se caracterizaba por teorías de etapas evolutivas y nociones simplistas de determinación económica tales como el modelo de base-superestructura. Esto coincidió con acontecimientos en el campo de la antropología que generaban un nuevo acercamiento al proceso histórico y, en particular, a un análisis de los efectos de las condiciones ideológicas en el discurso antropológico y el papel de la ideología al determinar las estructuras sociales (Bloch, 1977; Asad, 1979). Esto no sólo condujo a un rechazo de la teoría neoevolutiva en la antropología —como lo representa la obra de Leslie White, Julian Steward y

otros—, sino a debates sobre qué constituía una explicación adecuada de la sociedad y si existía un yo dentro de la unidad de análisis.

En la arqueología, las ideas estructurales-marxistas se aplicaron en diversos contextos (Frankenstein y Rowlands, 1978; Bender, 1978; Kristiansen, 1978, 1982; Gledhill, 1984, y Gledhill y Larsen 1982; Rowlands, Larsen y Kristiansen, 1987; Skholm y Friedman, 1979, 1980; Friedman, 1982; Parker Pearson, 1984). En la arqueología comparativa, Spriggs ha utilizado el análisis de Godelier sobre el estado asiático en su estudio del desarrollo de Hawai (Spriggs, 1988); Tilley empleó el análisis de Meillassoux sobre el papel del conocimiento ancestral para legitimar la autoridad en la Escandinavia del Neolítico temprano, y Thomas comparó perspicazmente el periodo comprendido desde el Neolítico temprano hasta el Neolítico intermedio en la Europa central mediante un contraste entre el linaje y los métodos de producción germánicos (Tilley, 1984; Thomas, 1987). Una combinación de la teoría marxista con los sistemas mundiales ha sido particularmente influyente en la arqueología estadounidense (por ejemplo, Kohl, 1987; Peregrine, 1992).

Uno de los resultados del surgimiento de una arqueología marxista fue una ruptura con las ideas ingenuas sobre el progreso cultural, un “nuevo materialismo” que tenía por objeto desarrollar un marco de estudio del cambio social que fuera más poderoso que las diversas formas de teoría funcionalista disponibles en la arqueología. La idea de que el parentesco, la religión o la ley pudieran ser igualmente ideológicas, políticas y materiales dependiendo de cómo dominaban, temporalmente, la extracción de recursos económicos, también significaba que podían teorizarse las relaciones sociales no capitalistas. Las relaciones sociales de producción no sólo estaban determinadas por procesos laborales como en el marxismo clásico; estaban constituidas ideológicamente para crear especies particulares de subjetividad que fueran compatibles con las condiciones de existencia materiales dadas. El poder ritual, los sistemas mari-

tales y el conocimiento esotérico podían actuar en la definición de formas de relaciones sociales para explotar el trabajo con plusvalía. El funcionalismo potencial de esas explicaciones era evidente (compárese con Friedman, 1975), pero se incluía en un concepto de totalidad social que, al adoptar el concepto lacaniano del vínculo entre lo imaginario y lo real, tiene mayores implicaciones comparativas para una teoría de transformación social. Godelier definió la contribución del marxismo estructural a la antropología como un

...nuevo y vasto campo de investigación, a saber, la investigación de las razones y condiciones que en la historia ocasionaron cambios de lugar y, por lo tanto, cambios en las formas de las relaciones de producción (Godelier, 1978:765).

Si los enfoques tradicionales en el análisis social que se basaron en el estudio empírico de las instituciones, papeles y conductas observables eran inadecuados, entonces ¿qué podía sustituirlos? Althusser basó su explicación de qué determinaba la diferencia entre un método de producción y otro en reconocer la autonomía relativa de las distintas estructuras y en identificar cuál dominaba la subjetividad de las relaciones sociales de producción dadas (Althusser, 1969). La adopción del concepto de estructura de Lévi-Strauss es más explícita en este sentido. La estructura se definió como una serie de limitaciones o disposiciones derivadas históricamente (similares al *habitus* de Bourdieu) que reprimen a los sujetos en versiones imaginarias de sus relaciones sociales reales con el fin de extraer especies particulares de trabajo con plusvalía y garantizar su distribución dentro de la totalidad social, más amplia. Las estructuras no son observables directamente, sólo sus efectos funcionales. Por lo tanto, la adopción que hizo el marxismo estructural del concepto de formación social de Marx convirtió a la forma de sociedad observable en una jerarquía de distinciones abstractas. Los propósitos evolutivos predeterminados no determinan cuáles elementos asumen las funciones de las relaciones de producción u operan ideo-

lógicamente para legitimar la desigualdad social; ello depende de una serie de limitaciones estructurales que definen su funcionamiento en la totalidad social. Ni Godelier ni Friedman (en contraste con Meillassoux, Terray y otros autores que forman parte de la tradición de la antropología marxista francesa) utilizaron el término método de producción en su análisis para acentuar el predominio de las relaciones sociales sobre las fuerzas de producción. Por esta misma razón Friedman enfocó su modelo en analizar las condiciones de reproducción social para explorar otro tipo de relación como, por ejemplo, aquella que vincula el parentesco o la religión con la producción y la distribución, así como con las condiciones tecnocológicas (Friedman, 1975). Si las relaciones sociales son relaciones materiales, ello se debe a que dominan el proceso de producción y reproducción material y a que deben su origen no a aquello que dominan, sino a las propiedades sociales del sistema de reproducción anterior como un todo. Sólo entonces es posible explicar lo social en términos de una historia de lo social.

Tal vez las críticas más constantes contra el marxismo estructural y los enfoques materialistas en general han provenido de arqueólogos que básicamente utilizan un concepto de historia que es sinónimo del concepto de cultura. La arqueología interpretativa, a la manera de Geertz, Roccoeur y White, desvía la atención de la pregunta acerca de qué tan bien logran los arqueólogos representar el pasado y la enfoca en la pregunta sobre la naturaleza y el papel de las narrativas históricas. La creatividad y consecuencias de la actividad humana siempre suceden dentro del contexto de símbolos derivados históricamente a los cuales los actores humanos adjuntan significados (Geertz, 1973, 1980). Decir que un problema o una práctica es histórica equivale a decir que está situado culturalmente y viceversa. La reconstrucción que hace Geertz de la historia decimonónica del estado de Bali tenía por objeto ser un estudio de caso del cambio histórico como proceso social y cultural constante, de alteración configurada en

los significados adjuntos a símbolos culturales, un cambio que, cuando se ve como un todo, se vuelve casi imposible de detectar (Geertz, 1980: 5). Sahlins también hace varias referencias a la cultura y la historia en sus críticas a diversos enfoques materialistas sobre el pasado (Sahlins, 1976). No obstante, difiere de Geertz en que se interesa menos en el significado o la acción, que en la oposición entre concepto y praxis al debatir si el esquema conceptual debería verse como anterior a la actividad pasada y mediador de ella. La cultura como un esquema conceptual puede ser sometida a un análisis estructural y, de hecho, los términos "cultura" y "estructura" son en gran medida sinónimos en la obra de Sahlins (1985). Su definición de "transformación estructural" como cambio en las "relaciones posicionales entre las categorías culturales" caracteriza las transformaciones, como la relación o interacción de estructura y suceso o estructura y práctica. Sin embargo, como lo demuestra su propia investigación interdisciplinaria con Kirch en la Polinesia, gran parte del énfasis se encuentra en cómo el "suceso" se incorpora a la estructura: la interpretación cultural de nuevos sucesos dentro de códigos y categorías preexistentes (Sahlins y Kirch, 1992). Las transformaciones políticas y económicas que acompañaron a sucesos como la muerte del capitán Cook son considerados poco más que un trasfondo a la incorporación del suceso mediante una praxis mítica preexistente. La famosa "estructura de la coyuntura" de Sahlins sobre las interrelaciones de la estructura y la práctica implican un giro lingüístico similar al reducir la historia de los sucesos eventuales a esquemas conceptuales preexistentes.

Por lo tanto, tal vez es irónico que fueran otros historiadores marxistas, tales como E.P. Thompson y Raymond Williams, y antropólogos marxistas como Wolf y Roseberry, quienes han considerado la elisión de una historia del suceso desde el punto de vista de los actores como la crítica más esencial de todos los enfoques estructuralistas (Thompson, 1978; Williams, 1980; Wolf, 1982). Wolf, en particular, criticó la perspectiva eurocentrista de una historia global

fundada en la teoría de los sistemas mundiales y tomó a mal, por considerarla antropológicamente perversa, la tendencia de Wallerstein de ver la historia del resto del mundo desde 1492, como consecuencia de la expansión europea. Sus diatribas contra el marxismo y la historia estructural también suscitan cuestionamientos intelectuales interesantes por la influencia del evolucionismo multilíneal de Julian Steward en la arqueología antropológica (Wolf, 1982; Steward, 1955). Las críticas mordaces de Steward hacia los escenarios evolutivos banda-tribu-señorío-estado en la antropología neoevolutiva americana estuvieron motivadas por su creencia en que los grupos marginales contemporáneos (cazadores-recolectores y tribales) no eran los precursores primitivos, sobrevivientes, de estados y civilizaciones, sino que habían sido empujados históricamente y mediante adaptación ambiental hacia áreas periféricas en las orillas de tipos más complejos de sociedades colonizadas; representaban pueblos explotados y en involución. El multilínealismo de Steward permitió la posibilidad de "otras historias", distintas de las rastreadas por los teóricos de la modernización en las que la cultura occidental y sus naciones-estado (sociedades complejas) eran el punto final de la historia (por ejemplo, las más recientes son las desarrolladas arqueológicamente por Anna Roosevelt en el caso de los indios de las tierras bajas amazónicas, y por Wilmsen en el caso de los cazadores-recolectores de África septentrional; por Roosevelt (1991), Wilmsen (1989) y estudiantes de Steward como Mintz (1986) y Wolf (1982), quienes desarrollaron una historia de los métodos de producción precapitalistas y su articulación que contrasta explícitamente con las perspectivas de sistemas mundiales en los que la historia de las periferias simplemente es "desplazada" por los sucesos en el núcleo).

Sin importar sus diferencias teóricas, los enfoques materialistas tienen un supuesto común: un enfoque de economía política hacia el pasado debe especificar formas de desigualdad material y formas de explotación como estructuras elementales para comprender el cambio histó-

rico. Actualmente, vemos que el eclipse de lo imaginario socialista centrado en términos como "interés", "explotación" y "redistribución", y las perspectivas materialistas están atravesando una crisis de fe. En las percepciones postsocialistas del conflicto, la aceptación de una diferencia cultural alimenta las luchas de grupos movilizados bajo la bandera de etnicidad, género, raza, nacionalidad y sexualidad. No debería sorprendernos que lo anterior haya retroalimentado nuestras interpretaciones de los pasados arqueológicos. En cierto grado, restablecen la "ceguera a la cultura" de un paradigma materialista y acentúan la importancia del reconocimiento cultural como la meta de la lucha política. El plan tal vez siga siendo cómo enfocarse en ejes del cambio social que simultáneamente se fundamenten en ambas formas de desigualdad: cultural y socioeconómica.

La interrogante sigue siendo si tal teorización ayuda a desarrollar nuevos enfoques hacia los problemas contemporáneos y futuros en la arqueología, más que ser sólo un asunto para la historia intelectual de la disciplina. En el decenio de los noventa, la cuestión de los derechos indígenas y el reconocimiento de la diferencia cultural plantean el tipo de desafío que puede poner a prueba a una arqueología "materialista" redefinida.

Los derechos culturales y la arqueología indígena

La lucha por el reconocimiento se está convirtiendo rápidamente en la forma paradigmática de conflicto político a finales de este siglo xx. El efecto sobre la arqueología suscita en términos prácticos muchas de las cuestiones señaladas anteriormente. El reconocimiento cultural implica injusticia basada en la falta de respeto a la diferencia cultural y la identidad. Empero, tales luchas ocurren en un mundo de desigualdad material creciente en el ingreso, el acceso a los recursos materiales, la tierra, la salud y la educación. Los movimientos sociales dirigidos a remediar algunas de estas injusticias justifican con mayor frecuencia su derecho a existir en

términos culturales y, en particular, la posesión de un pasado único que demuestra su derecho de propiedad de la tierra y otros recursos de los cuales depende su desarrollo futuro. Muchos de los conflictos vinculan a los grupos minoritarios con su relación con el estado y el acceso al poder. En aquellos casos en los que la injusticia es cultural o simbólica, la dominación significa someterse a patrones de interpretación y comunicación relacionados con otra cultura o ser hechos invisibles por las prácticas representativas e interpretativas con autoridad de una cultura dominante. Cuando el poder es un asunto de representación cultural, no debería sorprendernos que la arqueología se utilice como un medio para definir un derecho a existir y que ello requiera la propiedad de un pasado único.

En el decenio de los años setenta, el reclamo de los aborígenes australianos a su derecho a la tierra fue apoyado por arqueólogos y antropólogos que actuaron como testigos peritos en los tribunales. Se pidió a los arqueólogos que justificaran las afirmaciones de los aborígenes de que los cazadores-recolectores no sólo utilizaban los recursos naturales sino que los poseían como un derecho cultural por haber sido suyos durante milenios. La identificación arqueológica de sitios mencionados en mitos aborígenes o en arte rupestre en los refugios ocupados, así como la evidencia de asentamientos durante largos periodos en un área por parte de los ancestros de los habitantes modernos, se convirtieron en aspectos rutinarios del argumento jurídico en los casos de reclamos de tierra. En los años ochenta, los derechos culturales se extendieron a reinhumar los huesos de aborígenes que habían sido colocados en colecciones de anatomía comparativa por todo el mundo como evidencia de una cadena evolutiva. La solicitud de devolución de cráneos y huesos se basaron tanto en el deseo de que se respetaran los restos de los aborígenes que habían sido víctimas del genocidio blanco en el siglo xix como en las creencias culturales sobre el poder ancestral de los espíritus. Si bien los derechos a la tierra y los recursos eran parte de la injusticia socioeconómica que los aborígenes habían pa-

decido desde la aparición de los europeos, el paso hacia reclamar los derechos culturales se ha convertido en sí mismo en una respuesta más amplia por parte de las minorías indígenas (maoríes y amerindios) en estados poblados predominantemente por blancos.

Los conflictos por los derechos culturales y las minorías indígenas también han empezado a interferir con la práctica arqueológica en los años noventa. La legislación en materia de derechos humanos, por lo general, ha negado la cuestión de la diferencia cultural dado que, para que los derechos humanos sean universales, deben ser parte de la naturaleza humana, sin importar el antecedente étnico o cultural. Esto último de hecho se consideró un asunto de interés local y privado que adquirió importancia sólo cuando contradujo de manera manifiesta un principio de derechos universales. Por ende, los argumentos sobre relativismo cultural no podían utilizarse para negar la importancia de los derechos humanos como condición universal. Asimismo, si prácticas culturales como la mutilación genital, el infanticidio o la destrucción de bienes culturales se consideraban contrarias a los derechos humanos, ello era base suficiente para condenarlas, sin importar cualquier principio general de respeto a la diferencia cultural. Repensar la esfera pública y la sensatez de polarizar los derechos humanos y culturales en la esfera pública y privada, respectivamente, se ha vuelto un interés preponderante de los científicos políticos, los antropólogos y los historiadores de los años noventa. Si se impide a una minoría étnica (los tibetanos, por ejemplo) conservar sus creencias tradicionales o utilizar su propia lengua en público (los ogoni en el delta del Níger), la defensa de los derechos morales colectivos se considera determinante de los derechos socioeconómicos. Como señala Richard Rorty (1993: 116), "nuestra cultura es una cultura de los derechos humanos" y ahora nos hemos acostumbrado a escuchar que asuntos morales, jurídicos y sociales de interés actual se debaten en términos de los derechos.

Si los pueblos indígenas tienen derechos, entonces los ejercen como derechos culturales en la esfera pública. Por lo tanto, no es de sorprender que la arqueología sea en grado creciente el proveedor de conocimiento y testigo perito en estos casos. Existe una contradicción implícita en las dificultades de aplicar leyes universales y obligatorias para proteger los derechos indígenas en situaciones en las que la moral de los derechos colectivos sólo es contextual. Los mismos argumentos que han utilizado quienes hacen campaña para defender los derechos de los indios mayas en Guatemala, han sido utilizados para oponerse a derechos similares de los zulús en África Austral. La política de la reforma a las tierras rurales en África Austral y la promoción de ideas de una patria zulú para promoverlas son muy diferentes de la situación de los derechos como minoría de los mayas en Guatemala, quienes se enfrentan a la expropiación por parte de poderosos intereses de terratenientes. Por lo tanto, los derechos colectivos que se basan en aseverar la diferencia cultural sin importar las circunstancias locales pueden derrotarse a sí mismos y ser contraproducentes. Un asunto adicional podría ser quién defiende los derechos indígenas y con qué propósito. Actualmente es probable que sean empresas privadas y organismos internacionales los que indiquen su compromiso con los derechos humanos y la protección ambiental, así como su compromiso moral de contribuir al desarrollo social de los pueblos afectados. La impartición de derechos busca limitar los flujos de poder y regular las relaciones entre las minorías y los organismos exteriores. La arqueología es parte de esta situación estratégica que adopta diferentes formas dependiendo de cada contexto. La relación de los grupos indígenas con los sitios arqueológicos, el turismo y el desarrollo regional se está convirtiendo cada vez más en un asunto de mayor amplitud que los derechos a la tierra *per se*. Sin embargo, en ambos casos el ejercicio de la arqueología proporciona pruebas tanto de la propiedad de recursos como del pasado que sirve de base a los derechos de propiedad.

Conclusión

Este artículo ha tenido tres objetivos. En primer lugar, presentar un panorama general de algunos de los cambios que ha experimentado la teoría de la arqueología europea en los últimos años. Limité mis comentarios en relación con lo anterior a aquellos que podrían considerarse como los cambios más evidentes que, en mi opinión, pudieran tener efectos notables en los próximos años. Por ejemplo, no abordé adecuadamente los avances en la biología evolutiva y a la "arqueología darwiniana" (compárese con Shennan, 1997). Al combinar transmisión genética y cultural se ha desarrollado un *corpus* considerable de teoría que afirma proporcionar un marco teórico amplio que vincularía el trabajo de la arqueología ambiental, la arqueología social y a los historiadores culturales al estudiar el resultado de los procesos de decadencia que son de naturaleza tanto biológica como cultural.

Más bien, me he enfocado en las tendencias teóricas que considero reflejan los intentos por entender conceptualmente la necesidad de pensar de manera distinta sobre lo necesario del conocimiento arqueológico. Mi segundo objetivo, por lo tanto, ha sido analizar cómo una rama de la teoría arqueológica se ha transformado a la luz de las derrotas y victorias percibidas para reconocer la utilidad total del conocimiento generado. Podría decirse que los acontecimientos políticos de un mundo postsocialista han invalidado a la arqueología marxista. Merece la pena considerar si una perspectiva materialista del tipo que sea puede defenderse sobre tal base y si verdaderamente ahora hay mayor libertad para reflexionar en los aspectos útiles de tal teoría carente de los dogmas que inevitablemente atrae. Por último, he considerado el dilema de los derechos culturales y las comunidades indígenas como un ejemplo de interés creciente para una arqueología de relevancia que pueda llevar sus perspectivas teóricas cambiantes a nuevas condiciones. Me gustaría señalar que el incremento de la "lucha por el reconocimiento" es parte de la forma paradigmática de lucha política a finales del siglo XX.

El vínculo entre el reconocimiento cultural y la movilización para solucionar la injusticia socioeconómica es, cada vez más, asunto de establecer un sentido de diferencia basado en un sentido del pasado único. Me gustaría señalar también que los tres argumentos confirman que éste no es el momento de renunciar a la fe humanista en el significado de la historia. Decir esto no significa aprobar metas evolutivas inevitables sino un modo de reflexionar que permita a quienes ejercen comprender y prever la necesidad de cambios en la teoría y la práctica de su disciplina. En la medida en que la arqueología aquí descrita contribuya a dicho entendimiento, se formará una praxis.

- a
- Althusser, L.
1969. *For Marx*, Londres, Harmondsworth.
 - 1979. *Reading Capital*, Londres, Verso.
 - Anderson, P.
1980. *Arguments Against Western Marxism*. Londres, Verso.
 - Asad, T.
1979. "Anthropology and the analysis of ideology", en *Man* 14, vol. 4, pp. 607-628.
 - Barratt, J.
1994. *Fragments of Antiquity*, Oxford, Blackwell.
 - Barth, F.
1989. *Cosmologies in the Making*, Cambridge, Cambridge University Press.
 - Bender, B.
1978. "Gatherer-hunter to farmer", en *World Archaeology* 10, vol. 2, pp. 204-222.
 - Bloch, M.
1977. "The past and the present in the present", en *Man* s/n, vol. 13, pp. 21-33.
 - Bourdieu, P.
1990. *Outline of a Theory of Practice*, Cambridge, Cambridge University Press.
 - 1977. *In Other Words*, Cambridge, Polity.
 - Bradley, R.
1991. "Ritual, time and history", en *World Archaeology*, vol. 23, pp. 209-219.
 - Burnham, P. y Ellen R.
1978. *Social and Ecological Systems*, Londres, Academic Press.
 - Calhoun, R.
1993. "Habitus, field and capital: the question of historical specificity", en Calhoun, Lipuma y Postone (comps.), *Bourdieu: Critical Perspectives*, Cambridge, Polity.
 - Coward, R.
1977. *Language and Materialism*, Kegan Paul, Londres.
 - Deleuze, G. y F. Guattari
1987. *A Thousand Plateaus: Capitalism and Schizophrenia*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
 - Ekholms, K.
1977. "External exchange and the transformation of Central African social systems", en Friedman y Rowlands, *op. cit.*
 - Ekholm, K. y J. Friedman
1979. "Capital, imperialism and exploitation in ancient world systems", en M. T. Larsen (comp.), *Power and Propaganda*, Copenhagen, Akademisk Verlag.
 - 1980. "Towards a global anthropology", en L. Blussé, H. Wasseling y G. Winius (comps.), *History and Underdevelopment*, Leiden, Centre for European Expansion.
 - Friedman, J.
1974. "Marxism, structuralism and vulgar materialism", en *Man*, vol. 9, pp. 444-469.
 - s/f. "Tribes, states and transformations", en M. Bloch (comp.), *Marxist Analyses and Social Anthropology*, Londres, Malaby Press.
 - 1982. "Catastrophy and continuity in social evolution", en Renfrew A. C., M. Rowlands y B. Seagraves (comps.), *Theory and Explanation in Archaeology*, Londres, Academic Press.
 - 1992. "Narcissism and the roots of postmodernity", en S. Lash y J. Friedman (comps.), *Modernity and Identity*, Oxford, Blackwell.
 - 1994. *Cultural Identity and Global Process*, Londres, Sage.
 - Friedman J. y M. Rowlands
1977. *The Evolution of Social Systems*, Londres, Duckworth.
- b

- Geertz, C.
1973. *The Interpretation of Culture*, Londres, Hutchinson.
- 1980. *Negara*, Princeton, Princeton University Press.
- 1984. "Anti-anti relativism", en *American Anthropology*, vol. 86, p. 2.
- 1988. *Evans Pritchard's African Transparencies in Works and Lives*, Stanford, Stanford University Press.
- Gellner, E.
1964. *Thought and Change*, Londres, Weidenfel and Nicholson.
- 1988. *Plough, Sword and Book*, Londres, Collins Harvill.
- Giddens, A.
1984. *The Constitution of Society*, Cambridge, Polity.
- 1990. *The Consequences of Modernity*, Stanford, Stanford University Press.
- Gledhill y M. T. Larsen
1982. "The Polanyi paradigm and a dynamic analysis of archaic states", en C. Renfrew (comp.), *Theory and Explanation in Archaeology*, Nueva York, Academic Press.
- Gosden, C.
1996. *Social Being and Time*, Oxford, Blackwell.
- Habermas, J.
1988. *Autonomy and Solidarity*, Polity, Cambridge.
- Hedeager, L.
1978. "Processes towards state formation in Early Iron Age Denmark", en K. Kristiansen y C. Paludan-Muller (comps.), *New Directions in Scandinavian Archaeology*, Copenhagen, Akademisk-Verlag.
- 1992. *Iron Age Societies*, Oxford, Blackwell.
- Hodder, I. (comp.)
1982. *Symbolic and Structural Archaeology*, Cambridge University Press.
- 1986. *Reading the Past*, Cambridge, Cambridge University Press.
- 1987. *Archaeology as Long Term History*, Cambridge, Cambridge University Press.
- 1992. *Theory and Practice in Archaeology*, Londres, Routledge.
- Huntingford, S.
1993. "The clash of civilisations?", en *Foreign Affairs* 72, vol. 3, pp. 22-49.
- Jameson, F.
1991. *Postmodernism or the Cultural Logic of Late Capitalism*, Londres, Verso.
- Jay
1984. *Marxism and Totality*, Londres, Polity.
- Kahn, J. y J. Llobera
1981. *The Anthropology of Precapitalist Societies*, Londres, Routledge.
- Kohl, P.
1987. "The ancient economy, transferable technologies and the Bronze Age world system", en Rowlands, Larsen, Kristiansen (comps.), *Centre and Periphery in the Ancient World*, Cambridge University Press.
- Lévi-Strauss C.
1977. *Structural Anthropology II*, Londres, Harmondsworth.
- Lyotard, J.
1980. *The Postmodern Condition*, Manchester, Manchester University Press.

- Merleau-Ponty, M.
1964. *Signs*, Evanston, Northwestern University Press.
- 1973. *Adventure of the Dialectic*, Evanston, Northwestern University Press.
- Miller, D.
1987. *Material Culture and Mass Consumption*, Oxford, Blackwell.
- Mintz, S.
1986. *Sweetness and Power*, Londres, Harmondsworth.
- Rapoport
1977. "Maladaptation in social systems", en Friedman y Rowlands (comps.), *The Evolution of Social Systems*, Londres, Duckworth.
- Roosevelt, A.
1991. *Persons and Time in Lowland Amazonia*, Chicago.
- Rowlands, M.
1982. "Processual archaeology as historical social science", en Renfrew, A. C., M. J. Rowlands y B. Seagraves (comps.), *Theory and Explanation in Archaeology*, Londres, Academic Press.
- Rowlands, M., M. T. Larsen y K. Kristiansen
1987. *Centre and Periphery in the Ancient World*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Sahlins, M.
1976. *Culture and Practical Reason*, Chicago, Chicago University Press.
- 1985. *Islands of History*, Chicago, Chicago University Press.
- Sahlins, M. y P. Kirch
1992. *Anahulu, the Anthropology of History in the Kingdom of Hawaii*, Chicago, Chicago University Press.
- Sanders, W. y Deborah Nichols
1988. "Ecological theory and cultural evolution in the Valley of Oaxaca", en *Current Anthropology* 29, vol. 1, pp. 33-80.
- Shanks, M.
1992. *Experiencing the Past*, Londres, Routledge.
- Shanks, M. y C. Tilley
1987. *Reconstructing Archaeology*, Londres, Routledge.
- Shennan, S.
1993. "After social evolution: a new archaeological agenda?", en Yoffee N. y A. Sherratt (comps.), *Archaeological Theory: Who Sets the Agenda*, Cambridge, Cambridge University Press.
- 1997. *Darwinian Archaeology*, Papers from the Institute of Archaeology, vol. 8, pp. 1-6.
- Thacker, A.
s/f. "Foucault and the writing of history", en M. Lloyd y A. Thacker (comps.), *The Impact of Foucault on the Social Sciences and Humanities*, Londres, Macmillan.
- Thomas, J.
1996. *Time, Culture and Identity*, Londres, Routledge.
- Thompson, E. P.
1978. *The Poverty of Theory and Other Essays*, Londres, Macmillan.
- Tilley, C.
1984. "Social formation, social structure, and social change", en I. Hodder (comp.), *Symbolic and Structural Archaeology*, Cambridge, Cambridge University Press.
- 1993. *Interpretative Archaeology*, Oxford, Berg.
- 1996. *The Phenomenology of Landscape*, Oxford, Berg.
- Turner, B.
1981. *For Weber*, Londres, Sage.

- Ucko, P.
1979. *Form in Indigenous Art*, Canberra, Institute of Aboriginal Studies.

- 1995. *Theory on Archaeology*, Londres, Routledge.

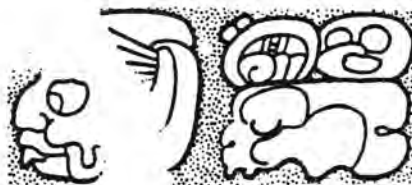
- Weber, M.
1961. *From Max Weber: Essays in Sociology*, H. Gerth y C. Wright Mills (eds.), Londres.

- Wilmsen, F.
1989. *The Land of Flies*, Londres, Hutchinson.

- Williams, R.
1980. *Problems in Materialism and Culture*, Londres, NLB.

- Wolf, E.
1982. *Europe and the Peoples without History*, Berkeley, University of California Press.

- Zizek, S.
1994. *The Sublime Object of Ideology*, Londres, Verso.



La escultura de Yaxchilán

Maricela Ayala Falcón



Mathews, Peter Lawrence, *La Escultura de Yaxchilán*,¹ México, INAH (Serie Arqueología), 1997.

Cuando Peter Mathews, que es como lo conocemos, presentó su tesis doctoral, fuimos varios quienes le propusimos nos permitiera publicar su obra, pero él quiso que se publicara en México, traducida al español por el INAH. En diciembre de 1997 apareció la obra.

Se trata de un estudio epigráfico que versa sobre las inscripciones del sitio Yaxchilán, fundamentalmente, en el cual el autor busca reconstruir la historia prehispánica del mismo

¹ Con este título presenta el INAH la traducción de la obra *The Sculpture of Yaxchilan*, A Dissertation presented to the Faculty of the Graduate School of Yale University in Candidacy for the Degree of Doctor of Philosophy (1988).

apoyándose, entre otros documentos, en la información arqueológica existente.

Esta tesis doctoral ha sido fuente de consulta obligada para aquellos interesados en la epigrafía maya, y no sólo la de la región del Usumacinta, pero la disertación, como puede comprenderse, no era accesible ni siquiera a los epigrafistas. Ahora, gracias al INAH, el estudio de la escultura de Yaxchilán y el desciframiento de sus textos jeroglíficos, es decir, la historia prehispánica de uno de los sitios relevantes del pasado prehispánico maya, se han puesto en las manos del público.

El trabajo tiene a su favor varios méritos, entre ellos: el presentar por vez primera al público de habla hispana la traducción de un *corpus* de inscripciones jeroglíficas mayas. El mostrar los avances logrados en el campo del desciframiento de la escritura jeroglífica maya, y, lo más importante, poner al alcance de los mexicanos la reconstrucción de la historia prehispánica de uno de tantos sitios que existen en nuestro país.

El trabajo, como ya se dijo, busca contextualizar la información epigráfica, con la arqueológica, y esto marca una diferencia con los estudios previos sobre el área maya. Hasta hace diez años, por decir una fecha, los interesados en la historia maya prehispánica estábamos acostumbrados a creer solamente en la arqueología.

Los avances logrados en la epigrafía maya empezaron a cambiar dicho enfoque. Un buen ejemplo es el libro al cual nos estamos refiriendo, mismo que está escrito en forma ligera y de fácil lectura, pero que en algunos pasajes podrá parecer oscuro al público no especialista; me refiero a los fragmentos en que el autor se detiene a explicar por qué seleccionó una fecha y no otra, especialmente en las llamadas Fechas de Rueda de Calendario.

En otras ocasiones el lector no especializado se sorprenderá al buscar la figura referida por el autor y notar que el texto está muy erosionado, por ejemplo la Escalera Jeroglífica 1; sin embargo, se logra obtener alguna información que viene a ratificar o completar datos presentes en otros textos. No, no es magia, ni tampoco imaginación del autor. Es la experiencia de muchos años de estudio, de ejercitarse viendo los jeroglíficos y dibujándolos. Aquí quiero mencionar otra gran aportación de *La Escultura de Yaxchilán*; me refiero a los dibujos que lo enriquecen de manera impresionante, muchos de ellos realizados por el propio Peter.

Los cuadros facilitan la lectura, ya que si se hubiera incorporado esa información dentro del texto se hubiera convertido en una lectura muy pesada.

En cuanto al contenido, como ya se mencionó, nos relata la historia de Yaxchilán. En la introducción se explica el propósito de la obra y el material con el cual se trabajó, principalmente el epigráfico, para proseguir con la historia del descubrimiento del sitio, los incidentes que dieron origen a la variedad de nombres del mismo —primer capítulo—, y la reseña de las investigaciones llevadas a cabo por otros estudiosos (capítulo 2), tomando en cuenta los trabajos de Tatiana Proskouriakoff.

En los capítulos 3 al 7 se describen las vidas de los gobernantes y sus hechos de mayor relevancia, hasta donde es posible dependiendo del estado de deterioro de los monumentos, o por el acceso a éstos mismos. Mathews recons-

truye la genealogía del sitio, desde su fundador hasta el último gobernante registrado en las inscripciones, logrando al mismo tiempo identificar el sistema político, social y religioso de la zona.

Con base en los relacionadores de parentesco, identifica a los progenitores de Escudo Jaguar 1, de quien se pensaba no era originario del sitio, y nos proporciona su fecha de nacimiento, la cual prueba que algunos gobernantes mayas llegaron a vivir más de 80 años.

El capítulo más largo se refiere a Pájaro Jaguar IV, y es también el más documentado respecto a las inscripciones. El problema del interregno aún no está resuelto, pero, como el mismo Mathews propone basado en su estudio y en lo que ahora se sabe de otras ciudades mayas, como Copán, ésta debió ser una época de reacomodo entre los distintos sitios, pues los nobles secundarios, *kahalob*, jugaron un papel cada vez más preponderante en la política de la región, situación que se conservó durante el reinado de su hijo, Escudo Jaguar II.

El tema de las relaciones políticas con las ciudades vecinas, y algunas no tan cercanas, se resume en el capítulo 10, que presenta una gran cantidad de mapas en donde el autor, apoyándose en los textos jeroglíficos y la presencia de los llamados Glifos Emblema, reconstruye la evolución de la política de la zona. Este capítulo, en mi opinión, es uno de los mejores logros de la obra.

Para concluir, quiero señalar dos puntos que quizás alguien, muy puntilloso, podría criticar. Como desafortunadamente no se explicó, en lo que pudo ser una nota del editor, que el libro tiene diez años de haberse escrito, hay comentarios de Mathews que ya han sido superados; específicamente el hecho de que en la actualidad ya se *leen* muchos jeroglíficos, y esto ha dado más información, pero en 1987 apenas se empezaba esta etapa del desciframiento. Ello no le quita mérito al trabajo de Peter, pues sus observaciones e interpretaciones siguen siendo

válidas. El otro punto al que me refiero es el problema de la traducción. Algunos términos empleados por los epigrafistas fueron traducidos en forma literal, y ello podría causar errores de interpretación, o dificultar la lectura; sugiero que si alguien tiene dudas, lea la tesis en inglés.

Por lo que toca a la obra en su presentación general, es de gran calidad; tanto los dibujos y los cuadros, como el texto mismo invitan al público a leer el libro desde la primera ojeada.

Ojalá que la información que se proporciona sea incorporada, en fecha próxima, en nuestros libros de texto, y así como los niños aprenden quién era Julio César, aprendan también quiénes eran *Yax Ton*, Jaguar Ojo Anudado, Escudo Jaguar y Pájaro Jaguar.

Edzná: una ciudad prehispánica de Campeche

Luis Alberto Martos López



Benavides Castillo, Antonio, *Edzná: una ciudad prehispánica de Campeche*, Christopher J. Follet (trad.), México, INAH, University of Pittsburgh, (Serie de Arqueología de México), 1997

Con este trabajo de Antonio Benavides, y la traducción de Christopher J. Follet, se inicia la nueva serie Arqueología de México, resultado del esfuerzo conjunto del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, el Instituto Nacional de Antropología e Historia y la Universidad de Pittsburgh. El objetivo de la serie es dar a conocer “las investigaciones arqueológicas originales que se llevan a cabo en México, cuyos resultados son importantes no sólo para los especialistas en la región, sino para quienes trabajan temas similares en otras partes del mundo”. En efecto, se trata de una obra bilingüe y pretenden llegar a un público mucho más amplio, tanto nacional como internacional, especializado o no en el tema. Ediciones de este tipo permitirán una mayor divulgación de nuestro patrimonio arqueológico y del trabajo de investigación y conservación que se realiza en México.

Edzná, a diferencia de otras ciudades mayas, permaneció en el anonimato hasta la primera década del siglo XX. Aquí no hubo algún célebre explorador que dejara sus impresiones, ni hechos notables si consideramos el tamaño y calidad arquitectónica de esta ciudad arqueológica.

Fue hasta 1906 cuando el jefe político del partido de Campeche reportó la existencia de ruinas en la Finca de Hontún, pero debido al movimiento armado revolucionario, el sitio tuvo que esperar hasta 1927 para ser considerado en serio. En ese año, Nazario Quintano Bello, inspector de monumentos arqueológicos, volvió a reportar el sitio y abrió la puerta para que los investigadores se interesaran en la exploración del sitio.

A partir de 1928, prestigiados investigadores visitaron el sitio; muchos de ellos realizaron planos topográficos, describieron la arquitectura, descifraron las inscripciones de las estelas, asimismo exploraron y restauraron distintos conjuntos de la antigua ciudad. Destacan los trabajos de José Reygadas, Enrique Juan Palacios y Federico Mariscal, Sylvanus G. Morley y Tatiana Proskouriakoff: Alberto Ruz, Raúl Pavón Abréu, César Sáenz y Héctor Gálvez, entre otros.

Entre 1943 y 1962 Alberto Ruz, Raúl Pavón Abréu y César Sáenz llevaron a cabo los primeros trabajos de exploración y restauración de estructuras en la Gran Acrópolis; labores que fueron continuadas por Román Piña Chan en 1970-1972. En 1986-1987 se inició un nuevo proyecto arqueológico, esta vez con la finalidad de apoyar y abrir fuentes de empleo para los refugiados guatemaltecos. De esta forma se exploraron nuevas estructuras bajo la dirección de Luis Millet, y continuó con esta labor Antonio Benavides en 1988.

De acuerdo con los datos históricos, a partir de los años 600-300 a.n.e., se estableció una pequeña aldea de agricultores a unos 50 km al sureste de la actual ciudad de Campeche. Su situación privilegiada en la parte norte de un extenso y fértil valle permitió que el asentamiento creciera; la sociedad se volvió cada vez más estratificada y compleja, hasta que se convirtió en el centro político de mayor importancia en el noroeste de Yucatán, con dos momentos de apogeo: durante el Clásico temprano (300-600 d.C.) y Clásico tardío y terminal (600-

1000 d.C.), seguidos por un último periodo de actividad que se continúa a través del Postclásico temprano y tardío hasta el año 1400 d.C., fecha aproximada en que el sitio declina y termina por ser abandonado.

Edzná cubre un área aproximada de 6 km², con una zona nuclear integrada por cerca de 20 grupos de estructuras que se distribuyen en torno a un complejo arquitectónico mayor, conocido como la Gran Acrópolis, sin duda alguna corazón y centro de la antigua ciudad. Este conjunto consta de una enorme plataforma sobre la que desplanta una docena de construcciones, sobresaliendo el edificio de cinco pisos, célebre desde el primer reporte del sitio a principios de este siglo.

Edzná llama especialmente la atención por sus construcciones, que reúnen elementos muy típicos de distintos estilos arquitectónicos, de tal manera que hay rasgos del estilo de Petén, como los complejos tipo acrópolis, la moldura de delantal, las esquinas remetidas y los mascarones de estuco; elementos tipo Puuc, que se observan en el tratamiento de algunos marcos, relieves y recubrimientos tipo mosaico, así como características propias del estilo Chenes, como las construcciones piramidales con múltiples habitaciones. Todo lo anterior, junto a la presencia de rasgos propios del sitio, hicieron que por mucho tiempo fuera difícil definir estilísticamente la antigua ciudad; incluso se llegó a hablar de un estilo propio de Edzná. Sin embargo, gracias a las investigaciones, sabemos que la presencia de estos elementos pueden ser resultado de las interrelaciones que la élite del sitio mantuvo con otras regiones del mundo maya, así como del desarrollo de una compleja red comercial que permitió estrechar relaciones sociales, políticas y económicas con otros centros rectores contemporáneos.

El caso de Edzná, aunque notable, no es único, pero de cualquier manera podría ser un motivo suficiente para intentar una redefinición de los estilos arquitectónicos mayas, tratando de estudiar hasta dónde ciertos elementos tradiciona-

mente relacionados con una región, son en realidad propios o fueron sólo un rasgo común a todo el mundo maya.

Otra característica importante de la antigua ciudad arqueológica es el complejo sistema de canales, estudiados por Matheny y otros investigadores de la Fundación del Nuevo Mundo entre 1971 y 1974. En cierta época se pensó que los antiguos mayas, al igual que sus actuales descendientes, habían basado su economía en una agricultura de quema y roza, por lo cual se concluyó que era poco productiva e inestable. Pero la posterior localización de numerosos sitios arqueológicos con extensas zonas habitacionales hizo suponer la presencia de una enorme población; por lo tanto, el viejo esquema productivo no explicaba adecuadamente esa densidad, así que tuvieron que buscarse nuevas respuestas. Poco a poco se fueron descubriendo los complejos sistemas de agricultura intensiva: la utilización de camellones, campos elevados, terrazas, canales de irrigación, etcétera; a este nuevo panorama se sumó Edzná con su importante sistema de obras hidráulicas.

Las tierras del valle de Edzná se inundaban año con año, provocando problemas a la población, tanto en el aspecto de urbanismo y tránsito por la zona, como para la agricultura. Por ello, desde épocas muy tempranas, los mayas diseñaron un ingenioso sistema de drenaje que además fue utilizado para irrigación de campos agrícolas, como depósito de agua y aun para la comunicación por medio de la navegación en canoas. El sistema incluía un canal maestro de 12 km de longitud, 30 canales alimentadores y 84 canales para depósito y para recolección de agua de lluvia.

Otro aspecto importante en el sitio es la presencia de mascarones cuyas características resultan muy semejantes a sus similares de varios sitios de Guatemala, Belice, sur de Quintana Roo y aun del norte de Yucatán; también las estelas con inscripciones jeroglíficas son semejantes a las de otros centros del área maya central. Las semejanzas iconográficas de estos

elementos manifiestan claramente la preocupación de las dinastías gobernantes por reafirmar y legitimar su posición privilegiada a la cabeza de la sociedad, ya que, además, se consideraban descendientes y herederos de las mismas deidades. De igual manera, la recurrencia temática enfatiza la homogeneidad del pensamiento maya.

Todo lo anterior es sólo una parte de los aspectos que se abordaban en el trabajo de Antonio Benavides, quien muestra un amplio conocimiento del sitio que él mismo ha trabajado, por lo tanto brinda una detallada y confiable descripción de Edzná en general y de cada conjunto y edificio del lugar en particular. Por supuesto, el lector no debe pensar que este libro implica una simple monografía, porque estaría cometiendo un grave error. El trabajo es mucho más ambicioso, incluye la información más completa y actualizada acerca del acceso al sitio, etimología, estudios e investigaciones previas, medio geográfico, sistemas hidráulicos, patrón de asentamiento, arquitectura, iconografía, materiales arqueológicos, cronología, etcétera, de tal manera que nos permite contemplar el desarrollo y particularidades de este importante asentamiento.

La obra incluye también tres apéndices: una cronología de las investigaciones llevadas a cabo en Edzná y sus resultados, las estelas del sitio y los complejos cerámicos; además de una abundante bibliografía para quien busque profundizar en el tema.

Edzná: una ciudad prehispánica de Campeche representa una excelente guía para conocer el sitio, una estupenda obra de consulta para el especialista y es, finalmente, una cuidadosa edición que garantiza la calidad y profesionalismo de esta nueva serie.

Glifo maya en una representación huasteca de la deidad jaguar-pájaro-serpiente

*Gustavo A. Ramírez Castilla**

Con motivo de la remodelación del Museo de la Cultura Huasteca ubicado en el Tecnológico de Ciudad Madero, Tamaulipas, se emprendió la búsqueda de nuevos materiales que pudieran ser exhibidos. Entre los materiales guardados en la bodega se encontró una pequeña pieza tallada en piedra, con un fino grabado en buril que detalla los rasgos y símbolos que la decoran (fig. 1).

La pieza en general tiene la forma de un ave con las alas recogidas. Se observa perfectamente la cola y las patas, cuyos dedos sólo se insinúan con un par de líneas. Mide 4.5 cm de largo por 1.5 cm de alto y 1.5 cm de espesor, en el punto más ancho. Está elaborada en piedra basáltica, de cierta dureza para el trabajo fino, pero sabemos que los huastecos fueron excelentes artistas del buril, habilidad que se confirma con esta pequeña obra.

La pieza está catalogada con el número de inventario 10-334507; se ignora su lugar de procedencia, pero en las bolsas se encontraba asociada a materiales del sitio conocido como Mata del Muerto, una isleta de la laguna de Champayán, en el municipio de Altamira. La cédula correspondiente la describe como un águila decorada con motivos geométricos, pero las característi-

cas que pude observar me llevan a una interpretación distinta (fig. 2).

El cuerpo es sin duda el de un ave. Sus alas están pegadas a los costados, ostentando la forma de una voluta, sólo que sin la espiral interior, pues esta parte está decorada con un glifo, del cual trataremos más adelante. La cabeza, sin embargo, no es la de un ave. Al observarla con detenimiento, me percaté de que se trata de la cabeza de un felino, para ser más exactos, de un jaguar. Esta cabeza con forma de dado tiene a los lados un rebaje triangular que forma las mejillas, dejando al centro un bloque rectangular realzado que forma la nariz; las fosas nasales están detalladas por el grabado. Las fauces se insinúan por líneas horizontales y verticales que simulan los dientes. Sus ojos son dos elipses en forma almendrada, dibujados por el buril. Si alguna duda cabe respecto a su identidad, las orejas del animal están sobre la nuca, como un hemisferio dividido en dos.

El cuerpo está decorado con líneas diagonales formando rombos sobre su espalda y cabeza para representar la piel de la serpiente. Esta opinión se basa en el hecho de que la cola del ave es un crótalo de dos secciones, por lo que se puede afirmar que el cuerpo ostenta los atributos de la víbora de cascabel, hecho que tiene una gran relevancia para explicar su significado.

* Centro INAH Tamaulipas.



● Fig. 1 Esculturilla que representa a la deidad jaguar-pájaro-serpiente. (Cortesía del Museo INAH de la Cultura Huasteca, Cd. Madero, Tamps.) Foto: Margarita Aranda

Por las características mencionadas, esta pieza puede identificarse como una representación de la deidad jaguar-pájaro-serpiente. Esto resulta de gran interés, ya que al parecer es la única representación de este tipo para la Huasteca. La génesis del pájaro-serpiente se remonta, según lo explica Piña Chan, a la Etapa Aldeana, en el periodo Preclásico o Formativo. Aparece primero como

...una serpiente acuática, terrestre y algo realista, relacionada con el agua, que se convierte en un dragón-serpiente-jaguar, algo abstracto y asociado a la agricultura y a los ritos agrarios (tierra-agua-fertilidad); y un jaguar-serpiente que se va transformando en una serpiente de cascabel terrestre, a la que se le agregan alas y cabezas de pájaros o de *cipactlis*, deviniendo en una manifestación sobrenatural de deidad dispensadora de la lluvia, del agua celeste y la fertilidad (Piña Chan, 1985:23).

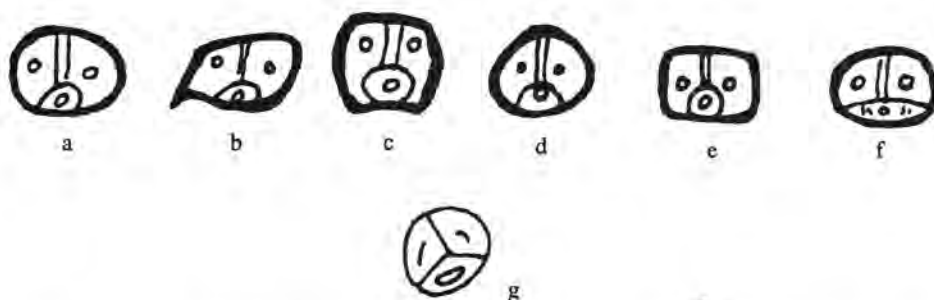
Esta deidad sería retomada después por los teotihuacanos durante la Etapa de las Ciudades Teocráticas y convertida en un pájaro-serpiente, o serpiente emplumada, es decir, *quetzalli-cóatl*, tal como se aprecia en los tableros del Templo de Quetzalcóatl, en la Ciudadela de Teotihuacan.

La pequeña escultura es, pues, una variante del pájaro-serpiente o *quetzalli-cóatl* primitivo, con la particularidad de poseer además, la cabeza de jaguar que, al igual que en las repre-

sentaciones teotihuacanas con cabezas de lagarto o *cipactli*, hace referencia a lo terrenal. Resulta interesante comparar la cabeza de esta pieza con la del jaguar que decora las alfardas del templo 40-A, la escultura mayor del Conjunto Plaza Oeste en Teotihuacan.¹ La similitud entre ambas (fig. 3) nos permite inferir el posible antecedente teotihuacano en la factura de esta creación.

No hay duda, pues, respecto al significado de esta esculturilla. Se trata de la deidad portadora de la lluvia fértil, de las nubes de agua, el animal vehículo de Tláloc, dios del agua. Se encuentra ligada, por lo tanto, a los ritos agrícolas de la fertilidad. Se sabe que el culto a la fertilidad fue el más importante entre los huastecos. Numerosas muestras las tenemos en las figurillas de mujeres desnudas y a veces embarazadas, símbolo de la fertilidad terrestre y humana, así como en el culto a Xilonen, diosa del maíz tierno, y a Tlazoltéolt, nuestra madre también en el culto fálico y en otras manifestaciones de esta índole, comunes en la cultura huasteca. Por lo tanto, no resulta extraña la presencia de la deidad jaguar-pájaro-serpiente en la región a que nos venimos refiriendo: la

¹ Este conjunto corresponde cronológicamente con la construcción de la Pirámide del Sol, la Pirámide de la Luna, el Templo de Quetzalcóatl y otras construcciones cercanas a la Calzada de los Muertos; todos éstos pertenecen a las épocas I y II entre 100 a.C. y 300 d.C., según lo estableció Acosta (Morelos García, 1993:104-105).



● Fig. 4 Glifos del día *ahau*.
 a) Raya redonda.
 b y c) Códice Dresde,
 d y e) Códice Madrid,
 f) Códice París,
 g) Esculturilla de Mata del Muerto, Tamps.

Landa y en varias páginas de los códices de Dresde, de París y de Madrid (fig. 4).

Los glifos mayas en la Huasteca no son una novedad. Piña Chan (1959:34) ha identificado los glifos de los días *exnab* y *ahau* en la escultura de "El Adolescente", procedente de Tamohi,⁴ S.L.P. García Payón (1978:429) identificó a su vez los glifos de los días *ik*, *manik*, *ahau*, *akbal*, *chuen* y *tzec*, en la misma escultura. Por otra parte, es bien sabido que existen elementos culturales huastecos con antecedentes mayas, por ejemplo ciertas costumbres funerarias, algunos tipos de mutilación dentaria, la deformación craneana y algunos elementos en la arquitectura, escultura y cerámica (Ochoa, 1984). El parentesco entre los idiomas huasteco y maya ha permitido identificarlos como pertenecientes a un mismo tronco lingüístico, cuya separación ocurrió hacia el 1500 a.C. (Ochoa, 1972). Sin embargo, resulta todavía muy difícil explicar cómo se difundieron desde el área maya hasta la Huasteca elementos culturales que se originaron varios siglos después de la separación de ambos grupos; tal es el caso de la escritura, la numeración y el calendario, dado que la adquisición de estos conocimientos y su dominio sólo habrían sido posibles a través de un contacto prolongado, metódico y consciente. Has-

ta ahora no hay pruebas de que estos sistemas de registro hayan tenido una gran difusión en la región,⁵ por lo que su uso y conocimiento parece haber estado restringido a unos cuantos privilegiados.

Si, en efecto, se trata del glifo *ahau*, el símbolo que porta sobre las alas la escultura que estudiamos, ¿qué relación tiene con la deidad jaguar-pájaro-serpiente a la que representa? De no ser así, ¿qué significa ese símbolo?

Bibliografía

- García Payón, José
1978. "La Huasteca", en *Historia de México*, vol. 2, México, Salvat.
- Morelos García, Noel
1993. *Proceso de Producción de Espacios y Estructuras en Teotihuacan*, México, INAH (Colección Científica).
- Ochoa, Lorenzo
1972. *Los Huastecos a través de las Crónicas: el Tipo Físico y sus Costumbres Funerarias y Étnicas*, San Luis Potosí, Archivos de Historia Potosina (Cuaderno 21).
- 1984. *Historia Prehispánica de la Huasteca*, 2a ed., México, UNAM.
- Piña Chan, Román
1959. *El Museo de la Cultura Huasteca, Guía Oficial*, México, INAH.
- 1985. *Quetzalcóatl, Serpiente Emplumada*, México, FCE-SEP (Lecturas Mexicanas, 69).

⁴ Conocida anteriormente como Tamulín.

⁵ Alfonso Caso reconoce que, aunque no se puede negar que los huastecos conocieron el Tonalpohualli, o calendario solar, es de quienes se tiene menos información (García Payón, 1978:424). García Payón da cuenta de la existencia de algunos nombres de los días del calendario en una lengua desconocida, en mexicano y otomí, en el *Manuscrito Mexicano 65*, conservado en la Biblioteca Nacional de París, llamado también *Códice Goupll*. La lengua desconocida resultó ser el huasteco (García Payón, *op. cit.*).

noticias de reuniones

Homenaje al doctor John Paddock

*Gabriela Uruñuela y Elise Parent**

En enero del año en curso falleció el doctor John Paddock, destacado antropólogo a quien se le recuerda, junto con Ignacio Bernal y Alfonso Caso, por sus grandes aportaciones a la arqueología y etnohistoria de Oaxaca. Sus trabajos principales tuvieron lugar en Yagul, Mitla, Lambityeco, Yatachío y Pueblo Viejo en Oaxaca, así como en el Barrio Oaxaqueño en Teotihuacan. Además Paddock jugó un rol crucial en la Universidad de las Américas, sucesora del Mexico City College, donde inició sus estudios de antropología en 1951 como discípulo de Bernal; con el paso del tiempo, Paddock sería Jefe del Departamento de Antropología en esa institución. Posteriormente fue decano de la Escuela de Ciencias Sociales y Humanidades, fundador del Centro de Estudios Oaxaqueños y colaborador en la creación del Museo Frissell en Mitla.

Desde mediados de los ochenta Paddock residió permanentemente en Oaxaca. Sin embargo, mantuvo hasta su muerte una estrecha comunicación con el Departamento de Antropología de la Universidad de las Américas, Puebla (UDLA-P), lugar donde formó tantas generaciones de estudiantes en los que imprimió su sello disciplinado y a quienes contagió su amplio interés por todas las ramas de la antropología.

* Departamento de Antropología, Universidad de las Américas, Puebla.

El 22 de mayo del año en curso, compañeros, amigos y exalumnos de John Paddock se reunieron en la Sala Noguera del Edificio de la Hacienda de la Universidad de las Américas para llevar a cabo un homenaje en su memoria. En el evento, auspiciado por el Departamento de Antropología de la UDLA-P y organizado por la doctora Patricia Plunket y el doctor Timothy Knab, se presentaron ocho conferencias, que fueron impartidas por antropólogos de diversas instituciones de México y Estados Unidos (colegas o alumnos del doctor Paddock), los doctores Paul Schmidt, Marcus Winter, Michael Lind, Evelyn Rattray, Javier Urcid y Ronald Spores, y los maestros Emily Rabin y Ralph Cake.

La inauguración fue presidida por el doctor Enrique Cárdenas, Rector de la UDLA-P, quien en su discurso hizo hincapié en el ejemplo de excelencia que Paddock dejara. Después el doctor Edward Simmen, compañero de trayectoria de Paddock en su paso por la universidad. Simmen presentó una serie de fragmentos de sus entrevistas a John Paddock, que permitieron a los participantes un acercamiento de índole muy personal al temperamento y filosofía del antropólogo.

Paul Schmidt expuso su visión como exalumno de Paddock, y en su ponencia quedó claro el

rigor científico y el adecuado uso de escepticismo que el maestro transmitía a sus estudiantes. Seguramente, para los futuros antropólogos ahí presentes, la exposición de Schmidt fue también un recuento muy didáctico de lo que debe y lo que no debe hacerse en cuanto al manejo de los datos arqueológicos.

Marcus Winter, con quien Paddock compartiera su devoción por Oaxaca, se refirió a la cultura Nuiñe de la Mixteca Baja. Según Winter, una de las contribuciones más importantes de Paddock a la arqueología es el concepto de Nuiñe, el cual se dio a conocer en *American Antiquity* en 1965 y —afirmó— “...hemos tenido la oportunidad de investigar y probar que estaba en lo cierto”.

Michael Lind, asistente-estudiante de Paddock y más tarde profesor de la UDLA-P, cuando Paddock formaba parte de su facultad, se ha encargado junto con otros investigadores de verificar algunas propuestas arqueológicas de Paddock sobre Oaxaca. En esta oportunidad, Lind abordó el tema de la Tumba 6 de Lambityeco, excavada entre 1961 y 1976 por Paddock, quien trató de mostrar la relación de los esqueletos ahí depositados con los relieves del Señor 1 Piya y la Señora 10 Naa.

Evelyn Ratray habló de las excavaciones realizadas, siendo ella estudiante, con Paddock en el Barrio Oaxaqueño en Teotihuacan, el trabajo que dio oportunidad a Paddock de “exportar” del marco regional oaxaqueño la relevancia mesoamericana de los antiguos zapotecas.

Javier Urcid, uno de los últimos alumnos “formales” de Paddock y evidente heredero de su enfoque multidisciplinario, presentó el trabajo “Tradiciones escriturales y cómputos del tiempo: los portadores anuales en los antiguos calendarios del sureste de Mesoamérica”, en el cual comparó las ideas de Caso, Whittaker, Moser, Seller y Marcus ofreciendo, de esta manera, una nueva alternativa para su interpretación.

Emily Rabin llegó a México en la década de los 60 para trabajar con Paddock durante dos me-

ses que se volvieron 12 años. En esa época fue su primera estudiante-asistente y desde entonces, la doctora Rabin dedicó su trabajo a correlacionar la cronología de los códices mixtecos, una inquietud motivada por Paddock. Hoy, a sus 81 años, no pudo viajar para asistir al homenaje de su mentor, pero envió su ponencia, que fue leída por Michael Lind: “Toward a unified chronology of the historical codices and pictorial manuscripts of the Mixteca Alta, Costa, and Baja: An overview”. En ella enfatiza los lazos que detectan entre estas regiones, según se puede deducir de los códices.

Ralph Cake relacionó su trabajo “Bali: The survival of a traditional society” con artículos escritos por Paddock para Oaxaca, comparando la sobrevivencia de la sociedad tradicional de Bali con la sociedad tradicional mesoamericana después de la Conquista.

El último exponente, Ronald Spores, compartió con los asistentes su visión sobre quien hasta su muerte fuera no sólo su colega sino también entrañable amigo: “Paddock era un adelantado a su tiempo..., investigó los nexos entre zapotecas y mixtecas usando fuentes de etnografía y etnohistoria, además de documentación histórica para poner la arqueología en su contexto global.” Paddock, según Spores, era catalítico de todo, con metodología convergente.

Finalmente, para dejar “hablar” al propio Paddock ante un público que incluía también estudiantes que nunca lo conocieron personalmente, Gabriela Uruñuela leyó dos de las cartas que recibió de Paddock en los últimos años; en ellas se transmite la preocupación del autor por que la información se publique y por que los jóvenes sean más atrevidos para expresar sus ideas, pero más prudentes en cuanto a sus aseveraciones.

El homenaje cumplió con su propósito: proporcionar una visión definida de Paddock, un antropólogo completo, sarcástico, desconfiado, crítico, metódico, creativo, trabajador y un excelente amigo. No era un personaje fácil pero,

en palabras de Simmen, "... las amistades que hacía eran para siempre". Esto se manifestó claramente en el respeto y afecto con que los exponentes hablaron de él.

Actualmente se está trabajando en la edición de las conferencias para publicarlas como un número especial de *Notas Mesoamericanas*.

IV Congreso Internacional de Mayistas

*Ana Luisa Izquierdo**

El Centro de Estudios Mayas del Instituto de Investigaciones Filológicas (IIF) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) celebró el IV Congreso Internacional de Mayistas en el atractivo marco de la Ciudad de Antigua, Guatemala, rodeado por la colección de arte colonial del Hotel Casa Santo Domingo.

Para el patrocinio, diversas instituciones de la UNAM unieron sus esfuerzos al IIF: la Dirección General de Intercambio Académico y el Posgrado en Estudios Mesoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras. Pilar fundamental en ello fue la Fundación UNAM, y recibimos colaboración también de la Secretaría de Relaciones Exteriores y de la Embajada de México en Guatemala.

Los participantes fuimos espléndidamente atendidos por los anfitriones, entre ellos el doctor Juan Antonio Valdés, Director del Patrimonio Cultural y Natural y Director del Instituto de Antropología e Historia del gobierno de Guatemala, quien contó con el decidido apoyo de los empresarios de Antigua.

El objetivo de las reuniones internacionales es ofrecer un espacio académico que permita a los mayistas comunicar los avances de sus propias investigaciones, y a su vez conocer las novedades que han producido otros colegas de distintos países. En esta ocasión contamos con la pre-

sencia de especialistas de Guatemala y México, así como de España, Alemania, Japón, Francia, Polonia, Inglaterra, Canadá, Austria, Dinamarca, Holanda, Rusia e Israel, con ello el Centro de Estudios Mayas contribuye al avance científico de estos estudios a nivel universal.

El Congreso giró en torno a uno de los problemas más controvertidos: la identidad maya. Tal problemática se trató en las mesas plenarias con invitados especiales, quienes abarcaron las tres épocas fundamentales de la historia maya: la prehispánica, la colonial y la contemporánea.

La conferencia inaugural, impartida por el mismo anfitrión, el doctor Valdés, se tituló "Lo maya, los mayas y los mayistas", tres distintos modos de ver el conocimiento de esta civilización. La clausura se llevó a cabo con la conferencia del doctor Mario Humberto Ruz, "Los extravíos del ser: identidades mayas de muerte".

A lo largo del Congreso se pusieron en claro las características de la identidad maya, entre las que destaca el fraccionamiento, lo que fue demostrado con la ponencia de la arqueóloga Bárbara Arroyo. Este fraccionamiento de las identidades mayas también es alumbrado por la antropología física, al no hallar un patrón biológico físico entre los mayas, como lo enfatizó Lori E. Wright. Por su parte, Otto Schumann, desde la perspectiva lingüística, puntualizó los encuentros y desencuentros de los mayas ante la Conquista, esto es sus diversas posiciones ante el enfrentamiento, y negó la existencia, entre ellos, de una conciencia identitaria que unificara sus respuestas ante el enfrentamiento.

Okoshi plantea lo que el término *maya* fue realmente: alude a la pertenencia de una unidad política que en el momento de la Conquista ya no existía, porque se identificaba con el *cuchcabal* en el que un grupo estaba asentado y éste era de Mayapán. Después de la caída de los dirigentes, este pueblo ya no se identificó más con los mayas. Con ello se demostró que la concepción unificada de un pueblo maya es una clasificación moderna.

*Centro de Estudios Mayas, UNAM.

Respecto a la consideración de los mayas actuales, el doctor Robert Carmack, siguiendo el método primordial, insistió en la participación de los indígenas en la historia de las naciones donde viven, integrados de tal forma que tengan un papel protagónico.

Se cumplió a cabalidad con las 43 sesiones programadas, manteniéndose en todo momento un nutrido público; algunas destacaron por las ávidas discusiones, como aquellas sobre "Estudios de género", o la titulada "Interrelaciones entre los linajes y la organización político-territorial de la península de Yucatán". Otras se distinguieron por ser excelentes trabajos, por ejemplo la ponencia "Arqueoastronomía y estructuración tiempo-espacio en la sociedad maya". Varias conferencias acapararon la atención y, dignas de admiración, despertaron la avidez por los nuevos descubrimientos, entre ellas "Nuevas investigaciones en Calakmul", "Bonampak: imágenes antiguas, raíces de identidad" y "Tikal: relaciones internas y externas".

También hubo aportaciones significativas en relación con las soluciones a la problemática que vive hoy la población maya, como aquellas de la legislación indígena: "Hacia un pluralismo jurídico" y "Volver como mayas de Guatemala: el proceso de identidad y comunidad en la diáspora maya". Los aportes originales sobresalieron en temáticas como la "Literatura maya" o "El código trocortésiano", siempre referidos a la identidad.

Este IV Congreso fue un espacio académico libre y plural, en el cual se intercambiaron resultados de investigaciones de diversos campos: desde la astronomía y la biología, hasta la filología y la literatura pasando por todas las ramas de la antropología y la historia. Con ello, el Centro de Estudios Mayas ha contribuido en los avances científicos de estos estudios, en todo el mundo.

Finalmente, cabe mencionar que vivir en Casa Santo Domingo resultó una experiencia inolvidable para quienes vemos el futuro a través del

pasado, en el cual ciframos afanes, nuestro gozo y plenitud.

Reseña acerca de la Primera Mesa Redonda de Monte Albán

Nelly Robles

El evento académico más importante del presente año para la zona arqueológica de Monte Albán fue la Primera Mesa Redonda de Monte Albán, cuyo tema fue "Procesos de cambios y conceptualización de tiempo". Esta actividad dio inicio a las mesas redondas en las que se desarrollaron temas relacionados con este sitio y sus manifestaciones que han influido y trascendido hacia otras culturas, regiones, etnias y épocas.

Debido a la importancia y nivel académico que se pretendía, se convocó a los investigadores más calificados en el estudio de la zona, tanto nacionales como extranjeros, quienes acudieron a la ciudad de Oaxaca, lugar de esta Mesa Redonda, que se celebró del 29 de junio al 3 de julio.

Para la realización de este evento se contó con la aprobación y soporte de la Secretaría Técnica del INAH.

Objetivo

El objetivo de la Primera Mesa Redonda de Monte Albán es contribuir a la reflexión de los problemas relacionados con la periodización y desarrollo de la cultura de Monte Albán, desde una perspectiva interdisciplinaria que plantee nuevas preguntas y examine los datos y teorías existentes mediante nuevas perspectivas.

Considerando la necesidad de que los estudios técnicos particulares acerca de la temporalidad de las culturas oaxaqueñas sean abordados desde un marco de reflexión teórico y práctico, se trató de relacionar diferentes conceptualizaciones del tiempo. Por una parte, las cronologías, se-

cuencias de procesos formativos, acontecimientos, estilos de cultura material, etcétera, que son la base del discurso histórico respecto a la evolución social y cultural; por otra, la visión del tiempo propia de la cultura en cuestión, expresada en una periodización particular y en el uso del calendario, lo cual refleja una ideología vinculada con su simbolismo religioso, la astronomía y las actividades agrícolas. De acuerdo con esto, se manejaron los siguientes subtemas:

Subtema 1. La periodización basada en técnicas arqueológicas: estratigrafía, C14, cerámica, contextos funerarios, entre otras. Cronología que define el sitio en términos de origen, florecimiento, colapso y reuso.

Subtema 2. La historiografía de la cultura, los registros en estelas y demás inscripciones del sitio, documentos pictográficos del Postclásico.

Subtema 3. Cambios y continuidad del calendario mesoamericano.

La intención al desarrollar esta temática era propiciar un diálogo interdisciplinario, entre arqueólogos, etnohistoriadores, antropólogos, historiadores y otros profesionales de disciplinas afines, con el objetivo de que el resultado de sus investigaciones redunde en una mejor comprensión de las culturas de Oaxaca.

Ponencia magistral

Considerando la gran jerarquía y amplia trayectoria como catedrático-investigador, y sabiendo del interés que ha manifestado mediante sus trabajos en Oaxaca y, en especial, en la zona arqueológica de Georgia, fue postulado Stephen Kolaweski como el ponente magistral.

La conferencia magistral se resume de la siguiente manera:

“Monte Albán alfa y omega”

El establecimiento de Monte Albán en ca. 500 a.C. como un nuevo concepto de capital regio-

nal fue una transformación total que afectó cada rincón de Oaxaca central y cada aspecto de su cultura. Sea en momentos definidos o durante procesos que duraban dos o tres siglos, cambiaron profundamente la forma de gobierno, la guerra, el arte y la cosmovisión, los medios de producción en intercambio y los modos de la vida diaria, aun hasta los detalles de la tortilla y los conceptos de la buena casa. En la onda de reestructuración que pasó por todo Mesoamérica alrededor de 500 a.C., Monte Albán fue precoz en la innovación de nuevas instituciones culturales, incluyendo las formaciones políticas, la escritura y el calendario.

En la segunda parte de la ponencia se estudia el reverso: la reconstrucción de Monte Albán como capital regional en el siglo VII d.C. Se examinan la continuidad y el cambio de los mismos aspectos de cultura que fueron analizados en la primera parte del presente estudio. El estado de Monte Albán se deshizo, aparentemente, no de una vez, sino en un proceso centrifugal e inexorable que, siglos después, resultó en la cultura oaxaqueña del siglo XVI. Se afirma que el final de Monte Albán no fue total: Monte Albán nunca ha sido abandonado como lugar importante en el paisaje ni como eje simbólico ni como manantial perdurable que ofrece mucho por enriquecer la educación pública.

La dinámica a seguir en el desarrollo de las ponencias tuvo como base los siguientes subtemas:

Subtema 1) “La periodización basada en técnicas arqueológicas: estratigrafía, C14, cerámica contextos funerarios, etcétera. Cronología, que define al sitio en términos de origen, florecimiento, colapso y reuso”, el moderador fue Marcus Winter.

Las ponencias presentadas fueron: “La medida del tiempo en Monte Albán vista a través de distintas categorías materiales y conceptuales”, por Bernd Fahmel Beyer (Universidad Nacional Autónoma de México). “Tiempo y es-

pacio en Monte Albán. La construcción de una identidad compartida”, por Marcus Winter y Miguel Bartolomé (Centro INAH Oaxaca). “La Mixteca Baja y Monte Albán en el periodo Clásico, algunas comparaciones culturales”, por Iván Rivera (ENAH). “Estratificación social, salud y nutrición en un grupo de pobladores de Monte Albán”, por Lourdes Márquez (ENAH-INAH) y Ernesto González Licón (MNAH-INAH). “Poder sacrificial en Oaxaca durante el Formativo Tardío”, por Arthur A. Joyce (Universidad de Vanderbilt). “Lambityeco y la fase XOO (C. 600-800 d.C.): las residencias élites del montículo 195”, por Michael D. Lind. Finalmente, “La producción doméstica de cerámica en Ejutla, Oaxaca: consideración de un complejo cerámico del periodo Clásico de un contexto de fabricación especializada”, por Gary M. Feinman y Linda M. Nicholas (Universidad de Wisconsin).

Exposición-homenaje a John Paddock

Como un reconocimiento al excelente investigador, tanto por su trayectoria como por su aportación a la cultura oaxaqueña, se planeó la Exposición-Homenaje a la memoria de John Paddock. A lo largo de la exposición se trataron varios temas respecto de las actividades realizadas por John Paddock como: *curriculum vitae*, producción editorial, trabajos en Yagul, trabajos en Lambityeco, sobre la cultura Nuiñe. Así como sus estudios etnohistóricos y las investigaciones referentes al Lienzo de Guevea y la genealogía de Macuilxóchitl y, por último, los Estudios de los códices Borgia y Nutall.

Subtema 2. “La historiografía de la cultura, los registros en estelas y demás inscripciones del sitio. Documentos pictográficos del Postclásico”, fungió como moderador Maarten Jansen.

Las ponencias presentadas fueron: “Monte Albán en la historiografía mixteca”, de Maarten Jansen (Universidad de Leiden). “Estudios mixtecos, ayer, ahora y mañana: ¿dónde estábamos, dónde estamos, a dónde vamos?”

de Ronald Spores. “Narrativas de poder en Monte Albán”, de Javier Urcid. “Pictografías del norte de Oaxaca. ¿Escritura periférica zapoteca?”, por Raúl Matadamas (Centro INAH Oaxaca). “Legitimación política después de la caída de Monte Albán: algunas perspectivas de la conquista de Tehuantepec”, por Judith Francis Zeitlin. “La genealogía de Macuilxóchitl y la historia del valle de Oaxaca”, por Michel R. Oudijk (Universidad de Leiden). “Una lectura profana sobre un asunto sagrado”, de Víctor de la Cruz (CIESAS Oaxaca). “Recitales e imaginaria: la estructura y narrativa de los programas escultóricos en el Formativo Tardío del valle de Oaxaca”, por Heather S. Orr (Universidad Estatal del Oeste de Colorado).

Dentro del marco de esta reunión se realizaron también “Talleres sobre nuevos descubrimientos en la cerámica de Monte Albán”, coordinados por Cira Martínez López, Alicia Herrera Muzgo y Robert Markens.

Este taller se llevó a cabo en el ex Convento de Santiago Apóstol, en Cuilpan de Guerrero (Área de Arqueología del Centro INAH Oaxaca). Esta actividad se inició con la ponencia titulada “La continuidad de la producción cerámica: investigación y análisis del barro de Santa María Atzompa”, de Mary Thieme (Universidad de Vanderbilt).

Subtema 3) “Cambios y continuidad en el calendario mesoamericano”, el moderador fue Javier Urcid.

Las ponencias dentro de este subtema fueron las siguientes: “Los portadores anuales en los antiguos calendarios de Oaxaca”, de Javier Urcid. “El calendario mesoamericano como constitución”, de John Monaghan (Universidad de Vanderbilt). “El calendario mazateco actual como fuente para el estudio del calendario antiguo”, de Sebastian van Doesburg (Universidad de Leiden) y Florencio Carrera González (Universidad Pedagógica Nacional, Huautla). “Alineamientos calendárico-astronómicos en

Monte Albán”, de Jesús Galindo (Universidad Nacional Autónoma de México). “El tiempo y la cosmovisión del Nuu Savi”, de Ubaldo López García (Academia de la Lengua Mixteca).

Una vez concluida las ponencias se manejó un tiempo considerable para la discusión, moderada por Marcus Winter, Maarten Jansen y Javier Urcid.

Como una continuación de la discusión general, se solicitó a los asistentes propuestas para conformar la temática de la Segunda Mesa Redonda de Monte Albán; se plantearon las siguientes sugerencias:

Maarten Jansen propuso crear conciencia acerca del patrimonio cultural, “La calidad de vida está en peligro así como el patrimonio de los monumentos del pasado; lo importante sería lograr una convergencia entre las comunidades y las ciencias para lograr una aportación conjunta para el cuidado y conservación de estas áreas”. Por su parte, Marcus Winter sugirió al tema “La unidad doméstica/comunidad y regional”, tratar los aspectos arqueológicos actuales y del pasado, analizar y tratar de integrar las diversas manifestaciones culturales como la lingüística, los mitos, entre otros. Javier Urcid y Víctor de la Cruz plantearon desarrollar el tema del manejo del espacio-tiempo en Monte Albán (zapoteco) como una evidencia epigráfica; la propuesta de Steve Kowalewski fue el tema “Los oaxaqueños y su medio ambiente, ciencias y humanismo”, para lo cual plantea extender la red que integre más las ciencias a las comunidades de Oaxaca; y a otras disciplinas, y propuso como subtemas:

- Calidad de vida y bienestar (natural y cultural).
- Testimonios de condiciones actuales de la comunidad.
- Conceptos de la naturaleza.
- Cambios y continuidad en el ámbito natural.
- Transiciones demográficas y sus afectaciones.

- Efectos de las actividades humanas sobre el medio ambiente.
- Efectos de cambio del medio ambiente en el presente, pasado y futuro.

Se señaló también la necesidad de extender la red para incluir a las ciencias relacionadas con Monte Albán en la calidad de vida y bienestar. Finalmente, Ubaldo López propuso reflexionar en torno a la forma de gobierno y los sistemas de elecciones en las comunidades, cómo ejercer su autonomía y por qué siguen subsistiendo. Asimismo, es de suma importancia poner atención a los discursos actuales de las personas de las comunidades, porque ahí se manejan las diversas manifestaciones culturales como la filosofía y la sabiduría interna. La recopilación de las propuestas se expondrá al consejo técnico para su evaluación y definición del tema.

Exposición del proyecto “Premio Monte Albán”

Se convocó a los estudiantes de arqueología a participar con sus trabajos de tesis relacionados con las temáticas de la Segunda Mesa Redonda de Monte Albán. Los trabajos serán evaluados por un jurado conformado por los investigadores ponentes en el evento.

El premio consistirá en:

- Participación como ponente en la Segunda Mesa Redonda de Monte Albán.
- Publicación del trabajo dentro de la Memoria del evento.
- \$1, 500.00 U.S. dls. en efectivo (aprobado por la Secretaría Técnica del INAH).

Visita de campo a San José Mogote y Monte Albán

Dentro de las actividades programadas fuera de la sede, se realizó la visita a los sitios arqueológicos de San José Mogote y Monte Albán.

Memoria de la Primera Mesa Redonda de Monte Albán

Entre los objetivos de la Primera Mesa Redonda se plantea la publicación de la Memoria. Actualmente se cuenta con la mayor parte del material (ponencias) y se trabaja en la compilación.



DIMENSIÓN

ANTROPOLÓGICA

REVISTA CUATRIMESTRAL

VOL. 11, SEPTIEMBRE-DICIEMBRE, 1997

**Minería y población, Real del Monte
1791-1865**

EDUARDO FLORES CLAIR

**Presencia de tres extranjeros en la
hacienda mexicana del siglo XIX**

MARÍA DEL CARMEN REYNA

**Intercambios festivos entre los
huicholes de San Andrés Cohamiata**

INGRID GEIST

**Términos de colores en el náhuatl de
Cuetzalan: un enfoque etnocientífico**

MARIO ALBERTO CASTILLO HERNÁNDEZ

**Procesos de flexibilización en dos
industrias mexicanas**

CARMEN BUENO CASTELLANOS

**¿Constituye la oración un dato original,
o es el origen de una clase de datos?**

CELIA MA. ZAMUDIO MESA

RESEÑAS

***Fray Diego Durán , una interpretación
de la cosmovisión mexica***

ASCENSIÓN HERNÁNDEZ DE LEÓN-PORITLLA

***De bautizados a fieles difuntos. Familia y
mentalidades en una parroquia urbana: Santa
Catarina de México, 1568-1820***

GILDA CUBILLO MORENO

Análisis estructural del ciclo de Quetzalcóatl.

Una aproximación a la lógica del mito en el México antiguo

JESÚS MONJARÁS-RUIZ



CONACULTA • INAH

VENTA EN:

Expendio del
Aeropuerto Internacional
de la Ciudad de México
Benito Juárez, Sala A, local 11
(llegadas nacionales),
tel. 571 02 67

Librería
Francisco Javier Clavijero
Córdoba 43,
col. Roma, C.P. 06700,
tels. 533 22 63 al 72

Mayores Informes
Proyecto Ferias
Liverpool 123, 2º piso
col. Juárez, C.P. 06600
tels. 207 45 50 o 73 ext. 128



EL ARTE
PREHISPÁNICO

EL ARTE VIRREINAL



LA MIRADA
DE TINA
MODOTTI



IMÁGENES DE LA
REVOLUCIÓN DEL
FONDO CASASOLA



IMÁGENES DE LA VIDA COTIDIANA

...están en nuestras postales

CONACULTA • INAH

A LA VENTA EN:

Expendio del Aeropuerto
Internacional de
la Ciudad de México
Benito Juárez, Sala A, local 11
(llegadas nacionales),
tel. 571 02 67

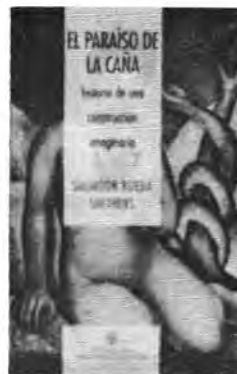
Librería Francisco Javier Clavijero
Córdoba 43, col. Roma,
C.P. 06700,
tels. 533 22 63 al 72

MAYORES INFORMES:

Mayores informes:
Liverpool 123,
2º piso
col. Juárez
C.P. 06600

NOVEDADES EDITORIALES

Wright Carr, David Charles ▶
Los franciscanos y su labor educativa en la Nueva España (1523-1580)
 INAH/EDUVEM
 (Divulgación)



◀ Rueda Smithers, Salvador
El paraíso de la caña. Historia de una construcción imaginaria
 (Biblioteca del INAH)

Barba de Piña Chán, ▶
 Beatriz (coord.)
Caminos terrestres al cielo. Contribución al estudio del fenómeno romero
 (Científica, 347)



◀ Peña Saint Martin, Florencia (ed.)
Estrategias femeninas ante la pobreza. El trabajo domiciliario en la elaboración de prendas de vestir
 (Científica, 378)

Tovalín Ahumada, Alejandro ▶
Desarrollo arquitectónico del sitio arqueológico de Tajpizahuac
 (Científica, 348)



CONACULTA • INAH

VENTA EN:

Expendio del
 Aeropuerto Internacional
 de la Ciudad de México
 Benito Juárez, Sala A, local 11
 (llegadas nacionales),
 tel. 571 02 67

Librería
 Francisco Javier Clavijero
 Córdoba 43,
 col. Roma, C.P. 06700,
 tels. 533 22 63 al 72

Mayores Informes
 Proyecto Ferias
 Liverpool 123, 2º piso
 col. Juárez, C.P. 06600
 tels. 207 45 50 o 73 ext. 128